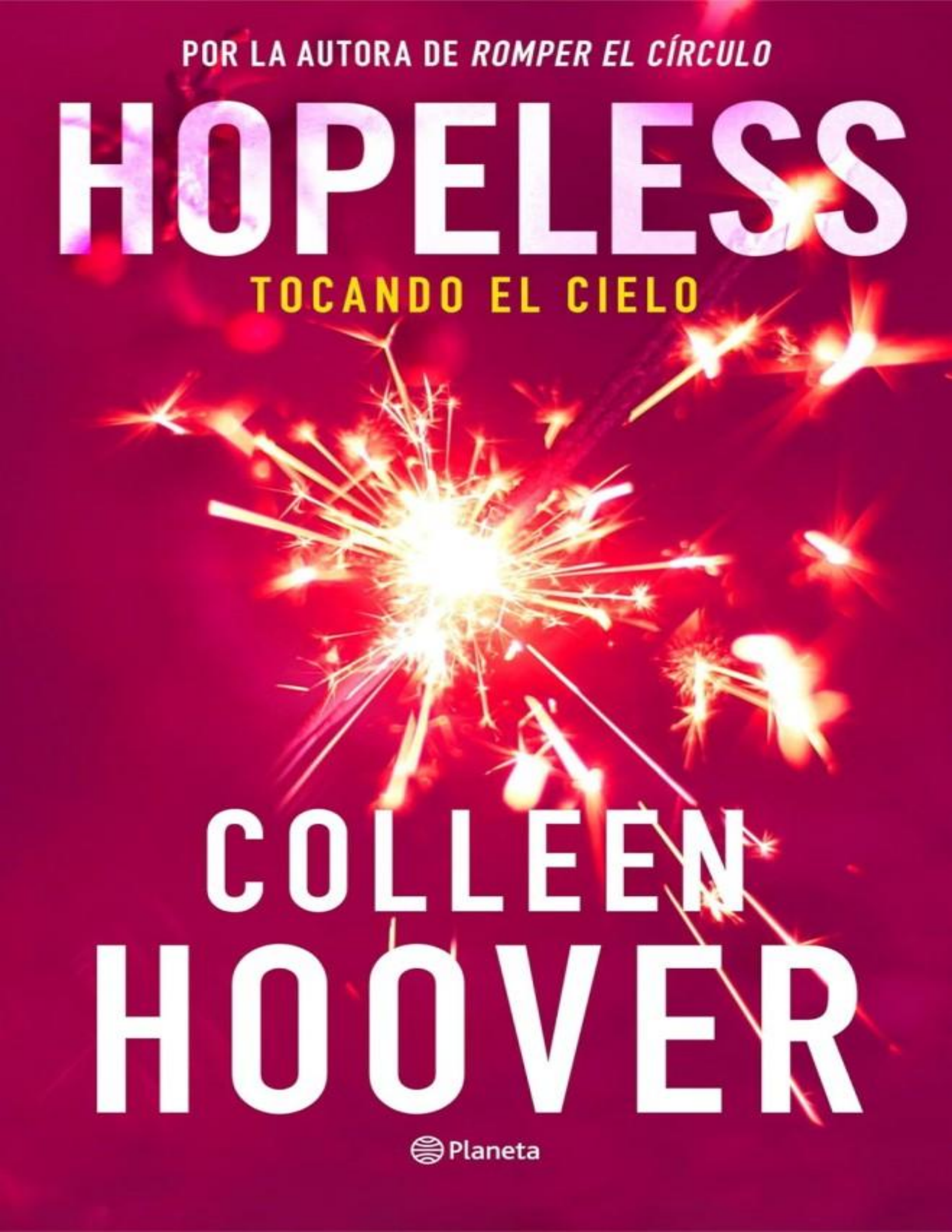
POR LA AUTORA DE *ROMPER EL CÍRCULO*

HOPELESS

TOCANDO EL CIELO



COLLEEN HOOVER

Planeta

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Domingo, 28 de octubre de 2012. 19:29 h

Sábado, 25 de agosto de 2012. 23:50 h

Lunes, 27 de agosto de 2012. 7:15 h

Lunes, 27 de agosto de 2012. 15:55 h

Lunes, 27 de agosto de 2012. 16:47 h

Lunes, 27 de agosto de 2012. 17:25 h

Lunes, 27 de agosto de 2012. 19:10 h

Martes, 28 de agosto de 2012. 6:15 h

Martes, 28 de agosto de 2012. 7:55 h

Miércoles, 29 de agosto de 2012. 6:15 h

Viernes, 31 de agosto de 2012. 11:20 h

Viernes, 31 de agosto de 2012. 16:50 h

Sábado, 1 de septiembre de 2012. 17:05 h

Sábado, 1 de septiembre de 2012. 19:15 h

Trece años antes

Lunes, 3 de septiembre de 2012. 7:20 h

Martes, 4 de septiembre de 2012. 6:15 h

Viernes, 28 de septiembre de 2012. 12:05 h

Viernes, 28 de septiembre de 2012. 23:50 h

Sábado, 29 de septiembre de 2012. 8:40 h

Sábado, 29 de septiembre de 2012. 9:20 h

Sábado, 29 de septiembre de 2012. 10:25 h

Sábado, 29 de septiembre de 2012. 22:15 h

Lunes, 22 de octubre de 2012. 12:05 h

Viernes, 26 de octubre de 2012. 15:40 h

Trece años atrás

Sábado, 27 de octubre de 2012. En algún momento de la noche

Sábado, 27 de octubre de 2012. 20:20 h

Trece años atrás

Sábado, 27 de octubre de 2012. 23:20 h

Sábado, 27 de octubre de 2012. 23:57 h

Domingo, 28 de octubre de 2012. 00:37 h

Trece años atrás

Domingo, 28 de octubre de 2012. 2:45 h

Domingo, 28 de octubre de 2012. 3:10 h

Domingo, 28 de octubre de 2012. 7:50 h

Domingo, 28 de octubre de 2012. 17:15 h

Trece años atrás

Domingo, 28 de octubre de 2012. 19:10 h

Trece años atrás

Domingo, 28 de octubre de 2012. 19:29 h

Lunes, 29 de octubre de 2012. 9:50 h

Lunes, 29 de octubre de 2012. 16:15 h

Lunes, 29 de octubre de 2012. 16:35 h

Catorce años atrás

Lunes, 29 de octubre de 2012. 16:57 h

Lunes, 29 de octubre de 2012. 17:29 h

Lunes, 29 de octubre de 2012. 23:35 h

Trece años atrás

Martes, 30 de octubre de 2012. 00:10 h

Martes, 30 de octubre de 2012. 9:05 h

Martes, 30 de octubre de 2012. 19:20 h

Martes, 30 de octubre de 2012. 20:45 h

Martes, 30 de octubre de 2012. 22:15 h

Trece años atrás

AGRADECIMIENTOS

Créditos

HOPELESS
TOCANDO EL CIELO

COLLEEN HOOVER

Traducción de Lara Agnelli

Planeta

Para Vance.
Algunos padres te dan la vida,
otros te muestran cómo vivirla.
Gracias por enseñarme a hacerlo.

Domingo, 28 de octubre de 2012

19:29 h

Me levanto y observo la cama sin atreverme a respirar por miedo a los sonidos que amenazan con escapar de mi garganta.

«No voy a llorar».

«No voy a llorar».

Me arrodillo despacio y acaricio las estrellas amarillas que parecen salpicar el edredón azul oscuro, con la vista fija en ellas hasta que empiezan a desdibujarse por culpa de las lágrimas.

Cierro los ojos con fuerza y hundo la cara en la cama mientras me aferro al edredón. Me tiemblan los hombros cuando pierdo la partida ante los sollozos que trataba de contener. Se abren camino con furia y yo los sigo. Me levanto y grito mientras arranco el nórdico y lo hago volar hasta la otra punta de la habitación.

Con los puños apretados, miro a mi alrededor en busca de cualquier cosa que pueda lanzar. Cojo los almohadones y se los tiro a la chica que se refleja en el espejo, esa a la que ya no reconozco. Ella me devuelve la mirada sin dejar de sollozar de manera patética. La debilidad que demuestra al llorar me enfurece. Echamos a correr la una hacia la otra hasta que alcanzamos el espejo a la vez y lo hacemos añicos con los puños. La observo mientras cae rota en un millón de pedacitos relucientes y va a parar a la moqueta.

Agarro la cómoda por los bordes y la empujo de lado mientras suelto otro grito de los que llevaba demasiado tiempo reprimiendo.

Cuando el mueble queda tumbado en el suelo, arranco los cajones y lanzo su contenido tan lejos como puedo. Doy vueltas, arrojo y pateo todo lo que se cruza en mi camino. Me dirijo a la ventana y tiro de las finas cortinas de color azul hasta que la barra se quiebra y la tela cae a mi alrededor. Luego me acerco a las cajas que hay apiladas en el rincón y, sin molestarme en mirar qué hay dentro, agarro la que está en lo alto del montón y la lanzo contra la pared con toda la fuerza que me permite mi metro sesenta de estatura.

—¡Te odio! —exclamo—. ¡Te odio, te odio, te odio!

Sigo arrojando todo lo que encuentro hacia cualquier cosa que se me ponga por delante. Cada vez que abro la boca para gritar, noto la sal de las lágrimas que me caen por las mejillas.

Holder me sorprende por detrás y me inmoviliza con un abrazo implacable. No paro de gritar y revolverme hasta que dejo de ser consciente de lo que hago y me limito a reaccionar por instinto.

—Para —me dice al oído en tono calmado sin ninguna intención de soltarme.

Finjo no haberlo oído o, al menos, que no me importa, y sigo resistiéndome, aunque lo único que consigo es que apriete más.

—¡No me toques! —me desgañito mientras le araño los brazos, pero él no se inmuta.

«No me toques. Por favor, por favor, por favor».

Cuando la vocecita empieza a retumbar en mi mente, me asalta una debilidad tan absoluta que me deja colgando entre sus brazos como un monigote. A medida que el llanto gana fuerza, yo la pierdo y me consumo hasta que no soy más que una vasija que recoge las lágrimas que no cesan de brotar.

Soy débil, estoy permitiendo que gane.

Holder me suelta, me apoya las manos en los hombros y me da la vuelta para mirarme a la cara, pero yo no puedo devolverle la

mirada. Incapaz de enfrentarme a él, me dejo caer sobre su pecho, exhausta y derrotada. Me aferro a su camiseta y sigo llorando con la mejilla apoyada sobre su corazón. Él me sujeta con delicadeza por la nuca para hablarme al oído.

—Sky, tienes que salir de aquí. —Su tono es calmado, impasible—. Ahora mismo.

Sábado, 25 de agosto de 2012

23:50 h

Dos meses atrás...

Me gustaría pensar que casi todas las decisiones que he tomado a lo largo de mis diecisiete años han sido juiciosas. Espero que la inteligencia se mida a peso y que las pocas elecciones absurdas que he hecho se vean compensadas por las sensatas. Aunque, en ese caso, mañana tendré que tomar un montón de buenas decisiones, porque dejar que Grayson se cuele por la ventana de mi dormitorio por tercera vez este mes va a decantar la balanza hacia el lado de la idiotez. De todos modos, el único juez fiable en este tipo de asuntos es el tiempo, por lo que esperaré a ver si me descubren antes de dictar sentencia.

A pesar de lo que pueda parecer, no soy una golfa. A menos, claro, que se use la palabra para describir a una chica que se lía con muchos chicos sin sentirse atraída por ellos. En ese caso, podríamos discutirlo.

—¡Date prisa! —protesta Grayson desde el otro lado de la ventana, molesto por mi pachorra.

Descorro el pestillo y deslizo la ventana hacia arriba procurando no hacer ruido. Karen no es una madre convencional, pero que deje entrar a chicos por la ventana le hace tan poca gracia como a cualquier otra.

—Calla —susurro.

Grayson se impulsa, cuela una pierna por el hueco y se planta en mi dormitorio. En este lado de la casa, las ventanas quedan a un metro del suelo, lo que facilita las cosas. Es casi como tener mi propia puerta. De hecho, es probable que Six y yo hayamos usado más las ventanas para ir la una a casa de la otra. Karen está tan acostumbrada que ya no le llama la atención encontrarse la mía abierta casi siempre.

Antes de correr la cortina, echo un vistazo a la ventana de Six. Ella me saluda con la mano mientras tira del brazo de Jaxon para ayudarlo a entrar en su cuarto. Ya desde dentro, él asoma la cabeza por el hueco y le dice a Grayson:

—Quedamos en tu camioneta dentro de una hora.

Luego cierra la ventana y corre la cortina.

Desde que se mudó a la casa de al lado hace cuatro años, Six y yo hemos estado tan unidas que podríamos ser siamesas. Nuestras habitaciones son contiguas, lo que ha resultado ser muy práctico. Todo empezó de manera inocente. Cuando teníamos catorce años, yo me colaba a veces en su cuarto por las noches; robábamos helado del congelador y veíamos películas. A los quince, empezamos a invitar a chicos con los que compartíamos las pelis y el helado. A los dieciséis, el cine y el helado pasaron a un segundo plano y los chicos se convirtieron en el plato principal. Ahora, a los diecisiete, ni siquiera nos molestamos en salir de la habitación hasta después de que ellos se hayan marchado. Solo entonces volvemos a interesarnos por el helado y las películas.

Six cambia de novio al mismo ritmo que yo de helado favorito. Este mes su debilidad es Jaxon y la mía, el chocolate con nueces y malvaviscos. Grayson y Jaxon son íntimos amigos, y esa es la razón por la que Grayson y yo hemos acabado juntos. Cuando el chico de

turno de Six tiene un amigo que está bueno, me lo suele presentar. Y lo que es evidente es que Grayson está buenísimo. Lleva el pelo despeinado a la perfección, tiene un cuerpo de infarto, unos ojos oscuros y penetrantes... No le falta de nada. Casi todas las chicas que conozco se sentirían privilegiadas por el solo hecho de estar en la misma habitación que él.

Lástima que yo no sea una de ellas.

Al darme la vuelta, me lo encuentro casi pegado a mi cara, listo para empezar la función. Me sujeta el rostro y me dirige su ensayada sonrisa canallita.

—Hola, preciosa.

Sin darme tiempo a responder, me saluda con un beso chapucero y sigue besándome mientras se quita los zapatos y los aparta con naturalidad, como si lo hubiera hecho muchas veces, sin separarse de mi boca. La facilidad con la que combina las dos acciones me impresiona, pero también me resulta inquietante. Sin romper el beso, caminamos hacia la cama y, al llegar, me tumba sobre ella despacio.

—¿Has cerrado la puerta?

—Ve a comprobarlo —respondo.

Él me da un pico en los labios antes de levantarse de un salto para asegurarse de que el pestillo está echado.

He logrado vivir trece años con Karen sin que me castigue; no quiero darle razones para empezar ahora. Cumpliré dieciocho dentro de unas semanas, y espero que no cambie su actitud conmigo mientras siga bajo su techo.

No digo que su modo de afrontar la maternidad sea malo, solo que me resulta... muy contradictorio. Siempre ha sido bastante estricta en temas como el acceso a internet, los móviles o incluso la televisión porque está convencida de que la tecnología es la causa

de todos los males de la humanidad. Sin embargo, para otras cosas es muy permisiva: me deja salir con Six siempre que quiero y, con tal de que sepa dónde estoy, ni siquiera me pone hora límite para volver a casa. Nunca he abusado de la situación, así que tal vez sí que tengo toque de queda y no me he dado ni cuenta.

Tampoco le importa que diga palabrotas, aunque no suelo hacerlo. De vez en cuando me deja tomar un poco de vino en la cena y me habla más como a una amiga que como a una hija, pese a que ya hace trece años que me adoptó. Diría que ha logrado modelarme y que comparto con ella todo lo que hago. O casi.

Con Karen no hay término medio: o es permisiva al cien por cien o estricta hasta el extremo. Es como una conservadora liberal. O una liberal conservadora. No sé, la verdad es que me cuesta mucho definirla; por eso dejé de intentarlo hace años.

El único tema en el que hemos chocado de verdad ha sido en la educación. Para ella, la educación pública es otra fuente de pecado, por lo que me ha escolarizado en casa, a pesar de mis súplicas para que me dejara ir al instituto con Six. He enviado solicitudes a varias universidades y, consciente de que tendré más oportunidades de ser aceptada si añado actividades extraescolares a mi currículum, me he pasado meses rogándole a Karen que me deje cursar el último año en el instituto. Entre mis súplicas y las de Six, al final ha cedido. Podría haber reunido los créditos necesarios sin salir de casa, pero una parte de mí siempre ha anhelado experimentar la vida de una adolescente normal.

Por supuesto, si hubiera sabido que Six se iría a hacer un intercambio anual en el extranjero la misma semana en la que se suponía que íbamos a empezar juntas el instituto, ni se me habría ocurrido sugerir estudiar el último curso en un centro público. Pero

soy tozuda como una mula y prefiero clavarme un tenedor en la mano a admitir ante Karen que he cambiado de idea.

Trato de no pensar en que no voy a contar con Six este año. Sé lo mucho que deseaba irse de intercambio, pero mi parte egoísta tenía la esperanza de que no se lo concedieran. La idea de cruzar las puertas del instituto sin ella me aterra por mucho que siempre haya sido consciente de que algún día íbamos a tener que separarnos. Sabía que llegaría el momento en el que me tocaría enfrentarme al mundo real, donde viven otras personas aparte de Six y Karen.

A falta de contacto cercano con el exterior, me volqué en los libros, lo cual no me ha impedido entender que no es sano vivir en un mundo de finales felices. Gracias a la lectura, sé que los institutos son lugares donde suceden cosas espantosas, sobre todo durante los primeros días, cuando se forman los grupitos encabezados por las chicas más crueles. Espero que los libros exageren, porque Six me ha contado que ya tengo cierta fama por el solo hecho de ser su amiga. Al fin y al cabo, ella no es ningún modelo de celibato y, al parecer, algunos de los tíos con los que me he liado no son un modelo de discreción. Todos estos elementos sugieren que el primer día de clase va a ser interesante.

No es que me importe. No me he matriculado para hacer amigos ni para causarle buena impresión a nadie. Con tal de que mi injustificada reputación no interfiera en mi objetivo, todo irá bien.

Espero.

Grayson se acerca a la cama tras asegurarse de que la puerta está cerrada y me dirige una sonrisa seductora.

—¿Te apetece un estriptis? —me propone.

Menea las caderas y se levanta un poco el bajo de la camiseta, lo justo para dejar a la vista unos abdominales muy trabajados. He

notado que los muestra a menudo, aunque no venga a cuento. Es el típico gallito presumido.

Me echo a reír cuando se quita la camiseta y la hace girar sobre su cabeza antes de lanzármela. Luego vuelve a tumbarse sobre mí y me sujeta por la nuca para poner mi boca a su alcance.

La primera vez que Grayson se coló en mi habitación fue hace poco más de un mes. Desde el primer momento me aclaró que no estaba interesado en tener pareja. Yo le dejé claro que no estaba interesada en él, por lo que nos entendimos enseguida. Será una de las pocas personas que conoceré al empezar el instituto, lo que podría poner en peligro las cosas buenas que nos ha aportado esta relación... de no ser porque no existe ninguna.

Lleva menos de tres minutos aquí y ya me ha metido mano por debajo de la camiseta. Creo que no me equivoco si afirmo que no ha venido atraído por mi estimulante conversación. Cuando deja de besarme los labios y se centra en mi cuello, aprovecho el momento de respiro para inhalar hondo y tratar de sentir algo.

Lo que sea.

Fijo la vista en las estrellas de plástico que hay pegadas en el techo de mi habitación, de esas que brillan en la oscuridad, vagamente consciente de que sus labios han cambiado de rumbo y se dirigen hacia mi pecho. Hay setenta y seis. Me refiero a las estrellas. Lo sé porque, durante estas últimas semanas, he tenido tiempo de contarlas mientras me encontraba en esta misma situación incómoda: tumbada en la cama, sin reaccionar al asalto de los labios curiosos y entusiastas de Grayson mientras él me explora la cara, el cuello y, a veces, el pecho.

¿Por qué se lo permito si no estoy interesada?

Nunca he sentido una conexión emocional con ninguno de los chicos con los que me he liado. O, para ser más exactos, los chicos

que se han liado conmigo. Por desgracia, no hay sensaciones recíprocas. Solo una vez un tío estuvo a punto de provocarme una reacción, aunque al final resultó que eran alucinaciones mías. Se llamaba Matt y salimos durante casi un mes, pero era peculiar y me harté de sus rarezas.

Como lo de negarse a beber agua embotellada a menos que fuera con pajita. O que se le abrieran las ventanas de la nariz justo antes de besarme. O que me soltara un «te quiero» cuando solo llevábamos tres semanas saliendo.

Sí, esa fue la gota que colmó el vaso. Hasta la vista, cariño.

Six y yo hemos comentado muchas veces lo de mi falta de reacción física a los tíos. Durante un tiempo, sospechamos que tal vez yo fuera lesbiana, pero, tras hacer la prueba —con un beso corto e incómodo que nos dimos a los dieciséis años—, llegamos a la conclusión de que no era el caso. No es que no disfrute al liarme con tíos; si no, no lo haría. Sin embargo, no comparto los motivos que hacen disfrutar a otras chicas. Nunca me ha parecido que caminaba a tres metros sobre el suelo ni se me ha llenado el estómago de mariposas. La idea de caer rendida a los pies de alguien me resulta difícil de concebir. La auténtica razón por la que me gusta enrollarme con chicos es porque, durante ese rato, desconecto del mundo y no siento nada. Y es en esos momentos de desconexión —como el que estoy compartiendo con Grayson— cuando mi mente me deja en paz. Resulta una sensación agradable.

Mientras contemplo las diecisiete estrellas que hay en el cuadrante superior derecho del cúmulo estelar del techo, algo me hace volver a la realidad de manera brusca. Grayson acaba de saltarse las barreras que habíamos establecido. Me ha desabrochado los vaqueros y está colando los dedos bajo la goma de mis bragas de algodón.

—No, Grayson —susurro mientras le aparto la mano.

Él gruñe y apoya la frente en la almohada.

—Venga ya, Sky.

Está jadeando; noto su aliento en el cuello. Luego se apoya en el brazo y me mira, tratando de seducirme con una sonrisa.

¿He mencionado ya que soy inmune a su sonrisa castigadora?

—¿Hasta cuándo vas a seguir así?

Me planta la mano en la tripa y vuelve a deslizarme los dedos bajo los vaqueros, lo que me provoca un escalofrío.

—¿Así cómo?

Trato de quitármelo de encima, a lo que él reacciona flexionando los brazos y observándome desde arriba como si no me enterara de nada.

—Fingiendo que eres una buena chica, Sky. Estoy harto. Vamos a hacerlo de una vez.

Sus palabras me recuerdan que, a pesar de lo que se dice por ahí, no me acuesto con el primero que pasa. Nunca he llegado hasta el final con ninguno de los chicos con los que me he liado, ni siquiera con Grayson, que sigue contemplándome enfurruñado. Se podría pensar que mi falta de respuesta sexual haría que acostarme con cualquiera fuera más sencillo a nivel emocional, pero soy consciente de que eso es lo que hace que no me convenga tener relaciones completas. Sé que, cuando cruce esa línea, las habladurías que circulan sobre mí dejarán de ser chismes y se convertirán en hechos, y lo que menos necesito en este momento es validar ningún rumor. Creo que estoy a punto de llegar a los dieciocho años virgen por pura cabezonería.

Grayson lleva ya diez minutos aquí, pero acabo de darme cuenta de que apesta a alcohol.

—Estás borracho. —Le doy un empujón en el pecho—. Te dije que no vinieras así nunca más.

Cuando se echa a un lado, me levanto, me abrocho los vaqueros y tiro de mi camiseta hacia abajo. Me alegro mucho de que haya bebido; así tengo una excusa para echarlo, porque quiero que se largue de una vez.

Él se sienta en el borde de la cama, me agarra por la muñeca y tira de mí. Me abraza y me apoya la cara en la tripa.

—Lo siento —se disculpa—. Es que te deseo tanto que no creo que pueda soportar seguir viniendo si no puedo hacerte mía.

Baja las manos para agarrarme por las nalgas y me besa en la franja de piel que queda al descubierto entre la camiseta y los pantalones.

—Pues no vuelvas.

Hago una mueca y me aparto de él, harta. Me dirijo a la ventana y, al correr la cortina, veo que Jaxon sale de la habitación de Six. Al parecer, ambas hemos logrado condensar esta visita de una hora en diez minutos. Cuando cruzo la mirada con mi amiga, le veo cara de necesitar un cambio y sé que a Jaxon se le ha acabado el tiempo.

Six sale por la ventana detrás de su cita y se acerca a mí.

—¿Grayson también está borracho?

Asiento con la cabeza.

—Strike tres.

Me vuelvo hacia Grayson, que sigue tumbado en la cama ajeno al hecho de que ya no es bienvenido en esta casa. Me acerco, le recojo la camiseta y se la lanzo a la cara.

—Largo.

Él me mira y alza una ceja. Cuando se da cuenta de que no estoy bromeando, se levanta con desgana. Se pone los zapatos enfurruñado como un niño pequeño, y yo me hago a un lado para dejarlo pasar.

Six espera a que él salga por la ventana para saltar dentro. Uno de los chicos murmura la palabra «putas» mientras se alejan. Six hace una mueca y asoma la cabeza al exterior.

—Qué curioso que nos hayamos ganado ese nombre, porque no os habéis comido una mierda, idiotas. —Cierra la ventana y se dirige a la cama, donde se deja caer con las manos cruzadas detrás de la nuca—. Y otro más que muerde el polvo.

Me echo a reír, pero se me quitan las ganas de golpe cuando oigo que llaman a la puerta con fuerza. Abro al momento y me hago a un lado, preparada para que Karen entre hecha una furia. Su instinto maternal no me decepciona. Una vez dentro, mira a su alrededor hasta que localiza a Six.

—Mierda. —Se vuelve hacia mí y se lleva las manos a las caderas —. Habría jurado que había chicos por aquí —comenta con el ceño fruncido.

Me acerco a mi amiga y trato de disimular el pánico que me recorre las venas.

—¿Y suenas decepcionada porque...?

De verdad que a veces no entiendo sus reacciones. Como he dicho antes...

Contradictoria.

—Cumples los dieciocho dentro de un mes. A este paso, va a llegar el día y todavía no habré podido castigarte ni una vez. Tienes que empezar a desmelenarte un poco, chiquilla.

Suspiro aliviada al darme cuenta de que está bromeando. Que confíe tanto en mí casi me obliga a sentirme culpable. No hace ni cinco minutos que me estaban metiendo mano aquí mismo. Todavía no me he calmado y el corazón me late con tanta fuerza que me extraña que no lo oiga.

—¿Karen? —la llama Six a mi espalda—. Si te hace sentir mejor, nos acabamos de liar con dos tíos buenos, pero los hemos echado justo antes de que entraras porque iban borrachos.

Boquiabierta, me vuelvo hacia mi amiga y le digo con la mirada que el sarcasmo no tiene gracia cuando se refiere a algo real.

Pero Karen no está de acuerdo porque se echa a reír.

—Bueno, tal vez mañana encontréis a otros que estén sobrios.

Al menos ya no tengo que preocuparme de que oiga mi corazón desbocado porque acaba de detenerse.

—Sobrios, ¿eh? —Six me guiña el ojo—. Algo encontraremos.

—¿Te quedas a dormir? —le pregunta mi madre mientras se dirige a la puerta.

Mi amiga se encoge de hombros.

—Creo que iremos a mi casa esta noche. Es la última semana que podré dormir en mi habitación, al menos hasta dentro de seis meses. Además, Channing Tatum nos espera en la pantalla plana.

Me vuelvo hacia Karen porque lo veo venir.

—No, mamá. —Me acerco a ella, pero es inútil: ya se le empiezan a empañar los ojos—. No, no, no.

Cuando llego a su lado, ya es tarde. Está llorando a mares, y si hay algo que no puedo soportar son las lágrimas. No porque me emocione, sino porque me cabrea mucho. Es muy incómodo.

—Solo uno más —dice mientras corre hacia Six.

Hoy debe de haberla abrazado al menos diez veces. Creo que le apena más que a mí que se marche. Mi amiga le devuelve el undécimo abrazo y me guiña el ojo por encima del hombro de mi madre. Me veo obligada a separarlas para que Karen se marche de una vez.

De nuevo junto a la puerta, se vuelve hacia nosotras.

—Espero que encuentres un novio italiano —le desea a Six.

—Espero que más de uno.

Cuando mi madre cierra la puerta, me lanzo de un salto sobre la cama y le doy un puñetazo a Six en el brazo.

—Pedazo de zorra —le digo—. No ha tenido gracia, casi nos pilla.

Ella se ríe y me da la mano antes de levantarse.

—Vamos, hay helado de chocolate en casa.

—¿Con nueces y malvaviscos?

—Por supuesto.

No tiene que decírmelo dos veces.

Lunes, 27 de agosto de 2012

7:15 h

Esta mañana tenía pensado ir a correr, aunque al final se me han pegado las sábanas. Salgo a correr todos los días, menos los domingos, pero hoy me ha parecido excesivo tener que madrugar más de lo necesario. El primer día de curso ya es una tortura en sí mismo, así que he decidido dejar lo del ejercicio para después de las clases.

Por suerte, tengo coche propio desde hace casi un año, por lo que no dependo de nadie para llegar al instituto a tiempo. De hecho, no es que haya llegado puntual, sino que me he plantado aquí cuarenta y cinco minutos antes. Solo hay tres vehículos en el aparcamiento, por lo que al menos he pillado buen sitio.

Aprovecho este rato para cotillear las instalaciones deportivas que hay al lado. Si quiero entrar en el equipo de atletismo, debería saber adónde dirigirme. Mejor eso que quedarme media hora en el coche, contando los minutos.

Cuando llego a la pista, veo a un tipo corriendo en el otro lado y decido subir a lo más alto de las gradas para echar un vistazo a este nuevo entorno. Desde aquí arriba se ven las instalaciones al completo. El instituto no me resulta tan grande ni tan intimidante como me imaginaba. Six me dibujó un mapa e incluso anotó algunas cosas para ayudarme a integrarme. Lo saco de la mochila y lo

examino. Creo que lo hizo para compensarme por haberme abandonado.

Mientras contemplo las instalaciones, las voy cotejando con el mapa. No parece complicado. Las clases están en el edificio de la derecha; el comedor, en el de la izquierda. Las pistas y los campos deportivos, detrás del gimnasio. Luego me pongo a leer la lista de consejos, que es bastante larga.

- Ni se te ocurra usar el baño que hay junto al laboratorio de ciencias. Nunca jamás.
- Cuélgate la mochila de un hombro, nunca de los dos. Es de pringados.
- Comprueba siempre la fecha de caducidad de la leche.
- Hazte amiga de Steward, el conserje. Es un buen aliado.
- Procura evitar la cafetería, pero, si hace mal tiempo, entra con decisión y muéstrate segura. Pueden oler el miedo.
- Si te toca el señor Declare en mates, siéntate en la última fila y no establezcas contacto visual bajo ningún concepto. Le gustan las colegialas, ya me entiendes. O, bueno, siéntate en primera fila. Así tendrás el sobresaliente asegurado.

La lista es más larga, pero no puedo seguir leyendo porque me he quedado dándole vueltas a lo de que «pueden oler el miedo». En ocasiones como esta, desearía tener un móvil, porque llamaría a Six ahora mismo y le pediría una explicación. Doblo la nota antes de guardarla en la mochila y me fijo en el corredor solitario. Se ha sentado a estirar en medio de la pista, de espaldas a mí. No sé si es alumno o monitor, pero, si Grayson viera a este tipo sin camiseta, probablemente no iría enseñando sus abdominales con tanta alegría.

El chico se levanta y se dirige hacia las gradas sin mirarme en ningún momento. Cruza la verja y se acerca a uno de los coches aparcados. Abre la puerta, saca una camiseta y se la pone. Cuando

entra en el vehículo y se marcha, me doy cuenta de que el aparcamiento se está empezando a llenar a buen ritmo.

Ay, madre.

Cojo la mochila y paso los brazos por las dos correas —expresamente— antes de bajar la escalera que lleva directa al infierno.

¿He dicho infierno? Pues me he quedado corta. El instituto es tan malo como temía, o peor. Las clases no están tan mal, pero la necesidad me ha obligado a utilizar el baño que hay junto al laboratorio y, aunque he sobrevivido, me temo que voy a quedar traumatizada de por vida. Si Six hubiera especificado en su nota que se usa más como picadero que como lavabo, me habría ahorrado el susto.

Vamos ya por la cuarta clase y he escuchado las palabras «zorra» y «puta» en boca de casi todas las chicas con las que me he cruzado. Y, hablando de gente poco sutil, al abrir la taquilla, me he encontrado con una montaña de billetes de un dólar que han ido a parar al suelo junto con una nota, aunque no precisamente de bienvenida. A pesar de que está firmada por el director, dudo mucho que la haya escrito él, ya que han puesto: «Siento no *haver* encontrado una barra de estriptis, zorra». Sí, *«haver»*, con uve, pero podría haber sido peor; al menos han puesto la hache.

Me quedo mirando la nota con una sonrisa tensa; me temo que este va a ser mi sino durante los próximos dos semestres. Sea como sea, no puedo quejarme. Me he metido en este lío yo solita. Admito que pensaba que este tipo de cosas solo pasaban en los libros, aunque estoy comprobando de primera mano que los idiotas existen. Bueno, ojalá todas las novatadas que me gasten sean como esta.

¿Qué clase de cretino se desprende de dinero para insultar? Supongo que uno rico. O más de uno.

Estoy segura de que el grupito de chicas —vestidas con ropa escasa pero cara— que se están riendo a mi espalda esperan que suelte las cosas y me vaya corriendo a llorar al baño más cercano. Lo que pasa es que no tienen en cuenta tres cositas:

1. Yo no lloro. Jamás.
2. Ya he ido a ese baño y no pienso volver.
3. Me gusta el dinero. ¿Por qué iba a salir corriendo?

Dejo la mochila para recoger los billetes de un dólar. Hay al menos veinte esparcidos por el suelo y más de diez dentro de la taquilla. Cojo esos también y me lo guardo todo. Cambio los libros, cierro la taquilla, vuelvo a colocarme la mochila sobre los dos hombros y sonrío.

—Dadles las gracias a vuestros papis de mi parte.

Paso frente al grupito de chicas —que ya no se ríen— y me alejo sin hacer caso de sus miradas.

A la hora de comer veo que llueve y que el patio está lleno de charcos. Al parecer, el karma ha decidido castigar a alguien con mal tiempo. Lo que no me queda claro es a quién.

«Vamos, tú puedes».

Apoyo las manos en las puertas de doble hoja de la cafetería y las abro como si esperara que fueran a recibirme con una lluvia de fuego y azufre, pero no. Lo que me encuentro al cruzar el umbral es un nivel de decibelios al que no había tenido que enfrentarme jamás. Es como si cada persona tratara de hablar más alto que el

resto para hacerse oír. Al parecer, en este instituto todos quieren superar a los demás.

Me esfuerzo por aparentar aplomo porque no quiero llamar la atención de nadie: ni de los tíos, ni de los grupitos de chicas, ni de los marginados, ni, sobre todo, de Grayson. Llego sana y salva a la mitad de la cola, pero alguien me agarra por el brazo y me arrastra tras de sí.

—Te estaba esperando —comenta.

No le veo la cara porque camina delante de mí, sorteando las mesas. Aunque protestaría por su falta de modales, la verdad es que esto es lo más interesante que me ha pasado en todo el día.

Me suelta el brazo solo para agarrarme de la mano y poder ir más deprisa. Dejo de resistirme y le sigo la corriente.

Desde atrás al menos parece tener estilo, aunque sea un estilo peculiar. Lleva una camisa de franela con un ribete del mismo tono fucsia que los zapatos. Los pantalones negros, muy ceñidos, le favorecerían mucho... si fuera una chica. Pero en él solo resaltan lo flaco que está. Tiene el pelo castaño, corto por los lados y más largo por encima, y sus ojos... están fijos en mí. No me he dado cuenta de que nos hemos detenido y me ha soltado la mano.

—Pero si es la mismísima puta de Babilonia —son sus palabras de presentación. A pesar de la dureza de la frase, su sonrisa me parece adorable y su expresión hace que me caiga bien desde el primer momento. Se sienta y me invita con un gesto a hacer lo mismo. Aunque está solo, frente a él hay dos bandejas. Mientras empuja una de ellas hacia el sitio libre que tiene delante, añade—: Siéntate. Hemos de discutir una alianza.

En vez de hacerle caso, dedico unos instantes a evaluar la situación. No tengo ni idea de quién es este chico que actúa como si me hubiera estado esperando. No puedo pasar por alto que acaba

de llamarme «puta» y, por lo que parece, me está invitando a comer. Lo miro de reojo, tratando de descubrir sus intenciones, y es entonces cuando me fijo en la mochila abierta que hay a su lado, en otra silla.

—¿Te gusta leer? —Señalo el libro que asoma porque no es un libro de texto, sino uno de verdad, algo que pensaba que se había perdido en este mundo de obsesos de internet. Me inclino sobre la mesa para apoderarme de él y solo entonces me siento frente al chico—. ¿De qué género es? Y, por favor, no me digas ciencia ficción.

Él se echa hacia atrás en la silla y sonríe como si acabara de ganar una partida de algo. Bueno, me he sentado; supongo que es una victoria para él.

—¿Qué importa el género si el libro es bueno?

Lo hojeo, pero no logro decidir si es una novela romántica o no. Soy muy fan de ese género y, por las pintas del chico que tengo delante, es posible que él también.

—¿Lo es? —Sigo hojeando—. ¿Es bueno?

—Sí, y quédatelo. Acabo de terminarlo en la hora de laboratorio.

Lo miro y veo que sigue teniendo la cara resplandeciente por la victoria. Tras guardarme el libro en la mochila, me echo hacia delante para inspeccionar el contenido de la bandeja. Lo primero que hago es comprobar la fecha de caducidad de la leche. Todo en orden.

—¿Cómo sabes que no soy vegetariana? —Señalo la pechuga de pollo que hay en la ensalada.

—Apártala.

Cojo el tenedor, pincho un trozo y me lo llevo a la boca.

—No hace falta porque no lo soy, estás de suerte.

Él sonríe mientras coge el tenedor y empieza a comer.

—¿Contra quién vamos a formar una alianza? —Siento curiosidad por saber por qué me ha elegido a mí.

Mira a su alrededor, levanta la mano y la hace dar vueltas como un remolino.

—Idiotas, musculitos sin cerebro, mojigatos, zorras...

Cuando la baja, me fijo en que lleva las uñas pintadas de negro. Él se da cuenta y se las observa haciendo un mohín.

—Hoy me las he pintado así para que hagan juego con mi estado de ánimo, pero, si aceptas mi propuesta, tal vez elija un color más alegre. ¿Qué tal amarillo?

Niego con la cabeza.

—Odio el amarillo. Déjatelas negras, van a juego con tu corazón.

Entonces suelta una carcajada. Su risa, franca y genuina, me hace sonreír. Me gusta... este chico del que no conozco ni el nombre.

—¿Cómo te llamas?

—Breckin. Y tú eres Sky. Al menos espero que lo seas. Supongo que debería haber confirmado tu identidad antes de soltarte todos los detalles de mi malvado plan para dominar el instituto mediante una alianza de dos personas.

—Soy Sky, y no tienes de qué preocuparte porque todavía no me has contado nada. Confieso que siento curiosidad por saber cómo has sabido quién era. Conozco a cuatro o cinco tíos de por aquí y me he liado con todos ellos, pero tú no estás en la lista. ¿De qué me conoces?

Por un instante, me parece distinguir un destello de lástima en sus ojos. Por suerte para él, no es más que eso. Luego Breckin se encoge de hombros.

—También soy nuevo por aquí. Y, por si no lo has deducido al ver mi impecable gusto en el vestir, debes saber que soy... —se inclina

hacia mí y se cubre la boca con la mano para decirme en confidencia —: mormón.

Me echo a reír.

—Y yo pensando que ibas a salir del armario.

—También soy gay, obvio. —Hace un gesto con la muñeca antes de apoyar la barbilla en ambas manos y echarse hacia delante—. Lo digo en serio, Sky. Me he fijado en ti durante la clase y es evidente que eres nueva. Y, después de ver el numerito del dinero en la taquilla y, sobre todo, tu manera de reaccionar, he sabido que estamos hechos el uno para el otro. Tal vez, si unimos fuerzas, podamos evitar dos suicidios de adolescentes este curso. ¿Cómo lo ves? ¿Quieres ser mi favoritísima amiga del mundo mundial?

Me echo a reír de nuevo porque ¿cómo no hacerlo?

—Claro, pero, si el libro no me gusta, me reservo el derecho a cambiar de idea.

Lunes, 27 de agosto de 2012

15:55 h

Al final, conocer a Breckin me ha arreglado el día. Es mormón de verdad y tenemos muchas cosas en común, aunque hay bastantes más en las que no coincidimos, lo que hace que me resulte aún más interesante. También es adoptado, pero él mantiene una buena relación con su familia biológica. Tiene dos hermanos que no son adoptados y tampoco homosexuales, por lo que sus padres han llegado a la conclusión de que su «homosexualismo» (es él quien lo ha llamado así, yo solo lo repito) se debe a que no comparten herencia de sangre. Me ha dicho que sus padres confían en que se le pase cuando termine el instituto y, por si acaso, rezan mucho para ayudar en el proceso, mientras que él está convencido de que lo suyo todavía no ha acabado de florecer del todo y de que, en todo caso, irá a más.

Su sueño es convertirse algún día en estrella de Broadway, aunque reconoce que le falta talento para cantar o actuar, por lo que ha rebajado sus expectativas y se ha decantado por estudiar Administración de Empresas. Yo le he dicho que quiero graduarme en Escritura Creativa para pasarme el día en chándal y no hacer nada más que escribir libros y comer helado. Cuando me ha preguntado qué genero quería escribir, le he respondido: «Qué importa el género si el libro es bueno, ¿no?». Y creo que ese comentario ha acabado de asentar nuestra amistad.

Ya hemos terminado las clases y voy de camino a casa, pero no sé si ir directamente a ver a Six para ponerla al corriente de las novedades, tanto buenas como malas, del primer día o si pasar antes por el súper para conseguir mi chute de cafeína antes de salir a correr.

Al final se impone lo segundo, a pesar de que mi afecto por Six es superior al que siento por el café, aunque sea por poco.

Hacer la compra semanal es mi pequeña aportación a las tareas domésticas. Todo lo que entra en casa es sin azúcar, sin apenas carbohidratos y sin ningún sabor gracias al estilo de vida vegano y sanísimo de Karen, por lo que enseguida me ofrecí a hacer la compra. Cojo un pack de seis refrescos y la bolsa más grande de chocolatinas Snickers tamaño mini y lo meto todo en el carro. Tengo un buen escondite en mi habitación para mis alijos secretos. Sé que lo normal a mi edad es esconder tabaco o marihuana, pero yo almaceno azúcar.

Cuando llego a la caja, reconozco a la cajera, con la que he compartido clase de lengua a segunda hora. Estoy casi segura de que se llama Shayna, aunque en la plaquita pone Shayla. Shayna/Shayla es todo lo que a mí me gustaría ser: alta, voluptuosa y rubia natural. Yo rozo el metro sesenta en un día bueno y a mi sosa melena castaña le vendrían bien un corte y unas mechas, ya de paso, aunque sería un castigo mantenerlas en condiciones con la cantidad de pelo que tengo. Me llega unos quince centímetros por debajo de los hombros, pero suelo llevarlo recogido por la humedad que hace siempre aquí, en el sur de Estados Unidos.

—¿Tú no estás en mi clase de ciencias? —me pregunta Shayna/Shayla.

—En lengua inglesa —la corrijo.

Ella me dirige una mirada condescendiente.

—Te he hablado en lengua inglesa. —Se pone a la defensiva—. Te he dicho: «¿Tú no estás en mi clase de ciencias?».

La madre que la parió.

Tal vez no quiera ser *tan* rubia.

—No, me refería a que vamos juntas a clase de lengua inglesa, no a ciencias.

Ella parece quedarse en blanco durante un instante, pero luego se echa a reír al darse cuenta del malentendido.

—Oh.

Sin apartar la vista de la pantalla de la caja registradora, lee el total. Me llevo la mano al bolsillo trasero para sacar la tarjeta, pagar cuanto antes y librarme así de una conversación poco prometedora.

—Ay, Dios —comenta en voz baja—. Mira quién ha vuelto.

Al fijarme, veo que está observando a alguien que se encuentra a mi espalda, en la otra caja registradora.

Rectifico. Está babeando mientras contempla a alguien en la otra fila.

—Hola, Holder —lo saluda en tono seductor antes de deslumbrarlo con una sonrisa radiante.

¿He comentado ya que Shayna/Shayla tiene unos labios bonitos y carnosos? Pues sí. Y unas pestañas largas que acaba de batir con entusiasmo. La verdad, pensaba que eso solo lo hacían los dibujos animados.

Me vuelvo para averiguar quién es ese tal Holder que ha conseguido eliminar cualquier rastro de dignidad que Shayna/Shayla pudiera tener. El chico la mira e inclina la cabeza con poco interés.

—Hola... —entorna los ojos para leer el nombre de la plaquita—, Shayla —la saluda antes de devolver la atención a su cajero.

¿La está ignorando? Una de las chicas más guapas del instituto se le está ofreciendo en bandeja y él reacciona como si le molestara.

¿Este tipo es humano acaso? No es así como reaccionan los que yo conozco.

Ella resopla.

—Me llamo Shayna. —Parece fastidiarle que él no se acuerde de su nombre.

Me giro hacia la caja y deslizo la tarjeta por el terminal.

—Perdona —se disculpa él—, pero sabes que en la placa pone Shayla, ¿no?

Ella baja la vista hacia su pecho y levanta la plaquita para leerla.

—¿Eh? —Frunce las cejas como si estuviera sumida en una honda reflexión, aunque dudo que sea tan profunda—. ¿Cuándo has vuelto? —le pregunta.

Al parecer, se ha olvidado de que existo. Acabo de pasar la tarjeta y estoy segura de que ella debería hacer algo, pero está demasiado ocupada planificando su boda con este tío como para pensar en sus clientes.

—La semana pasada —responde él en tono cortante.

—¿Te van a dejar volver al insti?

Desde donde estoy, lo oigo suspirar.

—Da igual, no pienso regresar.

Esta última frase hace que Shayna/Shayla pierda interés en él. Hace una mueca exasperada antes de centrarse de nuevo en mí.

—Qué pena que un cuerpo como ese no venga con cerebro incorporado —murmura.

Me cuesta no echarme a reír por la ironía de la situación.

Cuando al fin se pone a teclear en la caja para terminar la transacción, aprovecho que está distraída para volver a girarme. Me despierta curiosidad este tío que, al parecer, a la rubia de piernas infinitas le resulta tan cargante. Está buscando algo en su cartera

mientras se ríe de lo que le ha dicho el cajero. En cuando le echo un ojo, me llaman la atención tres cosas:

1. Unos dientes alucinantemente perfectos escondidos tras su atractiva sonrisa ladeada.
2. Los hoyuelos que se le forman entre las comisuras de la boca y las mejillas cuando sonríe.
3. Creo que tengo sofocos.

O tal vez sean mariposas.

O he pillado un virus intestinal en clase.

Es una sensación tan rara que no sé cómo definirla. No sabría decir qué lo hace distinto a los demás, pero es la primera vez que mi cuerpo muestra una reacción biológica normal delante de otra persona. Aunque también es cierto que nunca había visto a alguien tan increíble como él. Está buenísimo. No es un chico mono ni un tipo duro; digamos que está en un perfecto punto medio entre las dos cosas. No es muy alto, pero, desde luego, no es bajo. No es demasiado rudo ni demasiado perfecto. Lleva vaqueros y una camiseta blanca, nada especial. No estoy segura de que se haya peinado hoy, aunque lo que está claro es que no le vendría mal un corte de pelo, igual que a mí. Lo lleva tan largo que tiene que apartárselo de los ojos para ver y, al hacerlo, me descubre observándolo.

Mierda.

Mi reacción habitual sería apartar la vista en cuanto se estableciera el contacto visual, pero hay algo en su modo de mirarme que me atrapa. Deja de sonreír y ladea la cabeza. Luego la sacude y sus ojos adquieren un aire de incredulidad o de... ¿repulsión? No estoy segura de lo que es, pero es obvio que no está sintiendo nada agradable. Examino mi entorno con la esperanza de

que esté mirando a otra persona, pero, cuando me vuelvo hacia él, sigue observándome.

A mí.

Inquieta, por no decir disgustada, me giro a toda prisa hacia Shayla o Shayna o como demonios se llame. Tengo que recuperar el control. Este tipo acaba de embelesarme y aterrorizarme en menos de un minuto, lo que no es bueno para mi cuerpo, que sigue privado de cafeína. Preferiría que me mirara con la misma indiferencia que ha mostrado ante Shay-la-na. Acepto el recibo que me da y me lo guardo en el bolsillo.

—¡Eh! —exclama el chico en tono exigente.

Su voz profunda me roba el aliento. No sé si me está hablando a mí o a Shaylana, por lo que agarro las bolsas de la compra y me dispongo a salir de allí con la esperanza de llegar al coche antes de que él acabe de pagar.

—Creo que está hablando contigo —me advierte Shaylana.

Sin hacerle caso, salgo del súper y me dirijo al coche a toda prisa. Cuando llego, se me escapa un suspiro de alivio mientras abro la portezuela de atrás para dejar las cosas.

¿Qué demonios me pasa? ¿Un chico guapo trata de hablar conmigo y salgo corriendo? No soy tímida con los tíos; al contrario, soy más bien descarada. Y, sin embargo, la primera vez que siento lo que podría ser atracción por alguien, salgo huyendo.

Six me va a matar.

Pero es que esa mirada tenía algo muy perturbador. Me ha hecho sentir incómoda, cohibida y, al mismo tiempo, halagada. Los chicos no suelen despertar reacciones en mí, y mucho menos más de una al mismo tiempo.

—¡Eh!

Me quedo de piedra. Ahora sí que no hay duda de que se dirige a mí.

Todavía no sabría decir si lo del estómago son mariposas o un puñado de virus, pero, en cualquier caso, no me gusta el modo en que su voz se me cuela hasta las entrañas. Tensa, me vuelvo hacia él despacio y me doy cuenta de que mi experiencia con los chicos no me ha servido para ganar confianza.

Sostiene dos bolsas en una mano mientras se rasca la nuca con la otra. Echo de menos el tiempo de los últimos días. La lluvia me parece un asco, pero al menos, si lloviera, no estaría aquí plantado ahora mismo. Cuando nuestros ojos se encuentran, veo que ha cambiado la mirada de desprecio que me ha dirigido en el súper por una sonrisa ladeada que no sé a qué viene y que me parece forzada. Ahora que lo tengo más cerca, puedo afirmar que lo de mi estómago no tiene nada que ver con un virus.

Me lo está provocando él.

Todo en él me afecta, desde el pelo moreno alborotado hasta los ojos, de un azul oscuro casi eléctrico, sin olvidarme de ese... hoyuelo ni de esos brazos fuertes que me gustaría tocar.

¿Tocar? ¿En serio, Sky? ¡Contrólate!

Todo en él me provoca un fallo multiorgánico: los pulmones no me responden y el corazón se me dispara. Además, tengo el presentimiento de que, si se le ocurriera sonreírme como lo hace Grayson, batiría algún récord mundial en caída libre de bragas.

Cuando logro dejar de observarle el cuerpo y restablecemos el contacto visual, él se suelta la nuca y se cambia las bolsas a la mano izquierda.

—Soy Holder —se presenta, ofreciéndome la derecha.

Yo la observo y doy un paso atrás sin aceptarla. La situación ya es lo bastante incómoda y no quiero empeorarla fiándome de él antes

de tiempo. Tal vez, si no me hubiera fulminado con la mirada en el súper, sería más susceptible a su perfección física.

—¿Qué quieres?

Me esfuerzo por mirarlo con desconfianza para no quedarme embobada una vez más.

Se echa a reír, lo que hace que vuelva a aparecer el dichoso hoyuelo, y aparta la vista.

—Emmm... —titubea, lo que no pega nada con su imagen de tipo seguro de sí mismo.

Observa a su alrededor, como si estuviera buscando una vía de escape, y suspira antes de volver a mirarme a los ojos. Tantas reacciones me están poniendo nerviosa. Primero parece asqueado por mi presencia y luego sale a perseguirme. Normalmente se me da bastante bien interpretar a la gente, pero, si tuviera que juzgar a Holder basándome en los dos últimos minutos, me decantaría por un trastorno de personalidad múltiple. Tanto pasar de una actitud desenfadada a otra intensa me saca de quicio.

—Sé que va a sonar a excusa barata —dice al fin—, pero es que me resultas muy familiar. ¿Podrías decirme cómo te llamas?

Me decepciona comprobar que ha optado por soltar una frase tan poco original. Al parecer, es uno de esos que saben que son tan atractivos que consiguen que las chicas caigan rendidas a sus pies en cualquier momento y lugar. De esos que solo tienen que echar mano de una sonrisa ladeada o un hoyuelo para que una chica se derrita cuando le pregunta cómo se llama. De esos que se pasan los sábados por la noche colándose por las ventanas.

Menuda decepción. Con una mueca exasperada, echo la mano hacia atrás y agarro la manija de la puerta.

—Tengo novio —le digo, aunque no es verdad.

Me doy la vuelta, abro el coche y me siento, pero, cuando me dispongo a cerrar, noto una resistencia que me lo impide. Al levantar la cara, veo que está sujetando la puerta por arriba. La desesperación que hay en sus ojos me causa escalofríos.

¿Me siento así por una mirada? ¿Qué me está pasando? No me reconozco.

—Tu nombre. Es todo lo que te pido.

No sé si debería aclararle que mi nombre no va a ayudarlo nada en sus intentos de acoso. Debo de ser la única chica de diecisiete años que no tiene presencia alguna en internet. Sin soltar la manija, le dirijo una mirada de advertencia mientras le digo:

—¿Te importa?

Señalo con los ojos la mano con la que sujeta la puerta y, al hacerlo, veo el tatuaje que tiene en el antebrazo, donde, escrito en letra pequeña, pone:

Hopeless

Me río por dentro con disimulo. Sin duda, hoy el karma la ha tomado conmigo. Cuando al fin conozco a un chico que me atrae, resulta ser una perla a la que expulsaron del instituto y que lleva *«hopeless»* tatuado en el brazo, una palabra que activa todas mis alertas porque, aunque literalmente significa «sin esperanza», se usa tanto para referirse a alguien inútil como a un caso perdido, algo que no tiene remedio. Sea cual sea la razón que lo llevó a elegirla, no pinta nada bien.

Cabreada, tiro de la puerta, pero él se mantiene firme.

—Tu nombre, por favor.

Me lo ruega con tanta desesperación que no puedo seguir ignorándolo.

—Sky —respondo con brusquedad, movida por la empatía que me provoca el dolor que esconden esos ojos azules, una compasión que no sé de dónde sale ni a qué viene.

Qué rápido me he rendido. Menuda decepción. Enfadada conmigo misma, suelto la puerta y arranco el motor.

—¿Sky? —repite, y, tras unos instantes de reflexión, niega con la cabeza, como si le hubiera dado una respuesta incorrecta—. ¿Estás segura?

¿Me lo está preguntando en serio? ¿Se piensa que soy como Shaylana, que no sabe ni cómo se llama ni por dónde le da el aire? Miro al cielo buscando paciencia y me remuevo en el asiento para sacarme el documento de identidad del bolsillo y plantárselo ante la cara.

—Sí, estoy segura de cómo me llamo.

Cuando voy a guardar el carnet, él suelta la puerta y me lo quita de la mano para observarlo de cerca. Tras examinarlo, le da la vuelta entre los dedos y me lo devuelve.

—Perdona. —Da un paso hacia atrás—. Me he confundido.

Su expresión se endurece mientras me guardo el carnet en el bolsillo. Me lo quedo mirando un instante por si añade algo más, pero se limita a apretar la mandíbula y moverla adelante y atrás mientras me abrocho el cinturón de seguridad.

¿Se va a rendir tan pronto? ¿No va a invitarme a salir, en serio?

Hago el gesto de cerrar la puerta con la esperanza de que vuelva a impedirlo y me suelte otra excusa absurda para proponerme una cita. Cuando no lo hace y se aparta un poco más del coche, me asalta una extraña inquietud. Si su intención no era tontear conmigo, ¿de qué iba todo esto?

Se pasa una mano por el pelo y murmura algo entre dientes, pero la ventanilla está cerrada y no oigo lo que dice. Meto la marcha atrás

y no dejo de observarlo mientras salgo del aparcamiento. Mientras me alejo, ajusto el retrovisor para echarle un último vistazo y veo que le da un puñetazo al capó de un coche.

Bien hecho, Sky. Ese tío tiene muy mal genio.

Lunes, 27 de agosto de 2012

16:47 h

Cuando acabo de guardar la compra, cojo un puñado de chocolatinas de mi alijo y me las guardo en el bolsillo antes de saltar por la ventana y entrar en la habitación de Six, donde la encuentro dormida, pese a que son las cinco de la tarde. Voy de puntillas a la cama y me arrodillo a su lado. Lleva una mascarilla facial y se le ha pegado el pelo a la mejilla por culpa de la gran cantidad de baba que se le cae. Me acerco todo lo que puedo a su cara y grito:

—¡SIX! ¡DESPIERTA!

Ella se incorpora con tanta brusquedad que no me da tiempo a apartarme. Me alcanza en el ojo con el codo y termino sentada en el suelo. Me cubro el ojo dolorido con la mano y me tumbo de espaldas. Desde el suelo del dormitorio, la miro con el ojo bueno. Está sentada en la cama, sosteniéndose la cabeza y dirigiéndome una mirada asesina.

—¡Serás capulla! —refunfuña mientras aparta la sábana. Se levanta y se va directa al lavabo.

—Creo que me has puesto el ojo morado —me lamento.

Ella se sienta en el váter sin molestarse en cerrar la puerta.

—Mejor. Te lo mereces. —Corta un trozo de papel higiénico y cierra la puerta con el pie—. Espero que me hayas despertado por algo que valga la pena. Ayer estuve toda la noche haciendo el equipaje.

Six nunca ha sido una persona madrugadora. Siempre está de mala leche por las mañanas y, por lo que parece, tampoco le entusiasman las tardes. Es un ave nocturna. Creo que su momento favorito del día es cuando duerme; supongo que por eso odia tanto tener que despertarse.

Su sentido del humor y su carácter directo son las principales razones de que nos llevemos tan bien. Las chicas falsas —el prototipo de la animadora— me atacan los nervios. A Six ni siquiera se le pasaría por la cabeza animar a otros. Si tuviera una prenda de ropa negra más, podría considerarse gótica. No tiene nada de falsa. Siempre va de cara y dice lo que piensa, te guste o no. No hay nada falso en ella..., excepto el nombre.

Cuando tenía catorce años y sus padres le dijeron que se iban de Maine para mudarse a Texas, su forma de rebelarse fue no contestar a su nombre. El oficial es Seven Marie, pero se negó a responder a otro que no fuera Six para castigarlos por haberla obligado a cambiar de ciudad. Y, aunque ellos siguen llamándola Seven, el resto del mundo prefiere Six, lo cual prueba lo cabezota que es, tanto como yo, otra de las razones por las que es mi mejor amiga.

—Creo que te alegrarás de que te haya despertado. —Me levanto del suelo y me siento en su cama—. Hoy me ha pasado algo alucinante.

Six abre la puerta del baño y vuelve a la cama. Se tumba a mi lado, se tapa hasta la cabeza, me da la espalda y ahueca la almohada hasta sentirse cómoda.

—Deja que lo adivine. ¿Karen se ha hecho instalar internet por cable?

Yo también me tumbo de lado, me pego más a ella y la abrazo por la cintura.

—Vuelve a intentarlo.

—Has conocido a alguien en clase, te has quedado embarazada y te vas a casar, pero no podré ser tu dama de honor porque estaré en la otra punta del mundo.

—Te has acercado, pero no. —Tamborileo con los dedos sobre su hombro.

—Pues entonces, ¿qué? —salta molesta.

Me tumbo de espaldas y se me escapa un suspiro hondo.

—He ido al súper después de clase y he visto a un tío. ¡Joder, Six, estaba buenísimo! Daba un poco de miedo, pero estaba buenísimo.

Ella se da la vuelta al instante y logra alcanzarme con el codo en el mismo ojo de antes.

—¡¿Qué?! —exclama sin hacer caso de mi gruñido de agonía. Se sienta y me aparta la mano de la cara—. ¡¿Qué?! —vuelve a gritar—. ¿En serio?

Yo permanezco tumbada. Trato de archivar el dolor que me palpita en el ojo y guardarlo para otro momento.

—Ya, tía. En cuanto lo he visto, he sentido que me caía al suelo convertida en un charco. Era... buf.

—¿Has hablado con él? ¿Te ha dado su teléfono? ¿Te ha invitado a salir?

Nunca la había visto tan animada. De hecho, su reacción me parece exagerada y no estoy segura de que me guste.

—Por Dios, Six, cálmate un poco.

Ella me mira con el ceño fruncido.

—Sky, llevo cuatro años preocupada por ti. Pensaba que no iba a llegar este día. Me parecería genial que fueras gay, que te gustaran los frikis bajitos y escuálidos o los viejos arrugados con penes aún más arrugados, pero me angustiaba que no fueras capaz de experimentar lujuria. —Se tumba de espaldas con una sonrisa en la cara—. La lujuria es el mejor de los siete pecados capitales.

Niego con la cabeza, aunque no puedo evitar que se me escape la risa.

—No estoy de acuerdo. La lujuria es una mierda; llevas todos estos años demostrándomelo. Prefiero mil veces la gula.

Para respaldar mis palabras con hechos, me saco una chocolatina del bolsillo y me la meto en la boca.

—Necesito detalles —me pide.

Me echo hacia atrás en la cama y me quedo sentada con la espalda apoyada en el cabecero.

—No sé cómo describirlo. Cuando lo he mirado, no quería dejar de hacerlo. Me habría quedado observándolo todo el día. Pero, cuando él me ha devuelto la mirada, me he acojonado. Era como si le cabreara que me hubiera fijado en él. Y luego va el tío, me sigue hasta el coche y me exige que le diga cómo me llamo muy mosqueado, como si lo estuviera acosando. He pasado de desear lamerle los hoyuelos a querer salir pitando de ahí en segundos.

—¿Te ha seguido? ¿Hasta el coche? —me pregunta en tono escéptico.

Se lo confirmo asintiendo con la cabeza antes de contarle la visita al súper con pelos y señales hasta llegar al momento en el que él le ha dado un puñetazo al vehículo en el aparcamiento.

—Madre mía, qué raro todo —comenta cuando termino. Se sienta a mi lado y se apoya en el cabecero, igual que yo—. ¿Estás segura de que no estaba ligando contigo? Igual trataba de conseguir tu número. Sé cómo actúas cuando estás con tíos, Sky; te he visto. Sé que se te da bien disimular lo que sientes y que eres capaz de interpretar lo que quiere un chico, pero tal vez hoy, al sentirte atraída por él de verdad, la intuición te haya fallado. ¿No crees que puede ser eso?

Me encojo de hombros porque quizá tenga razón. A lo mejor malinterpreté su actitud y mi reacción negativa le hizo cambiar de idea sobre invitarme a salir.

—Puede ser. Aunque lo que está claro es que la cosa se ha torcido casi de entrada. Lo echaron del instituto, tiene un carácter de mierda y... es... un caso perdido. No sabría decir cuál es mi tipo de chico, pero sé que no quiero que sea como Holder.

Six me sujeta la cara por las mejillas y me hace girar la cabeza para que la mire a los ojos.

—¿Holder? ¿Has dicho Holder? —Ha levantado una de sus cejas perfectamente depiladas y me dirige una ojeada curiosa.

Pongo morritos porque sigue aplastándome la cara, por lo que asiento en silencio en vez de hablar.

—¿Dean Holder? ¿Pelo castaño alborotado, ojos azules que brillan como brasas y una actitud como si acabara de salir de *El club de la lucha*?

Me encojo de hombros.

—Zi, asssción zzzcide —respondo, aunque no se entiende nada porque me sigue apretando los mofletes. Cuando me suelta, lo repito—: Sí, la descripción coincide. —Me llevo las manos a las mejillas y me las masajeo—. ¿Lo conoces?

Ella se levanta y alza las manos al cielo.

—¿Por qué, Sky? De todos los tíos que podrían gustarte, ¿por qué te fijas en Dean Holder?

Parece decepcionada. ¿Por qué se ha alterado tanto? No es por celos. Nunca la había oído hablar de Holder; sé que no ha salido con él. Entonces, ¿por qué la conversación ha pasado de ser excitante a... un auténtico desastre?

—Necesito detalles —repito sus palabras de antes.

Ella gira la cabeza como si quisiera relajarse. Se dirige al armario, saca unos vaqueros de una caja y se los pone sobre la ropa interior.

—Es un capullo, Sky. Iba a nuestro instituto, pero lo mandaron a un centro para delincuentes juveniles a principios del curso pasado. Aunque no lo conozco demasiado, sé que no es el tipo de chico que quieres como novio para tu amiga.

Sus palabras no me sorprenden. Y me gustaría añadir que no me decepcionan, pero mentiría.

—¿Desde cuándo piensas en los chicos como potenciales novios?

Creo que Six no ha tenido ninguna pareja que le haya durado más de un mes.

Ella me mira y se encoge de hombros.

—*Touché*.

Se pone una camiseta antes de ir al baño a lavarse los dientes, pero no tiene paciencia y sale a la habitación a cepillárselos.

—¿Por qué lo enviaron a un centro de menores? —le pregunto, aunque no sé si quiero saber la respuesta.

Six se saca el cepillo de la boca para responderme.

—Lo detuvieron por un delito de odio. Le dio una paliza a un chico gay del instituto. Estoy casi segura de que fue por un tema de reincidencia.

De nuevo con el cepillo en la boca, regresa al baño para enjuagarse.

¿Un delito de odio? ¿En serio? El corazón me da un vuelco, pero esta vez no en el buen sentido.

Six regresa al dormitorio tras haberse recogido el pelo en una coleta.

—Menuda mierda —comenta mientras rebusca entre sus joyas—. ¿Y si esta es la única vez que encuentras a un tío que te pone cachonda y no vuelve a pasarte nunca más?

Hago una mueca al oírla.

—No me he puesto cachonda, Six.

Ella sacude la mano en el aire.

—Cachonda, atraída, llámalo como quieras —le quita importancia mientras regresa a la cama. Se deja un pendiente sobre el regazo y se coloca el otro en la oreja—. Supongo que deberíamos alegrarnos de saber que no estás estropeada del todo. —Entorna los ojos, se inclina hacia mí y me sujeta por la barbilla para ladearme la cara—. ¿Qué demonios te ha pasado?

Entre risas, ruedo sobre la cama para apartarme del peligro.

—¡Tú! —Me acerco a la ventana—. Necesito aclararme las ideas. Voy a correr un rato. ¿Quieres venir?

Six arruga la nariz.

—Pues... no. Diviértete.

Cuando ya he pasado una pierna sobre el alféizar, me llama.

—Quiero que me lo cuentes todo sobre el primer día de clase. Y tengo un regalo para ti. Luego me paso por tu casa.

Lunes, 27 de agosto de 2012

17:25 h

Me arden los pulmones. He dejado de sentir el cuerpo hace un rato, en Aspen Road. He pasado de inhalar y exhalar de manera controlada a jadear y tragar aire a borbotones. Normalmente, cuando alcanzo este punto es cuando más me gusta correr, cuando cada gramo de mi cuerpo une fuerzas para impulsarme hacia delante y solo puedo pensar en dar el siguiente paso y nada más.

El siguiente paso.

Nada más.

Hasta hoy nunca había llegado tan lejos. Suelo detenerme cuando alcanzo la marca de los dos kilómetros y medio, pero esta vez no lo he hecho. A pesar de que mi cuerpo ha obtenido ya el deseado estado de desesperación, todavía no he logrado que mi mente desconecte. Sigo corriendo con la esperanza de conseguirlo, aunque me está costando mucho más de lo habitual. Lo único que me impulsa a parar es el hecho de que tengo que desandar el tramo recorrido y me estoy quedando sin agua.

Me detengo frente a la entrada de una casa y me apoyo en el buzón. Le quito el tapón a la botella y me seco el sudor de la frente antes de llevármela a los labios. Bebo las cuatro gotas que quedan y me doy cuenta de que me he terminado la botella entera; no es de extrañar, teniendo en cuenta que estamos en Texas en agosto. En

silencio, me fustigo por no haber salido a correr esta mañana. El calor me está matando.

Preocupada por la falta de hidratación, decido volver a casa andando. No creo que a Karen le haga ninguna gracia que me fuerce hasta la extenuación. De hecho, no le gusta nada que salga a correr sola.

Cuando echo a andar, oigo una voz familiar a mi espalda.

—Hola, tú.

Como si mi corazón no estuviera ya lo bastante acelerado, al volverme despacio, me encuentro con Holder, que me contempla con una sonrisa completa, con hoyuelos y todo. Tiene el pelo mojado por el sudor; es obvio que también ha estado corriendo.

Pestañeo un par de veces para confirmar que no se trata de una alucinación causada por el cansancio. El instinto me advierte a gritos que huya, que me aleje de allí, pero a mi cuerpo le apetecería saber qué se siente entre sus brazos brillantes y sudorosos.

Mi cuerpo es un traidor de mierda.

Por suerte, no me he recuperado de la carrera, así que no podrá asumir que mi respiración errática se debe a su presencia.

—Hola —respondo sin aliento.

Me esfuerzo por mirarlo a la cara, pero, como mis ojos se empeñan en descender por su cuerpo, opto por clavar la vista en el suelo para no enfrentarme al hecho de que solo lleva zapatillas y pantalones cortos. El modo en que los pantalones le cuelgan de las caderas es razón más que suficiente para perdonar cualquier cosa negativa que haya oído sobre él. Que yo recuerde, nunca he sido de marearme ante un chico guapo, lo que me hace sentir superficial, patética, lamentable... y cabreada conmigo misma por dejar que un tío me altere tanto.

—¿Te gusta correr? —me pregunta mientras apoya un codo en el buzón.

Asiento con la cabeza.

—Suelo salir por las mañanas; ya se me había olvidado el calor que hace por las tardes.

Cuando trato de mirarlo a la cara, tengo que cubrirme los ojos con la mano para protegerme del sol, que le rodea la cabeza como si fuera un halo.

Qué irónico.

Cuando alarga el brazo hacia mí, me encojo antes de darme cuenta de que me está ofreciendo su botella. El modo en que frunce los labios para que no se le escape la risa me indica que se ha dado cuenta de lo nerviosa que estoy.

—Bebe un poco. —Hace oscilar la botella semivacía hacia mí—. Se te ve agotada.

No suelo aceptar agua de desconocidos, y menos de gente conflictiva, pero estoy sedienta y eso se impone.

Le arrebato la botella de la mano, echo la cabeza hacia atrás y doy tres grandes tragos. Aunque me la acabaría encantada, no quiero dejarlo sin agua.

—Gracias. —Se la devuelvo, me seco la boca con el dorso de la mano y miro a mi espalda—. Bueno, me quedan casi tres kilómetros de vuelta; más me vale ponerme en marcha.

—Casi cuatro —me corrige él con la vista clavada en mi barriga, que llevo al aire.

Sin limpiar la boquilla, se lleva la botella a los labios y se bebe el resto del agua sin apartar los ojos de los míos. Yo no puedo dejar de observarle la boca, que cubre la abertura de la botella de la que acabo de beber a morro. Podría decirse que nos estamos besando... en diferido.

Sacudo la cabeza para volver a la realidad, ya que temo que se me haya escapado algo en voz alta. Me he distraído un poco observando la gota de sudor que le caía por el pecho.

—¿Eh?

—He dicho que quedan casi cuatro kilómetros hasta Conroe, no tres. En total, habrás corrido ocho —dice como si estuviera impresionado.

Lo miro con curiosidad.

—¿Sabes dónde vivo?

—Sí.

No dice nada más, por lo que me quedo observándolo en silencio a la espera de una explicación. Al darse cuenta de que no me conformo con un simple «sí», suspira y añade:

—Nombre: Linden Sky Davis, fecha de nacimiento: 29 de septiembre, dirección: calle Conroe, 1455. Estatura: 1,61. Donante.

Doy un paso atrás mientras me imagino mi asesinato a cámara lenta a manos de este acosador de ensueño. Tal vez debería dejar de cubrirme los ojos para poder observarlo con más detalle en caso de que logre escapar con vida. Quizá tenga que describirle sus rasgos al dibujante de retratos.

—Tu carnet —aclara al ver una mezcla de terror y confusión en mi cara—. Me lo has enseñado antes, en el súper.

La explicación no termina de tranquilizarme.

—Le has echado un vistazo muy rápido.

Él se encoge de hombros.

—Tengo buena memoria.

—Eres un acosador —le suelto.

A Holder parece hacerle mucha gracia.

—¿Estás segura de que soy yo el acosador? Porque eres tú la que está en la puerta de mi casa. —La señala por encima del hombro.

¿Su casa? ¿Cómo es posible?

Él endereza la espalda y hace tamborilear los dedos sobre las letras escritas en el buzón: FAMILIA HOLDER.

Noto que se me acumula la sangre en las mejillas, aunque no me preocupa. Tras haber estado corriendo bajo el sol de Texas con una cantidad limitada de agua, estoy convencida de que toda yo estoy sofocada.

Trato de no mirar hacia la casa, pero la curiosidad es mi perdición. Es un edificio normal, tirando a modesto, que encaja bien en el vecindario de clase media en el que nos encontramos. Y lo mismo puede decirse del coche aparcado frente a ella. Me pregunto si será suyo. Por la conversación que ha mantenido con la petarda del súper, deduzco que tiene mi edad, por lo que supongo que vive con sus padres. Lo que me extraña es no haberlo visto antes. ¿Cómo se me puede haber pasado por alto que vivo a cuatro kilómetros de distancia del único chico del mundo capaz de transformarme en una bola de frustración y sofocos?

Me aclaro la garganta antes de decirle:

—Bueno, gracias por el agua.

No veo el momento de escaparme de esta situación tan incómoda. Lo saludo con la mano y echo a correr.

—¡Espera un segundo! —me grita.

Como no me detengo, me adelanta y se pone a correr marcha atrás, con el sol de cara.

—Deja que te rellene la botella. —Me la quita de la mano y, al tirar de ella, me roza la barriga, lo que me deja paralizada—. Enseguida vuelvo —añade antes de salir disparado hacia su casa.

Suerte que no me ve, porque me he quedado boquiabierta. Este acto de generosidad no pega nada con lo que me han contado sobre él. ¿Sufrirá de verdad un trastorno de personalidad múltiple? O tal

vez se trate de una mutación como la del increíble Hulk. O algo parecido al extraño caso del doctor Jekyll y míster Hyde. Me pregunto si Dean será el chico bueno y Holder, el amenazador. Está claro que Holder es el que he visto antes en el súper. Creo que Dean me gusta mucho más.

Me siento incómoda esperando, por lo que acabo volviendo frente a su casa, aunque me detengo cada pocos pasos para mirar hacia atrás, hacia el camino que me lleva a la mía. No sé qué hacer. Tengo la sensación de que, haga lo que haga, voy a sentir que he tomado una mala decisión.

¿Me quedo?

¿Echo a correr?

¿Me escondo entre los arbustos antes de que salga con un cuchillo y unas esposas?

Lo de escapar corriendo queda descartado cuando abre la puerta y se acerca a mí con la botella llena. Esta vez el sol queda a mi espalda y no tengo que esforzarme tanto para verlo. Y eso no es bueno, porque ahora ya no quiero hacer otra cosa en la vida.

¡Arg! ¡Cómo odio la lujuria!

La. Odio.

Mis neuronas son muy conscientes de que no es una buena persona y, sin embargo, a mi cuerpo no parece importarle lo más mínimo.

Cuando me devuelve la botella, doy otro trago. El calor de Texas es horroroso de por sí, pero, si añadimos la presencia de Dean Holder, es como asomarse a las profundidades del infierno.

—Sobre lo de antes... en el súper... —Hace una pausa, nervioso—. Si te he hecho sentir incómoda, lo siento.

Aunque me sigue faltando el aire, encuentro la manera de responderle:

—No me has hecho sentir incómoda.

«Me has dado un susto de muerte».

Holder entorna los ojos y me examina durante unos instantes.

Hoy me he dado cuenta de que no me gusta que me observen; prefiero pasar desapercibida.

—Y tampoco te estaba entrando —aclara—. Es que te he confundido con otra persona.

—No pasa nada.

Me obligo a sonreír, aunque no me apetece. No lo entiendo. ¿Por qué me siento decepcionada al saber que no quería ligar conmigo? Debería estar dando saltos de alegría.

—No estoy diciendo que no vaya a hacerlo en otra ocasión —añade, sonriendo—. Solo te aclaraba que, en ese momento, no lo estaba haciendo.

«Oh, gracias, Diosito».

Su aclaración me arranca una sonrisa, esta vez real, a pesar de mis esfuerzos por mantener una fachada de indiferencia.

—¿Quieres que te acompañe? —dice señalando la acera.

«Sí, por favor».

—No, no hace falta.

Él asiente con la cabeza, pero insiste:

—De hecho, voy en esa dirección. Corro dos veces al día y aún me quedan un par de... —Deja la frase a medias y da un paso rápido hacia mí. Me sujeta por la barbilla y me echa el rostro hacia atrás—. ¿Quién te ha hecho esto? —La dureza que he visto antes en su mirada regresa—. Hace un rato no tenías el ojo así.

Me libero de su agarre y le quito importancia.

—Ha sido un accidente. Ahora ya sé que no debo despertar nunca a una adolescente mientras se echa la siesta.

Él no sonríe. Da un paso más hacia mí y me acaricia la zona de debajo del ojo con el pulgar mientras sigue observándome muy serio.

—Si no hubiera sido un accidente, lo contarías, ¿no? ¿Tienes a quién decírselo?

Quiero responder, de verdad que quiero, pero no puedo. Me está tocando la cara. Tiene la mano en mi mejilla. No puedo pensar ni hablar. Ni siquiera puedo respirar. La intensidad que exuda su mera existencia me roba el aire de los pulmones y me deja sin fuerza en las rodillas. Asiento con poca convicción y él reacciona apartando la mano con el ceño fruncido.

—Voy contigo —afirma en un tono que no admite réplica.

Me apoya las manos en los hombros, me da la vuelta hasta que quedo encarada en dirección contraria y me da un ligero empujón. Echa a correr a mi paso y avanzamos en silencio.

Me gustaría hablar con él para preguntarle cómo le fue en el centro de menores, por qué dejó las clases o por qué se hizo ese tatuaje, pero me da miedo lo que pueda responderme. Además, tampoco es que me sobre el aliento para ir charlando, por lo que recorremos el camino hasta mi casa en silencio.

Cuando ya estamos cerca, aflojamos el paso y llegamos andando. No tengo ni idea de cómo salir de esta situación. Siempre he corrido sola, por lo que desconozco la etiqueta en estos casos. Me vuelvo hacia él y levanto la mano como despedida.

—Ya nos veremos...

—No lo dudes —me asegura mirándome a los ojos.

Tras dirigirle una sonrisa incómoda, me giro hacia mi casa. Mientras camino hacia la puerta, voy dándoles vueltas a sus palabras. Dice que no lo dude, pero ¿cómo no voy a hacerlo? No me ha pedido el teléfono, a pesar de que no sabe que no tengo.

Tampoco me ha invitado a correr con él otro día y, sin embargo, ha dicho «no lo dudes» como si estuviera seguro de que va a ser así. Pues, por mí, vale.

—Sky, espera.

El modo en que su voz se enreda alrededor de mi nombre me hace desear que la única palabra de su vocabulario fuera esa. Mientras me vuelvo hacia él, deseo que me dirija una frase cursi de las que se usan para ligar. Me vale cualquiera, se la voy a comprar igual.

—¿Me haces un favor?

«Pues claro. Haré lo que me pidas, siempre y cuando no te pongas la camiseta».

—¿Sí?

Como respuesta, él me lanza la botella de agua. La atrapo al vuelo y, al ver que está vacía, me siento mal por no haberme ofrecido a rellenársela. La agito en el aire mientras asiento con la cabeza. Subo los escalones y me meto en casa. Cuando entro en la cocina, me encuentro a Karen llenando el lavavajillas. En cuanto la puerta se cierra, dejo de fingir que no me falta el aire y empiezo a resollar como una locomotora vieja.

—Por Dios, Sky. Tienes cara de estar a punto de desmayarte. Siéntate.

Me quita la botella de las manos y me obliga a sentarme en una silla. Dejo que la rellene mientras inspiro por la nariz y suelto el aire por la boca. Cuando me la devuelve, le pongo el tapón y salgo a toda prisa.

—Gracias —me dice Holder antes de volver a rodear la abertura de la botella con sus labios carnosos.

Y, una vez más, es casi como si nos besáramos.

No sé si lo que siento se debe a la larga carrera o a Holder: las dos cosas hacen que me note al borde del desmayo por falta de oxígeno.

Holder tapa la botella y pasea la vista por mi cuerpo. Se detiene unos segundos más de lo correcto sobre mi tripa descubierta antes de volver a mirarme a los ojos.

—¿Corres en pista?

Me cubro la barriga con un brazo y me sujeto la cintura con las manos.

—No, pero me gustaría probarlo.

—Te lo recomiendo. Acabas de correr casi ocho kilómetros y se te ve muy entera. ¿Estás en el último curso?

No tiene ni idea del esfuerzo que me cuesta no tirarme al suelo y resollar por la falta de aire. Nunca había corrido una distancia tan larga sin hacer pausas y me está costando la vida fingir que no estoy echando el hígado por la boca. Al parecer, se me da bien.

—¿No deberías saberlo? Estás perdiendo facultades como acosador.

Cuando sus hoyuelos vuelven a hacer acto de presencia, tengo ganas de chocarme la mano conmigo misma.

—Bueno, no pones las cosas fáciles. Ni siquiera te he encontrado en Facebook.

Acaba de admitir que me ha buscado y no hace ni dos horas que nos conocemos. Reconozco que saber que ha ido directo a su casa a mirar las redes sociales me resulta halagador. Sin poder evitarlo, se me escapa una sonrisa y me entran ganas de darle un puñetazo a esta chica ridícula y patética que ha ocupado el lugar de la antigua Sky, a la que todo le importaba una mierda.

—No tengo Facebook; ni siquiera tengo acceso a internet —le aclaro.

Él me dirige una sonrisa sardónica, como si no me creyera, y se aparta el pelo de la cara.

—Ajá. ¿Y qué me dices del móvil? ¿Tampoco puedes conectarte desde ahí?

—No tengo móvil. A mi madre no le gustan las nuevas tecnologías. Tampoco tenemos tele.

—Joder. —Se echa a reír—. ¿En serio? ¿Y qué haces para entretenerte?

Yo le devuelvo la sonrisa mientras me encojo de hombros.

—Corro.

Holder vuelve a examinarme de arriba abajo y a quedarse atrapado en la franja de barriga que queda expuesta. A partir de hoy, me lo pensaré dos veces antes de salir en sujetador deportivo.

—En ese caso, no sabrás por casualidad a qué hora se levanta cierta persona para correr por las mañanas, ¿no?

Cuando me mira a los ojos, no logro ver al tío que Six me ha descrito antes. Solo a un chico que trata de ligar con una chica con un brillo nervioso en la mirada que me resulta entrañable.

—No creo que te apetezca levantarte tan temprano —respondo.

Su modo de observarme mezclado con el calor de Texas hace que empiece a ver borroso. Inspiro hondo porque no tengo ningún interés en parecer exhausta y sofocada ahora mismo.

Él ladea la cabeza y entorna los ojos.

—No tienes ni idea de lo mucho que me apetece.

Me deslumbra con su sonrisa cargada de hoyuelos y me desmayo.

No, no es una forma de hablar. Me desmayo literalmente.

Y, basándome en el dolor que siento en el hombro al recobrar la conciencia y la grava que se me ha quedado incrustada en la mejilla, no ha sido una caída grácil ni elegante. He perdido el conocimiento y me he pegado un porrazo contra el suelo sin que a él le haya dado

tiempo a impedirlo sosteniéndome entre sus brazos como los héroes de las películas.

Pues estamos apañados.

Estoy tumbada en el sofá, que es donde supongo que me ha dejado tras meterme en casa. Karen se inclina sobre mí con un vaso de agua y Holder se encuentra a su espalda, testigo de uno de los momentos más bochornosos de mi vida.

—Toma, bebe un poco. —Mi madre me levanta la cabeza para acercarme al vaso.

Doy un trago antes de volver a apoyarme en el cojín y cierro los ojos por si hubiera suerte y volviera a desmayarme.

—Voy a buscar un trapo húmedo —me avisa Karen.

Abro los ojos con la esperanza de que Holder haya decidido marcharse al ver que ella salía de la sala, pero sigue ahí. Y se ha acercado al sofá. Se arrodilla en el suelo, a mi lado, y me retira algo del pelo, supongo que grava o polvo.

—¿Estás bien? Te has dado un buen golpe —me pregunta preocupado, y me limpia algo de la mejilla antes de apoyar la mano en el sofá, junto a mí.

—Ay, Dios —me lamento mientras me cubro los ojos con el antebrazo—. Lo siento. Qué vergüenza, por favor.

Holder me agarra la muñeca y me la aparta de la cara.

—Calla, boba. —Su expresión cambia cuando una sonrisa traviesa se impone a la preocupación—. ¿No ves que estoy disfrutando con todo esto?

Karen vuelve a entrar en el salón.

—Aquí está el trapo, cariño. ¿Te traigo algo para el dolor? ¿Estás mareada? —En vez de dármelo directamente, se lo ofrece a Holder y se dirige a la cocina—. Puedo hacerte una infusión de caléndula o de raíz de bardana...

Lo que faltaba.

Por si no estaba ya lo bastante abochornada, va a hacer que me muera de vergüenza obligándome a tomar sus pociones caseras delante de él.

—Estoy bien, mamá. No me duele nada.

Holder me coloca el trapo en la mejilla y me la limpia con delicadeza.

—Tal vez ahora no, pero te dolerá —me dice en voz baja para que no lo oiga Karen. Aparta la vista de mi mejilla y me mira a los ojos—. Tómate algo por si acaso.

No sé por qué la sugerencia suena más atractiva cuando sale de sus labios y no de los de mi madre, pero el caso es que asiento en silencio. Y trago saliva. Y contengo el aliento. Y junto los muslos. Y trato de incorporarme porque, si sigue así, tan cerca de mí, voy a desmayarme otra vez.

Cuando se da cuenta de que quiero sentarme, me sujeta por el codo para ayudarme. Karen regresa con un zumo de naranja. Sus pociones son tan amargas que tengo que tomármelas con zumo para no escupirlas. Le quito el vaso de la mano y me lo bebo todo de un trago. Nunca me lo había terminado tan deprisa, pero es que quiero que mi madre vuelva a la cocina.

—Disculpa, no me he presentado —le dice a Holder—. Soy Karen Davis.

Él se levanta y le estrecha la mano.

—Dean Holder, pero mis amigos me llaman Holder.

Me da envidia que le esté tocando la mano. Quiero sacar número y ponerme a la cola.

—¿De qué os conocéis Sky y tú?

Él baja la vista hacia mí al mismo tiempo que yo levanto la cara hacia él. La sonrisa que me dirige es muy discreta, pero no me pasa

desapercibida.

—En realidad, no nos conocemos —responde—. Podríamos decir que estaba en el lugar adecuado en el momento oportuno.

—Pues gracias por ayudarla. No sé por qué se ha desmayado, es la primera vez que le pasa. —Baja la vista hacia mí—. ¿Has comido algo hoy?

—Un poco de pollo al mediodía. —Le oculto lo de la chocolatina que me he tomado antes de salir a correr—. La comida de la cafetería es una mierda.

Ella hace una mueca de exasperación y levanta las manos al cielo.

—¿Has salido a correr sin tomar nada antes?

Me encojo de hombros.

—Se me ha olvidado. No suelo ir a estas horas.

Mientras regresa a la cocina con el vaso, la oigo suspirar con fuerza.

—No quiero que vayas a correr, Sky. ¿Qué habría pasado si te hubieras desmayado estando sola? Además, entrenas demasiado.

¿De qué va? No pienso dejar de correr.

—Una cosa —interviene Holder al ver que palidezco aún más—. Vivo bastante cerca, en Ricker, y paso por aquí delante todas las tardes cuando voy a correr —le dice a Karen, aunque sé que está mintiendo. Me habría fijado en él—. Si se va a quedar más tranquila, estaré encantado de acompañarla algunos días cuando salga a entrenar por las mañanas. Normalmente a esas horas corro en la pista del instituto, pero no me importa cambiar de rutina. Por seguridad, para asegurarnos de que no le vuelve a pasar.

Ah.

Al fin se me enciende la bombilla. Ya sabía yo que esos abdominales me sonaban de algo.

Karen regresa al salón y alterna la mirada entre los dos. Sabe lo mucho que me gusta salir a correr sola, pero veo en sus ojos que se quedaría más tranquila si alguien me acompañara.

—Me parece bien —se vuelve hacia mí—, si Sky está de acuerdo.

«Sí, sí. Voto a favor. Aunque solo si Holder va sin camiseta».

—Vale —accedo.

Empiezo a levantarme, pero no lo consigo del todo porque la cabeza me sigue dando vueltas. Supongo que estoy muy pálida, porque Holder se apresura a apoyarme la mano en el hombro para que me siente de nuevo.

—Despacio —me aconseja, luego se vuelve hacia Karen y le pregunta—: ¿Tiene galletas saladas? Creo que le vendrían bien.

Mientras ella se dirige a la cocina, Holder me mira preocupado.

—¿Seguro que estás bien?

Cuando me acaricia la mejilla con el pulgar, me estremezco, y a él se le escapa una sonrisa canalla al darse cuenta de que trato de disimular la piel de gallina de los brazos. Mira hacia la cocina de reojo antes de volver a clavarme la vista.

—¿A qué hora quieres que venga a acosarte mañana? —susurra.

—¿A las seis y media? —propongo casi sin aliento.

—Me parece bien.

—Holder, no tienes por qué hacerlo.

Me examina en silencio con sus hipnóticos ojos azules durante unos instantes. Cuando empieza a hablar, soy yo la que se queda callada observando su boca y comprueba que sus labios son igual de hipnóticos.

—Ya sé que no tengo por qué, Sky. Hago lo que quiero. —Se inclina hacia mí y me susurra al oído—: Y lo que quiero es correr contigo.

Se echa hacia atrás y me contempla. Supongo que debería decirle algo, pero el caos que desfila entre mi mente y mi estómago me lo impide.

Karen regresa con las galletas saladas.

—Cómetelas. —Me las pone en la mano.

Holder se levanta para despedirse de ella y luego se vuelve hacia mí.

—Cuídate. Nos vemos mañana.

Asiento con la cabeza y lo observo mientras se marcha. Incluso después, cuando ya se ha cerrado la puerta, soy incapaz de apartar los ojos de ella. Estoy fatal. He perdido el control de mí misma por completo. ¿Es esto lo que tanto le gusta a Six? ¿Estoy sintiendo deseo? ¿Lujuria?

Pues la detesto. No podría odiar más esta sensación tan bonita y mágica.

—Qué chico más agradable —comenta Karen—. Y guapo. —Se vuelve hacia mí—. ¿No lo conoces?

Me encojo de hombros.

—Me han hablado de él —admito.

Pero no le explico nada más porque, si supiera que el chico al que acaba de designar como mi acompañante es un desastre sin remedio, le daría un ataque. Cuanto menos sepa de Dean Holder, mejor para las dos.

Lunes, 27 de agosto de 2012

19:10 h

—¿Qué demonios te ha pasado en la cara? —Jack me suelta la barbilla y pasa por mi lado de camino a la nevera.

Entró en la vida de Karen hará un año y medio más o menos, y cena con nosotras varias veces a la semana. Como hoy es la despedida de Six, ha accedido a deleitarnos con su presencia. Y, aunque le encanta meterse con mi amiga, sé que la echará de menos casi tanto como nosotras.

—Le pegué una paliza a la calle hace un rato.

Él se echa a reír.

—Ah, por eso el suelo estaba en tan mal estado.

Six toma una rebanada de pan y la unta con Nutella. Yo cojo mi plato y me sirvo el invento vegano que se le ha ocurrido a Karen hoy. La comida que cocina es muy suya; hay que acostumbrarse a ella, y Six no ha tenido suficiente con cuatro años: necesita un poco más. Jack, en cambio, parece el gemelo de mi madre y no tiene ningún problema con los platos que prepara. El menú de hoy consiste en algo que soy incapaz de pronunciar, pero que no contiene nada de origen animal, como siempre. Karen no me obliga a seguir una dieta vegana, por lo que, a menos que esté en casa, normalmente como lo que quiero.

Todo lo que Six se lleva a la boca es solo el acompañamiento del plato principal, la Nutella. Hoy va a cenar un sándwich de Nutella

con queso. La verdad, no me veo siguiendo su dieta en un futuro cercano.

—¿Vas a mudarte de una vez? —le pregunto a Jack.

Karen y él llevan tiempo planteándose el siguiente paso de su relación, pero nunca superan el escollo que supone el veto de mi madre a cualquier forma de tecnología. Bueno, es Jack quien no lo consigue, ya que para ella es algo innegociable.

—En cuanto tu madre ceda y se instale el canal ESPN. Si no puedo ver los deportes, no hay trato.

Karen no entra al trapo. Creo que, en el fondo, ambos están satisfechos con su relación y no tienen demasiado interés en adaptarse al enfoque del otro en lo que se refiere a la tecnología.

—Sky se ha desmayado en la calle —cambia de tema—. Un chiquillo adorable la ha traído a casa en brazos.

Me echo a reír.

—Un chico, mamá. No lo llames «chiquillo».

Cuando Six me dirige una mirada ofendida, me doy cuenta de que no la he puesto al día, pero tampoco he tenido tiempo de hablarle de cómo me ha ido en clase; ha sido una jornada muy intensa y trepidante. Me pregunto a quién voy a contarle mis cosas cuando esté en el otro lado del mundo. Solo de pensarlo, se me cierra el estómago. Espero que Breckin sea un buen repuesto y ocupe su lugar. Probablemente le encantaría hacerlo en sentido literal, poniéndose su ropa y sus zapatos, pero a mí con que lo ocupe en sentido figurado me vale.

—¿Estás bien? —se interesa Jack—. Tienes que haberte dado un buen golpe para que te haya salido ese moratón.

Me llevo la mano al ojo morado y hago una mueca. Me había olvidado por completo de él.

—Esto no es culpa del desmayo. Six me dio con el codo. Dos veces.

Espero a que al menos uno de ellos pregunte por qué me atacó, pero no lo hacen, lo que demuestra lo mucho que la quieren. Creo que, aunque me diera una paliza, no le dirían nada; al contrario, pensarían que algo habría hecho yo para merecerla.

—¿No te molesta tener nombre de número? —Jack echa mano de uno de sus temas favoritos para sacar de quicio a Six—. Es algo que nunca he entendido, como esos padres que llaman a sus hijos como los días de la semana. —Se queda inmóvil con el tenedor en la mano y se vuelve hacia Karen—. Cuando tengamos un bebé, no le haremos eso. Cualquier palabra que pueda encontrarse en un calendario queda descartada.

Ella le dirige una mirada glacial. A juzgar por cómo reacciona, esta es la primera vez que Jack saca el tema y, basándome en su expresión, diría que mi madre no visualiza bebés en su vida. Ni en un futuro próximo ni nunca.

Jack retoma su conversación con Six.

—¿No te llamas Seven o algo así? No entiendo por qué te lo cambiaste a Six. Menudo número tan absurdo fuiste a elegir.

—Voy a tomarme tus insultos como lo que son —lo interrumpe ella —: Tu forma de enterrar la desolación que te provoca mi partida.

Jack se echa a reír.

—Bueno, tú puedes enterrar mis insultos donde te apetezca. Tendré más preparados para cuando vuelvas dentro de seis meses.

Cuando Jack y Six se marchan, ayudo a Karen a fregar los platos. Desde que Jack ha sacado el tema de los niños, está más callada de lo habitual.

—¿Por qué te ha afectado tanto? —Le paso un plato para que lo aclare.

—¿El qué?

—Su comentario sobre lo de tener un bebé contigo. Tienes treinta y pico. La gente de tu edad tiene hijos, es normal.

—¿Tanto se ha notado?

—Yo lo he notado; los demás, no sé.

Ella coge otro plato que he acabado de fregar y suspira.

—Quiero mucho a Jack, pero adoro lo que tú y yo tenemos. Me gusta la familia que formamos y no sé si me apetece que cambie. No veo claro lo de añadir a la ecuación un bebé, aunque Jack no deja de insistir en que debemos avanzar en nuestra relación.

Cierro el grifo y me seco las manos con un trapo.

—Cumpliré los dieciocho dentro de poco, mamá. Por mucho que quieras que las cosas sigan como hasta ahora, van a cambiar. El año que viene me iré a la universidad y tú te quedarás aquí sola. Tal vez no sería mala idea plantearte que se mude a vivir contigo.

Ella me sonríe, pero es una sonrisa triste, como cada vez que saco el tema.

—Me lo he planteado, Sky, te lo prometo, pero es un paso muy importante que, una vez dado, no puede deshacerse.

—¿Y si no quieres deshacerlo? ¿Y si, tras darlo, te animas a dar otro y luego otro hasta que acabas corriendo?

Ella se echa a reír.

—Justo eso es lo que me da miedo.

Paso la bayeta húmeda por la encimera y la enjuago cuando acabo de usarla.

—A veces no te entiendo.

—Ya, a veces yo tampoco a ti. —Me da un empujoncito afectuoso en el hombro—. No comprendo por qué tenías tanto interés en ir al

instituto. Ya sé que me has dicho que te lo has pasado bien, pero ¿por qué no me cuentas la verdad?

Me encojo de hombros.

—Porque ha estado bien —miento una vez más.

Mi cabezonería siempre se impone. No pienso admitir que ha sido una mierda de día, aunque sé que ella nunca me soltaría un «te lo dije».

Se seca las manos y me sonríe.

—Pues me alegro de oírlo. Tal vez, cuando te lo vuelva a preguntar mañana, me cuentes la verdad.

Saco de la mochila el libro que me ha dejado Breckin y me tumbo en la cama. Llevo leídas un par de páginas cuando Six se cuela por la ventana.

—Primero el insti, luego el regalo —me saluda.

Se sienta en la cama y se desplaza hasta quedar pegada a mí. Me quita el libro y lo deja en la mesita de noche.

—El insti, una puta mierda. Gracias a ti y a tu incapacidad para decirles que no a los chicos, he heredado tu horrible reputación. Pero, justo a tiempo, el cielo me ha enviado a Breckin, un chico adoptado, gay y mormón que es un desastre cantando y actuando, pero al que le encanta leer. Se ha convertido en mi favoritísimo amigo del mundo mundial.

Six hace un mohín.

—¿Todavía no me he ido y ya me has reemplazado? Eres lo peor. Ah, y que conste que soy muy capaz de decirles que no a los chicos. Lo que no puedo entender son las ramificaciones morales del sexo premarital, por muy abundante que sea. —Me coloca una caja sin envolver sobre el regazo—. Sé lo que estás pensando, pero a estas

alturas ya deberías saber que si no lo envuelvo no es porque no seas importante para mí: es que soy vaga.

La cojo y la sacudo para adivinar lo que hay dentro.

—Eres tú la que se marcha. Soy yo la que debería hacerte un regalo.

—Pues sí, estoy de acuerdo. Pero como regaladora eres un desastre y no espero que cambies a estas alturas.

Tiene razón. Soy una regaladora espantosa, básicamente porque odio que me hagan regalos. Me resulta casi tan incómodo como ver llorar a la gente. Le doy la vuelta a la caja y, cuando encuentro la solapa, tiro de ella y la abro. Quito el papel de seda que envuelve el contenido, que resulta ser un teléfono móvil.

—Six, sabes que no puedo...

—Calla. No pienso irme a la otra punta del mundo sin poder comunicarme contigo de alguna manera. Ni siquiera tienes correo electrónico.

—Ya lo sé, pero no puedo... No trabajo y no puedo pagarlo. Y Karen...

—Relájate. Es un móvil de prepago. Lo he cargado con el dinero justo para poder enviarnos un mensaje al día mientras estoy fuera. No puedo permitirme pagar llamadas internacionales, ya lo siento. Y no sufras por tu madre y sus retorcidos valores parentales, porque este trasto ni siquiera tiene conexión a internet. Solo sirve para mensajes de texto.

Coge el teléfono, lo enciende y guarda su contacto.

—Si acabas ligándote a un tío bueno mientras estoy fuera, puedes cargarle más dinero, pero, como me entere de que él gasta mis minutos, le corto las pelotas.

Cuando me devuelve el móvil, veo que ha introducido sus datos bajo el nombre de «Tu más MÁS favoritísima amiga del mundo

mundial».

Se me da de pena recibir regalos y de puta pena las despedidas. Dejo el teléfono en la caja y me inclino para recoger la mochila del suelo. Saco los libros y, tras dejarlos en cualquier lado, pongo la mochila boca abajo y hago que una lluvia de billetes caiga sobre el regazo de Six.

—Hay treinta y siete dólares para que los cambies por divisas. Espero divisarte pronto, pero, mientras tanto, ¡feliz viaje de intercambio!

Coge un puñado de dólares y los lanza al aire antes de volver a tumbarse.

—¿El primer día de clase y a esas zorras ya les ha dado tiempo a montarte una lluvia de billetes? —Se echa a reír—. Impresionante.

Le dejo una carta de despedida sobre el pecho y le apoyo la cabeza en el hombro.

—¿Eso te parece impresionante? Pues deberías haberme visto en la cafetería, cuando los he deleitado con un baile en la barra...

Six coge la carta y la acaricia, sonriendo, pero no la abre porque sabe que las escenitas me incomodan mucho. Vuelve a dejarla sobre su pecho y apoya la cabeza en la mía.

—Qué golfa eres —me dice en voz baja mientras trata de contener las lágrimas que las dos nos negamos a derramar por pura tozudez.

—Eso dicen.

Martes, 28 de agosto de 2012

6:15 h

Cuando suena la alarma, estoy tentada de ignorarla y volverme a dormir hasta que recuerdo quién me está esperando fuera. Me visto más deprisa que nunca desde que empecé a hacerlo sola y me dirijo a la ventana. Hay un sobre a nombre de Golfa escrito con la letra de Six que me arranca una sonrisa. Lo lanzo sobre la cama antes de salir a la calle.

Holder está sentado en el bordillo, estirando las piernas. Me da la espalda, por suerte, porque así no me ve fruncir el ceño al darme cuenta de que lleva puesta una camiseta. Cuando me oye acercarme, se da la vuelta hacia mí.

—Eh, hola. —Se levanta sonriente.

Me fijo en que tiene la camiseta empapada. Ha venido corriendo hasta aquí. Lleva ya casi cuatro kilómetros, está a punto de correr cuatro más y luego le quedará otro tanto para volver a su casa. No entiendo por qué se toma tantas molestias, la verdad. Ni por qué se lo consiento.

—¿Necesitas estirar? —me pregunta.

—Ya lo he hecho.

Alarga la mano hacia mí y me acaricia la mejilla con el pulgar.

—Tiene mejor aspecto. ¿Te duele?

Niego con la cabeza. ¿En serio espera que verbalice una respuesta mientras me toca la cara? No es nada fácil hablar y contener la

respiración al mismo tiempo.

Retira la mano y me sonríe.

—Bien. ¿Estás lista?

Suelto el aire antes de responder:

—Sí.

Y echamos a correr. Vamos juntos durante un rato, hasta que el camino se estrecha. Me deja pasar delante y me sigue de cerca, lo que me hace sentirme observada. Normalmente correr me sirve para olvidarme de todo, pero ahora mismo soy consciente de cada pequeño detalle de mi cuerpo, desde el pelo hasta la longitud de los shorts que me he puesto o cada gota de sudor que me cae por la espalda. Siento un gran alivio cuando el camino vuelve a ensancharse y se sitúa de nuevo a mi lado.

—Más te vale apuntarte a atletismo —me aconseja con la voz firme, como si no hubiera corrido ya cinco kilómetros esta mañana —. Tienes más fondo que la mayoría de los chicos del equipo del año pasado.

—No me apetece demasiado —logro decir sin aliento—. No conozco a nadie en el instituto. Me lo había planteado, pero de momento la peña con la que me he topado es bastante... capulla. No me apetece tener que compartir con ellos más tiempo del estrictamente necesario con la excusa de ser un equipo.

—Solo has ido un día. Dales tiempo. No puedes esperar hacer un montón de amigos el primer día de clase después de haber estado escolarizada en casa toda la vida.

Me detengo en seco. Él da unas cuantas zancadas más antes de darse cuenta de que no estoy a su lado. Cuando se gira y me ve quieta en la acera, regresa a mi lado a toda prisa y me sujeta por los hombros.

—¿Estás bien? ¿Te has mareado?

Niego con la cabeza y le aparto las manos.

—Estoy bien —respondo sin molestarme en disimular el enfado.

Holder ladea la cabeza.

—¿He dicho algo que no debía?

Cuando echo a andar en dirección a mi casa, él me sigue.

—Pues sí, la verdad. —Lo miro de reojo—. Cuando te acusé de acosarme ayer, lo decía medio en broma, pero luego reconociste que me habías buscado en Facebook. Tampoco entiendo que insistieras tanto en salir a correr conmigo cuando no te pilla de paso. Y ahora resulta que sabes el tiempo que llevo en el instituto y que hasta ahora estudiaba en casa. No lo niego, me preocupa un poco.

Espero a que me dé una explicación, pero se limita a observarme con los ojos entornados. Aunque no hemos dejado de caminar, aguarda a que volvamos la esquina y suspira antes de hablar.

—He preguntado por ahí —admite al fin—. Vivo aquí desde los diez años y tengo muchos amigos. Sentía curiosidad.

Durante unos pasos le sostengo la mirada, pero acabo bajándola al suelo. No me atrevo a mirarlo por miedo a lo que esos «amigos» puedan haberle contado. Conozco los rumores que circulan sobre mí desde que me hice amiga de Six, pero hasta ahora no me habían importado. Nunca me había puesto a la defensiva ni me había sentido avergonzada. Ahora entiendo que se esté tomando tantas molestias por salir a correr conmigo: ha oído los rumores y tiene la esperanza de que sean ciertos.

Al darse cuenta de mi incomodidad, me sujeta por el codo para que me detenga.

—Sky.

Nos volvemos el uno hacia el otro, pero yo mantengo la vista clavada en el suelo. Aunque hoy me he puesto una camiseta encima del sujetador deportivo, igualmente cruzo los brazos a la altura del

estómago y me abrazo. No es que lleve nada al aire, pero me siento muy expuesta en este momento.

—Creo que empezamos con mal pie ayer en el súper —me dice—. Y te juro que, cuando hablé de acoso, era una broma. No quiero que estés incómoda a mi lado. ¿Te sentirías mejor si supieras más sobre mí? Pregúntame lo que quieras y te responderé.

Espero que hable en serio, porque me estoy dando cuenta de que Holder no es de esos chicos de los que te encaprichas unos días y luego te olvidas. Es de los que consiguen que te enamores de ellos, y eso me horroriza. No tengo ningún interés en enamorarme de nadie y menos de una persona que me presta atención con la esperanza de que sea una chica fácil. No quiero colgarme de un tío que se considera un absoluto desastre hasta el punto de tatuárselo en el brazo. Pero me despierta curiosidad, muchísima.

—Si te pregunto algo, ¿serás sincero?

Él inclina la cabeza.

—No esperes otra cosa de mí.

Al responder, ha bajado la voz de un modo que me aturde. La cabeza empieza a darme vueltas y, como siga hablándome así, temo desmayarme otra vez. Por suerte, da un paso atrás y aguarda en silencio. Quiero preguntarle por su pasado. Quiero saber por qué lo expulsaron, por qué hizo lo que hizo y por qué Six no se fía de él. Aunque, por otro lado, no estoy muy segura de querer conocer la respuesta todavía.

—¿Por qué has dejado los estudios?

Él suspira como si fuera una de las preguntas que hubiera preferido esquivar. Cuando echa a andar de nuevo, soy yo quien lo sigue.

—Técnicamente, aún no los he dejado.

—Llevas un año sin pasarte por el instituto. Yo a eso lo llamaría dejarlos.

Se vuelve hacia mí con expresión angustiada, como si quisiera contarme algo, pero no pudiera. Abre la boca; sin embargo, tras un instante de duda, vuelve a cerrarla. Odio no poder interpretarlo mejor. Con la mayoría de la gente no tengo problema. Es fácil darse cuenta de lo que piensan o sienten porque son simples. Holder, en cambio, no puede ser más complicado. Me confunde.

—Volví a casa hace unos días —me cuenta—. Mi madre y yo tuvimos una racha de mierda el año pasado, y por eso me mudé temporalmente a Austin con mi padre. Continué mis estudios allí, pero tenía ganas de volver a casa, y aquí estoy.

Que haya pasado por alto la temporada que estuvo en el centro de menores hace que pierda la poca fe que tenía en su supuesta sinceridad eterna. Entiendo que no le apetezca hablar de ello; lo que no comprendo es que vaya haciendo gala de honestidad cuando no está siendo franco.

—Eso no explica por qué has dejado de ir a clase.

Él se encoge de hombros.

—Ya, no sé. La verdad es que todavía no tengo claro lo que quiero hacer. Ha sido un año muy chungo. Y, además, odio este instituto. Estoy harto de tanta tontería y a veces pienso que lo mejor sería examinarme sin ir a clase.

Dejo de andar y me vuelvo hacia él.

—Como excusa es un poco idiota, ¿no crees?

—¿Te parece idiota que odie el instituto?

—No. Me parece idiota que permitas que un año chungo determine el resto de tu vida. Solo faltan nueve meses para que puedas graduarte. ¿Por qué abandonar ahora? Es... ridículo.

Holder se echa a reír.

—Bueno, claro. Contra esos argumentos tan elocuentes, no puedo hacer nada.

—Ríete si quieres, pero, si dejas los estudios ahora, te estarás rindiendo y estarás dando la razón a todos los que hayan dudado de ti en algún momento. —Bajo la vista hacia el tatuaje—. ¿Vas a confirmarle al mundo que eres un desastre sin remedio? ¿No prefieres darles en las narices y demostrarles que se equivocaban?

Él sigue la dirección de mi mirada y se observa el tatuaje en silencio unos instantes, con los dientes apretados. No tenía intención de ponerme tan intensa, pero me altera mucho la gente que no valora la educación como se merece. Supongo que se lo debo a Karen, que se ha pasado la vida inculcándome que yo soy la única responsable de mis actos y de cómo estos repercutirán luego en mi futuro.

Holder aparta la vista del tatuaje, que los dos seguíamos contemplando. Con la cabeza, señala mi casa.

—Ya has llegado —dice en tono neutro, y, sin una sonrisa ni un gesto de despedida, se marcha.

Yo permanezco en la acera y lo observo mientras se aleja hasta que desaparece en la esquina sin volverse a saludar ni una sola vez.

Y eso que pensaba que hoy iba a interactuar solo con una de sus personalidades. Ilusa de mí.

Martes, 28 de agosto de 2012

7:55 h

Cuando entro en el aula para la primera clase del día, distingo a Breckin sentado en la última fila, en todo su esplendor rosa chillón. No entiendo cómo es que ayer no me fijé en esas deportivas fucsias ni en el chico que las llevaba antes de conocerlo en la cafetería.

—Hola, guapísimo —lo saludo mientras ocupo un asiento libre a su lado.

Le arrebato el vaso de café que lleva en la mano y le doy un sorbo. Él me lo permite porque no me conoce lo suficiente para protestar. O tal vez porque no quiere pagar las consecuencias de enfrentarse a una adicta confesa a la cafeína.

—Anoche descubrí mucho sobre ti —me dice—. Lástima que tu madre no te deje tener internet. Es el sitio ideal para enterarte de cosas sobre ti que ni tú mismo sabías.

Me echo a reír.

—No sé si quiero saberlas.

Inclino la cabeza hacia atrás para apurar el café y le devuelvo el vaso vacío. Tras echarle un vistazo, él lo deja en mi pupitre.

—Te lo voy a contar igual. Según fuentes de Facebook, el viernes te visitó un tal Daniel Wesley y la noche terminó con un susto por posible embarazo. El sábado te lo montaste con un tal Grayson, al que luego largaste a patadas de tu cama. Y ayer... —Tamborilea con los dedos en su barbilla—. Ayer se te vio corriendo con un tal Dean

Holder después de clase, lo que me preocupa un poco porque, según las malas lenguas, no le gustan los... mormones.

La verdad es que a veces doy gracias por no tener acceso a internet.

—Vamos por partes —me dispongo a afrontar la lista de rumores —. No sé ni quién es ese tal Daniel Wesley. El sábado Grayson vino a mi casa, eso es verdad, pero casi no le dio tiempo a ponerme la mano encima porque, en efecto, lo eché a patadas. No soporto a los borrachos. Y sí, también es verdad que estuve corriendo con un tal Holder ayer, pero no lo conozco. Coincidimos en la calle y, como no vive lejos de mi casa, me acompañó un rato.

Al momento me siento culpable por quitarle importancia a mi salida con él, pero es que aún no lo conozco lo suficiente y tengo miedo de que se interponga en la alianza que Breckin y yo firmamos hace la friolera de veinte horas.

—Por si te hace sentir mejor, también me enteré por una tal Shayna de que vengo de una familia de ricos de toda la vida; vamos, que estoy forrado.

Me echo a reír.

—Genial. Así no te importará traerme el café cada mañana.

Cuando la puerta se abre, los dos miramos hacia allí al mismo tiempo y vemos entrar a Holder con el pelo recién lavado y vestido con vaqueros oscuros y una camiseta blanca. Entonces tengo una recaída de mi enfermedad, que aún no sé si es un virus estomacal, sofocos o una nube de mariposas despistadas.

—Mierda —murmuro.

Holder se acerca a la mesa del señor Mulligan, donde deja un impreso antes de dirigirse hacia el fondo de la clase sin apartar la vista del móvil, donde está ajustando algo, supongo que poniéndolo en silencio. Se sienta justo delante de Breckin y no se da cuenta de

que estoy aquí. Cuando termina de quitarle el sonido al teléfono, se lo guarda en el bolsillo.

Me he quedado tan sorprendida al verlo que no se me ocurre saludarlo. Me pregunto si mi opinión habrá tenido algo que ver con su inesperada vuelta a clase. Y, si ese fuera el caso, ¿me alegraría? No estoy segura; una parte de mí ya se está arrepintiendo.

El señor Mulligan entra y deja las cosas sobre la mesa. Luego se dirige a la pizarra, donde escribe su nombre y la fecha. No sé si piensa realmente que de ayer a hoy ya nos habremos olvidado de cómo se llama o si es una manera retorcida y educada de decirnos que somos idiotas.

—Dean —dice todavía de cara a la pizarra. Se da la vuelta y clava la vista en Holder—. Bienvenido, aunque sea con un día de retraso. Confío en que no tengas previsto causar problemas este semestre.

Me quedo boquiabierta ante ese comentario tan condescendiente que no parece venir a cuento de nada. Si así es como lo tratan todos los profesores, no me extraña que no quisiera volver. Al menos los que se meten conmigo son alumnos. El profesorado no debería ser tan impertinente ni con Holder ni con nadie; tendría que ser la primera regla de su manual. La segunda debería ser que los docentes tuvieran prohibido escribir su nombre en la pizarra más allá de tercero de primaria.

Holder se revuelve en la silla y le responde en el mismo tono:

—Confío en que no tenga previsto hacer comentarios que me inciten a causar problemas, señor Mulligan.

Vale. Ya veo que el mal rollito es cosa de los dos. Quizá la próxima vez que nos veamos, aparte de las ventajas de la asistencia a clase, pueda enseñarle el significado de las palabras «respeto a la autoridad».

El señor Mulligan encoge la papada y observa a Holder por encima de las gafas.

—Dean, ¿por qué no te acercas y te presentas a tus compañeros? Hay varias caras nuevas desde que te fuiste el año pasado.

Él no protesta, aunque esa era obviamente la intención del señor Mulligan. En cambio, se levanta con tanta energía que casi salta de la silla y se dirige a la pizarra con rapidez. Su súbita muestra de vigor hace que el profesor dé un paso atrás. Holder, por su parte, se enfrenta a la clase con seguridad.

—Encantado. —Mira al señor Sullivan mientras dice—: Soy Dean Holder, aunque todos me llaman Holder. —Se vuelve hacia nosotros y añade—: Entré a estudiar aquí en tercero de secundaria, pero me tomé un semestre y medio sabático. Según el señor Mulligan, me gusta crear problemas, por lo que esta clase promete ser divertida.

Varios compañeros se ríen al oírlo, pero yo no le veo la gracia. No acababa de fiarme de él por lo que me habían contado y, ahora que lo estoy viendo en acción, me parece que no me engañaban. Holder abre la boca para seguir hablando, pero se detiene y me dirige una sonrisa radiante al reconocerme. Cuando me guiña el ojo, me entran ganas de esconderme debajo del pupitre. Le devuelvo una sonrisa tensa y bajo la vista hacia la mesa al darme cuenta de que la gente se gira a ver a quién le sonríe.

Hace una hora y media se marchó de un humor de perros y me dejó tirada en la acera. Ahora, en cambio, me sonríe como si acabara de encontrarse con una vieja amiga a la que llevaba años sin ver.

Sí, este chico tiene algún problema.

Breckin se inclina hacia mí.

—¿Qué demonios ha sido eso? —susurra.

—Te lo cuento al mediodía.

—¿Alguna perla de sabiduría más que quieras compartir con nosotros? —pregunta el señor Mulligan.

Holder niega con la cabeza y regresa a su pupitre sin apartar los ojos de mí. Ni siquiera cuando se sienta deja de mirarme. El señor Mulligan empieza a hablar y todo el mundo concentra la atención en la parte delantera del aula, menos Holder. Bajo la vista al libro, que abro por el capítulo que toca. Confío en que él haga lo mismo, pero, cuando levanto la vista, sigue observándome fijamente.

—¿Qué? —vocalizo, y levanto las manos con las palmas hacia arriba.

Él entorna los ojos y sigue contemplándome en silencio un poco más hasta que acaba respondiendo:

—Nada.

Por fin se da la vuelta y abre el libro que tiene delante.

Breckin me golpea los nudillos con el lápiz y me dirige una mirada de curiosidad antes de volver a centrarse en la lección. Si espera una explicación sobre lo que acaba de pasar, se va a llevar una decepción porque no voy a poder dársela. No sé a qué ha venido todo eso.

Miro a Holder de reojo varias veces durante la clase, pero él no se gira hacia nosotros ni una sola vez. Cuando suena el timbre, Breckin se levanta de un brinco y tamborilea con los dedos sobre la mesa.

—Tú. Yo. Comida —me dice con la ceja alzada.

Mientras se marcha, yo me vuelvo hacia Holder, que tiene la vista clavada en la puerta por la que acaba de desaparecer Breckin. Su mirada no es precisamente amable.

Recojo mis cosas y salgo de clase antes de que a Dean le dé tiempo a entablar una conversación. Me alegra que haya decidido retomar los estudios, pero me inquieta su modo de mirarme, como si fuéramos colegas de toda la vida. No quiero que nadie —y mucho

menos Breckin— piense que estoy de acuerdo con su actitud. Preferiría que no me asociaran con él, aunque algo me dice que no me lo va a poner fácil.

Voy a la taquilla a cambiar de libro y cojo el de lengua. Me pregunto si Shayna/Shayla me reconocerá hoy. Probablemente no, porque ya han pasado veinticuatro horas y dudo que sus neuronas funcionen a tan largo plazo.

—Hola, tú.

Cierro los ojos con fuerza, inquieta, y me resisto a girarme porque sé que me lo voy a encontrar frente a mí en toda su gloriosa presencia.

—Has venido —replico.

Ordeno los libros de la taquilla antes de volverme lentamente hacia él, que me sonríe mientras se apoya en la de al lado.

—Pareces otra cuando te arreglas. —Me observa de arriba abajo —. Aunque la versión sudada tampoco está tan mal.

Él tampoco está nada mal, pero no pienso decírselo.

—¿Te has matriculado en serio o has venido para seguir acosándome?

Se le escapa una sonrisa traviesa mientras tamborilea con los dedos en la taquilla.

—Las dos cosas.

Tengo que dejar de hacer bromas de acosadores de una vez por todas. Sería gracioso si no lo creyera capaz de hacerlo.

Echo un vistazo al vestíbulo, que se está vaciando.

—Bueno, tengo que irme a clase. Bienvenido.

Holder entorna los ojos como si se hubiera dado cuenta de mi incomodidad.

—Estás rara.

Hago una mueca exasperada. ¿Cómo va a saber si estoy actuando raro o no si no me conoce? Me giro hacia la taquilla para disimular la auténtica razón por la que me estoy comportando así. La causa son los pensamientos que me asaltan. ¿Por qué su pasado no me asusta más? ¿Por qué le hizo lo que le hizo a aquel pobre chico el año pasado? ¿Por qué ha de tener un carácter tan terrible? ¿Por qué se toma tantas molestias para salir a correr conmigo? ¿Por qué ha ido preguntando cosas sobre mí? Pero, en lugar de admitir lo que me ronda por la cabeza, me encojo de hombros y le digo:

—Es solo que me ha sorprendido verte por aquí.

Él apoya el hombro en la taquilla y niega con la cabeza.

—No, no es eso. Hay algo más. ¿Qué pasa?

Me apoyo de espaldas en mi taquilla y suspiro antes de responderle.

—¿Quieres que sea sincera?

—No espero otra cosa de ti.

Frunzo los labios hasta que forman una fina línea.

—Pues vale. —Me vuelvo hacia él, apoyándome en el hombro, en la misma postura que la suya—. No quiero que te formes una opinión equivocada. Me dices cosas como si quisieras ligar conmigo y no estoy interesada. Y, además, eres... —Hago una pausa mientras busco la palabra adecuada.

—¿Soy qué? —Me observa con intensidad y esa es la respuesta que buscaba.

—Intenso. Demasiado. Y tienes cambios bruscos de humor. Y das un poco de miedo. Y eso sin mencionar lo otro —digo sin pronunciarlo en voz alta—. No quiero que te imagines cosas que no son.

—¿Qué es lo otro? —replica en tono provocador, como si supiera exactamente a qué me refiero y me retara a admitirlo.

Suelto el aire y apoyo de nuevo la espalda en la taquilla mientras bajo la vista a los pies.

—Ya lo sabes.

No tengo ganas de sacar el pasado a relucir. No me apetece nada y me imagino que a él todavía menos.

Holder se me pone delante y apoya la mano en la taquilla, junto a mi cabeza, antes de inclinarse sobre mí. Cuando levanto la vista, me lo encuentro observándome fijamente a menos de veinte centímetros.

—No, no lo sé porque no haces más que dar rodeos y no afrontas el problema que tienes conmigo. Dilo de una vez.

Al sostenerle la mirada, me siento atrapada y su cercanía me despierta el mismo pánico que sentí tras nuestro primer encuentro.

—Me han contado lo que hiciste —respondo con brusquedad—. Sé que le diste una paliza a un chico y que estuviste en un centro de menores. Sé que, en los dos días que hace que te conozco, me he cagado de miedo al menos tres veces y..., ya que estamos siendo honestos, sé que, si has estado preguntando por mí, te habrán hablado de mi reputación, por lo que me imagino que esa es la única razón por la que te tomas tantas molestias conmigo. Odio decepcionarte, pero no pienso follar contigo, así que, ya sabes, entre nosotros no va a pasar nada más que lo que ya ha pasado. Salimos a correr juntos, solo eso.

Él aprieta los dientes, pero su expresión se mantiene inalterable. Baja los brazos y da un paso atrás, lo que me hace sentir que vuelvo a tener sitio para respirar. No acabo de comprender por qué cada vez que penetra en mi espacio personal es como si me arrebatara el aire. Y todavía entiendo menos por qué esta sensación me resulta tan agradable.

Me acerco los libros al pecho y lo empujo para abrirme paso justo cuando alguien me rodea la cintura con un brazo y me aleja de Holder. El recién llegado resulta ser Grayson, que observa al otro de arriba abajo mientras me agarra la cintura con más fuerza.

—Holder —lo saluda con frialdad—. No sabía que ibas a volver.

Él lo ignora por completo. Sigue mirándome, excepto por el breve instante en el que desvía la vista hacia la mano con la que Grayson me sujeta. Asiente ligeramente con la cabeza y sonríe como si acabara de llegar a alguna conclusión. Vuelve a buscar mis ojos antes de decir sin mirar al otro a la cara:

—Pues ya ves, aquí estoy.

¿Qué demonios está pasando? ¿De dónde ha salido Grayson y por qué me agarra por la cintura como si estuviera marcando territorio?

Holder aparta la vista y se da la vuelta con brusquedad para marcharse, pero se detiene en seco y vuelve a mirarme.

—Las pruebas de atletismo son el jueves después de las clases —me informa—. Preséntate.

Y se va.

Por desgracia, Grayson se queda.

—¿Tienes planes para el sábado? —me susurra al oído mientras me acerca más a él.

Yo aparto la cara y le doy un empujón en el pecho.

—¡Para! —le advierto cabreada—. La semana pasada ya te dije todo lo que tenía que decirte.

Cierro la taquilla de un portazo y me alejo. Hasta ahora había llevado una vida tranquila, sin dramas, y de golpe en dos días me han pasado tantas cosas que podría escribir un libro. ¡De verdad, no lo entiendo!

Breckin se sienta frente a mí, coloca un refresco de cola sobre la mesa y lo empuja en mi dirección.

—No tenían café, pero he encontrado cafeína.

Le sonrío.

—Gracias, favoritísimo amigo del mundo mundial.

—No me las des, te lo he comprado con malas intenciones. Es un soborno a cambio de todos los detalles de tu vida amorosa.

Me río mientras abro el refresco.

—Pues te vas a llevar un chasco, porque mi vida amorosa es inexistente.

Él abre el suyo y me devuelve la sonrisa.

—Oh, deja que lo dude. Ese chico malo de ahí no te quita el ojo de encima. —Señala hacia la derecha con la cabeza.

Holder está sentado a tres mesas de distancia y es cierto, me mira fijamente. Está acompañado de varios miembros del equipo de fútbol americano, que parecen entusiasmados por su regreso. Le dan palmadas en la espalda y charlan a su alrededor sin darse cuenta de que ni siquiera los está escuchando. Coge el vaso de agua y le da un trago sin apartar los ojos de mí. Luego lo deja en la mesa con un poco más de fuerza de la necesaria y señala hacia la derecha con la cabeza mientras se levanta. Echo un vistazo hacia allí y veo que me está indicando la salida. Camina hacia ella y supongo que espera que lo siga.

—Ajá —digo, aunque va dirigido más a mí misma que a Breckin.

—Estoy de acuerdo, ajá. Ve a ver qué quiere y luego me lo cuentas.

Doy otro trago y dejo la cola en la mesa.

—Sí, señor.

Aunque mi cuerpo se levanta para ir tras Holder, mi corazón se queda en la mesa. Estoy casi segura de que me ha saltado del pecho

cuando me ha indicado que lo siga. Ante Breckin trato de disimular, pero a mis propios órganos no puedo engañarlos.

Holder va unos metros por delante de mí y, aunque abre las puertas, estas se cierran antes de que yo llegue. Apoyo la mano en ellas y dudo unos instantes antes de salir al vestíbulo. En estos momentos creo que preferiría ir castigada al despacho del director a hablar con él. Tengo tantos nudos en el estómago que sería la envidia de cualquier marinero.

Miro a ambos lados, pero no lo veo. Me acerco a las taquillas y, al girar la esquina, lo veo apoyado en ellas con la pierna doblada y cruzado de brazos, observándome fijamente. Ni siquiera el color azul celeste de sus ojos logra suavizar su rabia.

—¿Estás saliendo con Grayson?

Me acerco a él y me apoyo en las taquillas que hay enfrente, en el otro lado del pasillo. Hago una mueca exasperada porque me estoy hartando ya de sus cambios de humor, y eso que acabo de conocerlo.

—¿Acaso te importa?

No creo que sea asunto suyo. Él reacciona con la pausa habitual que he notado que precede a casi todo lo que dice.

—Es un capullo.

—A veces tú también —replico al instante, porque yo no necesito tanto tiempo como él para encontrar respuestas.

—No te conviene.

Se me escapa la risa, pero no porque me parezca gracioso, sino porque me está agotando la paciencia.

—¿Y tú sí? —le devuelvo la pelota. Si lleváramos la cuenta, diría que gano dos a cero.

Él deja caer los brazos, se vuelve y le da un manotazo a la taquilla. El sonido de la piel contra el metal retumba primero en el

vestíbulo y luego en mi estómago.

—No me metas en esto —me ordena mientras se gira de nuevo hacia mí—. Estoy hablando de Grayson, no de mí. No deberías salir con él. No tienes ni idea de qué tipo de persona es.

Me echo a reír otra vez, pero no porque crea que está bromeando, sino porque va muy en serio. Este tío al que no conozco de nada... ¿me está diciendo con quién puedo salir y con quién no? ¿De verdad? Dejo caer la cabeza hacia atrás en señal de derrota.

—Dos días, Holder. Hace dos días que te conozco. —Doy una coz para apartarme de los armaritos y me dirijo hacia él—. En este tiempo he sido testigo de cinco facetas tuyas distintas y solo una de ellas me ha resultado atractiva. Que te creas con derecho a decidir, o aunque solo sea a opinar, sobre mí y mis decisiones es absurdo. Es ridículo.

Él me observa con los dientes apretados y los brazos cruzados con fuerza sobre el pecho. Da un paso hacia mí y me dirige una mirada tan dura, helada y desafiante que me temo que estoy ante una sexta versión, más furiosa y posesiva.

—Ese tío no me gusta ni un pelo. Y cuando veo cosas como esta... —me apoya la mano en la cara y me acaricia el prominente morado que tengo bajo el ojo— y luego que te abraza por la cintura... Discúlpame, pero sí, tiendo a ponerme un poco... ridículo.

Me acaricia la mejilla con las yemas de los dedos hasta que vuelvo a quedarme sin aire. Aunque me cuesta horrores no cerrar los ojos y fundirme con su mano, me mantengo firme. Me estoy volviendo inmune a él... o por lo menos lo intento. Es mi nuevo objetivo en la vida.

Me aparto lo suficiente para que deje de tocarme la cara. Él aprieta el puño y deja caer el brazo.

—¿Me estás diciendo que me aleje de Grayson porque tiene mal carácter? Es un poco hipócrita, ¿no crees?

Tras observarme en silencio unos cuantos segundos, deja escapar un breve suspiro de exasperación. Aparta la vista y niega con la cabeza mientras se agarra la nuca. Permanece en esta posición durante unos instantes y, cuando se vuelve hacia mí, no me mira a los ojos. Se cruza de brazos una vez más y clava la vista en el suelo.

—¿Te ha golpeado? —pregunta en tono neutro. Mantiene la cabeza baja, pero levanta los ojos hacia los míos—. ¿Te ha pegado alguna vez?

Ya estamos. Ya vuelve a aplacar mi intento de rebelión mediante un cambio de actitud.

—No —respondo en voz baja—. Y no. Ya te lo dije, fue un accidente.

Nos observamos en completo silencio hasta que suena el timbre que indica el cambio de turno en la cafetería y el pasillo se llena de alumnos. Soy la primera en apartar la vista y me alejo sin mirar atrás.

Miércoles, 29 de agosto de 2012

6:15 h

Empecé a correr hace casi tres años. No recuerdo qué me impulsó a probarlo ni qué fue lo que me gustó tanto como para que se convirtiera en una rutina diaria. Creo que en gran parte se debe a lo sobreprotegida que he estado toda la vida. Me resulta muy frustrante y, aunque trato de mantener una actitud positiva al respecto, es duro ver cómo la gente de mi edad interactúa y tiene relaciones de las que yo no formo parte. Unos años atrás no habría pasado nada por no tener acceso a internet, pero hoy en día equivale prácticamente al suicidio social. Por suerte, me importa bien poco lo que piensen los demás.

Reconozco que tengo unas ganas tremendas de buscar a Holder en internet. Cuando me pasaba esto alguna vez, iba a casa de Six y lo mirábamos allí. El problema es que mi amiga se encuentra ahora mismo en un avión sobrevolando el Atlántico y no puedo contar con su ayuda, por lo que me siento en la cama y me hago preguntas. ¿La mala reputación que lo precede estará justificada? ¿Causará en las demás chicas el mismo efecto que tiene sobre mí? ¿Quiénes serán sus padres? ¿Tiene hermanos? ¿Sale con alguien? Me gustaría saber por qué parece tan empeñado en enfadarse conmigo sin conocerme. ¿Se enfadará así con todo el mundo? ¿Se mostrará siempre tan encantador cuando no está ocupado cabreándose? Odio que pase de un extremo al otro sin detenerse nunca en un punto

medio. Estaría bien ver una faceta suya más tranquila y relajada. ¿Existirá siquiera? Me hago todas estas preguntas porque no puedo dejar de pensar en el absoluto desastre de chico que se ha colado en mi mente y al que no le da la gana largarse.

Salgo del trance y termino de atarme las zapatillas. Me consuela la idea de que, tras la riña de ayer en el pasillo, ya no vendrá a correr conmigo. Mejor así; hoy más que nunca necesito un poco de calma para poner en orden mi cabeza, aunque no sé si servirá de algo porque me temo que voy a pasarme el rato pensando.

En él.

Abro la ventana de mi habitación y me escabullo. Está más oscuro de lo habitual para estas horas de la mañana. Al levantar la vista al cielo, veo que está cubierto, a juego con mi estado de ánimo. Me fijo en qué dirección viajan las nubes y echo un vistazo hacia la izquierda para saber si me va a dar tiempo a correr antes de que se abra sobre mi cabeza.

—¿Siempre sales por la ventana o pretendías escabullirte sin que te viera?

Me vuelvo hacia su voz. Me está esperando en la acera, vestido con pantalones cortos y zapatillas. No se ha puesto camiseta.

Joder.

—Si quisiera huir de ti, me habría quedado en la cama.

Me dirijo hacia él con paso seguro, tratando de disimular el hecho de que verlo sin camiseta me ha causado un cortocircuito. Aunque una pequeña parte de mí lamenta que haya venido, el resto se alegra y va dando patéticos saltitos de felicidad. Paso por su lado, me siento en la acera y me pongo a estirar. Extiendo las piernas ante mí y me inclino hacia delante. Me agarro las deportivas y hundo la cabeza entre las rodillas, en parte para estirar los músculos, pero también para no tener que mirarlo.

—No estaba seguro de que fueras a venir. —Se sienta en la otra acera, frente a mí.

Levanto la cara.

—¿Y por qué no iba a hacerlo? No soy yo la que ve problemas en todo. Además, ninguno de los dos es dueño de la calle —le suelto molesta, aunque no acabo de saber por qué.

Él vuelve a reaccionar de esa manera tan suya, contemplándome y reflexionando en silencio hasta que no sé qué decir. Se está convirtiendo en una práctica tan habitual que me siento tentada de buscarle un nombre. Es como si me mantuviera paralizada con la mirada mientras reflexiona en silencio, sin delatar ninguna emoción. Nunca he conocido a nadie que dedique tanto tiempo a pensarse las respuestas. Como si dejara las cosas en remojo mientras decide lo que va a decir, como si pudiera usar un número limitado de palabras y solo quisiera recurrir a las imprescindibles.

Dejo de estirar y le sostengo la mirada. No quiero ser la primera en retirarme de esta especie de pulso visual. No voy a permitir que realice sus truquitos de jedi conmigo, pese a que me gustaría practicarlos yo con él. Además de inescrutable, es de lo más impredecible y eso me ataca los nervios.

Extiende las piernas delante de mí.

—Dame las manos; yo también necesito estirar.

Ha alargado los brazos hacia mí y, por la postura de sus manos, parece que estemos a punto de cantar «Palmas palmitas». Si alguien pasara por aquí ahora mismo, no me puedo imaginar cómo volarían los rumores. Solo de pensarlo se me escapa la risa. Uno las manos con las suyas y dejo que tire de mí durante unos segundos. Cuando afloja la tensión, me echo hacia atrás mientras él se inclina hacia delante, pero solo el torso. Mantiene la cabeza alta y clava en mí esa mirada que me roba las fuerzas.

—Que conste —me dice— que ayer no era yo el que tenía un problema.

Tiro de sus brazos con fuerza, más por mala leche que por ganas de ayudarlo a estirar.

—¿Insinúas que el problema lo tenía yo?

—¿Acaso no es verdad?

—Habla más claro —le recrimino—. No me gustan las vaguedades.

Él se echa a reír, pero es una risa molesta.

—Sky, si hay algo que debes saber sobre mí es que odio las vaguedades. Te dije que siempre sería sincero contigo y, para mí, hablar de manera poco clara es lo mismo que ser deshonesto. —Tira de mis manos y se echa hacia atrás.

—Pues acabas de darme una respuesta de lo más vaga —señalo.

—Porque no me has hecho ninguna pregunta. Ya te lo dije: si quieres saber algo, pregúntamelo. Actúas como si me conocieras, a pesar de que nunca me has preguntado nada.

—No te conozco.

Él se echa a reír de nuevo y niega con la cabeza antes de soltarme las manos.

—Olvídalo. —Se pone en pie y echa a andar.

—Un momento. —Yo también me levanto y voy tras él. Si alguien tiene derecho a cabrearse aquí soy yo—. ¿Qué he dicho ahora? Es verdad que no te conozco. ¿Por qué te mosqueas otra vez?

Holder se detiene, se da la vuelta y da un par de pasos hacia mí.

—Supongo que, tras haber pasado un poco de tiempo contigo, pensé que reaccionarías de otro modo al verme en el instituto. Te he dado un montón de oportunidades para que me preguntes lo que quieras, pero, por alguna razón, prefieres creer lo que te cuentan sobre mí, a pesar de no haberlo oído de mis labios. Teniendo en

cuenta la de cosas que se dicen de ti, pensaba que no serías de las que juzgan a los demás por lo que se rumorea sobre ellos.

¿Lo que se dice de mí? Si su intención es ganar puntos por tener algo en común conmigo, lo lleva claro.

—Ah, entonces, ¿la cosa va de esto? ¿Pensabas que el zorrón de la chica nueva encajaría bien con el capullo que va dando palizas a los gais?

Él gruñe y se pasa las manos por el pelo, frustrado.

—No vayas por ahí, Sky.

—Ah, ¿no? ¿No quieres que te llame «capullo machacagáis»? Pues venga, vamos a poner a prueba esa honestidad tuya de la que tanto presumes. ¿Es verdad o no que le pegaste una paliza tan brutal a un alumno que te pasaste un año en un centro de menores?

Él se lleva las manos a las caderas y niega con la cabeza antes de dirigirme una mirada que definiría como decepcionada.

—Cuando te he dicho que no fueras por ahí, no me refería a que no me insultaras a mí, sino a ti. —Da un paso en mi dirección—. Sí, casi lo mato a golpes, y, si pillara a ese cabrón ahora mismo, volvería a hacerlo.

Veo tanta furia en sus ojos que no me atrevo a preguntarle por qué. Tal vez su intención sea ser honesto, pero sus respuestas me aterran. Doy un paso atrás y él hace lo mismo. Ninguno de los dos habla; me pregunto cómo hemos llegado a esta situación.

—No quiero correr contigo hoy —musito.

—La verdad es que a mí tampoco me apetece demasiado.

Y, sin añadir nada más, nos damos la vuelta y echamos a andar en direcciones opuestas, él hacia su casa y yo hacia la ventana. Ni siquiera me apetece ya correr sola.

Mientras me cuelo en mi cuarto, empieza a diluviar. Por un instante, me sabe mal por Holder, que tiene que volver hasta su

casa, pero luego pienso que el karma, que es un cabrón, se está vengando de él. Cierro la ventana y me acerco a la cama. Tengo el corazón desbocado, como si hubiera corrido los cinco kilómetros, aunque no late rápido por el esfuerzo, sino por lo enfadada que estoy.

Solo hace dos días que lo conozco y ya se ha convertido en la persona con la que más he discutido en toda mi vida. Aunque juntara todas las discusiones que he tenido con Six a lo largo de estos cuatro años, no llegarían ni de lejos a estas últimas cuarenta y ocho horas con Holder. No sé ni por qué se molesta en venir hasta aquí, aunque me imagino que, después de esta mañana, no volverá más.

Cojo el sobre que hay en la mesilla de noche y lo rasgo. Saco la carta de Six, me recuesto en la almohada y la leo con la intención de escapar del caos de mi cabeza.

Sky:

Ojalá cuando al fin leas esta carta (porque sé que no la leerás enseguida) yo me haya enamorado hasta las trancas de un guapo italiano y ya no piense en ti.

Pero sé que eso no pasará y que pensaré en ti todo el rato.

Pensaré en las noches que hemos pasado juntas con los helados, las pelis y los chicos. Pero, sobre todo, pensaré en ti y en todas las razones por las que te quiero.

Por poner solo unos cuantos ejemplos:

Me encanta lo mal que llevas las despedidas, los sentimientos y las emociones en general porque a mí me pasa lo mismo. Adoro que siempre comas el helado por el lado de la fresa y la vainilla porque sabes lo mucho que me gusta el chocolate, aunque a ti también te guste. Me encanta que no seas tímida ni una friki

introvertida, a pesar de que te han dejado socializar tan poco que hasta los amish parecen modernos a tu lado.

Pero lo que más me gusta de ti es que no me juzgas. Te adoro porque, durante estos cuatro años, ni una sola vez has cuestionado mis decisiones (por muy equivocada que estuviera), ni los chicos con los que he salido, ni el hecho de que no crea en el compromiso. Podría pensar que no lo has hecho porque tú eres tan zorrón como yo, pero las dos sabemos que no es verdad. Y por eso te doy las gracias. Gracias por no tratarme con condescendencia ni actuar como si valieras más que yo (aunque las dos sabemos que es así). Por mucho que me ría de las cosas que la peña dice sobre mí, me mata que las digan también sobre ti, y por eso te pido perdón. Aunque no demasiado, porque sé que, si te dieran a elegir entre ser mi mejor amiga y compañera de zorrerío o ser una chica con buena reputación, te lo montarías con todos los tíos del mundo. Porque me quieres a saco. Y yo te lo permitiría porque también te quiero una burrada.

Y otra cosa que me encanta de ti (y ya paro, porque estoy escribiendo esto a dos metros de tu cuarto y me está costando la vida no saltar por la ventana para ir a darte un abrazo) es tu indiferencia. Me flipa que te importe una mierda lo que la gente piense de ti. Me alucina lo centrada que estás en labrarte un futuro y que lo demás te importe tres pepinos. Y me parece increíble que, después de convencerte para que te apuntaras al instituto, cuando te conté que me iba a Italia, sonrieras y te encogieras de hombros. Sé que eso habría supuesto el final de muchas amistades. Te he dejado tirada para ir a perseguir mis sueños y tú no has dejado que te afecte. Ni siquiera me has insultado.

Y me encantó (la última, te lo juro) tu reacción cuando vimos Las fuerzas de la naturaleza *y, en la escena en la que Sandra Bullock se marcha, yo estaba gritando furiosa por el desenlace, pero tú te encogiste de hombros y dijiste: «Es un final realista, Six. No puedes enfadarte por eso. A veces las cosas terminan mal. Son los falsos finales felices los que deberían cabrearte».*

Nunca olvidaré tus palabras porque tenías toda la razón del mundo. Sé que no pretendías darme una lección, pero lo hiciste. No todo me va a salir bien y no todo el mundo consigue un final feliz. La vida es real y, a veces, fea; hay que aprender a aceptar los golpes con estoicismo y seguir adelante.

En fin, en todo caso, ya vale. Solo quiero que sepas que voy a echarte mucho de menos y que a tu nuevo favoritísimo amigo del mundo mundial ese del instituto más le vale no dar por saco cuando yo vuelva dentro de seis meses.

Espero que nunca te olvides de lo increíble que eres, pero, por si acaso se te olvida, te mandaré un mensaje cada día para recordártelo. Prepárate para medio año de bombardeo constante y cansino de comentarios positivos sobre Sky.

Te quiero,

6

Doblo la carta y sonrío, pero no lloro. Sé que su intención al escribirme no ha sido esa, aunque reconozco que he estado a punto de soltar alguna lágrima. Abro el cajón de la mesita de noche y saco el móvil que me regaló antes de irse. Ya se han acumulado dos mensajes sin leer.

¿Te he dicho últimamente lo increíble
que eres? Te echo de menos.
Segundo día. Más te vale contestarme.
Tengo que hablarte de Lorenzo. Por lo demás,

solo quiero recordarte lo asquerosamente lista
que eres.

Sonriendo, me pongo a escribirle una respuesta. No me sale al primer ni al segundo intento, pero al quinto lo consigo. Aunque tengo casi dieciocho años, este es el primer mensaje de texto que escribo. Debería salir en el libro Guinness de los récords.

Creo que podría acostumbrarme a este refuerzo positivo diario. No te olvides de recordarme lo guapa que soy y el impecable gusto musical que tengo. Ah, y que soy la corredora más rápida del mundo. (Te paso unas cuantas ideas para inspirarte). Yo también te echo de menos. Y ya tardas en contármelo todo sobre ese tal Lorenzo, putón.

Viernes, 31 de agosto de 2012

11:20 h

Los siguientes días en el instituto son iguales a los dos primeros: un puro melodrama. Mi taquilla parece haberse convertido en un imán de pósits y cartas desagradables. Lo curioso es que nunca veo quién los deja ahí. De verdad que no entiendo qué gana la gente haciendo cosas así sin dar la cara. ¿Qué gracia le encuentran?

Hoy me he encontrado una nota en la que pone «Puta». Sin más, eso es todo. ¿Dónde ha ido a parar la creatividad? Podrían currárselo un poco, añadir un contexto interesante, tal vez algunos detalles de mi indiscreción. Si tengo que leer sus mierdas todos los días, podrían molestarse en darle algo de interés al asunto. Si algún día me rebajara a dejar una nota absurda en la taquilla de alguien, al menos me aseguraría de que la persona que la leyera pasara un rato entretenido. Por pura cortesía. Escribiría algo sugestivo, como «Te vi en la cama con mi novio anoche. No me hace ninguna gracia que uses lubricante en mis pepinos. Puta».

Se me escapa la risa. Sé que es raro reírme así de mis propias ocurrencias, por lo que miro a mi alrededor para asegurarme de que no me ha visto nadie. Estoy sola; ya no queda un alma en el pasillo. En vez de arrancar los pósits de la taquilla, que es lo que supongo que debería hacer, cojo un boli y añado un poco de creatividad. De nada, gente sin talento que se pasa por aquí.

Breckin deja la bandeja en la mesa, frente a la mía. A diferencia del primer día, cada uno se encarga de su almuerzo, ya que él parecía pensar que yo solo comía ensalada. Me sonríe como si estuviera en posesión de un valioso secreto al que sabe que no voy a poder resistirme. Si se trata de otro rumor, paso.

—¿Cómo fueron las pruebas de atletismo ayer?

Me encojo de hombros.

—No me presenté.

—Ya, ya lo sé.

—Y, entonces, ¿para qué me lo preguntas?

Él se echa a reír.

—Porque me gusta contrastar las cosas contigo antes de creérmelas. ¿Por qué no fuiste?

Vuelvo a encogerme de hombros.

—¿Qué te pasa? ¿Tienes un tic nervioso?

Me encojo de hombros una vez más.

—Es que no me apetece formar equipo con esta gente. Ya no le veo la gracia.

Él frunce el ceño.

—Para empezar, el atletismo es uno de los deportes más individuales que hay. Y, además, pensaba que te habías matriculado en el instituto para poder hacer actividades extraescolares.

—No sé por qué narices me apunté. Tal vez necesitaba comprobar de primera mano lo peor de la naturaleza humana antes de salir al mundo real. Así el shock no será tan fuerte.

Él me señala con un tallo de apio mientras alza una ceja.

—Bien pensado. Una introducción gradual a los peligros de la sociedad te ayudará a amortiguar el golpe. No podemos soltarte sola

en el mundo cruel después de haberte pasado la vida protegida del exterior como un animalillo en un zoo.

—Bonita analogía.

Él me guiña el ojo antes de morder el apio.

—Hablando de lo cual, ¿qué le ha pasado a tu taquilla? Estaba llena de analogías y metáforas sexuales.

Me echo a reír.

—¿Te ha gustado? He tardado un rato en hacerlo, pero es que me sentía creativa.

Él asiente.

—Sí, me ha gustado, especialmente la que ponía: «Eres tan puta que te has follado a Breckin el mormón».

Niego con la cabeza.

—No, esa no puedo atribuírmela; es un original. Son divertidas, ¿no? Mejor ahora que las he tuneado un poco.

—Bueno, lo eran, pero ya no están ahí. He visto a Holder arrancarlas hace un momento.

Cuando levanto la mirada, Breckin vuelve a dirigirme una sonrisa traviesa. Supongo que ese era el secreto que le costaba guardar.

—Qué raro.

Me despierta curiosidad que se moleste en hacer algo así. No hemos vuelto a correr juntos desde la última vez que hablamos. De hecho, no interactuamos en absoluto. Durante la primera clase, se sienta en la otra punta del aula y luego ya no coincido con él en todo el día, excepto en la cafetería, donde tampoco hablamos porque él se sienta en otra parte con sus amigos. Pensaba que, tras habernos topado con un callejón sin salida, habíamos decidido ignorarnos y seguir adelante con nuestras vidas, pero tal vez estaba equivocada.

—¿Puedo preguntarte algo? —dice Breckin.

Me encojo de hombros una vez más, básicamente para tocarle las narices.

—¿Es cierto lo que dicen sobre él? —inquiere—. ¿Lo de su carácter? ¿Y lo de su hermana?

Aunque trato de mostrar indiferencia, es el primer comentario que oigo sobre una hermana.

—Ni idea. Solo sé que he pasado con él el tiempo suficiente para ver claro que no quiero pasar más.

Tengo muchas ganas de preguntarle por esa hermana, pero, cuando mi tozudez toma las riendas, no puedo hacer nada para controlarla. Y, por alguna razón, interrogar a alguien para obtener información sobre Dean Holder es una de esas situaciones.

—Eh —dice una voz a mi espalda. Al instante sé que no se trata de Holder porque no me provoca ningún efecto. Mientras me giro, Grayson pasa una pierna sobre el banco y se sienta a mi lado—. ¿Tienes planes después de clase?

Mojo mi tallo de apio en un goterón de salsa ranchera y le doy un mordisco.

—Probablemente.

Grayson niega con la cabeza.

—Esa respuesta no me vale. Quedamos en tu coche al salir.

Se levanta y se marcha sin darme tiempo a protestar. Cuando Breckin me dirige una sonrisa sarcástica, me limito a encogerme de hombros.

No sé qué querrá decirme Grayson, pero, si se le ha pasado por la cabeza venir a mi casa mañana por la noche, necesita que le hagan una lobotomía. Me entran ganas de renunciar a los chicos durante lo que queda de curso, sobre todo porque no voy a poder ir a tomar

helado con Six cuando se marchen. El helado era la mejor parte de quedar con ellos.

Al menos es un tío de palabra. Cuando llego al coche, me lo encuentro allí, apoyado en la puerta del conductor.

—Hola, princesa —me saluda.

No sé si es el sonido de su voz o el apodo que ha usado para dirigirse a mí, pero el caso es que me da mucha grima. Me acerco y me apoyo en el coche, a su lado.

—No vuelvas a llamarme «princesa» nunca más.

Él se ríe, se coloca ante mí y me sujeta por la cintura.

—Vale. ¿Qué tal «preciosa»?

—¿Qué tal si me llamas Sky?

—¿Por qué estás tan cabreada todo el rato?

Levanta las manos y me sujeta las mejillas antes de besarme. Y lo más triste de todo es que se lo permito. Supongo que siento que se lo merece por haberme aguantado un mes entero. Pero mi compasión tiene un límite, y es corto, por lo que aparto la cara pasados unos segundos.

—¿Qué quieres?

Grayson me rodea la cintura con un brazo y me atrae hacia él.

—A ti. —Cuando empieza a besarme el cuello, le doy un empujón que lo obliga a retroceder—. ¡¿Qué pasa?!

—¿Podrías hacerme caso cuando te hablo, Grayson? Te dije que no pensaba acostarme contigo. Y no, no me estoy haciendo la estrecha ni me ando con juegos retorcidos como hacen otras. Tú quieres más y yo no, así que solo podemos aceptar que esto no va a ninguna parte y seguir adelante con nuestras vidas.

Él me contempla en silencio antes de suspirar. Tira de mí y me abraza.

—No necesito más, Sky. Me bastan las cosas tal como están. No volveré a presionarte. Me gusta ir a tu casa y quiero volver mañana. —Trata de ablandarme con su sonrisa derritebragas—. No te enfades más conmigo y ven aquí. —De nuevo, acerca mi cara a la suya y me besa.

Aunque sigo enfadada, encuentro alivio en el beso. En cuanto sus labios se apoderan de los míos, noto que me calmo, que mis nervios se adormecen. Solo por eso, dejo que siga. Él me apoya en el coche y me hunde las manos en el pelo. Luego me besa en la mandíbula y sigue descendiendo hasta el cuello. Apoyo la cabeza en el vehículo y levanto la mano a su espalda para ver la hora. Karen está fuera de la ciudad por trabajo, así que me toca a mí hacer la compra. Necesito reservas de azúcar para sobrevivir al fin de semana. No sé cuánto tiempo tiene previsto Grayson meterme mano, pero empieza a apetecerme mucho un helado. Con una mueca de exasperación, dejo caer el brazo. De repente, el corazón se me acelera al triple de su velocidad normal, el estómago me da una voltereta y empiezo a notar todas las sensaciones que se supone que una chica debe sentir cuando un tío bueno la está besando por todas partes. Lo que ocurre es que esas sensaciones no me las está provocando el chico con el que me estoy liando, sino otro buenorro que me fulmina con la mirada desde la otra punta del aparcamiento.

Holder se ha detenido junto a su coche con el brazo apoyado en el capó, y nos está observando. En cuanto me doy cuenta, le doy un empujón a Grayson.

—Entonces, ¿nos vemos mañana? —insiste.

Entro en el coche y lo arranco antes de responderle:

—No, hemos terminado.

Cierro la puerta y salgo del aparcamiento sin saber si estoy enfadada, avergonzada o enamorada. ¿Cómo demonios lo hace?

¿Cómo logra Holder despertar en mí este tipo de emociones desde tan lejos? Creo que necesito ayuda, terrenal, divina, alguien que me oriente.

Viernes, 31 de agosto de 2012

16:50 h

—¿Te acompaña Jack?

Le abro la puerta a Karen para que deje las últimas bolsas en el asiento de atrás.

—Sí, él también viene. Volveremos a casa... *Volveré* a casa el domingo —se corrige.

Se resiste a usar el plural cuando habla de ella y Jack. Y a mí me molesta que sea así porque él me encanta y sé que está enamorado de Karen, así que no entiendo a qué vienen tantas reticencias. Ha tenido un par de novios más en los últimos doce años, pero, en cuanto el tipo buscaba algo más serio en la relación, era ella la que salía huyendo.

Karen cierra la puerta trasera y se vuelve hacia mí.

—Sabes que confío en ti, pero, por favor...

—... no te quedes embarazada —la interrumpo—. Ya, ya. Llevas dos años diciéndome lo mismo cada vez que te vas de viaje. No voy a quedarme embarazada, mamá. Solo me pondré hasta las cejas de drogas.

Ella se echa a reír y me da un abrazo.

—Y de alcohol. No te olvides de pillarte una buena borrachera.

—No lo haré, te lo prometo. Además, me alquilaré una tele para el finde y me pasaré los dos días comiendo helado y viendo mierdas.

Ella se aparta y me clava en el sitio con la mirada.

—Eso no tiene gracia.

Me río y le doy otro abrazo.

—Pásalo bien. Espero que vendas muchos jabones, tisanas y todas esas cosas llenas de hierbas.

—Te quiero. Si me necesitas, ya sabes que puedes usar el teléfono fijo de casa de Six.

Miro al cielo exasperada porque, cada vez que se va, me repite las mismas instrucciones.

—Hasta pronto —le digo.

Entra en el coche y se aleja calle abajo, lo que me deja libre de vigilancia materna durante el fin de semana. Para la mayoría de la gente de mi edad, este sería el momento perfecto para echar mano al móvil y colgar un post invitando a todo el mundo a la fiesta más delirante del año. Pero no es mi caso. No, señor. Lo que hago es encerrarme en casa y preparar galletas porque es la rebeldía más grande que se me ocurre.

Me encanta hacer dulces, pero eso no significa que se me dé bien. Normalmente termino con más harina y chocolate en la cara y el pelo que en el producto en sí, y hoy no es una excepción. De momento he horneado ya una bandeja de galletas de chocolate, otra de brownies y una tercera de una cosa que no sé qué se supone que es. Mientras le añado harina a la masa de un pastel alemán de esos a capas, con chocolate, nueces y coco, llaman a la puerta.

Cualquiera pensaría que sé cómo reaccionar en estos casos. Los timbres de las casas suenan todo el rato, ¿no? Pues no. El de la mía no. Me quedo observando la entrada sin saber qué hacer. Cuando vuelven a llamar, dejo el medidor, me aparto el pelo de la cara y me

acerco a la puerta. Al abrirla, no puedo decir que me sorprenda que sea Holder. Bueno, sí, pero no del todo.

—Hola —lo saludo.

Es todo lo que se me ocurre. Y, aunque se me hubiera ocurrido algo más, no habría sido capaz de decírselo porque ¡no puedo respirar! Está en el último escalón de la entrada, con las manos en los bolsillos del pantalón y gesto relajado. Sigue necesitando un buen corte de pelo, pero, cuando levanta las manos y se lo aparta de la cara, pensar en que vaya a cortárselo me parece un crimen.

—Hola —me devuelve el saludo.

Su sonrisa tímida y su aspecto nervioso me resultan de lo más atractivos. Está de buen humor, al menos de momento. Es imposible saber cuándo se torcerá y volverá a tener ganas de discutir.

—Emmm —digo incómoda.

Sé que el siguiente paso sería invitarlo a entrar, pero solo si me apetece y, para ser sincera, el jurado todavía está deliberando sobre ese aspecto.

—¿Estás liada?

Echo un vistazo hacia la cocina y veo el caos que acabo de crear.

—Más o menos.

No es mentira. Podría decirse que estoy increíblemente ocupada.

Él aparta la mirada y asiente. Luego señala con el dedo por encima del hombro, en dirección a su coche.

—Vale, sí, pues... me iré yendo. —Da un paso hacia atrás.

—No —protesto un pelín demasiado deprisa y con algunos decibelios de más. Suena casi como un ruego desesperado, lo que me hace encogerme de vergüenza al darme cuenta. No sé para qué ha venido ni por qué se sigue molestando, y mi curiosidad se impone a lo demás. Doy un paso al lado y abro un poco más la puerta—. Puedes pasar, pero solo si colaboras.

Él duda unos instantes antes de subir el último escalón y entrar. Mientras cierra, yo trato de evitar la incomodidad volviendo a lo que estaba haciendo. En la cocina, cojo el medidor y sigo preparando el pastel como si no acabara de entrar en mi casa un semidesconocido guapísimo y temperamental.

—¿Son para algún mercadillo benéfico? —Rodea la isla central y contempla la plétora de postres que cubren la encimera.

—Mi madre se ha ido a pasar el fin de semana fuera. Odia el azúcar; por eso, cuando no está en casa, me vuelvo un poco loca.

Él se echa a reír y está a punto de coger una cookie, pero me mira antes, pidiendo permiso.

—Sírvete, aunque te aviso: que me guste cocinar no significa que se me dé bien.

Tamizo el resto de la harina y la añado a la mezcla.

—Entonces, ¿tienes la casa para ti sola y te pasas la noche del viernes haciendo pasteles? Una adolescente típica, ya veo —comenta en tono burlón.

—¿Qué puedo decir? —Me encojo de hombros—. Soy una rebelde.

Me da la espalda y abre un armarito. Examina el contenido y vuelve a cerrarlo. Luego prueba con otro y saca un vaso.

—¿Hay leche? —me pregunta mientras se dirige a la nevera. Dejo de mezclar la masa y lo observo mientras saca el tetrabrik y se sirve un vaso como si estuviera en su casa. Da un sorbo antes de volverse hacia mí. Cuando me pilla contemplándolo, sonríe—. No se pueden ofrecer cookies sin leche, es la ley. Como anfitriona, dejas bastante que desear. —Coge otra galleta y se sienta a la barra.

—Suelo reservar mi hospitalidad para las personas a las que he invitado —replico en tono irónico, y centro mi atención en la encimera.

—Auch, eso ha dolido —dice riendo.

Enciendo la batidora y la pongo a máxima potencia para conseguir una excusa que me permita no tener que hablar con él durante tres minutos. Trato de recordar qué pintas llevo sin buscar una superficie en la que verme reflejada. Estoy casi segura de que tengo harina por todas partes. Sé que me he recogido el pelo con un lápiz y que no me he cambiado los pantalones de chándal en cuatro días. Intento apartar restos de ingredientes, pero soy consciente de que es una batalla perdida. Bueno, qué más da. No puedo tener peor aspecto que cuando me vio tumbada en el sofá con grava clavada en la mejilla.

Apago la batidora y presiono el botón que permite retirar las varillas. Me llevo una a la boca para lamerla y le acerco la otra hasta donde está sentado.

—¿Quieres? Es chocolate alemán.

Holder la acepta con una sonrisa.

—Qué hospitalaria de repente.

—Chupa y calla, o me la quedo yo. —Me dirijo al armarito y saco mi taza, pero me sirvo agua—. ¿Quieres agua o vas a seguir fingiendo que no te da asco esa mierda vegana?

Él se ríe mientras arruga la nariz y desliza el vaso sobre la barra.

—Trataba de ser educado, pero no puedo dar un trago más a esa cosa, sea lo que sea. Sí, agua. Por favor.

Riendo, le enjuago el vaso antes de llenárselo. Me siento delante de él y me lo quedo mirando mientras le doy un bocado a un brownie. Espero a que me explique por qué ha venido, pero no lo hace. Permanece sentado en silencio mientras me observa comer. No le pregunto nada porque me gusta el silencio tranquilo que se ha instalado entre nosotros. Las cosas son más simples cuando los dos nos callamos, ya que nuestras conversaciones suelen terminar en discusiones.

Holder se levanta y se dirige al salón sin una explicación. Mira a su alrededor con curiosidad y se queda observando las fotos que cuelgan de las paredes, que parecen haber captado su atención. Se acerca y las contempla de una en una, despacio. Yo me echo hacia atrás en la silla y lo miro mientras curiosea.

Nunca parece tener prisa y me gusta la seguridad con la que se mueve. Es como si llevara ensayados todos sus pensamientos y actos, como si los preparara con días de antelación. Me lo imagino en su cuarto, anotando las palabras que piensa usar al día siguiente, ya que siempre es tan selectivo con ellas.

—Tu madre es muy joven, ¿no? —me dice.

—Sí, lo es.

—No te pareces nada a ella. —Se vuelve hacia mí—. ¿Has salido a tu padre?

Me encojo de hombros.

—No lo sé. No recuerdo cómo era.

Se vuelve hacia las fotos y recorre una con el dedo.

—¿Está muerto?

Me lo pregunta en un tono tan brusco que estoy casi segura de que sabe que está vivo o no me lo habría soltado así, tan a lo bestia.

—No lo sé. No lo he visto desde que tenía tres años.

Regresa a la cocina y vuelve a sentarse frente a mí.

—¿Eso es todo lo que vas a contarme? ¿Ninguna historia interesante?

—Oh, una historia hay, sin duda, pero no me apetece contarla.

Estoy segura de que existe una..., aunque lo cierto es que la desconozco. Karen no sabe nada de mi vida antes de que me dieran en acogida y no le veo sentido a indagar. ¿Qué más dará haber perdido la memoria de los primeros años cuando he tenido la suerte de vivir otros trece fantásticos?

Él vuelve a sonreírme, aunque esta sonrisa es distinta, cautelosa, y llega con una mirada extrañada.

—Las galletas están buenas —comenta. Al parecer, también se le da genial cambiar de tema—. No deberías menospreciar tus habilidades reposteras.

El sonido de un timbre me hace saltar del taburete y echar a correr hacia el horno, pero, al abrirlo, veo que todavía le falta mucho rato para estar listo. Al darme la vuelta, me encuentro con que Holder tiene mi móvil en la mano.

—Has recibido un mensaje —me dice riendo—. No le pasa nada al pastel.

Dejo la manopla sobre la encimera y vuelvo a mi sitio. Él está revisando los mensajes sin una pizca de respeto por mi privacidad, pero, como me importa bien poco, le dejo hacer.

—Pensaba que no te permitían tener móvil —comenta—. Supongo que fue una excusa patética para no darme tu número.

—No me dejan. Este me lo regaló mi mejor amiga el otro día. Solo sirve para enviar SMS.

Le da la vuelta a la pantalla, hacia mí, y me mira a los ojos.

—¿Qué mierda de mensajes son estos? —Gira de nuevo el teléfono y lee uno en voz alta—: «Sky, qué guapa eres. Probablemente seas la criatura más exquisita del universo y, si alguna zorra te dice lo contrario, me la cargo». —Arquea una ceja, me mira y vuelve a fijarse en la pantalla—. Por Dios, son todos así. Por favor, dime que no te los envías tú para motivarte.

Riendo, me inclino sobre la barra y se lo arrebato.

—Para, le estás quitando la gracia.

Él echa la cabeza hacia atrás y suelta una risotada.

—¿En serio te los estás enviando tú?

—¡No! —me pongo a la defensiva—. Me los manda Six. Es mi mejor amiga, pero se ha ido a la otra punta del mundo y me echa de menos. No quiere que esté triste y por eso me envía mensajes positivos todos los días. Me parece un gesto bonito por su parte.

—No me lo creo. Seguro que piensas que está siendo muy pelma y ni siquiera te los lees.

¿Cómo lo ha adivinado?

Dejo el móvil y me cruzo de brazos.

—La intención es lo que cuenta —protesto, porque no me da la gana admitir que los mensajes de Six me atacan los nervios.

—Con estos mensajes te vas a volver insoportable. Te van a inflar tanto el ego que vas a acabar explotando. —Recupera mi teléfono y se saca el suyo del bolsillo. Mueve el dedo sobre ambos y anota algo en su smartphone—. Hay que ponerle remedio a esta situación antes de que empieces a tener delirios de grandeza.

Me devuelve el móvil y teclea algo más en el suyo antes de guardárselo en el bolsillo. Mi teléfono me avisa de que ha entrado un nuevo mensaje y, al bajar la vista para ver de qué se trata, me echo a reír.

> Tus galletas son una mierda.
> Y tampoco eres tan guapa.

—¿Mejor así? —pregunta en tono burlón—. ¿Se te ha desinflado lo bastante el ego?

Riendo, me levanto y dejo el móvil en la encimera.

—Tú sí que sabes lo que una chica quiere oír. —Me dirijo al salón, pero, a mitad de camino, me detengo y me vuelvo hacia él—. ¿Te apetece una visita guiada por la casa?

Holder se levanta y me sigue mientras yo le doy explicaciones aburridas sobre las habitaciones, los cuadros y los objetos de

adorno. Él, sin embargo, lo observa todo con interés, como si se estuviera empapando de los detalles y no tuviera ninguna prisa. Se detiene y lo inspecciona todo con curiosidad, sin decir ni una sola palabra.

Cuando al fin llegamos a mi dormitorio, abro la puerta.

—Mi habitación —anuncio como si estuviera presentando *La ruleta de la suerte*—. Mira todo lo que quieras, pero, como no hay nadie mayor de dieciocho años por aquí, mantente lejos de la cama. Este fin de semana no me han dado permiso para quedarme embarazada.

Él se detiene a medio cruzar el umbral y ladea la cabeza en mi dirección.

—¿Solo este finde? ¿Tienes previsto acabar con un bombo el que viene?

Entro tras él en la habitación.

—Nop, probablemente me espere unas semanitas más.

Holder inspecciona el cuarto dando una vuelta completa hasta que queda de nuevo frente a mí.

—Tengo dieciocho años.

Ladeo la cabeza porque no sé por qué saca ahora el tema de la edad.

—¿Bravo por ti?

Él echa una rápida mirada de reojo a la cama.

—Has dicho que me mantenga lejos de la cama porque no teníamos dieciocho años. Solo especificaba que yo sí.

No me gusta el modo en que se me han contraído los pulmones cuando ha mirado hacia la cama.

—Ah, vale. En ese caso, quería decir diecinueve.

Se da la vuelta y se dirige lentamente hacia la ventana, que está abierta. Se agacha y asoma la cabeza al exterior antes de comentar:

—Esta es la famosa ventana de los rumores, ¿no?

No se gira al preguntarlo, lo que es una suerte para él porque, si las miradas matasen, ya estaría muerto. ¿A santo de qué ha tenido que hacer ese comentario? Esta vez estaba disfrutando de su compañía, para variar. Cuando al fin se vuelve hacia mí, su expresión juguetona ha desaparecido y su lugar lo ocupa la mirada retadora que me ha dirigido ya demasiadas veces.

Suelto un suspiro.

—¿Qué quieres, Holder?

O me aclara inmediatamente a qué ha venido o va a tener que marcharse.

Se cruza de brazos y entorna los ojos antes de contraatacar con otra pregunta.

—¿Me equivoco, Sky? ¿He dicho algo que sea falso o infundado?

Sus comentarios burlones dejan claro a qué se refiere al hablar de la ventana, y yo no tengo tiempo para sus jueguecitos. Estoy muy ocupada preparando pasteles, y más que lo voy a estar cuando me los coma.

Me dirijo a la puerta.

—Sabes perfectamente lo que has dicho y has obtenido la reacción que buscabas. ¿Contento? Pues ya puedes irte.

Pero no se va. Baja los brazos y camina hacia la mesita de noche, donde coge el libro que me prestó Breckin y lo hojea como si los últimos treinta segundos no hubieran sucedido.

—Holder, te lo estoy pidiendo con toda la educación posible. Por favor, vete.

Él devuelve el libro a su sitio con delicadeza y procede a tumbarse en la cama. Se tumba en mi cama, literalmente. Está en mi puta cama.

Exasperada, me dirijo hacia él y le bajo las piernas al suelo. Si tengo que sacarlo de casa a empujones, lo haré. Cuando lo agarro de las muñecas para levantarlo, él tira de mí en un gesto tan rápido que mi mente no puede procesar lo que ha ocurrido. Me da la vuelta y me deja tumbada de espaldas, con los brazos sujetos y clavados al colchón. Todo sucede de un modo tan inesperado que no me da tiempo a resistirme y, cuando lo miro a la cara, la mitad de mí no le encuentra sentido a hacerlo. No sé si gritar pidiendo ayuda o arrancarle la ropa.

Él me suelta los brazos y me lleva una mano a la cara. Se echa a reír mientras me limpia la nariz con el pulgar.

—Tenías harina. Me estaba poniendo nervioso.

Se sienta, vuelve a subir las piernas a la cama y se echa hacia atrás para apoyar la espalda en el cabecero. Yo sigo tumbada, contemplando las estrellas del techo; debo admitir que es la primera vez que siento algo mientras las observo.

No me muevo porque temo que esté loco, y me refiero en sentido literal, con un diagnóstico clínico y todo eso; es la única explicación lógica que le encuentro a su personalidad. Eso y el hecho de que me siga pareciendo increíblemente atractivo solo puede significar una cosa: que yo estoy tan chiflada como él.

—No sabía que era gay.

Confirmado, está loco.

Me vuelvo a mirarlo, pero no digo nada. ¿Qué demonios se le dice a un chalado que se niega a irse de tu casa y empieza a soltar frases sin sentido?

—Le di una paliza porque era un capullo. No tenía ni idea de que era gay.

Ha apoyado los codos en las rodillas y me está mirando a los ojos, a la espera de una reacción. O una respuesta. Aunque por ahora no

va a recibir ninguna de las dos cosas porque necesito procesar la situación. Si no está loco, es que está tratando de dejar algo claro. Pero ¿el qué? ¿Ha venido a mi casa sin que lo haya invitado para defender su honor y atacar el mío? ¿Qué sentido tiene tomarse tantas molestias? Soy solo una persona, ¿por qué le importa mi opinión y, en cambio, la de los demás no?

A menos, claro, que le guste. La idea me despierta una sonrisa, pero al momento me arrepiento y me siento sucia y muy idiota por querer gustarle a un tipo tan desquiciado. Me merezco lo que está pasando, lo reconozco. No debí permitir que entrara en casa estando sola. Y ahora encima sabe que voy a estarlo todo el fin de semana. Si tuviera que poner esta decisión en la balanza, probablemente rompería el platillo de las malas ideas. Me temo que esto va a terminar de una de estas dos maneras: o acabaremos comprendiéndonos mutuamente o él me matará, me cortará en pedacitos y hará galletas conmigo. Cualquiera de las dos me entristece porque hay un montón de dulces que se van a quedar sin comer.

—¡El pastel! —exclamo mientras me levanto de un brinco.

Cuando entro en la cocina, me alcanza el olor de mi último desastre. Con la manopla, lo saco del horno y lo lanzo sobre la encimera, decepcionada. Aunque, mirándolo bien, no se ha quemado tanto. Tal vez, si lo cubro con glaseado, no se note mucho.

Mientras cierro la puerta del horno, me digo que voy a cambiar de hobby. Quizá me dedique a la joyería. No puede ser tan difícil. Cojo dos cookies y vuelvo a mi habitación. Le doy una de las dos galletas a Holder y me tumbo junto a él.

—Supongo que, en ese caso, lo de llamarte capullo que va dando palizas a los gais estuvo fuera de lugar. ¿No eres un homófobo

cerrado de mente que estuvo el año pasado en un centro de menores?

Él sonríe, se tumba en la cama a mi lado y observa las estrellas.

—No, claro que no. Estuve viviendo con mi padre en Austin. Ni siquiera sé de dónde ha salido esa historia.

—¿Por qué no te defiendes de los rumores si no son ciertos?

Holder vuelve la cabeza hacia mí.

—¿Por qué no lo haces tú?

Frunzo los labios y asiento con la cabeza.

—*Touché*.

Permanecemos quietos en la cama, comiendo en silencio. Varias de las cosas que me ha estado contando estos días empiezan a cobrar sentido y eso hace que me sienta como una de esas personas a las que tanto desprecio. Me dijo desde el primer momento que respondería a todas mis preguntas y, sin embargo, preferí creerme las habladurías. No me extraña que estuviera tan molesto conmigo. Lo estaba tratando como el resto de la gente del insti me trata a mí.

—Lo que has dicho antes, sobre la ventana... ¿Estabas sacando el tema de los rumores? ¿No pretendías hacerme daño con un comentario malicioso?

—No soy mala persona, Sky.

—Pero eres intenso. Eso no me lo negarás.

—Lo acepto, pero no soy malo.

—Ni yo una puta.

—Ni yo un capullo machacagáis.

—Entonces, ¿todo aclarado?

Él se echa a reír.

—Eso parece.

Inspiro hondo y me preparo para una cosa que no hago a menudo: disculparme. Si no fuera tan testaruda, podría incluso

admitir que mi comportamiento de esta semana ha sido vergonzoso y que él tenía todo el derecho del mundo a enfadarse conmigo por ser tan ignorante y moralista. Pero ya se sabe que lo bueno, si breve, dos veces bueno, por lo que me limito a decir:

—Lo siento, Holder.

Él suspira con sentimiento.

—Lo sé, Sky. Lo sé.

Permanecemos en silencio durante un rato que parece eterno y, sin embargo, no es suficiente. Se está haciendo tarde y temo que en cualquier momento diga que tiene que marcharse, porque nos hemos quedado sin temas de conversación. No quiero que se vaya. Estoy muy a gusto a su lado. No acabo de entender por qué, pero es así.

—Necesito saber algo. —Es él quien rompe el silencio.

No digo nada porque no tengo la sensación de que esté esperando una respuesta, sino de que se está preparando para abordar un tema delicado. Inspira hondo y se vuelve hacia mí. Se apoya en el codo para sostenerse la cabeza y noto que me observa, pero permanezco contemplando las estrellas. Está demasiado cerca; no soportaría mirarlo a los ojos. Tal como me late el corazón ahora mismo, me temo que, si me acercara a él un poco más, me moriría. Me asombra que el deseo afecte tanto al corazón. Lo altera más que salir a correr.

—¿Por qué dejaste que Grayson te tocara en el aparcamiento?

Quiero meterme debajo de las sábanas y esconderme. Tenía la esperanza de que no sacara el tema.

—Ya te lo dije. No es mi novio y lo del ojo morado no tuvo nada que ver con él.

—No te lo pregunto por eso. Lo pregunto porque vi cómo reaccionabas. Estabas enfadada con él, incluso un poco aburrida.

Solo quiero saber por qué permites que te haga esas cosas cuando es evidente que no te apetece que te toque.

Sus palabras me desconciertan y me provocan una súbita sensación de claustrofobia. Empiezo a sudar. No estoy cómoda hablando de esto. Me abruma que pueda descifrar tan bien mis emociones, mientras que yo soy incapaz de saber qué siente él.

—¿Tanto se notaba mi falta de interés?

—Sí, era obvia a cincuenta metros de distancia. Lo que no entiendo es que él no lo pille.

Esta vez me vuelvo hacia Holder sin pensar, y me apoyo en el codo.

—Ya, tío. No te imaginas la de veces que lo he rechazado, pero no se da por aludido. Resulta patético... y nada atractivo.

—¿Y por qué se lo permites?

Me dirige una mirada tan intensa que me doy cuenta de lo comprometedora que es la situación. Estamos mirándonos a los ojos en la misma cama. Cuando noto que baja la vista hacia mis labios, vuelvo a tumbarme de espaldas. Tal vez él sienta lo mismo, porque también se coloca boca arriba.

—Es complicado.

—No tienes por qué explicármelo. Solo era curiosidad, pero no es asunto mío.

Me pongo las manos detrás de la nuca mientras observo las estrellas, a pesar de que las he contado tantas veces que me las sé de memoria. Creo que he pasado más rato en la cama con Holder que con cualquiera de los chicos que han circulado por aquí, y me sorprendo al caer en que, en todo este rato, no he sentido la necesidad de contar ni una sola estrella.

—¿Has tenido alguna novia en serio?

—Sí, pero espero que no vayas a pedirme detalles porque no comparto ese tipo de intimidades.

Niego con la cabeza.

—No, no iba por ahí la cosa. —Hago una pausa mientras busco las palabras adecuadas—. Cuando la besabas, ¿qué sentías?

Él también se lo piensa antes de hablar. Probablemente tema que se trate de una pregunta trampa.

—Supongo que quieres que sea sincero.

—No espero otra cosa de ti.

Con el rabillo del ojo lo veo sonreír.

—Tú lo has querido. Pues me sentía... cachondo.

Trato de fingir que no me afecta oír esa palabra en su boca, pero...

Ufff...

Cruzo los muslos con la esperanza de que se calmen los calores que me recorren el cuerpo.

—Es decir, que... ¿sientes las mariposas, las palmas de las manos sudorosas, el corazón desbocado y todo eso?

Él se encoge de hombros.

—Sí, no con todas las chicas, pero con la mayoría.

Inclino la cabeza en su dirección y trato de no analizar sus palabras. Holder gira la cabeza hacia mí y sonríe.

—No han sido tantas.

Al sonreír, se le marca el hoyuelo, que es mucho más mono de cerca. Por un instante, me quedo atontada contemplándolo.

—¿De qué va todo esto?

Sus palabras me devuelven a la realidad. Lo miro a los ojos un momento antes de clavar de nuevo la vista en el techo.

—Va de que yo no siento nada parecido. Cuando me lío con algún chico, no siento nada de nada. Estoy insensible, como adormecida.

Por eso a veces dejo que Grayson haga lo que me hace, porque me gusta no sentir nada. —Él se mantiene callado, y su silencio me pone incómoda. No puedo evitar preguntarme si piensa que estoy loca—. Sé que no tiene sentido, y no, no soy lesbiana. Es solo que, antes de conocerte, nunca me había atraído nadie y no sé por qué.

En cuanto dejo de hablar, él se vuelve hacia mí con brusquedad al mismo tiempo que yo cierro los ojos con fuerza y me cubro la cara con un brazo. No me puedo creer que haya admitido así, como si nada y en voz alta, que me siento atraída por él. Me quiero morir. Ahora mismo. Ya.

Noto un movimiento en la cama, luego siento que me sujeta la muñeca y me aparta el brazo de la cara. Abro los ojos a regañadientes y me lo encuentro con la cabeza apoyada en la mano y una sonrisa radiante en la cara.

—¿Te atraigo?

Se me escapa un gruñido.

—Ay, Dios. Justo lo que le faltaba a tu ego.

—Supongo que tienes razón —admite riendo—. Rápido, insúltame antes de que se vuelva tan grande como el tuyo.

—Necesitas un buen corte de pelo —le suelto—. A fondo. Se te mete el flequillo en los ojos, bizqueas y te pasas el rato apartándotelo de la cara como si fueras Justin Bieber. Me pone nerviosa.

Él se pasa la mano por el cabello antes de volver a tumbarse en la cama.

—Joder, eso ha dolido. Me ha dado la sensación de que me la guardabas desde hace tiempo.

—Solo desde el lunes.

—Nos conocimos el lunes, te recuerdo. ¿Llevas pensando en lo mucho que odias mi pelo desde entonces?

—No todo el rato.

Tras unos instantes en silencio, vuelve a sonreír.

—No me puedo creer que te parezca atractivo.

—Oh, cállate.

—Supongo que el otro día fingiste lo del desmayo para acabar en mis brazos... sexis... sudorosos... varoniles...

—Que te calles.

—Seguro que fantaseas conmigo por las noches en esta misma cama.

—En serio, Holder.

—Probablemente incluso...

Le cubro la boca con la mano.

—Me gustas mucho más cuando estás callado.

Al fin logro que deje el tema, me vuelvo a poner la mano bajo la nuca y permanecemos un rato en silencio. Probablemente esté regodeándose al saber que me resulta atractivo mientras yo me tiro de los pelos porque lo sabe.

—Me aburro —suelta de pronto.

—Pues vete a casa.

—No quiero. ¿Qué haces cuando te aburres? No tienes tele ni internet. ¿Te pasas las tardes aquí, pensando en lo bueno que estoy?

Hago una mueca de fastidio.

—Leo. Mucho. A veces preparo dulces y otras salgo a correr.

—Leer, preparar postres y correr. Y fantasear conmigo, no se me olvida. Llevas una vida fascinante.

—Me gusta mi vida.

—Sí, creo que a mí también. —Se da la vuelta y coge el libro que hay en la mesita de noche—. Toma, lee esto.

Se lo quito de las manos y lo abro por la página marcada, la dos. No he llegado más lejos.

—¿Quieres que lea en voz alta? ¿Tan aburrido estás?

—De cojones.

—Es una novela romántica.

—Ya te he dicho que estoy muy aburrido. Lee.

Apoyo la almohada en el cabecero, me pongo cómoda y empiezo a leer.

Si esta mañana alguien me hubiera anunciado que por la tarde estaría leyéndole un libro a Dean Holder en mi cama, le habría dicho que estaba loco. Aunque es verdad que no soy quién para llamar loco a nadie.

Cuando abro los ojos, llevo la mano hacia el otro lado de la cama y compruebo que está vacía. Me siento y miro a mi alrededor. La luz está apagada y alguien me ha tapado con la colcha. Veo el libro cerrado en la mesilla y lo cojo. El marcapáginas está colocado a tres cuartas partes de la lectura.

¿Leí hasta quedarme frita?

«Oh, no. Me he dormido».

Aparto la colcha y me dirijo a la cocina. Cuando enciendo la luz, no doy crédito a lo que estoy viendo. Todo está recogido y limpio, impecable, y los dulces están envueltos en papel film. Veo mi móvil sobre la encimera; al ir a cogerlo, me doy cuenta de que tengo un nuevo mensaje.

> Te has quedado dormida justo cuando ella estaba a punto de descubrir el secreto de su madre. ¡Ya te vale! Volveré mañana por la noche para que termines de leérmelo.

Por cierto, te canta el aliento una barbaridad y
roncas como un oso.

Me echo a reír y me quedo un rato con una sonrisa de idiota en la cara, aunque, por suerte, no hay nadie que pueda verlo. En el reloj del horno veo que son las dos de la madrugada, por lo que regreso a la cama. Ojalá vuelva mañana. No sé cómo este desastre de chico ha logrado colarse en mi vida tan rápido, pero no tengo ningunas ganas de que desaparezca.

Sábado, 1 de septiembre de 2012

17:05 h

Hoy he aprendido una valiosa lección sobre el deseo sexual, y es que te da el doble de trabajo. Me he duchado dos veces en vez de una y me he cambiado de ropa cuatro veces en vez de dos. He limpiado la casa una vez (lo que es el doble de lo habitual) y he consultado el móvil unas mil veces para ver qué hora era. Y, para ver si tenía algún mensaje nuevo, debo de haberlo mirado unas mil más.

Por desgracia, en el mensaje de anoche no especificó a qué hora tenía previsto pasarse por aquí, por lo que a las cinco ya estoy esperándolo. No sé qué más hacer. Hay dulces para un año y he corrido seis kilómetros esta mañana. Se me ha pasado por la cabeza preparar cena para dos, pero, como no sé a qué hora va a venir, lo he descartado. Estoy aquí, tamborileando con los dedos en el sofá, cuando me llega un mensaje suyo.

> ¿A qué hora quieres que vaya? No es que esté deseándolo ni nada. Ya sabes que eres tremendamente aburrida.

Me ha escrito. ¿Por qué no se me ha ocurrido a mí? Podría haberlo hecho hace horas para preguntarle a qué hora vendría. Me habría ahorrado muchos nervios innecesarios y patéticos.

> Ven a las siete. Y trae algo de comer, no pienso cocinar para ti.

Suelto el móvil. Falta una hora y cuarenta y siete minutos. ¿Y ahora qué hago? Miro a mi alrededor. El salón me parece desnudo y, por primera vez en mi vida, el aburrimiento empieza a pesarme. Hasta esta semana, me sentía a gusto con mi vida mediocre. Me pregunto si, al exponerme a las tentaciones de la tecnología, no voy a poder volver a conformarme con menos. Aunque tal vez la mayor tentación no sea la tecnología, sino Holder. Probablemente se han juntado las dos cosas.

Estiro las piernas y las apoyo en la mesita baja que tengo delante. Me he puesto vaqueros y una camiseta tras haber decidido darles un descanso a los pantalones de chándal. Llevo el pelo suelto porque hasta ahora Holder me ha visto siempre con coleta, aunque no es que pretenda impresionarlo.

Bueno, vale, sí. Quiero hacerlo.

Cojo una revista y trato de hojearla, pero tengo un tembleque en la pierna. No paro de moverme; así es imposible concentrarse. Tras leer la misma página tres veces seguidas, la lanzo sobre la mesita y me echo hacia atrás en el sofá. Contemplo el techo, luego la pared, más tarde me observo las uñas de los pies y me planteo volver a pintármelas.

Me estoy volviendo loca.

Cuando no puedo más, suelto un gruñido de rendición. Cojo el móvil y escribo:

> Ahora. Ven ahora mismo. Me muero de aburrimiento y, como no vengas pronto, me acabaré el libro antes de que llegues.

No dejo el teléfono; lo contemplo rebotar sobre el tic nervioso de mi rodilla. Por suerte, responde casi al momento.

Lol. Te estoy comprando comida, mandona.
Llego dentro de veinte minutos.

¿Lol? ¿Qué demonios significa eso? ¿Lolita? ¿Me está llamando «adolescente lujuriosa»? Ay, Dios. Espero que no. ¿Qué querrá decir?

Trato de apartar de mi mente esa primera palabreja y me centro en las últimas. Veinte minutos. ¡Mierda! De repente me parece demasiado pronto. Corro hasta el baño y compruebo que todo en mí esté correcto: el pelo, la ropa, el aliento. Recorro la casa y la ordeno otra vez. Ya van dos. Cuando suena el timbre de la puerta, sé lo que debo hacer: abrirla.

Holder ocupa la entrada con una bolsa en cada brazo. Tiene un aspecto muy doméstico, pero, igualmente, echo un vistazo desconfiado a las provisiones.

Él se encoge de hombros.

—Ya que tu hospitalidad deja mucho que desear, alguien tenía que ocuparse de la cena.

Pasa por mi lado, va directo a la cocina y coloca las bolsas en la encimera.

—Espero que te gusten los espaguetis con albóndigas, porque eso es lo que vas a cenar. —Saca los ingredientes y empieza a rebuscar ollas y sartenes en los armarios.

Tras cerrar la puerta, me dirijo a la barra.

—¿Vas a cocinar para mí?

—De hecho, voy a hacerlo para mí... —Me mira por encima del hombro y sonríe—. Pero, si quieres acompañarme, te invito.

—¿Siempre eres tan graciosillo?

Se encoge de hombros.

—¿Y tú?

—¿Siempre respondes con otra pregunta?

—¿Y tú?

Cojo un trapo que hay sobre la barra y se lo tiro. Él lo esquiva y se dirige a la nevera.

—¿Quieres algo de beber? —me pregunta.

Apoyo los codos en la barra y la barbilla en las manos mientras lo observo.

—¿Me estás ofreciendo prepararme una copa en mi propia casa?

Holder echa un vistazo por los estantes del frigorífico antes de responder:

—Eso será difícil. ¿Te apetece un vaso de leche que sabe como el culo o prefieres un refresco?

—¿Quedan refrescos?

Juraría que me acabé el último ayer.

Él saca la cabeza de la nevera y alza una ceja.

—¿Podemos decir algo que no sea una pregunta?

Me echo a reír.

—No lo sé. ¿Seremos capaces?

—¿Cuánto rato crees que vamos a poder mantener esto? —Encuentra un refresco y va a buscar los vasos—. ¿Quieres hielo?

—¿Tú vas a quererlo con hielo?

No pienso ser yo quien rompa la racha de preguntas. Soy muy competitiva.

Holder se acerca con los vasos y los deja sobre la barra.

—¿Crees que debería tomarlo así?

Me provoca con una sonrisa.

—¿Te gusta el hielo? —Le devuelvo el reto.

Él asiente con la cabeza, impresionado por mi capacidad para seguirle el juego.

—¿Es hielo del bueno?

—Depende, ¿cómo te gusta más: picado o en cubitos?

Holder entorna los ojos, consciente de que lo he acorralado. No puede responder a esa pregunta con otra. Abre la lata y me sirve refresco en el vaso.

—Para ti, sin hielo.

—¡Ja! ¡He ganado!

Él se acerca a los fogones, riendo.

—Te he dejado ganar por lástima. Cualquier persona que ronque como tú merece un respiro de vez en cuando.

Le dedico una sonrisa irónica.

—Que sepas que tus insultos solo tienen gracia por escrito.

Cojo el vaso y, al darle un trago, echo de menos el hielo. Me acerco al congelador y saco un par de cubitos. Cuando me doy la vuelta, Holder me corta el paso. La mirada que me dirige es traviesa pero intensa al mismo tiempo, tanto que me acelera el corazón. Avanza hacia mí hasta que choco de espaldas contra la nevera. Como quien no quiere la cosa, levanta el brazo y apoya la mano en la puerta del frigorífico, junto a mi cabeza.

Me parece un milagro que no me haya caído al suelo todavía. Siento como si las rodillas estuvieran a punto de fallarme.

—Sabes que lo digo de broma, ¿no? —comenta en tono suave mientras me examina la cara y sonríe lo justo para que se le marquen los hoyuelos.

Asiento en silencio mientras rezo para que se aleje de mí de una vez, porque estoy a punto de sufrir un ataque de asma, a pesar de que no tengo.

—Eso está bien. —Se acerca todavía unos centímetros más—. Porque no roncas. De hecho, eres fastidiosamente adorable cuando duermes.

No debería decir esas cosas, sobre todo mientras dobla el codo y se inclina hacia mí hasta quedar todavía más cerca. Cuando siento

su boca pegada a mi oreja, contengo el aliento.

—Sky —susurra en tono seductor—, te necesito... fuera de aquí. He de coger algo de la nevera.

Se echa hacia atrás sin apartar la mirada de mis ojos, pendiente de mi reacción. Veo que lucha por no echarse a reír, pero acaba rindiéndose y suelta una carcajada.

Le doy un empujón en el pecho y me escapo por debajo de su brazo.

—¡Qué capullo eres!

Abre la nevera sin dejar de reír.

—Lo siento, pero, joder, es tan evidente que te atraigo que me cuesta no tomarte un poco el pelo.

Sé que sigue bromeando, aunque me da mucha vergüenza que saque el tema. Vuelvo a sentarme en la barra y escondo la cara entre las manos. Empiezo a odiar a la chica en la que me estoy convirtiendo. No me resultaría tan difícil estar con Holder si no se me hubiera escapado que me siento atraída por él. Y también sería todo un poco más fácil si no fuera tan gracioso. Y tierno, cuando le apetece. Y si no estuviera tan bueno. Supongo que eso es lo que convierte el deseo en una emoción tan agridulce. La sensación es bonita, pero el esfuerzo que cuesta disimularla es demasiado grande.

—¿Quieres saber una cosa? —me pregunta.

Levanto la cara y veo que está revolviendo algo en una sartén.

—Probablemente no.

Él me mira a los ojos un instante antes de volver a centrarse en la comida.

—Creo que te hará sentir mejor.

—Lo dudo.

Cuando vuelve a mirarme, la sonrisa traviesa se le ha borrado de la cara. Saca una olla de un armarito y la llena de agua. Regresa a los fogones y sigue removiendo la sartén.

—Es posible que yo también me sienta un poco atraído por ti —admite.

Inspiro y dejo escapar el aire de manera lenta y controlada para que no se note que su confesión me ha tomado por sorpresa.

—¿Solo un poco? —Opto por la vieja táctica de ocultarme tras el sarcasmo.

Él vuelve a sonreír, pero esta vez no aparta los ojos de la sartén. El silencio se adueña de la estancia durante unos minutos. Holder está concentrado en cocinar y yo me concentro en él. Lo observo moverse con facilidad por la cocina. Se le ve cómodo, más que a mí, y eso que estamos en mi casa. No paro de moverme, nerviosa, deseando que vuelva a hablar. A él no parece molestarle el silencio, pero a mí se me viene encima y me ahoga. Necesito romperlo como sea.

—¿Qué significa «lol»?

Él se echa a reír.

—¿En serio?

—Sí, en serio. Lo has escrito antes en el mensaje.

—Es la abreviatura de *«laugh out loud»*. Significa «reírse a carcajadas». Se empezó a usar en inglés, pero ahora ya lo utiliza todo el mundo cuando algo le parece divertido.

Buf, pues me alegro de que no me estuviera llamando Lolita. Es un alivio.

—Ajá. Es un poco tonto, ¿no?

—Pues sí, bastante, pero ya no me llama la atención porque me he acostumbrado a verlo. Las abreviaturas hacen que escribir mensajes sea más rápido. Pasa lo mismo con OMG o WTF o IDK o...

—Oh, por Dios, para —lo interrumpo antes de que empiece a soltar más abreviaturas absurdas—. Esa manera de hablar hace que me resultes mucho menos atractivo.

Holder me mira por encima del hombro y me guiña el ojo antes de dirigirse al horno.

—En ese caso, no volveré a hacerlo.

Y, una vez más, se instala entre nosotros don Silencio sin que nadie lo haya invitado. Ayer no me molestaba, pero, por alguna razón que no acabo de entender, hoy me hace sentir muy incómoda. A él no parece afectarle. Empiezo a sospechar que estoy nerviosa por lo que pueda pasar más tarde. Es obvio que, con la química que hay entre nosotros, acabaremos besándonos en algún momento, y me cuesta horrores centrarme en el presente y mantener una conversación fluida cuando lo único que tengo en la cabeza es ese beso. No soporto no saber cuándo se lanzará. ¿Se esperará a terminar la cena, cuando mi aliento huela a ajo y a cebolla? ¿Lo dejará para el momento de la despedida? ¿Me sorprenderá cuando menos me lo espere? Me entran ganas de ocuparme del tema yo misma ahora para quitarme los nervios de encima y poder disfrutar de la cena.

—¿Estás bien? —me pregunta. Cuando levanto la vista, me lo encuentro observándome desde el otro lado de la barra—. ¿Adónde te has ido? Has estado ausente un rato.

Sacudo la cabeza y me obligo a volver a la conversación.

—Estoy bien.

Él coge un cuchillo y se pone a cortar un tomate. Hasta para eso tiene facilidad. ¿Habrá algo que se le dé mal? Cuando el cuchillo se queda quieto, levanto la mirada y veo que me está observando muy serio.

—¿Dónde tienes la cabeza, Sky? —Sigue contemplándome unos instantes a la espera de mi respuesta. Al ver que no digo nada, vuelve a bajar la vista hacia la tabla de cortar.

—¿Me prometes que no te reirás?

Holder entorna los ojos y se lo plantea en silencio hasta que acaba negando con la cabeza.

—Te dije que sería siempre honesto contigo, así que no, no puedo prometértelo porque eres graciosa y seguramente fracasaría en el intento.

—¿Eres siempre tan difícil?

Él sonríe, pero no responde. Sigue observándome como si me estuviera retando a decir lo que tengo en la mente. Por desgracia para mí, no suelo retirarme ante un desafío.

—Vale, tú lo has querido. —Enderezo la espalda, inspiro hondo y dejo escapar todos mis pensamientos a la vez—. No se me da bien esto de las citas y ni siquiera sé si esto es una cita, pero sé que, sea lo que sea, es algo más que dos amigos pasando el rato juntos, por lo que no puedo evitar darle vueltas a lo que ocurrirá luego, cuando te despidas, y tampoco sé si tienes previsto besarme y, como odio las sorpresas, estoy incómoda porque quiero que lo hagas, y a lo mejor esto suena presuntuoso por mi parte, pero creo que tú también quieres, y por eso pensaba que sería todo mucho más fácil si nos besáramos ya, porque entonces tú podrías volver a cocinar y yo podría dejar de darle vueltas a cómo va a desarrollarse la noche.

Inspiro hondo, muy hondo, como si me hubiera quedado sin aire en los pulmones. Él ha parado de cortar tomates en algún momento de mi monólogo, aunque no sabría decir exactamente cuándo. Me está observando boquiabierto. Vuelvo a respirar hondo y a soltar el aire despacio. Temo haberlo ahuyentado y que esté a punto de marcharse para siempre. Por desgracia, si lo hiciera, lo entendería.

Deja el cuchillo sobre la tabla con delicadeza y apoya las manos en la encimera sin apartar la mirada de mí. Yo cruzo las manos sobre el regazo y espero una reacción. No puedo hacer otra cosa.

—Esa —articula la palabra con énfasis— ha sido la frase más larga pronunciada de corrido que he escuchado nunca.

Hago una mueca y me echo hacia atrás en el asiento mientras me cruzo de brazos. Prácticamente acabo de rogarle que me bese, ¿y se pone a criticarme la gramática?

—Relájate —añade sonriendo. Echa las rodajas de tomate en la sartén y la pone al fuego. Tras ajustar la temperatura en otro de los fogones, echa la pasta en el agua hirviendo. Cuando lo tiene todo en marcha, se seca las manos en el trapo, rodea la barra y se planta ante mí—. Levántate.

Lo miro con desconfianza, pero hago lo que me ordena despacio. Cuando estoy de pie ante él, me apoya las manos en los hombros y mira a su alrededor.

—Mmm —murmura, y casi lo oigo pensar en voz alta. Tras echarle un vistazo a la cocina, me recorre los brazos con las manos y termina sujetándome las muñecas—. La postura de antes, contra la nevera, no me desagradaba.

Me empuja hasta allí y me coloca como una marioneta con la espalda contra la puerta. Apoya las dos manos a ambos lados de mi cabeza y se cierne sobre mí.

No es el entorno más romántico que me había imaginado para nuestro primer beso, pero supongo que servirá. Solo quiero quitármelo de encima, sobre todo ahora, con el numerito que está montando. Cuando veo que se inclina hacia mí, contengo el aliento y cierro los ojos.

Y espero.

Y sigo esperando.

Sin embargo, no pasa nada.

Cuando abro los ojos, está tan cerca que hago una mueca. Él reacciona echándose a reír, pero no se aparta, y su aliento me estremece como si fueran dedos acariciándome los labios. Huele a hojas de menta y a refresco. Nunca me imaginé que combinarían tan bien.

—¿Sky? —empieza a decir en tono bajo, tranquilo—. No pretendo torturarte ni nada parecido, pero, antes de venir, ya había decidido que no te besaría esta noche.

Sus palabras hacen que el estómago se me lance en picado desde un gran precipicio, tan alto como mi decepción. La confianza que tenía en mí misma acaba de saltar por la ventana, y la verdad es que ahora mismo me vendría muy bien uno de los mensajes de ánimo de Six.

—¿Por qué no?

Me apoya una mano en la cara y me recorre la mejilla con los dedos. Trato de no estremecerme, pero estoy muy alterada y acalorada, y me cuesta mucho disimularlo. Con la vista sigue el camino que traza con la mano a lo largo de mi mandíbula y mi cuello hasta llegar a mi hombro. Cuando vuelve a mirarme a los ojos, el deseo que veo en ellos me devuelve una pizca de autoestima y me alivia la decepción, aunque sea solo un poco.

—Quiero besarte —admite—. Créeme, lo deseo mucho.

Baja la vista a mis labios y me pone de nuevo la mano en la mejilla. Esta vez me apoyo en su palma en un gesto de rendición, aunque lo cierto es que le he cedido el control en cuanto ha cruzado la puerta de casa. A estas alturas podría hacer conmigo lo que quisiera.

—Y, entonces, ¿por qué no lo haces? —le pregunto, aunque me aterra que me ponga alguna excusa que contenga la palabra

«novia».

Holder me enmarca la cara entre sus manos y la levanta hacia él. Mientras me acaricia las mejillas con los pulgares, siento como el pecho le sube y le baja cada vez más deprisa, pegado al mío.

—Porque —susurra— tengo miedo de que no lo sientas.

Contengo el aliento. Reviso en mi mente la conversación que mantuvimos anoche en mi cama y me doy cuenta de que no debería haberle comentado nada. No debería haberle contado que me vuelvo insensible cuando los chicos me besan porque él es la excepción a esa regla. Apoyo la mano sobre la suya, que sigue en mi mejilla, y la mantengo allí.

«Lo sentiré, Holder. Ya lo estoy sintiendo», quiero decirle, pero no me salen las palabras, por lo que me limito a asentir.

Él cierra los ojos e inspira hondo antes de apartarme de la nevera para estrecharme entre sus brazos. Me rodea la espalda con uno y me sujeta la cabeza con la otra mano. Yo tengo los brazos caídos a los lados, aunque trato de ponerle remedio levantándolos para abrazarlo por la cintura. Contengo el aliento al notar la paz que me embarga al estar así, envuelta en él. Ambos apretamos más el agarre al mismo tiempo y él me da un beso en la coronilla. No es el que estaba esperando, pero me gusta igual.

Permanecemos en esta postura hasta que el reloj del horno hace sonar la alarma. Holder no me suelta inmediatamente, lo que me hace sonreír. Cuando noto que empieza a aflojar el abrazo, bajo la vista al suelo, incapaz de sostenerle la mirada. No sé cómo lo he hecho, pero, al tratar de eliminar la incomodidad por el tema del beso, solo he conseguido empeorar las cosas.

Como si lo notara, él me toma las manos y entrelaza nuestros dedos.

—Mírame. —Hago lo que me pide y me esfuerzo por disimular la decepción que me causa haber comprobado que la atracción entre nosotros está en niveles distintos—. Sky, no voy a besarte esta noche, pero créeme cuando te digo que nunca había tenido tantas ganas de besar a una chica. Así que deja de pensar que no me siento atraído por ti, porque no es verdad. De todos modos, da igual lo que hagas esta noche. Puedes darme la mano, acariciarme el pelo, sentarte en mi regazo mientras te doy de comer en la boca..., pero hoy no pienso besarte. Y probablemente mañana tampoco. Es por mí; lo necesito. Cuando mis labios entren en contacto con los tuyos, necesito estar convencido de que estás sintiendo todo lo que siento yo, porque quiero que tu primer beso sea el mejor de la historia de los primeros besos. —Se lleva mi mano a los labios y la besa—. Y ahora cambia esa cara y ayúdame con las albóndigas.

Sonrío porque me ha parecido una excusa perfecta para rechazarme. Podría rechazarme todos los días durante el resto de mi vida si a continuación me pusiera un pretexto como este.

Balancea nuestras manos, que siguen unidas, y me mira a los ojos.

—¿Todo bien? —pregunta—. ¿Te vale con esto para sobrevivir a un par de citas más?

Asiento con la cabeza.

—Sí, aunque te equivocas en algo.

—¿En qué?

—Has dicho que quieres que mi primer beso sea el mejor primer beso, pero es que no será mi primer beso, ya lo sabes.

Él entorna los ojos, me suelta las manos y vuelve a sujetarme por las mejillas. Me empuja hasta que choco con la nevera y, con los labios peligrosamente cerca de los míos, me dirige una mirada seria

de la que ha desaparecido cualquier rastro de humor. Su expresión es tan intensa que dejo de respirar.

Con una lentitud insoportable, se inclina hacia mí hasta que sus labios casi rozan los míos. El ansia de que avance un poco más me paraliza. Como él no cierra los ojos, yo tampoco lo hago. Se mantiene en esa posición unos segundos, durante los cuales el aliento de los dos se funde. Nunca había sentido una impotencia como esta. Estoy a punto de perder el control. Como no haga algo en los próximos tres segundos, la que se va a abalanzar sobre él voy a ser yo.

Cuando baja la vista hacia mi boca, me muerdo el labio inferior, más que nada para no pegarle un mordisco.

—Para tu información —murmura—, tu primer beso sucederá justo cuando mis labios toquen los tuyos. Porque, si nunca has sentido nada mientras te besaban, no puede decirse que lo hayan hecho; al menos, no del modo en que pienso besarte yo.

Deja caer las manos, pero me mantiene presa de su mirada mientras retrocede hacia los fogones. Se da la vuelta y remueve la pasta como si no acabara de asegurarse de que no vuelva a fijarme en ningún otro hombre en toda mi vida.

No siento las piernas, así que solo puedo hacer una cosa: me deslizo por la nevera hasta tocar el suelo con el culo y respiro hondo.

Sábado, 1 de septiembre de 2012

19:15 h

—Tus espaguetis son un asco. —Doy otro bocado y cierro los ojos para saborear la que probablemente sea la mejor pasta que he probado en la vida.

—Te encantan y lo sabes. —Holder se levanta de la mesa, va a buscar servilletas y me da una—. Toma, límpiate la barbilla. Tienes esa salsa tan asquerosa por todas partes.

Tras la escena de la nevera, la noche ha tomado un rumbo normal. Me trajo un vaso de agua y me ayudó a levantarme. Tras darme en el trasero, me puso a trabajar. Y resulta que eso era justo lo que necesitaba para dejar de sentirme incómoda: un buen azote en el culo.

—¿Has jugado alguna vez a «En busca de la cena perdida»? —le pregunto.

Él niega con la cabeza despacio.

—¿Quiero saber de qué va?

—Sí, es una buena manera de conocernos. Después de la próxima cita no haremos más que liarnos, así que lo mejor será que nos quitemos las preguntas de en medio hoy mismo.

Él se echa a reír.

—Me parece bien. ¿Cómo se juega?

—Yo te hago una pregunta muy personal e incómoda y tú no puedes comer ni beber nada hasta que no la respondas con total

sinceridad. Y viceversa.

—Parece fácil. ¿Y si no contesto?

—Te mueres de hambre.

Holder deja el tenedor en la mesa y tamborilea con los dedos.

—Vale, juego —cede.

Supongo que debería haberme preparado las preguntas antes de proponérselo, pero, teniendo en cuenta que me he inventado el juego hace treinta segundos, no puedo pedir más. Doy un sorbo a mi refresco aguado mientras pienso. Me da un poco de miedo ser demasiado incisiva, ya que las veces anteriores que me he puesto en ese plan con él la cosa no ha terminado bien.

—Vale, tengo una pregunta. —Dejo el vaso en la mesa y me echo hacia atrás en la silla—. ¿Por qué me seguiste hasta mi coche en el súper?

—Ya te lo dije; pensé que eras otra persona.

—Ya, pero ¿quién?

Holder se revuelve incómodo y se aclara la garganta. Cuando alarga la mano hacia el vaso, lo intercepto.

—No, no puedes beber; responde primero.

Él suspira, aunque acaba cediendo.

—Me recordabas a alguien, pero no sabía a quién. Más tarde me di cuenta de que era a mi hermana.

Arrugo la nariz.

—¿A tu hermana? —Me encojo—. Eso es asqueroso, Holder.

Él se ríe y hace una mueca.

—No, no de esa manera. En absoluto, ni siquiera se parecía a ti. Pero, al verte, pensé en ella. Y la verdad es que no sé por qué te seguí hasta el coche. Fue todo bastante surrealista, una situación muy rara, y luego, cuando volví a verte delante de casa... —hace

una pausa y se queda observando su mano mientras recorre el borde del plato—, sentí como si fuera cosa del destino.

Inspiro hondo mientras absorbo su respuesta. La última frase me la tomo con mucha cautela. Él me dirige una mirada nerviosa y me doy cuenta de que teme haberme asustado con sus palabras. Sonrío para tranquilizarlo y le señalo el vaso.

—Vale, ya puedes beber. Ahora te toca a ti preguntar.

—Oh, lo tengo fácil. Me gustaría saber si me estoy metiendo en el terreno de alguien, porque hoy he recibido un mensaje misterioso de un número desconocido que decía: «Si vas a salir con mi chica, cómprale tu propia tarjeta prepago y deja de gastar minutos de la mía, capullo».

—Ha sido Six, sin duda. Es la que se encarga de subirme la moral todos los días con sus mensajes positivos.

Él asiente con la cabeza.

—Esperaba que dijeras eso, porque... —se inclina hacia delante y entorna los ojos— soy muy competitivo y, si se hubiera tratado de un chico, mi respuesta no habría sido tan amable.

—¿Le has contestado? ¿Qué le has dicho?

—¿Esa es tu pregunta? Porque, si no, daré otro bocado.

—No tan deprisa; responde antes.

—Sí, le he contestado. Le he dicho: «¿Cómo se compran más minutos?».

Mi corazón está muy blandito ahora mismo, como si acabara de convertirse en papilla, y me cuesta horrores no sonreír. Es lamentable y patético, ya lo sé.

—No, era broma. —Niego con la cabeza—. Esa no era mi pregunta; sigue siendo mi turno.

Vuelve a dejar el tenedor en el plato y hace una mueca.

—Se me está enfriando la comida.

Apoyo los codos en la mesa y doblo las manos debajo de la barbilla.

—Quiero que me hables de tu hermana y de por qué te has referido a ella en pasado.

Holder echa la cabeza hacia atrás y fija la mirada en el techo mientras se frota la cara con las manos.

—Arg. Ahora entiendo lo de «preguntas personales e incómodas».

—Son las reglas del juego; no me las he inventado yo.

Él suspira y me sonríe, pero es una sonrisa triste y no me gusta verlo así. Si pudiera, retiraría la pregunta.

—¿Recuerdas que te dije que el año pasado había sido muy jodido para mi familia?

Asiento en silencio. Él se aclara la garganta y vuelve a pasar el dedo por el borde del plato antes de continuar.

—Murió hace trece meses. Se suicidó, aunque mi madre prefiere que usemos el término «sobredosis voluntaria».

Holder no aparta la mirada en ningún momento, por lo que yo tampoco lo hago en señal de respeto, aunque me cuesta. No tengo ni idea de qué se dice en estos casos; la culpa es mía por sacar el tema.

—¿Cuál era su nombre?

—Lesslie, pero yo la llamaba Les.

Al oírlo, me embarga la tristeza y se me quitan las ganas de comer.

—¿Era mayor que tú?

Se echa hacia delante, recupera el tenedor y lo hace girar sobre los espaguetis.

—Éramos gemelos —responde antes de meterse la pasta en la boca.

Madre de Dios.

Alargo la mano hacia mi vaso, pero él me impide cogerlo.

—Me toca a mí —dice con la boca llena. Cuando termina de masticar, da un trago y se limpia con la servilleta—. Quiero saber la historia de tu padre.

Esta vez soy yo la que gruñe. Apoyo los brazos cruzados en la mesa y acepto su venganza.

—Como te dije, no lo he visto desde que tenía tres años. No guardo ningún recuerdo de él; al menos no soy consciente de ello. Ni siquiera sé qué aspecto tiene.

—¿Tu madre no te ha enseñado ninguna foto suya?

En ese momento caigo en que ni siquiera sabe que soy adoptada.

—¿Te acuerdas de que me dijiste que mi madre parecía muy joven? Pues es que lo es. No me tuvo, me adoptó.

Ese hecho nunca me ha supuesto un estigma. Nunca me he avergonzado ni he sentido la necesidad de ocultarlo. Sin embargo, por la mirada que Holder me está dirigiendo, cualquiera diría que acabo de confesarle que nací con pene. Es tan incómoda que hace que me revuelva en la silla.

—¿Qué pasa? ¿Nunca has visto a nadie adoptado?

Tarda unos segundos en recuperarse, pero al fin logra librarse de la expresión de sorpresa y reemplazarla por una sonrisa.

—¿Te adoptó Karen? ¿A los tres años?

Asiento con la cabeza.

—Me pusieron en régimen de acogida a los tres años, cuando murió mi madre. Mi padre no podía criarme solo. O no le dio la gana. En cualquier caso, me parece bien. Tuve mucha suerte de ir a parar a casa de Karen y no siento ninguna necesidad de remover el pasado. Si él quisiera saber algo de mí, ya habría venido a buscarme.

Noto sus ganas de seguir preguntándome cosas, pero yo también necesito dar un bocado y, de paso, volver a tener la pelota en mi tejado.

Le señalo el brazo con el tenedor.

—¿Qué significa el tatuaje?

Holder estira el brazo y acaricia las letras con las yemas de los dedos.

—Es un recordatorio. Me lo hice después de que Les muriera.

—¿Un recordatorio de qué?

Coge el vaso y aprovecha para romper el contacto visual. Es la única pregunta que no ha sido capaz de responder mirándome a los ojos.

—De las personas a las que les he fallado en la vida.

Da un trago, pero, cuando devuelve el vaso a la mesa, sigue sin ser capaz de alzar la vista.

—Este juego no es muy divertido, ¿verdad? —le digo.

Él se ríe entre dientes.

—Pues no. La verdad es que es una mierda. —Me mira y sonríe—. Pero ahora no podemos dejarlo porque aún me quedan preguntas. ¿Recuerdas algo de antes de que te adoptaran?

Niego con la cabeza.

—No mucho. Alguna cosa suelta, pero llega un punto en que, si nadie valida tus recuerdos, los acabas perdiendo. Lo único que conservo de antes de que Karen me adoptara son unas joyas, pero no tengo ni idea de a quién pertenecieron. A estas alturas no logro distinguir la realidad de los sueños o de lo que he visto en la tele de Six.

—¿Te acuerdas de tu madre?

Me tomo unos segundos para pensarlo antes de contestar. No, no la recuerdo en absoluto. Es lo único que lamento de mi pasado.

—Mi madre es Karen —respondo con decisión—. Me toca. Última pregunta y pasamos a los postres.

—¿Crees que tendremos suficiente postre? —inquiere en tono burlón, pero yo no me dejo distraer.

—¿Por qué le pegaste?

Noto por su cambio de expresión que no necesita que le aclare a qué me refiero. Niega con la cabeza y aparta el plato de pasta.

—No quieres saberlo, Sky. Prefiero la penalización.

—Pero es que sí quiero saberlo.

Holder ladea la cabeza, se lleva la mano a la mandíbula y se descontractura el cuello con un chasquido. Con la palma en la barbilla, apoya el codo en la mesa.

—Como ya te dije, le di una paliza porque era un capullo.

Entorno los ojos.

—Esa respuesta es muy vaga, no es propia de ti.

Él me sostiene la mirada y, sin cambiar de expresión, añade:

—Acababa de volver al instituto después de la muerte de Les. Ella también estudiaba aquí, y todo el mundo sabía lo que había pasado. Mientras iba por el pasillo, oí a ese tipo decir algo sobre Les. No estaba de acuerdo con él y se lo hice saber. La cosa se me fue de las manos y, cuando quise darme cuenta, estaba sobre él y me dio igual. Le estaba pegando una y otra vez y me daba igual. Lo jodido del caso es que el capullo ese se quedó sordo de la oreja izquierda, pero sigue dándome igual.

Me está mirando, aunque sé que en realidad no me ve. Sus ojos tienen esa expresión dura y fría que ya he visto antes. No me gustó entonces y sigue sin gustarme, pero al menos ahora la entiendo un poco mejor.

—¿Qué dijo sobre ella?

Holder se echa hacia atrás y se recuesta en la silla. Con la mirada fija en un lugar impreciso de la mesa, responde:

—Lo oí reírse y decirle a su amigo que Les había sido una egoísta, que había tomado la salida fácil. Dijo que, si no hubiera sido tan cobarde, lo habría soportado.

—¿El qué?

Él se encoge de hombros.

—La vida —contesta con indiferencia.

—Pero tú no crees que tomara la salida fácil... —dejo la frase en el aire; no necesito preguntárselo para saber que es así.

Holder se echa hacia delante en busca de mi mano, que sostiene entre las suyas. Me acaricia la palma con los pulgares, inspira hondo y expulsa el aire muy despacio.

—Mi hermana era la persona más valiente que he conocido en mi puta vida. Hay que tenerlos muy bien puestos para hacer lo que hizo. Ponerle fin a tu existencia sin saber qué te vas a encontrar, si va a haber algo después... Es más fácil seguir viviendo, aunque estés muerto en vida, que mandarlo todo a la mierda y largarte. Ella fue de las pocas que lo mandaron todo a la mierda. Y la respetaré por ello todos los días mientras permanezca aquí, demasiado asustado para seguir su ejemplo.

Entonces me inmoviliza la mano entre las suyas y, en este momento, me doy cuenta de que estoy temblando. Cuando levanto la cara, me está observando de cerca. No hay nada que se pueda decir en esta situación, por lo que ni lo intento. Holder se levanta, se inclina sobre la mesa y me sujeta por la nuca. Tras darme un beso en la coronilla, me suelta y se dirige a la cocina.

—¿Qué prefieres, brownies o cookies? —me pregunta por encima del hombro, como si no acabara de dejarme clavada en el sitio con sus palabras.

Cuando se vuelve hacia mí, yo sigo observándolo en silencio, petrificada. No sé qué decir. ¿Acaba de reconocer que tiene impulsos suicidas? ¿Estaba siendo metafórico o solo melodramático? No tengo ni idea de qué hacer con la bomba que acaba de soltarme.

Holder regresa con un plato donde ha colocado tanto cookies como brownies y se arrodilla frente a mí.

—Eh... —Trata de calmarme tomándome la cara entre las manos —. No pretendía asustarte —me dice en tono sereno—. No tengo impulsos suicidas, si es eso lo que te ha alarmado. No estoy mal de la cabeza ni desquiciado ni sufro síndrome de estrés postraumático. Soy un hermano que quería a su hermana más que a sí mismo, por eso me pongo un poco intenso cuando pienso en ella. Y, si para sentirme un poco mejor tengo que decirme que lo que hizo fue muy noble, aunque no lo fuera, seguiré haciéndolo porque de algún modo debo seguir adelante. —Me sujeta la cara con fuerza mientras me dirige una mirada cargada de desesperación, como si me rogara que entendiera sus circunstancias—. La quería con locura, Sky. Necesito creer que no tuvo más remedio que hacer lo que hizo porque, si no, no me perdonaré nunca no haberla ayudado a encontrar otra solución. —Pega su frente a la mía—. ¿Vale?

Asiento antes de apartarle las manos de mi cara. No quiero que me vea así.

—Necesito ir al baño.

Cuando él se aparta, me voy corriendo y cierro la puerta para hacer algo que no había hecho desde los cinco años: llorar.

No hago muecas, no sollozo, no hago ruido. Una lágrima solitaria me cae por la mejilla, pero incluso una es demasiado, por lo que me la seco a toda prisa. Cojo un pañuelo de papel y me enjugo los ojos para impedir que se formen otras.

Todavía no sé qué decirle, aunque siento que ha dejado el tema zanjado, así que decido no volver a sacarlo de momento. Sacudo las manos e inspiro hondo antes de abrir la puerta. Me está esperando en el pasillo de pie, con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos y las manos en los bolsillos.

—¿Todo bien? —me pregunta.

Le dirijo mi mejor sonrisa mientras asiento y luego respiro hondo de nuevo.

—Ya te he dicho que me pareces muy intenso. No has hecho más que confirmar mi teoría.

Sonriendo, me empuja hacia el dormitorio. Me abraza por detrás y me apoya la cabeza en la coronilla mientras caminamos hacia mi habitación.

—¿Tienes ya permiso para quedarte embarazada?

Me echo a reír.

—Nop, este fin de semana no. Además, para dejar embarazada a una chica, debes besarla primero.

—Cuando te escolarizas en casa, ¿te saltas las clases de educación sexual? Porque te aseguro que podría dejarte embarazada sin darte ni un beso. ¿Quieres que te lo demuestre?

Subo a la cama de un brinco, cojo el libro y lo abro por donde lo dejamos anoche.

—No hace falta, me fío de tu palabra. Además, sospecho que vamos a recibir unas cuantas dosis de educación sexual antes de terminar esta novela.

Holder se deja caer en la cama y yo me tumbo a su lado. Cuando me rodea con un brazo y me atrae hacia él, apoyo la cabeza en su pecho y empiezo a leer.

Sé que no lo hace a propósito, pero casi no puedo avanzar porque me distrae. Me contempla mientras leo sin apartar los ojos de mi boca y se enrosca un mechón de mi pelo entre los dedos. Cada vez que vuelvo la página, levanto la vista hacia él y siempre me encuentro con la misma expresión concentrada. Está tan atento a mi boca que dudo mucho que se esté enterando de nada de la historia. Cierro el libro y me lo coloco sobre la tripa, aunque no creo que se haya dado cuenta.

—¿Por qué has dejado de hablar? —pregunta sin cambiar de expresión ni apartar la vista de mi boca.

—¿Hablar? Holder, estoy leyendo. No es lo mismo. Pero, al parecer, no estabas prestando ni gota de atención.

Él me mira a los ojos y sonríe.

—Oh, eso no es verdad. Tu boca tenía toda mi atención. Tal vez las palabras que salían de ella no, pero te aseguro que tu boca sí.

Me aparta de su pecho y me deja tumbada de espaldas antes de colocarse de cara a mí y pegarme a su cuerpo. Aunque ha cambiado de postura, su expresión sigue siendo la misma. Me mira como si quisiera devorarme, y parte de mí desearía que lo hiciera.

Empieza a recorrerme los labios con los dedos muy despacio. La sensación es tan increíble que no me atrevo ni a respirar por miedo a que pare. Es como si trazara una línea directa a cada parte sensible de mi cuerpo.

—Tienes una boca muy bonita —me dice—. No puedo dejar de mirarla.

—Deberías probarla, ya verás lo agradable que es.

Él cierra los ojos con fuerza y suelta un gruñido. Luego se inclina hacia mí y esconde la cabeza en mi cuello.

—Para, bruja.

Me río, pero niego con la cabeza.

—Ni hablar. Eres tú el que ha impuesto esta regla absurda. ¿Por qué iba a hacerte caso?

—Porque sabes que tengo razón. No puedo besarte esta noche porque los besos llevarían a otra cosa y esa otra cosa a la siguiente y, a este paso, nos quedaríamos sin primeras veces antes del fin de semana que viene. ¿No te apetece que duren un poco más? —Levanta la cabeza para mirarme a los ojos.

—¿Primeras veces..., en plural? ¿Cuántas hay?

—No muchas, por eso vale la pena alargar el momento. Ya hemos gastado un montón desde que nos conocemos.

Ladeo la cabeza para mirarlo a los ojos.

—¿Cuáles hemos gastado ya?

—Las más sencillas: el primer abrazo, la primera cita, la primera pelea, la primera noche durmiendo juntos, aunque yo no pegué ojo. Ya casi se nos han agotado. Nos queda el primer beso, la primera noche compartiendo cama en la que los dos estemos despiertos, la primera boda, el primer hijo. Y luego ya se acabó. A partir de ese momento nos rendiremos a la rutina y al aburrimiento. Tendré que divorciarme de ti y casarme con una mujer veinte años más joven para poder volver a disfrutar de un montón de primeras veces mientras tú te quedas pringando en casa con los niños. —Me cubre la mejilla con la mano y me sonríe—. ¿Lo ves, cielo? Lo hago por ti. Cuanto más tarde en besarte, más tardaré en dejarte en la estacada.

—No me llames «cielo». Odio ese tipo de palabras cariñosas. Llámame solo por mi nombre.

—«Cielo» y «Sky» significan lo mismo; no te pongas tiquismiquis.

Me hace reír, no puedo evitarlo.

—Eres un chico muy raro. De hecho, creo que ya no me resultas tan atractivo.

Holder se coloca sobre mí, aunque se sostiene con los brazos.

—¿No tanto? Eso significa que aún te atraigo un poco.

Niego con la cabeza.

—Ni hablar, no me interesas en absoluto; de hecho, te encuentro repulsivo. Más te vale no besarme o vomito.

Él se ríe y se cierne aún más sobre mí al apoyarse solo en uno de los dos brazos. Agacha la cabeza y, con los labios rozándome la oreja, susurra:

—Mentirosa. Te atraigo un montón y voy a demostrarlo.

Cierro los ojos y contengo el aliento en cuanto noto el contacto de su boca en el cuello. Me da besos muy suaves justo debajo de la oreja. No es más que un roce, pero consigue que la habitación empiece a dar vueltas como un tiovivo. Regresa despacio a la oreja y murmura:

—¿Lo has sentido?

Logro negar con la cabeza, aunque me cuesta.

—¿Quieres que lo repita?

Vuelvo a negar por pura cabezonería, pero espero que tenga telepatía y pueda oír lo que estoy gritando por dentro, porque, joder, sí. Me ha encantado. Y por supuesto que quiero que lo repita.

Él se ríe y acerca los labios a mi boca. Tras besarme en la mejilla, va trazando un reguero de besos delicados, suaves, en dirección a mi oreja, donde vuelve a susurrar:

—¿Y ahora?

Ay, Dios, creo que nunca había estado menos aburrida en toda mi vida. Ni siquiera me ha besado de verdad y puedo considerar que esto es el mejor beso que me han dado. Niego con la cabeza una vez más y mantengo los ojos cerrados porque me gusta no saber qué va a venir a continuación. Como esa mano que me planta en la parte externa del muslo y va ascendiendo hacia la cintura; que se desliza bajo mi camiseta y me roza las bragas mientras me acaricia

la barriga con el pulgar, moviéndolo de un lado a otro. Mis cinco sentidos están clavados en él. Soy tan consciente de todo lo que tiene que ver con Holder que estoy segura de que identificaría su huella dactilar en una rueda de reconocimiento.

Me recorre la mandíbula con la nariz y, por su manera de respirar —tan trabajosa como la mía—, sé que no va a ser capaz de esperar a que acabe el fin de semana para besarme. Por lo menos eso es lo que quiero creer. Lo deseo con todas mis fuerzas.

Ahora, cuando vuelve a acercárseme a la oreja, no dice nada. En vez de hablar, me besa justo ahí y las sensaciones se extienden por todo mi cuerpo, de la cabeza a los pies. Todo en mí grita reclamando su boca.

Cuando le llevo la mano al cuello, se estremece. Al parecer, un gesto tan simple ha derribado sus defensas, porque, por un segundo, me acaricia el cuello con la lengua. Se me escapa un gemido que hace que Holder pierda la razón.

Levanta la mano que tenía en mi cintura y con ella me sujeta la cabeza para atraerme hacia él. Su boca entra en contacto con mi cuello y esta vez no hay nada delicado en su asalto. Abro los ojos sorprendida por su rápido cambio de actitud. Me besa y me lame cada centímetro del cuello, y solo se detiene a respirar cuando es absolutamente necesario. Al distinguir las estrellas en el techo, no me da tiempo a contar ni una sola porque debo concentrarme en que no se me escapen sonidos que me avergüenza emitir.

Noto que sus labios se alejan de mi cuello y descienden hacia mi pecho. De no ser porque tenemos una reserva tan limitada de primeras veces, me arrancaría la camiseta y lo obligaría a seguir adelante. Pero él no me da la oportunidad. Recorre el reguero de besos en dirección contraria y regresa al cuello, salta hasta la barbilla y me rodea la boca a base de besos minúsculos, con cuidado

de no rozarme los labios en ningún momento. A pesar de que tengo los ojos cerrados, siento su aliento contra mi boca y sé que está luchando contra la tentación de besarme. Cuando los abro, compruebo que me está observando los labios con la misma atención que antes.

—Son perfectos —afirma sin aliento—. Parecen corazones. Podría pasarme días contemplándolos y no me cansaría.

—Ni se te ocurra. Si solo miras, la que se morirá de aburrimiento seré yo.

Holder hace una mueca, incapaz de disimular lo mucho que le cuesta no besarme. No entiendo qué es lo que hace que la situación sea tan especial, pero su modo de observarme es lo más sensual que he vivido en esta cama. Aunque sé que no debería hacer lo que estoy a punto de hacer, no puedo reprimirme y me paso la lengua por los labios muy despacio.

Él suelta otro gruñido y apoya la frente en la mía. El brazo le falla y siento su peso sobre mí. Todo él sobre cada centímetro de mi cuerpo. Gemimos a la vez cuando los dos encontramos esa conexión perfecta y, de pronto, empieza el partido. Le arranco la camiseta y él se pone de rodillas y me ayuda a quitársela. Cuando se libra de ella, le rodeo la cintura con las piernas y lo amarro con fuerza porque no se me ocurre nada peor ahora mismo que la posibilidad de que se aleje.

Holder vuelve a pegar la frente a la mía. Nuestros cuerpos se reencuentran y encajan como las últimas dos piezas de un puzle. Ondula despacio sobre mí y, con cada movimiento, sus labios se acercan más y más a los míos hasta que se rozan. Sin embargo, tampoco entonces elimina la distancia que nos separa, aunque lo necesito con todas mis fuerzas. Nuestros labios llegan a tocarse, pero no nos besamos. Cada vez que empuja sobre mí, su aliento se

cuela en mi boca; yo me lo trago y no lo dejo escapar porque siento que lo necesito para sobrevivir.

Mantenemos el ritmo unos minutos porque ninguno de los dos quiere ser el que inicie el beso. Es evidente que los dos deseamos hacerlo, pero es igual de obvio que he encontrado a alguien tan tozudo como yo.

Me sujeta la cabeza con una mano y mantiene nuestras frentes pegadas, aunque aparta un poco los labios para humedecérselos. Cuando vuelve a acercar la boca a la mía, la humedad de sus labios me sumerge en un mar de deseo y siento que no voy a poder volver a la superficie a respirar nunca más.

Cuando cambia de posición y desplaza un poco el peso, no sé qué me pasa, pero echo la cabeza hacia atrás sin poder evitarlo y se me escapa una exclamación.

—Oh, Dios...

Mi intención no era alejarme de su boca porque estaba muy a gusto así, pero esta nueva postura todavía me gusta más. Me abrazo a su espalda y oculto la cara en su cuello buscando algo parecido a la estabilidad, porque siento que la Tierra se ha salido de su eje y Holder ocupa el núcleo.

Cuando me doy cuenta de lo que está a punto de suceder, el pánico empieza a apoderarse de mí. Si no contamos la camiseta de Holder, seguimos totalmente vestidos, ni siquiera nos hemos besado y, sin embargo, la habitación está empezando a dar vueltas por el efecto que me causan sus movimientos rítmicos. Si no para ahora mismo, voy a entrar en erupción y a desparramarme por la cama como un charco de lava, lo que me temo que se convertiría en el momento más humillante de mi vida. Sin embargo, si le pido que se detenga, sin duda lo hará y no sé si podré soportar la decepción.

Trato de normalizar la respiración y de minimizar los sonidos que se me escapan, pero no puedo: he perdido el control por completo. Es evidente que mi cuerpo está disfrutando demasiado de esta sesión de roces sin besos de por medio y no me veo capaz de poner fin a algo así. De manera que recurro a la solución de emergencia, que es pedirle a él que pare.

—Holder —pronuncio sin aliento.

En realidad, no quiero que se detenga, pero espero que capte mi súplica y lo haga igualmente. Necesito que pare. Tendría que haber parado hace ya un rato.

Sin embargo, no lo hace. Sigue besándome el cuello y ondulando su cuerpo sobre el mío de un modo que no es nuevo para mí. Otros chicos lo han hecho ya antes que él, pero esto es distinto: no se parece en nada a lo que hacía con los demás y cada vez estoy más asustada.

—Holder —repito con todas mis fuerzas, las pocas que me quedan.

Él me besa en la cabeza y afloja el ritmo, aunque no lo detiene por completo.

—Sky, si me pides que pare, lo haré, pero espero que no lo hagas porque no quiero, así que, por favor... —Entonces se echa hacia atrás y me mira a los ojos. Se mueve más despacio, sin detenerse del todo. En su mirada puedo leer dolor y preocupación, y su voz es apenas un susurro porque le falta el aliento tanto como a mí—. No pasaremos de aquí, te lo prometo, pero, por favor, no me pidas que pare. Necesito mirarte y escucharte porque ser testigo de cómo lo estás sintiendo todo es una puta pasada. Eres increíble, esto es increíble y... por favor. Te lo pido por favor.

Agacha la cabeza y me da el beso más delicado que uno se pueda imaginar. Tiemblo al pensar en cómo será el de verdad si este es el

efecto que me provoca con solo un aperitivo. Deja de ondular y se apoya en los brazos mientras espera a que tome una decisión.

En cuanto se aparta de mí, me invade una sensación tan grande de vacío y decepción en el pecho que estoy a punto de echarme a llorar. Y no porque haya parado o porque no tenga claro qué hacer a continuación, sino porque nunca me había imaginado que dos personas pudieran conectar a un nivel tan íntimo ni que la sensación pudiera ser tan abrumadoramente perfecta. Es como si el propósito de la humanidad acabara de desvelárseme en este instante y fuera nuestra unión. Todo gira alrededor de que nos hayamos encontrado y estemos juntos. Todo lo sucedido en el pasado, todo lo que sucederá en el futuro no es más que el telón de fondo de lo que está ocurriendo ahora mismo, y no, no deseo que este momento llegue a su fin. No quiero.

Niego con la cabeza y, mientras le dirijo una mirada suplicante, susurro:

—No. Haz lo que sea, pero no pares.

Él me desliza la mano bajo la nuca y apoya la frente en la mía una vez más.

—Gracias —murmura.

Con delicadeza, deja caer de nuevo el peso sobre mí, simulando una conexión más íntima. Me besa varias veces las comisuras de los labios y desciende hacia la barbilla de camino hacia el cuello. Cuanto más se acelera el ritmo de su respiración, más lo hace el mío. Y, cuanto más deprisa respiro, más rápidos son los besos que distribuye por mi cuello. Y, cuanto más rápido me besa en el cuello, más deprisa nos movemos, juntos, al unísono, creando un ritmo que, a juzgar por lo acelerado que me va el pulso, no va a durar mucho tiempo.

Clavo los talones en la cama y las uñas en su espalda.

Holder deja de besarme y me dirige una mirada capaz de prenderme fuego. Luego vuelve a clavar la vista en mis labios, y me encantaría contemplar cómo me observa, pero no puedo mantener los ojos abiertos. Se me cierran sin querer en cuanto noto la primera oleada de escalofríos que me avisa de lo que está por llegar.

—Abre los ojos —me ordena.

Lo haría si pudiera, pero no tengo fuerzas.

—Por favor —me ruega.

Al oírlo pronunciar esas palabras, los ojos se me abren como si tuvieran voluntad propia. Desde abajo veo que me mira con una necesidad intensa, y el momento me parece más íntimo de lo que podría ser un beso. Aunque me cuesta muchísimo, logro mantener los ojos abiertos mientras dejo caer los brazos, me agarro a las sábanas con las dos manos y doy las gracias al karma por haber puesto a este desastre de chico en mi vida. Porque, hasta este preciso instante —cuando las primeras oleadas de luz pura e inmaculada me recorren por completo—, no me había dado cuenta de que me faltaba.

Empiezo a estremecerme bajo su cuerpo. Él no rompe el contacto visual en ningún momento. Yo, sin embargo, no puedo mantener los ojos abiertos por mucho que me esfuerce. Al rendirme y cerrarlos, siento que sus labios se deslizan con suavidad sobre los míos, aunque sigue sin besarme. Nuestras bocas resisten tozudas, pegadas pero quietas, y la rendija que queda abierta entre ellas permite el paso de mis gemidos, de mi aliento y tal vez de una parte de mi corazón, que se cuela en su interior. Sumida en el éxtasis, desciendo despacio a la Tierra y, cuando al fin él deja de mecerse contra mí, empiezo a recuperarme de una experiencia que podría haberme resultado bochornosa, pero él ha logrado que no lo sea en absoluto.

Estoy temblando, agotada física y emocionalmente, y él sigue besándome el cuello, los hombros y cualquier otra parte que no sea la que más anhelo: la boca.

No parece tener la menor intención de rendirse, porque, aunque aparta los labios de mi hombro y acerca la cara a la mía, se niega a establecer contacto. Levanta la mano y me acaricia el pelo; mientras me aparta un mechón rebelde de la frente, susurra:

—Eres increíble.

Y esta vez no me observa la boca al decirlo porque tiene los ojos clavados en los míos. Sus palabras compensan su tozudez y hacen que se me escape una sonrisa.

Holder se desploma en la cama a mi lado, jadeando, mientras se esfuerza por contener el deseo que sé que sigue recorriéndole las venas.

Con los ojos cerrados, escucho el silencio que se instala entre nosotros cuando los jadeos dejan paso a una respiración pausada. Todo está tranquilo a nuestro alrededor; creo que mi mente nunca había estado tan en paz.

Acerca la mano y une el dedo meñique al mío, como si no le quedaran fuerzas para sostenerme la mano entera. Me gusta porque ya nos hemos dado la mano, pero nunca nos habíamos agarrado del meñique. Me doy cuenta de que es otra primera vez que ya hemos superado, pero no me importa porque empiezo a tener claro que con él no importan demasiado las primeras veces. Sé que podría besarme por primera vez, o la vigésima o la millonésima, y me daría igual porque estoy segura de que acabamos de batir el récord de mejor primer beso de la historia de los primeros besos, y eso que ni siquiera nos hemos besado como es debido.

Tras un periodo de silencio perfecto, Holder inspira hondo, se sienta en el colchón y me mira.

—Tengo que irme. No puedo seguir ni un segundo más en esta cama contigo.

Ladeo la cabeza hacia él y lo observo desanimada mientras se levanta y se pone la camiseta. Él sonríe al ver mi expresión y se inclina sobre mí hasta quedar muy cerca, peligrosamente cerca.

—Cuando te he dicho que no iba a besarte esta noche, lo decía muy en serio, pero, joder, Sky, no tenía ni idea de que ibas a ponérmelo tan difícil.

Me desliza la mano bajo la nuca y contengo el aliento mientras siento que el corazón se me va a salir del pecho. Me besa en la mejilla y noto que duda antes de apartarse de mí.

Holder camina de espaldas hacia la ventana sin perderme de vista en ningún momento. Antes de salir, se saca el móvil del bolsillo y desliza los dedos por la pantalla antes de guardárselo. Con una sonrisa de despedida, salta al exterior y cierra la ventana.

No sé de dónde saco las fuerzas para levantarme de un salto e ir corriendo a la cocina. Cojo el teléfono, donde, tal como me imaginaba, me espera un mensaje suyo, aunque solo consta de una palabra:

Increíble.

Sonrío porque estoy de acuerdo. Ha sido increíble.

Trece años antes

—Hola.

Tengo la cabeza hundida entre los brazos, pero no la levanto al oírlo porque no quiero que me vea llorando otra vez. Sé que no se reirá de mí —ninguno de los dos lo hace nunca—, el problema es que no sé por qué estoy llorando. Aunque quiero parar, no puedo y lo odio, lo odio, lo odio.

Él se sienta en la acera a mi lado y ella hace lo mismo al otro. Sigo sin levantar la cabeza y aún estoy triste, pero no quiero que se vayan porque me gusta estar con ellos.

—Espero que esto te haga sentir mejor —me dice ella—. He hecho una para ti y otra para mí hoy en el cole.

Como no me pide que mire, no lo hago, pero noto que me deja algo sobre la rodilla. No me muevo. No me gusta que me hagan regalos y no quiero que me vea mirarlo.

Con la cabeza baja, continúo llorando. Ojalá supiera decir qué me pasa. Sé que tengo algún problema, o no me sentiría así cada vez que ocurre. Porque es normal que ocurra, o al menos eso es lo que me dice papi. Es algo normal y yo tengo que dejar de llorar porque, si no, él se pone muy triste.

Se sientan conmigo mucho rato, aunque no sé cuánto porque no sé si las horas son más largas que los minutos. Él se inclina hacia mí y me susurra al oído:

—No te olvides de lo que te dije. ¿Te acuerdas de lo que tienes que hacer cuando estás triste?

Asiento con la cabeza entre los brazos, pero no lo miro. He hecho lo que me dijo cada vez que estoy triste, aunque a veces sigo estándolo y da igual lo que haga.

Se quedan conmigo unas cuantas horas o minutos más, pero luego ella se levanta. Ojalá se quedaran un minuto o dos horas más. Nunca me preguntan qué me pasa y por eso me gusta tanto estar con ellos y no quiero que se vayan.

Levanto un poco el codo y por debajo del hueco veo que sus pies se alejan. Cojo el regalo que me ha dejado en la rodilla y le doy vueltas entre los dedos. Es una pulsera. Es elástica, lila, y tiene un adorno que es medio corazón. Me la pongo en la muñeca y sonrío sin dejar de llorar. Cuando levanto la cabeza, él sigue aquí, observándome. Parece triste y me siento mal porque creo que está así por mi culpa.

Se levanta y se queda un buen rato mirando hacia mi casa sin decir nada. Piensa mucho y siempre me pregunto en qué. Cuando deja de mirarla, se vuelve hacia mí y me dice:

—No te preocupes. —Trata de sonreír—. No vivirá eternamente.

Cuando se aleja en dirección a su casa, vuelvo a apoyar la cabeza en los brazos.

No sé por qué me ha dicho eso. No quiero que papi se muera..., solo quiero que deje de llamarme «princesa».

Lunes, 3 de septiembre de 2012

7:20 h

No la saco demasiado a menudo, pero, por alguna razón, hoy me apetecía echarle un vistazo. Supongo que haber hablado del pasado con Holder durante el fin de semana me ha dejado un poco nostálgica. Sé que le dije que no se me ocurriría ir a buscar a mi padre, aunque a veces se me despierta la curiosidad. No puedo evitar preguntarme cómo puede alguien criar a un hijo durante varios años y luego desprenderse de él como si nada. Nunca lo entenderé, pero tal vez no sea necesario. Por eso no dejo que el tema me quite el sueño ni le pregunto nada a Karen. Me cuesta separar los recuerdos de los sueños y no me esfuerzo demasiado por hacerlo porque... no me hace falta.

Saco la pulsera de la caja y me la pongo en la muñeca. No sé quién me la regaló, aunque me da bastante igual. Estoy segura de que, durante los dos años que pasé en el centro de acogimiento familiar, hice bastantes amigos y de que algunos de ellos me regalarían cosas, pero esta pulsera es distinta porque va ligada al único recuerdo que tengo de aquella otra vida. Me confirma que es un recuerdo real, no un sueño. Y saber que tengo un recuerdo auténtico me sirve para corroborar que fui otra persona antes de quien soy ahora. Fui una niña de la que no me acuerdo, que lloraba mucho y que no se parece en nada a la chica que soy.

Llegará el día en el que pueda desprenderme de la pulsera, porque será lo que necesite entonces, pero hoy me apetece ponérmela.

Holder y yo decidimos darnos un respiro ayer. Y si uso la palabra «respiro» es porque, durante la tarde noche del sábado, pasamos un buen rato en mi cama sin respirar. Además, Karen tenía previsto regresar en algún momento de la tarde y lo último que me apetecía era que volviera a ver a mi... lo que sea. Todavía no hemos llegado a la parte de ponerle una etiqueta a lo nuestro. Siento que no lo conozco lo suficiente como para llamarlo «novio», porque, además, ni siquiera nos hemos besado, pero la idea de que alguien más se acerque a sus labios me desquicia. Así que no sé si estamos saliendo o no, pero lo que tengo claro es que quiero que lo nuestro sea algo exclusivo. ¿Puede una pareja declararse exclusiva sin haberse besado antes? ¿Van las citas y la exclusividad siempre de la mano?

Me echo a reír yo sola. ¿O debería decir «lol»?

Cuando me desperté ayer, tenía dos mensajes en el móvil. Me estoy acostumbrando rápido a que me lleguen. Me pongo muy contenta cuando recibo uno y empiezo a imaginarme lo adictivo que debe de ser tener correo electrónico, Facebook y todas esas cosas tecnológicas. Uno de los mensajes era de Six, que me soltó un rollo sobre mis impecables cualidades como repostera seguido de instrucciones precisas para que la llamara por teléfono el domingo por la noche desde el fijo de su casa para ponernos al día de todo. Y eso hice. Estuvimos una hora charlando y se quedó tan sorprendida como yo al darse cuenta de que Holder no es como pensaba. Le pregunté por Lorenzo, aunque ella ya no sabía de quién le estaba

hablando, así que me reí y lo dejé correr. La echo de menos y odio que no esté aquí, pero está disfrutando mucho y me alegro por ella.

El segundo mensaje era de Holder. Lo único que ponía era:

> Me horroriza la idea de volver a verte el lunes.
> No lo puedo soportar.

Antes mi momento favorito del día eran los ratos en los que salía a correr, pero su lugar lo han ocupado sus mensajes insultantes. Y, hablando de correr y de Holder, tras pasarnos el día de ayer enviándonos mensajes, decidimos que no saldríamos a correr juntos todos los días porque podríamos acabar empachados. Aunque lo justifiqué diciendo que no quería que las cosas se complicaran entre nosotros, lo cierto es que no me gusta correr acompañada porque sudo, huelo mal, resoplo como una locomotora y se me caen los mocos.

Me he quedado embobada ante la taquilla, alargando el momento de entrar en clase porque no me apetece nada. Es primera hora, la única que comparto con Holder, y estoy nerviosa porque no sé cómo lo vamos a llevar. Saco de la mochila el libro de Breckin y dos más que he traído para prestarle y dejo el resto de las cosas en la taquilla. Entro en el aula y me dirijo a mi asiento, pero mi amigo todavía no ha llegado y Holder tampoco. Me siento y me quedo observando la puerta. La verdad, no sé por qué estoy tan nerviosa. Supongo que se debe a que, cuando nos vemos en casa, estoy en mi terreno, mientras que aquí, en el instituto, todo es demasiado... público.

Cuando se abre la puerta, aparece Holder, seguido de cerca por Breckin. Los dos se dirigen a la parte trasera del aula. Holder me sonríe y recorre uno de los pasillos. Sonriendo, Breckin llega por el otro con un café en cada mano. El primero llega a mi lado y empieza

a dejar la mochila al mismo tiempo que el segundo se dispone a dejar los vasos en la mesa. Tras cruzar una mirada, ambos bajan los ojos hacia mí.

Ups, qué incómodo.

No me queda más remedio que echar mano de mi arma favorita en este tipo de casos: el sarcasmo.

—Parece que tenemos un dilema, chicos. —Les sonrío a los dos y luego clavo la vista en el café que Breckin aún sostiene en las manos —. Veo que el mormón le ha traído a la reina su ofrenda. Impresionante. —Me vuelvo hacia Holder y alzo una ceja—. ¿Y tú, chico sin remedio? ¿Vas a revelar tu ofrenda para que pueda decidir quién va a acompañarme hoy en el trono escolar?

Breckin me mira como si hubiera perdido la cabeza. Holder se echa a reír y levanta la mochila.

—Parece que alguien necesita recibir un mensaje que le baje un poquito el ego.

Mueve sus cosas a la silla de delante de Breckin, su asiento habitual. Mi amigo sigue de pie con un café en cada mano y expresión de no estar entendiendo nada. Tras arrebatarle uno de los vasos, le digo:

—Enhorabuena, escudero. Hoy eres tú el elegido de la reina. Puedes sentarte. Ha sido un fin de semana muy intenso.

Breckin ocupa su asiento despacio. Deja el café en su pupitre y se quita la mochila sin dejar de observarme con desconfianza. Holder está sentado de lado y no me pierde de vista. Lo señalo con la mano y digo:

—Breckin, él es Holder. No es mi novio, pero, como lo pille tratando de batir el récord de mejor primer beso con otra chica, pronto será mi no-novio, el que no respira.

Holder arquea una ceja y se le escapa una sonrisa ladeada.

—Lo mismo digo.

Sus hoyuelos me están provocando, por lo que tengo que obligarme a mirarlo a los ojos o tal vez acabaría haciendo algo que sería motivo de expulsión.

Señalo hacia Breckin.

—Holder, él es Breckin, mi nuevo favoritísimo amigo del mundo mundial.

Breckin mira a Holder, quien le sonríe y le ofrece la mano. Él se la estrecha no muy convencido y luego se vuelve hacia mí.

—¿Tu no-novio es consciente de que soy... mormón?

Lo tranquilizo asintiendo con la cabeza.

—Resulta que no tiene ningún problema con los mormones; su problema es con los capullos.

Breckin se echa a reír y se vuelve hacia Holder.

—Vale, en ese caso, bienvenido a la alianza.

El otro le dirige una sonrisa discreta sin dejar de observar el vaso.

—Pensaba que los mormones no tenían permitido tomar café.

Mi amigo se encoge de hombros.

—Decidí romper esa norma la mañana en que me desperté y descubrí que era gay.

Holder se echa a reír, Breckin sonríe y todo es paz y armonía en el mundo. O por lo menos en el universo de la primera hora de clase. Me echo hacia atrás en la silla y sonrío. Esto va a ser pan comido. Creo que me está empezando a gustar el instituto.

Holder me sigue hasta la taquilla después de clase, pero no hablamos. Mientras él arranca notitas con insultos, yo hago el cambio de libros. Hoy solo me han pegado dos pósits, lo que me

entristece un poco. Se están rindiendo ya y eso que solo estamos en la segunda semana de curso.

Mientras Holder engurruña las notas y las tira al suelo, cierro el armarito con llave y me vuelvo hacia él. Ambos nos quedamos apoyados en las taquillas, frente a frente.

—Te has cortado el pelo —comento. Hasta ahora no me había fijado.

Él se pasa la mano por la cabeza y sonríe.

—Sí, había una chica que no paraba de quejarse de que estaba muy largo. Era un incordio.

—Me gusta.

Él sonríe.

—Me alegro.

Frunzo los labios y me balanceo sobre los talones. Cuando me sonríe, me resulta adorable. Si no estuviéramos en un vestíbulo lleno de gente, lo agarraría por la camiseta y lo atraería hacia mí para demostrárselo. Pero me contengo, aparto de mi mente las imágenes de lo que me gustaría hacerle y le devuelvo la sonrisa.

—Creo que deberíamos ir a clase.

Holder asiente lentamente.

—Sip —replica sin moverse del sitio.

Permanecemos así medio minuto hasta que se me escapa la risa. Me aparto de la taquilla y echo a andar. Él me agarra del brazo y tira de mí con tanta fuerza que contengo el aliento. Sin darme tiempo a reaccionar, me encuentro con la espalda pegada a las taquillas, prisionera entre sus brazos. Me dirige una sonrisa canalla antes de levantarme la cara. Lleva una mano a mi mejilla, la desliza bajo la mandíbula y me inmoviliza mientras me acaricia los labios con el pulgar de un modo tan delicado que tengo que recordarme que estamos en público y que no puedo seguir mis impulsos ahora

mismo. Dejo caer mi peso en los armaritos metálicos, tratando de compensar con su solidez el apoyo que las rodillas han dejado de proporcionarme.

—Ojalá te hubiera besado el sábado —se lamenta mientras baja los ojos hacia mi boca, que sigue acariciando—. No puedo dejar de imaginarme tu sabor.

Presiona con fuerza el pulgar en el centro de mis labios y por un instante conecta su boca con la mía sin apartar el pulgar de donde está. Sus labios desaparecen, el pulgar se esfuma también y todo sucede tan deprisa que no me doy cuenta de que Holder se ha marchado hasta que el pasillo deja de dar vueltas y recupero la fuerza en las piernas.

No sé cuánto tiempo más voy a aguantar esto. Me acuerdo del momento en el que, atacada de los nervios, le pedí que me besara de una vez en la cocina para quitárnoslo de encima. No tenía ni idea de lo que me esperaba.

—¿Cómo?

Solo eso, una palabra, pero, en cuanto dejo la bandeja frente a Breckin, sé exactamente qué conlleva. Riendo, decido soltárselo todo antes de que Holder se presente en nuestra mesa. Si es que se presenta. Lo de ponerle una etiqueta a nuestra relación no es el único tema que no hemos tocado. Tampoco hemos hablado de cómo vamos a organizarnos a la hora de comer.

—Se presentó en casa el viernes y, tras unos cuantos malentendidos, llegamos a la conclusión de que habíamos malinterpretado las cosas. Luego preparamos dulces, le leí tu novela picante y se fue a su casa. El sábado volvió, me preparó la cena y luego fuimos a mi habitación y...

Dejo de hablar cuando Holder se sienta a mi lado.

—Sigue, sigue —me anima—. Me encantaría oír cómo cuentas lo que pasó después.

Hago una mueca y me vuelvo hacia Breckin.

—Luego batimos el récord de mejor primer beso de la historia sin llegar a besarnos.

Mi amigo asiente con la cabeza de manera parsimoniosa mientras me mira con escepticismo. O curiosidad.

—Impresionante.

—Ha sido un puto peñazo de fin de semana. Qué aburrimiento —le dice Holder a Breckin, que me mira como si estuviera loca cuando me oye reír.

—A Holder le encanta aburrirse —le aseguro—. Lo dice como un halago.

Breckin pasea la vista entre nosotros dos y niega con la cabeza. Se echa hacia delante en la silla y coge el tenedor.

—No hay muchas cosas que me sorprendan en la vida —comenta mientras nos señala con el cubierto—, pero vosotros sois una excepción.

Asiento entusiasmada porque no puedo estar más de acuerdo con él.

Mientras comemos, logramos mantener una conversación que podría considerarse normal y decente. Los dos se ponen a comentar el libro que Breckin me dejó el otro día. El hecho de que Holder esté hablando sobre una novela romántica ya sería entretenido de por sí, pero verlos discutir la trama con tanta pasión es tan adorable que da asco. De vez en cuando me apoya la mano en la pierna, me acaricia la espalda o me da un beso en la sien. A él estos gestos le salen de manera natural, aunque para mí cada uno de ellos es muy especial.

Trato de asimilar el cambio que ha experimentado nuestra relación de la semana pasada a esta y no puedo librarme de la sensación de que estamos demasiado bien. Sea lo que sea lo que estamos construyendo, parece demasiado bueno, ideal, perfecto. Me hace pensar en las novelas que he leído y me asusta porque, cuando en los libros las cosas son demasiado buenas, ideales, perfectas, es porque todavía no ha llegado el giro argumental que lo cambiará todo y...

—¿Sky? —Holder chasquea los dedos ante mi cara. Cuando lo miro, veo que me observa con cautela—. ¿Adónde has ido?

Sonrío y niego con la cabeza, porque no sé qué me ha provocado este mini ataque de pánico. Él me apoya la mano en el cuello, bajo la oreja, y me acaricia la mejilla con el pulgar.

—Tienes que dejar de evadirte de esa manera. Me asusta un poco.

—Lo siento. —Me encojo de hombros—. Me distraigo con facilidad. —Levanto la mano para apartar la suya, que sigue en mi cuello, y le doy un apretón en los dedos para tranquilizarlo—. Estoy bien, en serio.

Baja la vista hacia mi mano. Le da la vuelta, me levanta la manga y me gira la muñeca a ambos lados.

—¿De dónde has sacado esto? —me pregunta sin apartar la vista de mi brazo.

Sigo la dirección de su mirada para ver a qué se refiere y me doy cuenta de que aún llevo la pulsera que me he puesto esta mañana. Cuando me mira a los ojos, me encojo de hombros. No me apetece explicárselo. Es complicado, me hará un montón de preguntas y está a punto de acabarse la hora de comer.

—¿De dónde la has sacado? —repite en tono más exigente.

Me aprieta la muñeca con fuerza y me observa con frialdad mientras espera una explicación, pero yo aparto la mano con

brusquedad porque no me gusta el cariz que está tomando la conversación.

—¿Crees que me la regaló un tío o qué?

Me sorprende su comportamiento. No me había parecido un tipo celoso, aunque su reacción es más la de alguien que no está bien de la cabeza.

Él no me responde; sigue observándome como si pensara que le debo una gran confesión que me niego a revelarle. No sé qué espera, pero, como siga así, es más fácil que acabe recibiendo una bofetada que una explicación.

Breckin se revuelve incómodo en la silla y se aclara la garganta antes de decirle:

—Holder, cálmate, tío.

Sin embargo, su expresión no cambia. En todo caso, diría que cada vez es más fría. Se echa unos centímetros hacia delante y me pregunta en tono grave:

—¿Quién te dio la jodida pulsera, Sky?

Sus palabras se transforman en un peso insoportable que me aplasta el pecho y no me deja respirar. Las mismas señales de alarma que se encendieron en mi cabeza el día en que lo conocí se vuelven a encender, aunque esta vez en grandes luces de neón. Sé que tengo la boca abierta, igual que los ojos, pero me alegro de que la esperanza no sea visible, porque entonces todo el mundo habría visto como la mía se desmenuzaba.

Él cierra los ojos y apoya los codos en la mesa. Se lleva las manos a la frente e inspira hondo, despacio. No sé si lo hace para tranquilizarse o para no ponerse a gritar. Se pasa la mano por el pelo y se agarra la nuca.

—¡Mierda! —suelta en un tono tan abrupto que me encojo.

De pronto se levanta y se marcha sin recoger la bandeja, que se queda en la mesa. Lo observo mientras cruza la cafetería sin mirar atrás ni una sola vez. Abre las puertas golpeándolas con las dos manos y desaparece. No pestañeo ni respiro hasta que las puertas dejan de balancearse y se quedan quietas del todo.

Cuando me vuelvo hacia Breckin, soy consciente de que mi cara tiene que ser un poema. Pestañeo y sacudo la cabeza mientras revivo mentalmente estos últimos dos minutos. Mi amigo alarga el brazo y me aprieta la mano, pero guarda silencio. No hay nada que decir. Los dos nos quedamos sin palabras en cuanto Holder salió por esa puerta.

En ese momento suena el timbre y el comedor se convierte en un hervidero de actividad, aunque yo no puedo moverme. A mi alrededor todo el mundo se levanta, vacía las bandejas y recoge las mesas, mientras que el universo de la nuestra permanece inmóvil hasta que Breckin me suelta la mano y hace varios viajes para recoger las tres bandejas. Coge mi mochila, me da la mano y me ayuda a levantarme. Se echa la mochila al hombro y me saca de aquí. No me acompaña a la taquilla ni a clase; me da la mano y tira de mí hasta la salida. Una vez fuera, tampoco me suelta. Cruzamos el aparcamiento hasta un coche que me es desconocido, abre la puerta y me mete dentro de un empujón. Tras rodearlo y sentarse en su sitio, pone en marcha el motor y se vuelve hacia mí.

—Ni siquiera voy a molestarme en darte mi opinión sobre lo que ha pasado ahí dentro. Ha sido una mierda tan grande que no entiendo por qué no estás llorando, pero sé que te duele el corazón y probablemente también el orgullo, así que que les den a las clases. Nos vamos a tomar un helado.

Pone marcha atrás y sale del aparcamiento.

No sé cómo lo ha logrado, porque estaba a punto de llenarle el coche de lágrimas y mocos, pero, tras esas últimas palabras, se me escapa una sonrisa.

—Me encanta el helado.

El helado ha ayudado, aunque no ha resuelto las cosas, porque Breckin acaba de dejarme en mi coche y aquí estoy, sentada, incapaz de moverme. Estoy triste, asustada y enfadada. Siento un montón de emociones, todas ellas justificadas por lo que acaba de suceder, pero no lloro.

No pienso hacerlo.

Cuando llego a casa, hago lo único que sé que puede ayudarme: me voy a correr. Sin embargo, cuando vuelvo y me meto en la ducha, me doy cuenta de que tampoco me ha servido de mucho.

Hago las mismas cosas que cualquier otro día entre semana. Ayudo a Karen a preparar la cena, me siento a la mesa con ella y Jack, hago los deberes, leo un libro. Trato de actuar como si no estuviera disgustada porque así es como me gustaría sentirme, pero, en cuanto me meto en la cama y apago la luz, mi mente empieza a divagar. Aunque no se va demasiado lejos, porque me quedo dándole vueltas y más vueltas a una sola cosa: ¿por qué demonios no se ha disculpado?

Parte de mí anhelaba que estuviera esperándome en el aparcamiento cuando Breckin y yo volvimos de la heladería, pero no estaba. Y, cuando llegué a casa, tenía la esperanza de encontrarlo allí, dispuesto a disculparse, a suplicar mi perdón, a ofrecerme aunque fuera una mínima explicación, pero tampoco estaba. Me he guardado en el bolsillo el móvil —el que Karen aún no sabe que

tengo— para echarle un vistazo de vez en cuando; sin embargo, el único mensaje que he recibido es de Six, y ni siquiera lo he leído.

Y ahora estoy aquí, abrazada a la almohada, sintiéndome culpable en vez de furiosa. Debería ir a tirarle huevos a su casa, pincharle las ruedas, darle una patada en las pelotas. Eso es lo que me gustaría estar sintiendo. Ojalá estuviera loca de rabia porque sería mucho más satisfactorio que tener que admitir que el Holder con quien he pasado el fin de semana... no existe en realidad.

Martes, 4 de septiembre de 2012

6:15 h

Abro los ojos, pero no me levanto de la cama hasta que no acabo de contar la última estrella del techo: setenta y seis en total. Aparto la colcha y me pongo la ropa de correr. Al salir a la calle por la ventana, me detengo en seco.

Holder está en la acera, de espaldas a mí. Tiene las manos unidas en lo alto de la cabeza y veo cómo, al respirar, se le contraen los músculos de la espalda. Se nota que lleva un rato corriendo y no sé si me está esperando o es que se ha parado a recuperar el aliento, por lo que me quedo quieta en la ventana con la esperanza de que siga su camino.

Sin embargo, no lo hace.

Un par de minutos más tarde, me armo de valor y me acerco a la acera. Al oír mis pasos, se da la vuelta. Me detengo cuando establecemos contacto visual. No frunzo el ceño ni lo fulmino con la mirada, pero tampoco sonrío. Me limito a observarlo.

La mirada que él me dirige es distinta a todas las anteriores, cargada de... remordimientos. No obstante, como no dice nada, no puedo considerarla una disculpa. No tengo tiempo de descifrar sus rarezas ahora mismo; lo que necesito es correr.

Paso por su lado y echo a correr calle abajo. Poco después lo oigo venir tras de mí, pero mantengo la vista al frente. No llega a colocarse junto a mí en ningún momento y yo no aflojo el ritmo

porque prefiero que se quede ahí. En algún punto empiezo a correr más y más deprisa hasta que voy al esprint. Él me sigue el ritmo todo el rato, siempre permaneciendo unos pasos por detrás. Cuando llegamos a la señal que utilizo para saber dónde darme la vuelta, me aseguro de no mirarlo a los ojos. Paso de largo y emprendo el regreso a casa, que resulta ser idéntico a la ida: una carrera silenciosa.

Cuando faltan menos de dos manzanas para llegar, estoy furiosa. Me cabrea que haya venido y todavía más que no se haya disculpado. Acelero el ritmo aún más. Creo que nunca había corrido tan rápido, pero él se mantiene pegado a mis talones, lo que me enfurece. Cuando llegamos a mi calle, aumento el ritmo al máximo, lo que no es suficiente porque sigo teniéndolo pegado. Me fallan las rodillas y no puedo respirar, aunque ya solo me faltan cinco metros hasta la ventana.

Me quedo a tres.

En cuanto piso la hierba, me desplomo. Apoyada en las manos y las rodillas, inspiro hondo varias veces. Nunca me había sentido tan exhausta, ni siquiera cuando corría seis kilómetros. Me tumbo de espaldas sobre la hierba, que sigue húmeda de rocío; no me importa, es agradable. Tengo los ojos cerrados y mi respiración es tan escandalosa que mis jadeos no me dejan escuchar los de Holder. Por lo poco que oigo, sé que está muy cerca de mí, tumbado a mi lado. La situación me recuerda a la de hace unos días, cuando estábamos en mi cama, recuperándonos de lo que me había hecho. Creo que a él le pasa lo mismo, porque noto que enlaza el meñique con el mío. A diferencia de la otra vez, ahora no sonrío, sino que hago una mueca y me encojo.

Retiro la mano, me doy media vuelta y me levanto del suelo. Termino de recorrer la distancia que me separa de casa y, una vez

dentro, cierro la ventana.

Viernes, 28 de septiembre de 2012

12:05 h

Han pasado casi cuatro semanas. No ha vuelto a venir a correr conmigo ni se ha disculpado. No se sienta conmigo en clase ni en la cafetería. No me envía mensajes insultantes ni viene a visitarme los fines de semana convertido en una persona distinta. Lo único que hace —al menos creo que es él— es retirar las notitas que siguen dejándome en la taquilla. Siempre me las encuentro arrugadas en el suelo, al pie del armarito.

Continúo existiendo, igual que él, pero no existimos juntos. Los días siguen transcurriendo; a ellos les da igual con quién los vivo. Y, con cada día que se interpone entre el presente y el fin de semana que compartimos, voy acumulando más y más preguntas. Soy demasiado orgullosa para hacérselas.

Quiero saber qué lo sacó de quicio aquel día y por qué no lo dejó estar en vez de salir disparado de aquella manera. Y por qué no me ha pedido perdón, ya que estoy casi segura de que le habría dado al menos una última oportunidad. Su reacción fue rara; actuó como un loco posesivo, pero, si pongo ese instante en una balanza, creo que sus cosas buenas pesarían más.

Breckin ni siquiera se ha molestado en analizar el momento, así que, cuando estoy con él, finjo que yo tampoco lo hago. Sin embargo, no es verdad. Cuando me quedo a solas, le doy mil vueltas y lo que más me atormenta es que todo lo que ha sucedido entre

nosotros empieza a parecerme una ensoñación, como si nunca hubiera ocurrido de verdad. He comenzado a preguntarme si aquel fin de semana existió acaso o si se trata de otro de esos recuerdos que no tengo manera de confirmar.

A lo largo de este mes, lo que más me ha costado quitarme de la cabeza —y sí, ya sé que resulta patético— es que nunca llegué a besarlo. Y tenía tantas ganas de hacerlo que saber que no voy a poder experimentarlo jamás me ha dejado una especie de boquete abierto en medio del pecho. Lo cómodos que nos sentíamos en presencia del otro, su modo de tocarme como si fuera lo más normal del mundo, los besos que me daba en el pelo..., todo formaba parte de algo más grande, tanto que se merecería al menos un reconocimiento de que existió por mucho que no llegara a nada. Se merecería un respeto; sin embargo, él lo trata como si hubiera sido un error y eso me duele mucho. Porque él también lo sintió; lo sé. Y, si sus emociones fueron tan fuertes como las mías, sé que todavía lo siente.

No es que me haya roto el corazón, y todavía no he derramado ni una lágrima por lo sucedido. No pudo rompérmelo porque, por suerte, todavía no se lo había entregado, aunque el orgullo no me impide admitir que estoy un poco triste porque me gustaba mucho, muchísimo, y tardaré en olvidarlo. No pasa nada, estoy bien. Un poco triste y muy confusa, pero bien.

—¿Qué es esto? —le pregunto a Breckin, que acaba de dejar delante de mí una caja muy bien envuelta con papel bonito.

—Es un recordatorio.

Levanto la mirada.

—¿De qué?

Él se ríe y me acerca el regalo.

—De que mañana es tu cumpleaños. Venga, ábrelo.

Suspiro y hago una mueca antes de apartar la caja.

—Tenía la esperanza de que te olvidaras.

Breckin la coge y vuelve a colocármela delante.

—Ábrelo de una maldita vez, Sky. Sé que odias que te hagan regalos, pero a mí me encanta, así que no seas aguafiestas. Ábrelo, abrázame, dime que te encanta y dame las gracias.

Encorvo la espalda bajo el peso del desánimo, echo la bandeja a un lado y me lo acerco.

—Se te da muy bien envolver —admito. Desato el lazo antes de retirar el papel de regalo. Al ver la imagen que muestra la caja, alzo una ceja—. ¿Me has regalado una tele?

Breckin se echa a reír mientras niega con la cabeza. Levanta la caja y la señala.

—No es una tele, boba; es un lector de libros electrónicos.

—Oh.

No tengo ni idea de qué es, pero estoy casi segura de que Karen no me dejará tener uno. Aunque lo aceptara, tal y como hice con el móvil de Six, este artefacto es demasiado grande para guardármelo en el bolsillo.

—Me tomas el pelo, ¿no? —Se inclina hacia mí—. ¿En serio no sabes lo que es un libro electrónico?

Me encojo de hombros.

—A mí me parece una tele diminuta.

Él se ríe con más ganas mientras abre la caja y saca el lector. Lo enciende y me lo entrega.

—Es un aparato electrónico que puede guardar más libros de los que podrías leerte en toda tu vida.

Aprieta un botón que hace que el dispositivo se ilumine y luego desplaza el dedo varias veces hasta que la pantalla se llena de pequeñas cubiertas de libros. Cuando toco una de ellas, la pantalla cambia y ahora la cubierta la ocupa por entero. Breckin desliza el dedo hacia un lado y me encuentro frente al capítulo uno.

Empiezo a deslizar el dedo y veo pasar las páginas una tras otra sin ningún esfuerzo. Es lo más alucinante que he visto en mi vida. Aprieto más botones, presiono en más portadas, arrastro el dedo sobre más capítulos sin acabar de creérmelo. Pienso que es el invento más práctico y magnífico que existe.

—Caramba —susurro sin apartar la vista del regalo.

Espero que no me esté gastando una broma cruel, porque, como trate de arrebatármelo, saldré corriendo y no me alcanzará.

—¿Te gusta? —inquiere orgulloso—. He cargado unos doscientos libros gratuitos para que te duren una buena temporada.

Cuando lo miro a la cara, veo que está sonriendo de oreja a oreja. Dejo el lector en la mesa, me abalanzo sobre él por encima de la mesa y le abrazo el cuello. Es el mejor presente que me han hecho en la vida y por eso sonrío y lo estrecho con todas mis fuerzas, aunque me esté cargando mi fama de ser un desastre para los regalos. Breckin me devuelve el abrazo y me da un beso en la mejilla. Cuando le suelto el cuello y abro los ojos, la vista se me desvía de manera involuntaria hacia la mesa que llevo casi cuatro semanas tratando de ignorar.

Holder se ha dado la vuelta en el asiento y nos está observando con una sonrisa en la cara. No es una sonrisa desquiciada ni seductora ni babosa. De hecho, es adorable, pero me causa tanta tristeza que aparto los ojos enseguida.

Me siento y me concentro en el regalo.

—La verdad es que eres un amigo alucinante, Breckin, que lo sepas.

Él sonríe y me guiña el ojo.

—Es lo que tenemos los mormones. Somos alucinantes.

Viernes, 28 de septiembre de 2012

23:50 h

Hoy es el último día de mis diecisiete años. Este fin de semana Karen vuelve a estar fuera, de mercadillo. Estuvo a punto de no ir porque le sabía mal marcharse en mi cumpleaños, pero no quise ni oír hablar del tema. Lo que hicimos fue celebrarlo anoche. No tengo ninguna queja de sus regalos, aunque, claro, no hay nada que pueda competir con el libro electrónico. Nunca había tenido tantas ganas de quedarme a solas un fin de semana.

Esta vez no he preparado tantos dulces como la anterior, y no porque no me apetezca comérmelos, sino porque creo que mi adicción a la lectura ha alcanzado un nuevo pico. Es casi medianoche y me cuesta mantener los ojos abiertos, pero me he leído dos libros y necesito terminar la novela con la que estoy como sea. Doy una cabezada y, cuando me despierto sobresaltada, trato de leer un párrafo más. Breckin tiene muy buen gusto para las novelas y me da un poco de rabia que haya tardado casi un mes en recomendarme este libro. Aunque no soy muy fan de los finales felices, como estos dos no acaben bien, me meteré dentro del lector electrónico y los encerraré juntos en ese maldito taller mecánico.

Se me cierran los párpados. Trato de mantenerlos abiertos, pero las palabras nadan por la pantalla y no consigo que las frases cobren sentido. Cuando al fin apago el dispositivo y la luz, pienso que el último día de mis diecisiete años debería haber sido más especial.

Abro los ojos, pero no me muevo. Está oscuro y me encuentro en la misma posición que hace un rato, por lo que sé que no hace mucho que me quedé dormida. Contengo el aliento y escucho con atención el sonido que me ha despertado: están abriendo la ventana de mi habitación.

Oigo que descorren las cortinas y que alguien entra por la abertura. Sé que debería gritar, echar a correr hacia la puerta o, por lo menos, buscar algún objeto contundente con el que defenderme, pero no hago nada de eso. Permanezco quieta, inmóvil, porque la persona que se está colando en mi habitación no intenta pasar desapercibida, lo que me lleva a pensar que se trata de Holder. A pesar de eso, el corazón se me acelera y se me tensan todos los músculos cuando la cama se mueve y se sienta en ella. Cuanto más se acerca, más convencida estoy de que es él porque no hay nadie que me haga reaccionar de esta manera. Cierro los ojos con fuerza y me tapo la cara con las manos al notar que la colcha se levanta a mi espalda. Tengo miedo; estoy aterrorizada porque no sé cuál es el Holder que se está metiendo en mi cama.

Desliza un brazo por debajo de la almohada y me rodea con el otro. Cuando me encuentra las manos, tira de mí hasta pegarme a su pecho y entrelaza los dedos con los míos antes de hundirme la cara en el cuello. Soy muy consciente de que solo llevo las bragas y una camiseta de tirantes, pero confío en que no se haya presentado aquí buscando esa parte de mí. Todavía no tengo claro para qué ha venido porque no ha dicho nada, aunque sabe que estoy despierta. Sé que lo sabe porque, cuando me ha rodeado con los brazos, he contenido el aliento. Me abraza con todas sus fuerzas y, de vez en cuando, me da un beso en el pelo.

Estoy furiosa con él por su presencia, pero todavía más conmigo por desear que no se vaya. Por muchas ganas que tenga de gritarle y exigirle que se marche, anhelo que me abrace todavía un poco más fuerte. Quiero que me aprisione entre sus brazos y tire la llave porque está justo donde debe estar y tengo miedo de que vuelva a alejarse.

Odio que existan tantas facetas de él que no entiendo y, la verdad, ni siquiera sé si quiero seguir intentando comprenderlas. Hay partes suyas que me enamoran y luego otras que odio, otras que me asustan y otras que me sorprenden. Pero la peor es la que me decepciona una y otra vez... Esa me cuesta mucho aceptarla.

Permanecemos así, en completo silencio, durante una media hora, no estoy segura. Lo único que tengo claro es que sigue abrazándome con la misma fuerza y que no parece tener intención de explicarse. Menuda novedad. Sé que no me dirá nada a menos que se lo pregunte directamente, y ahora mismo no me apetece hacerle preguntas.

Me suelta los dedos y me apoya una mano en la coronilla. Me besa el pelo antes de hundir la cara en él; luego levanta la mano que ha deslizado bajo la almohada para acunarme. Me abraza con tanta intensidad y desesperación que le empieza a temblar el cuerpo y a mí se me rompe el corazón. Me arden las mejillas, el pecho me aletea y lo único que impide que rompa a llorar es que tengo los párpados tan apretados que las lágrimas no encuentran hueco por donde escapar.

No soporto más este silencio. Si no suelto las palabras que aprisiono en mi pecho, creo que me pondré a gritar. Sé que, si hablo, no podré ocultar ni las lágrimas ni lo triste y decepcionada que me siento, pero inspiro hondo y soy tan honesta como puedo.

—Estoy muy enfadada contigo.

No sé cómo lo hace, pero me abraza todavía con más fuerza. Me acerca la boca a la oreja y la besa antes de susurrar:

—Ya lo sé, Sky. —Me desliza una mano bajo la camiseta, me apoya la palma abierta sobre la barriga y me acerca más a él—. Lo sé.

Es asombroso el efecto que causa sobre el corazón oír una voz que llevabas tiempo queriendo escuchar. Han sido solo seis palabras, pero, en los segundos que ha tardado en pronunciarlas, mi corazón se ha roto en mil pedazos hasta convertirse en carne picada y lo han vuelto a colocar en el hueco de mi pecho para que se espabile y vuelva a funcionar sin instrucciones ni nada.

Entrelazo los dedos con la mano que tiene apoyada en mí y la aprieto con fuerza. Ni siquiera entiendo qué pretendo al hacerlo; solo sé que necesito tocarlo, abrazarlo, asegurarme de que está aquí de verdad. Necesito saber que está presente y que esto no es otro de esos sueños vívidos.

Desplaza la boca hacia mi hombro, separa los labios y me besa con delicadeza. El roce de su lengua contra mi piel me provoca una descarga de calor que me asciende desde el vientre hasta las mejillas.

—Lo sé —vuelve a susurrar mientras me explora la clavícula y el cuello con los labios.

Mantengo los ojos cerrados porque el dolor que distingo en su voz y la ternura de sus caricias hacen que me dé vueltas la cabeza. Echo el brazo hacia atrás y hundo la mano en su pelo, pegándolo más a mi cuello. Su aliento se agita, cada vez más frenético y cálido, igual que sus besos. La respiración de ambos se acelera más y más mientras recorre cada centímetro de mi cuello y, cuando termina, vuelve a empezar.

Se apoya en un brazo y me tumba de espaldas. Me lleva la otra mano a la cara y me aparta el pelo de los ojos. Verlo tan de cerca reactiva todas las emociones que he sentido por él hasta ahora..., las buenas y las malas. No entiendo cómo puede hacérmelo pasar tan mal cuando es evidente que él también sufre, ya que el dolor que muestran sus ojos es imposible de ignorar. No sé si es porque no puedo descifrar sus emociones o si, por el contrario, las interpreto demasiado bien, pero, al mirarlo, me convenzo de que siente lo mismo que yo..., lo que hace que sus actos me resulten todavía más confusos.

—Sé que estás furiosa conmigo. —No aparta los ojos, tan llenos de remordimientos como sus palabras, aunque sigue sin disculparse —. Y necesito que lo estés, Sky, pero la necesidad de que me aceptes en tu cama es todavía más fuerte.

Siento un peso tan grande en el pecho que seguir respirando me resulta cada vez más difícil. Asiento con la cabeza, un movimiento mínimo pero revelador, porque no puedo estar más de acuerdo. Aunque estoy furiosa con él, si tengo que elegir entre que esté aquí conmigo o no, gana la primera opción. Cuando apoya la frente en la mía, ambos sujetamos la cara del otro y nos miramos a los ojos con desesperación. No sé si pretende besarme; tal vez esté a punto de levantarse y marcharse, qué sé yo. Lo único que tengo claro es que, tras este momento, no seré la misma persona. Su existencia ejerce una atracción magnética tan grande sobre mi corazón que, si vuelve a hacerme daño, me será imposible estar bien; quedaré destrozada.

El pecho se nos agita al unísono mientras el silencio y la tensión se vuelven cada vez más densos. Aunque me está sujetando la cara, siento que me agarra todo el cuerpo, como si lo estuviera haciendo desde dentro. La intensidad del momento hace que me cosquilleen

los ojos por las lágrimas que los invaden. Todo lo que estoy sintiendo es tan inesperado que me abruma.

—Estoy furiosa contigo, Holder —afirmo con la voz temblorosa, pero con certeza—, aunque, por muy enfadada que esté, no he dejado de desear que estuvieras a mi lado ni por un instante.

Él logra sonreír y fruncir el ceño a la vez.

—Joder, Sky. —La cara se le transforma y muestra un alivio increíble—. Te he echado tanto de menos...

De repente, se deja caer sobre mí y pega su boca a la mía. Era algo que llevábamos tanto tiempo esperando que a ninguno de los dos nos queda paciencia para ir con calma y respondo con la misma urgencia. Separo los labios y le permito que me inunde con su sabor de cola y hojas de menta. Su beso es tal como me lo había imaginado o tal vez mejor. Delicado, rudo, cariñoso, egoísta. Mediante su tacto comparte conmigo muchas más emociones de las que podría expresar con palabras. Nuestros labios se entrelazan por primera vez, pero da igual que sea la primera, la vigésima o la millonésima. El orden no significa nada porque lo que importa es que es absolutamente perfecto. Es increíble, inmejorable, y diría que casi ha valido la pena pasar por todo lo que nos ha llevado hasta aquí.

Nuestros labios se mueven acompasados, perdidos en la pasión mientras luchamos por acercarnos cada vez más, buscando alcanzar con los cuerpos la conexión perfecta que hemos logrado con los besos. Desliza la boca sobre la mía con movimientos delicados, pero con una fiereza a la que correspondo con gemidos y jadeos que él se bebe y no deja escapar.

Nos besamos sin cesar en todas las posturas imaginables, aunque tratamos de contenernos tanto como nos permite el deseo mutuo. Nos besamos hasta que dejo de sentir los labios y estoy tan agotada

que ya no sé si me sigue besando o no cuando presiona la frente contra la mía.

Y así es como nos quedamos dormidos, abrazados con las frentes unidas, en silencio. Porque en todo este rato no hemos pronunciado ni una sola palabra, ni siquiera una disculpa.

Sábado, 29 de septiembre de 2012

8:40 h

Me doy la vuelta y le echo un vistazo a la cama porque no estoy muy segura de que lo que sucedió anoche no fuera un sueño. Holder no está aquí, pero me ha dejado una caja de regalo. Me siento con la espalda apoyada en el cabecero y me la quedo mirando un rato antes de atreverme a abrir la tapa. Dentro encuentro lo que parece una tarjeta de crédito y la cojo para leer qué pone.

Me ha regalado una tarjeta de recarga con minutos para enviar mensajes, muchos mensajes.

Sonrío porque sé lo que quiere decirme con este regalo. Hace referencia al mensaje que le mandó Six y quiere decirme que sí, que planea quitarle la chica a mi amiga y que para eso va a necesitar un montón de minutos. El regalo me hace sonreír y alargar la mano hacia el móvil, que está en la mesita de noche. Veo que tengo un mensaje y que es de Holder.

¿Tienes hambre?

Es corto y sencillo, pero es su manera de hacerme saber que sigue aquí. En alguna parte de la casa. ¿Me estará preparando el desayuno? Antes de ir a comprobarlo, me paso por el baño y me lavo los dientes. Me cambio la camiseta por un vestido de tirantes y me recojo el pelo en una coleta alta. Al mirarme en el espejo, veo a

una chica que desea desesperadamente perdonar a un chico, pero no antes de que él se arrastre un buen rato.

Al salir de la habitación, me reciben el olor a beicon y el sonido de la grasilla que chisporrotea en la sartén. Recorro el pasillo y, al doblar la esquina, me detengo un rato y lo observo en silencio. Canturrea mientras prepara algo en la cocina de espaldas a mí. Va descalzo, vestido solo con vaqueros y una camiseta de tirantes. Vuelve a estar como en casa, lo cual no sé cómo me hace sentir.

—Esta mañana me he ido temprano —me dice sin darse la vuelta — porque tenía miedo de que tu madre volviera y pensara que estaba tratando de dejarte embarazada. Pero luego, cuando he salido a correr, he vuelto a pasar por aquí y me he fijado en que no estaba ni el coche. Y entonces me he acordado de que se iba de mercadillo una vez al mes, así que he ido a comprar víveres para prepararte el desayuno. He estado a punto de comprar cosas para la comida y la cena, pero he pensado que sería mejor tomarnos las cosas con calma y las comidas, de una en una. —Se gira hacia mí y me examina con parsimonia de arriba abajo—. Feliz cumpleaños. Vaya, me encanta ese vestido. He comprado leche de verdad, ¿te apetece?

Me dirijo a la isla sin apartar la vista de él mientras trato de procesar la plétora de palabras que acaban de salir de su boca. Separo un taburete y me siento. Él me sirve un vaso de leche aunque no se lo he pedido y me lo acerca con una sonrisa radiante. Antes de poder dar un trago, me sujeta la barbilla con la mano y se inclina hacia mí.

—Necesito besarte. El recuerdo de tu boca es tan perfecto que tengo miedo de haberlo soñado.

Une su boca a la mía y, en cuanto me acaricia la lengua con la suya, me queda claro que esto va a ser problemático. Con esos

labios, esa lengua y esas manos tan perfectas, no voy a poder permanecer enfadada con él mucho tiempo. Lo agarro por la camiseta para pegarme aún más a él. Holder gruñe y hunde las manos en mi pelo hasta que me suelta de repente y da un paso atrás.

—No, no lo he soñado —dice sonriendo.

Vuelve a la cocina, apaga los fogones y pone el beicon en un plato donde ya había apilado huevos y tostadas. Se acerca a la isla y me sirve el desayuno en el plato que hay delante de mí. Luego se sienta y empieza a comer. No entiendo por qué tiene esa sonrisa en la cara hasta que al fin se me enciende la bombilla.

¡Ya lo sé! Ya sé lo que le pasa, por qué está feliz y enfadado; ya comprendo a qué vienen esos cambios de humor. Por fin las cosas empiezan a tener sentido.

—¿Podemos jugar a «En busca de la cena perdida» aunque sea la hora del desayuno? —propone.

Doy un sorbo a la leche antes de asentir con la cabeza.

—Siempre y cuando pueda hacer yo la primera pregunta.

Él deja el tenedor en el plato y sonríe.

—De hecho, tenía previsto dejar que las hicieras tú todas.

—Solo necesito que me respondas a una.

Holder suspira y se echa hacia atrás antes de bajar la vista hacia sus manos. Su modo de rehuirme me dice que ya sabe que yo lo sé. Todo en él grita culpabilidad. Me inclino hacia delante y le clavo la mirada.

—¿Cuánto tiempo hace que te drogas, Holder?

Él levanta la vista hacia mí con expresión estoica. Me observa en silencio; yo me mantengo firme. Quiero que sepa que no voy a rendirme hasta que me diga la verdad. Frunce los labios y vuelve a bajar la mirada hacia sus manos. Por un instante, pienso que se está

preparando para echar a correr hacia la puerta y así librarse de responder, pero entonces le asoma a la cara algo que no había previsto: un hoyuelo.

Está haciendo una mueca, tratando de contenerse, aunque no aguanta mucho. Empieza por una sonrisa y termina riendo a carcajadas. Se ríe tanto que acabo por cabrearme.

—¿Drogas? —repite—. ¿Crees que me drogo? —Sigue riendo hasta que se da cuenta de que a mí no me hace ni pizca de gracia. Cuando al fin se calma, inspira hondo y me busca la mano—. No tomo drogas, Sky. Te lo prometo. No sé qué te ha hecho pensarlo, pero no me drogo, lo juro.

—Y, entonces, ¿qué demonios te pasa?

Le cambia la cara y me suelta la mano.

—¿Puedes concretar un poco? —Se echa hacia atrás y se cruza de brazos.

Me encojo de hombros.

—Sí, claro. ¿Qué nos pasó y por qué actúas como si no hubiera ocurrido nada?

Apoya los brazos en la barra y se traza las letras del tatuaje con el dedo, pensativo. Sé que el silencio no suele considerarse un sonido, pero ahora mismo el que se ha instalado entre nosotros es el ruido más fuerte del mundo. Baja el brazo de la mesa y me mira.

—No quería decepcionarte, Sky. He defraudado a todas las personas que me han querido a lo largo de mi vida y ese día, en el comedor, supe que te había fallado a ti también. Por eso... me fui antes de que te enamoraras de mí, porque, si no, cualquier intento de no decepcionarte habría sido... —vuelve a tocarse el tatuaje— un absoluto desastre.

Sus palabras están cargadas de tristeza y arrepentimiento, pero sigue sin disculparse. A pesar de que reaccionó de manera

injustificada y se dejó llevar por los celos, si lo hubiera hecho, nos habríamos ahorrado un mes de agonía emocional. Niego con la cabeza porque no lo entiendo. ¿Qué le impidió pedirme perdón?

—¿Por qué no me lo dijiste, Holder? ¿Por qué no te disculpaste?

Él se echa hacia delante, me toma la mano y me dice mientras me mira fijamente:

—Porque no quiero que me perdones.

Estoy segura de que mis ojos reflejan la misma tristeza que veo en los suyos, pero no quiero que me vea así, por lo que los cierro con fuerza. Él me suelta la mano y oigo que rodea la isla; luego me levanta del taburete. Me sienta en la barra para que quedemos a la misma altura, me aparta el pelo de la cara y me sujeta por las mejillas. Cuando abro los ojos, el dolor que veo en su rostro es tan real, tan descarnado, que me rompe el corazón.

—La cagué, cielo. La he jodido más de una vez contigo, lo sé, pero, créeme, lo de aquel día en el comedor no eran celos ni ira ni nada que deba asustarte. Ojalá pudiera contarte lo que pasó, pero no puedo. Un día lo haré, pero ahora no puedo y necesito que lo aceptes. Por favor. Y no me disculpo porque no quiero que olvides nunca lo que ocurrió, que me perdones. No quiero que busques excusas para justificar mis actos, Sky.

Me da un beso rápido antes de apartarse y seguir hablando.

—Me he mantenido a distancia, dejando que me odiaras, porque hay muchos temas que no estoy preparado para compartir contigo. He tratado con todas mis fuerzas de alejarme de ti, y no puedo. No soy lo bastante fuerte para renunciar a esto que hay entre nosotros. Cuando te vi ayer en el comedor abrazando a Breckin y riendo con él..., me gustó mucho verte feliz, Sky. Pero, al mismo tiempo, sentí unas ganas enormes de ser yo el que te hiciera reír así. Me destrozaba por dentro la posibilidad de que creyeras que no me

importaba lo nuestro o de que no supieras que el fin de semana que pasamos juntos fue el mejor de mi vida. Porque me importa mucho y porque lo fue. Fue el mejor puto fin de semana de la historia de los fines de semana.

El corazón me late desbocado, casi al ritmo en el que las palabras salen de su boca. Me suelta la cara para acariciarme el pelo, pero vuelve a sujetarme por la nuca. Inspira hondo como si quisiera calmarse y sigue hablando.

—Me está matando, Sky —dice en un tono mucho más tranquilo —. Me mata porque no quiero que pases ni un día más sin saber lo que siento. No voy a decirte que estoy enamorado de ti porque no es verdad, aún no. Pero, sea lo que sea, te aseguro que no puede definirse con un simple «gustar» porque es mucho más. Llevo semanas tratando de descifrar mis emociones, de entender por qué no existe un término para describirlas. Me gustaría concretar mis sentimientos, pero no existe una jodida palabra en todo el puto diccionario para especificar este estado que va entre el «gustar» y el «amar». Y debería, porque necesito decírtela y que tú me escuches pronunciarla.

Tira de mí y me besa una y otra vez. Son besos cortos, sin lengua, y tras cada pico se aparta un poco a la espera de mi reacción.

—Di algo —me ruega.

Veo el terror en sus ojos y, por primera vez desde que lo conozco..., creo que logro entenderlo, a todo él, por completo. No reacciona como lo hace porque tenga varias personalidades distintas, sino porque esa es su personalidad.

Apasionada.

Lo vive todo con pasión: la vida, el amor, las palabras, Les... Y, al parecer, acabo de entrar a formar parte de esa lista.

Joder.

La intensidad que transmite no es amenazadora, es... bonita. Llevo toda la vida buscando maneras de insensibilizarme para no sentir nada, pero ver el entusiasmo en su mirada ahora mismo... hace que desee sentirlo todo, hasta lo más pequeño. Quiero sentir lo bueno y lo malo, lo hermoso y lo feo, el placer y el dolor. Lo quiero todo. Quiero empezar a sentir el mundo de la forma en que él lo hace. Y el primer paso para conseguirlo será permitir que entre en mi vida este desastre de chico que tengo enfrente, que se está abriendo en canal y me está mostrando lo que hay en su corazón mientras busca la palabra perfecta porque quiere ayudarme a vivir y a sentir.

Quiere devolverme la vida. Quiere que vuelva a vivir.

El amor que compartimos por las palabras se mezcla con las profundas emociones que me despierta este momento de intimidad.

—Vivir —digo.

La desesperación que opacaba el brillo de sus ojos deja paso a la confusión.

—¿Qué? —Se le escapa la risa mientras niega con la cabeza, tratando de entender mi respuesta.

—«Vivir». Tercera conjugación. Y sé que «gustar» y «amar» son de la primera y que «querer» es de la segunda, pero acabo de estrellarme contra la tercera porque, por primera vez en mucho tiempo, siento que estoy viva. Y siento que te estoy viviendo. Te vivo, Holder.

Él se echa a reír de nuevo, aunque esta vez es una risa balsámica. Me abraza y me besa, y en sus labios paladeo una montaña de alivio.

—Yo también te vivo, Sky —murmura sin separarse de mí—. Te vivo muchísimo.

Sábado, 29 de septiembre de 2012

9:20 h

No sé cómo se lo monta, pero el caso es que ya lo he perdonado del todo, me he vuelto a enamorar de él y ahora no puedo dejar de besarlo, y todo esto en el plazo de un cuarto de hora. Tiene facilidad para las palabras, eso no puede negarse; empieza a no importarme que tarde tanto en encontrar las adecuadas. Cuando al fin se separa de mi boca, sonríe y me agarra por la cintura.

—¿Qué te apetece hacer por tu cumpleaños? —pregunta mientras me baja de la barra.

Tras darme un último beso rápido en los labios, se dirige al salón, a la mesita auxiliar donde ha dejado la cartera y las llaves.

—No hace falta que hagamos nada. No espero que me entretengas solo porque sea mi cumpleaños.

Se guarda las llaves en el bolsillo de los pantalones y se vuelve hacia mí. Me observa con intención mientras me dedica una sonrisa canalla.

—¿En qué estás pensando? Esa mirada te delata.

Él se ríe y se encoge de hombros.

—Me estaba imaginando todas las maneras en las que podría entretenerte si nos quedáramos aquí. Y precisamente por eso tenemos que irnos.

Y precisamente por eso me quiero quedar.

—Podríamos ir a ver a mi madre —sugiero.

—¿A tu madre? —Me mira con cautela.

—Sí. Tiene un puesto de hierbas en el mercadillo al que va una vez al mes. Nunca la acompaño porque se pasa catorce horas ahí metida y me aburro, pero es uno de los mercadillos más grandes del mundo y me gustaría dar una vuelta. Está a hora y media de camino. Y tienen *funnel cakes* —añado para hacer la propuesta más atractiva.

—¿Qué es eso?

—Pastelitos de masa frita, como churros entretejidos.

Holder se acerca a mí y me abraza.

—Tentador. Vale, si te apetece ir al mercadillo, iremos, pero he de pasar por casa a cambiarme y hacer una cosa por el camino. Vengo a buscarte dentro de una hora, ¿te va bien?

Asiento con la cabeza. Aunque sé que es solo un mercadillo, me hace mucha ilusión. No sé cómo reaccionará Karen cuando me vea aparecer con Holder. La verdad es que no le he hablado de él, así que me siento un poco mal por presentarme con él sin avisar, pero en parte es culpa suya. Si no me prohibiera usar tecnología, podría llamarla y avisarla.

Holder me da otro beso de despedida rápido antes de dirigirse a la puerta.

—Eh —lo llamo cuando está a punto de salir. Él se da la vuelta y me mira—. Es mi cumpleaños y los dos últimos besos que me has dado han sido de lo más patético. Si pretendes que pase el día contigo, te sugiero que empieces a besarme como un novio besaría a su...

Cierro la boca y dejo la frase a medias cuando me doy cuenta de lo que se me ha escapado. Todavía no le hemos puesto etiquetas a lo nuestro y, por si eso fuera poco, acabamos de reconciliarnos, por

lo que el uso peregrino que acabo de hacer de la palabra «novio» me suena a algo que podría haber dicho mi ex Matty.

—Yo... quería decir que... —Me rindo y no termino la frase. Esto no hay quien lo arregle.

Él se ha dado la vuelta y me está observando desde la puerta. No sonríe. Me sostiene la mirada en silencio. Luego ladea la cabeza y alza las cejas.

—¿Te has referido a mí como tu novio?

Sigue sin sonreír, lo que hace que me encoja por dentro. Mierda, me siento tan infantil que me pongo a la defensiva.

—No. —Me cruzo de brazos—. No tengo catorce años... ni soy tan cursi.

Él da dos pasos hacia mí sin alterar la expresión de la cara. Se me planta delante e imita mi postura al cruzarse de brazos.

—Pues qué pena. Porque, cuando pensaba que me habías llamado «novio», me entraron unas ganas tremendas de comerte a besos. —Al entornar los ojos, el brillo travieso de su mirada deshace el nudo que se me había formado en el estómago. Se da la vuelta y se dirige hacia la puerta—. Nos vemos dentro de una hora.

Antes de salir, no obstante, se gira y me provoca con una sonrisa canalla y unos hoyuelos que me muero por besar.

Suspiro y esbozo una mueca de frustración.

—Holder, espera.

Él apoya el hombro en la puerta con expresión triunfal.

—Más te vale despedirte de tu novia con un beso en condiciones.

No puedo sentirme más cursi mientras pronuncio esas palabras, pero verlo volver hacia mí con expresión victoriosa me compensa un poco. Y sigue compensándolo cuando me desliza una mano hacia la parte baja de la espalda y me atrae hacia él. Es el primer beso que nos damos estando de pie y me encanta su modo de sujetarme con

un gesto tan protector. Con la otra me acaricia la mejilla y luego me hunde los dedos en el pelo mientras se acerca cada vez más. No me está mirando los labios; tiene los ojos clavados en los míos y leo en ellos algo que me cuesta definir. No es deseo, parece más bien... gratitud.

Continúa contemplándome sin acabar de recorrer la distancia que separa sus labios de los míos. No me está provocando para que acabe besándolo yo primero; se limita a observarme con tanto agradecimiento y afecto que el corazón se me funde como si fuera de mantequilla. Tengo las manos apoyadas en sus hombros. Se las deslizo por el cuello despacio y se las hundo en el pelo, disfrutando de este instante silencioso pero tan especial que estamos viviendo. El pecho se le agita al mismo ritmo que el mío mientras examina cada rincón de mi rostro. Su modo de mirarme me roba las fuerzas, por lo que agradezco mucho que me siga sujetando por la cintura.

Apoya la frente en la mía y suspira hondo. Su expresión cambia y se transforma en algo parecido al dolor, lo que me impulsa a mover las manos hacia sus mejillas y acariciárselas con suavidad para borrar esa emoción que le enturbia la mirada.

—Sky... —pronuncia mi nombre mientras me observa fijamente. Lo dice como si fuera a continuar la frase con algo profundo, pero no añade nada más.

Se acerca a mi boca despacio hasta que nuestros labios entran en contacto. Inspira hondo como si quisiera respirarme, aunque enseguida se separa y me mira a los ojos mientras me acaricia el rostro. Nunca había sentido algo así, como si acabaran de paladearme, y me parece precioso.

Vuelve a unir su boca con la mía y esta vez se apodera de mi labio superior, que queda entre los suyos. Me besa con toda la delicadeza del mundo, casi como si creyera que mi boca es tan frágil que puede

romperse. Separo los labios para darle mejor acceso y él profundiza el beso, pero sigue actuando con suavidad. Lo hace con mimo y agradecimiento mientras me sujeta por la nuca con una mano y por la cadera con la otra, degustando cada rincón de mi boca. Es un beso que me recuerda a él, elaborado y sin prisas.

Y, cuando mi mente al fin sucumbe a la sensación de estar envuelta por él, se detiene y se aparta de mí muy despacio.

Abro los ojos, haciendo aletear las pestañas, y dejo escapar el aire contenido, que tal vez se ha mezclado con las palabras «Ay, Dios».

Al verme entregada y sin aliento, se le escapa una sonrisa ufana.

—Y este ha sido nuestro primer beso oficial como pareja.

Espero a que el pánico se apodere de mí, pero no lo hace.

—Como pareja —repito en voz baja.

—Sí, señora. —Sigue sosteniéndome por la espalda, manteniéndome pegada a él tanto con la mano como con la intensidad de su mirada—. Y no te preocupes —añade—: yo me ocupo de informar a Grayson. Como vea que te pone las manos encima, volverá a encontrarse con mis puños.

Retira la mano que mantenía en la parte baja de mi espalda y me acaricia la mejilla.

—Ahora sí que me voy. Nos vemos dentro de una hora. Te vivo.

Me da un pico en los labios y retrocede unos pasos antes de darse la vuelta hacia la puerta.

—¿Holder? —lo llamo en cuanto logro introducir aire en los pulmones y recupero el habla—. ¿Has dicho que volverá a encontrarse? ¿Te has peleado con Grayson alguna vez?

Él frunce los labios y su cara adopta una expresión neutra, pero asiente con la cabeza.

—Ya te lo dije; no es buena persona.

Cuando cierra la puerta, me deja con más preguntas que respuestas, aunque, bueno, a estas alturas ya me voy acostumbrando.

A pesar de que tenía previsto meterme en la ducha, cambio de idea y decido llamar a Six. Hemos de ponernos al día en muchas cosas. Corro a mi habitación, salgo por la ventana y uso el mismo sistema para colarme en su cuarto. Descuelgo el teléfono fijo que tiene en la mesilla y busco en el móvil el mensaje que me envió donde me pasaba su número internacional. Mientras lo marco, me entra un mensaje de Holder.

> Odio la idea de pasar todo el día contigo. Creo que va a ser un muermazo. Además, el vestido de tirantes es demasiado veraniego y te queda fatal, pero da igual, no te lo cambies.

Sonrío porque, joder, este chico desastroso y sin remedio me ha devuelto a la vida. Lo vivo, lo vivo mucho.

Acabo de marcar el número de Six y me tumbo en su cama. Ella responde al tercer tono de llamada; suena adormilada.

—¿Estabas durmiendo?

La oigo bostezar.

—No, claro que no, pero no estaría de más que tuvieras en cuenta la diferencia horaria.

Me echo a reír.

—Six, es por la tarde en Italia, pero a ti te da igual. Tú tienes tu propio horario.

—Ha sido una mañana dura —se pone a la defensiva—. Te echo de menos, petarda. ¿Qué hay de nuevo?

—No gran cosa.

—No me lo creo. Suenas asquerosamente feliz. Sospecho que Holder y tú os habéis arreglado de una vez.

—Sospechas bien, y te comunico que eres la primera en saber que yo, Linden Sky Davis, he dejado atrás la soltería.

Se le escapa un gruñido de frustración.

—Te aseguro que no entiendo cómo alguien puede someterse a esa tortura de manera voluntaria. Aunque me alegro por ti.

—Graci...

No termino de agradecérselo porque Six me interrumpe cuando exclama:

—¡Ay, Dios!

—¿Qué pasa?

—¡Se me había olvidado! Es tu puto cumpleaños y se me había olvidado. ¡Felicidades, Sky! Joder, soy la peor mejor amiga del mundo.

—No pasa nada —le aseguro entre risas—. Al contrario. Ya sabes que odio los regalos, las sorpresas y todas esas mierdas cumpleañeras.

—Oh, espera. Acabo de acordarme de que, en realidad, soy la caña. Mira debajo de la cajonera cuando vuelvas a tu habitación.

Resoplo.

—Cómo no.

—Y dile a tu nuevo novio que compre más minutos.

—Se lo diré. Tengo que irme. Tu madre se va a poner como una fiera cuando vea la factura del teléfono.

—Ya, bueno. Debería ser como la tuya y estar más en armonía con la Pachamama.

Me río antes de despedirme.

—Te quiero, Six. Cuídate, ¿vale?

—Yo también te quiero. ¿Sky?

—¿Sí?

—Se te oye muy feliz. Me hace feliz que seas feliz.

Sonrío mientras ella corta la llamada. Vuelvo a mi habitación y, por mucho que odie los regalos, no dejo de ser humana y curiosa por naturaleza. Me acerco a la cómoda y miro debajo. En el suelo hay una caja envuelta para regalo que me agacho a recoger. Me la llevo a la cama, me siento y le quito la tapa. Está llena de chocolatinas.

Dios, adoro los Snickers, pero a Six todavía más.

Sábado, 29 de septiembre de 2012

10:25 h

Estoy en la ventana, esperando a Holder con impaciencia, cuando al fin aparca delante de casa. Salgo por la puerta y la cierro con llave, pero, cuando me doy la vuelta para dirigirme hacia el coche, me detengo en seco porque no llega solo. La puerta del acompañante se abre y sale un tío. Cuando se gira hacia mí, estoy segura de que mi cara es una mezcla entre un OMG y un WTF, que —según me han enseñado mis nuevos amigos— significan «ay, Dios mío» y «¡¿qué coño?!».

Me voy poniendo al día.

Breckin se ha quedado sosteniendo la portezuela abierta y me saluda con una enorme sonrisa en la cara.

—Espero que no te importe que venga de carabina. Mi segundo mejor amigo del mundo mundial me ha invitado a venir.

Camino hacia él sin entender nada. Breckin espera hasta que subo al coche y luego se sienta en el asiento de atrás. Me inclino hacia delante y ladeo la cabeza hacia Holder, que se está partiendo de risa como si acabara de soltar la frase final de un chiste muy gracioso que no han compartido conmigo.

—¿Alguno de los dos sería tan amable de explicarme qué demonios está pasando?

Holder me toma la mano y se la lleva a la boca para besarme los nudillos.

—Dejaré que te lo explique Breckin, que habla más deprisa.

Me vuelvo en el asiento mientras Holder se pone en marcha y miro a mi amigo con la ceja alzada.

—Llevo un par de semanas siendo una especie de agente doble —admite con expresión culpable. Parece tener miedo de mi reacción.

Niego con la cabeza porque no estoy segura de haber entendido bien lo que me está diciendo. Dirijo la vista del uno al otro antes de hablar.

—¿Dos semanas? ¿Lleváis dos semanas hablando... a mis espaldas? ¿Por qué no me dijiste nada?

—Me hizo jurar que no te lo contaría.

—Pero...

—Mira adelante y ponte el cinturón —me interrumpe Holder.

Si las miradas matasen, ya estaría muerto.

—Un momento. Estoy tratando de comprender por qué hiciste las paces con Breckin hace dos semanas, mientras que conmigo te ha llevado el doble de tiempo.

Él me mira un instante antes de devolver la atención a la carretera.

—Breckin se merecía una disculpa. Aquel día me comporté como un capullo.

—Ah, ¿y yo no?

Esta vez me observa fijamente.

—No —sentencia antes de volverse al frente—. Contigo las palabras no son suficientes, Sky. Te mereces acciones.

Lo contemplo mientras me pregunto hasta qué hora se quedaría despierto ayer preparándose la frase perfecta.

Él se gira hacia mí, me suelta la mano y me hace cosquillas en el muslo.

—No pongas esa cara y sonríe un poco. Tu novio y tu favoritísimo amigo del mundo mundial te están llevando de excursión a un mercadillo.

Se me escapa la risa, pero le aparto los dedos de un manotazo.

—¿Cómo voy a poner buena cara si acabo de enterarme de que mi supuesto aliado no era más que un espía infiltrado? Vais a tener que hacerme mucho la pelota si queréis que os perdone.

Breckin apoya la barbilla en mi reposacabezas y me contempla desde arriba.

—Creo que el que peor lo ha pasado con todo esto he sido yo. Tu novio me ha fastidiado los dos últimos viernes por la noche con sus caras de pena y sus lloriqueos. Que si te deseaba con locura, pero no quería fallarte, bla, bla, bla... No veas lo que me ha costado no ponerlo a caldo contigo a la hora de comer.

Holder vuelve la cabeza un instante hacia él.

—Bueno, ahora ya podréis criticarme tanto como queráis. El mundo ya gira sobre su eje.

Entrelaza los dedos con los míos y me aprieta la mano con fuerza. Siento un cosquilleo por todo el cuerpo, pero no sé si se debe a sus palabras o al roce de su piel.

—Sigo opinando que vais a tener que hacerme mucho la pelota hoy si queréis que os perdone. Quiero que me compréis todo lo que os pida en el mercadillo, y me da igual lo que cueste o lo grande y pesado que sea.

—¡Sí, señora! —exclama Breckin.

—Ay, Dios —refunfuño—. Todo lo malo se pega. Ya hablas como Holder.

Mi amigo se echa a reír y se inclina hacia delante para cogerme las manos y tirar de mí.

—Es posible, porque ahora mismo tengo muchas ganas de acurrucarme contigo en el asiento de atrás.

—Si te piensas que lo único que haría con ella en el asiento de atrás sería acurrucarme, es que no se te ha pegado gran cosa de mí.

Holder me da una palmada en el culo justo antes de que me caiga en la parte de atrás junto a Breckin.

—Sí, hombre. ¿Y qué más? —exclama Holder, observando el salero que acabo de colocarle en las manos.

Llevamos más de una hora dando vueltas por el mercadillo cubierto y aún no he renunciado a mi plan. Quiero que me compren todo lo que me entre por los ojos. Acabo de sufrir una traición de primer nivel y voy a necesitar un montón de objetos absurdos para superarlo.

Echo un vistazo a la figurita y asiento con la cabeza.

—Es verdad. Tiene más sentido que me lleve el pimentero también.

Lo cojo y se lo paso. No es algo que tuviera previsto comprar. En realidad, no sé cómo alguien querría algo así. ¿A quién se le ocurriría hacer un salero y un pimentero con forma de intestino grueso e intestino delgado?

—Seguro que pertenecían a un médico —comenta Breckin, admirándolos a mi lado.

Meto la mano en el bolsillo de Holder y saco su cartera antes de volverme hacia el vendedor que está detrás de la mesa.

—¿Cuánto valen?

Él se encoge de hombros.

—Ni idea —responde con apatía—, ¿un dólar cada uno?

—¿Qué tal un dólar por los dos?

El hombre me lo quita de la mano y nos despide con un movimiento de cabeza.

—Menuda crac regateando. —Holder niega con la cabeza—. Más vale que los vea en la mesa de la cocina la próxima vez que vaya a visitarte.

—Ay, no, qué asco —protesto—. ¿Quién quiere ver tripas mientras come?

Recorremos varios pabellones más antes de llegar al tenderete de Karen y Jack. Cuando nos plantamos ante ellos, mi madre tiene que mirarnos dos veces para asegurarse de que no la engaña la vista.

—Hola —exclamo mientras alargo los brazos hacia ellos—. ¡Sorpresa!

Jack se levanta de un salto y rodea el mostrador para darme un abrazo. Karen lo sigue, pero no puede evitar observarnos con desconfianza.

—Relájate —le digo al ver que mira a Holder y a Breckin con preocupación—. Ninguno de los dos va a dejarme embarazada este fin de semana.

Ella se ríe al fin antes de abrazarme.

—Feliz cumpleaños. —Cuando se aparta, se le activa al fin el instinto maternal—. Un momento. ¿Qué haces aquí? ¿Va todo bien? ¿Tú estás bien? ¿Y la casa?

—Estoy bien, estoy bien. Es que me aburría y le pedí a Holder que me llevara de compras.

Él está a mi espalda, presentándose a Jack por su cuenta. Breckin pasa por mi lado y le da un abrazo a Karen.

—Yo soy Breckin. He formado una alianza con su hija para dominar el instituto y a todos sus secuaces.

—Efectivamente. —Lo fulmino con la mirada—. La formamos, pero se le olvidó.

—Me gustas, Breckin —admite Karen sonriente. Luego se vuelve hacia Holder y le estrecha la mano—. Hola, ¿cómo estás?

—Bien —responde él con prudencia.

Cuando lo miro, me parece que se siente muy incómodo. No sé si se deberá al salero y el pimentero que lleva en las manos o a que las cosas son distintas ahora que está saliendo con su hija.

Trato de aligerar el ambiente preguntándole a mi madre si tiene una bolsa donde podamos guardar las cosas que hemos comprado. Ella saca una de debajo del mostrador y se la ofrece a Holder, que guarda las últimas adquisiciones. Karen echa un vistazo al interior y me mira con las cejas alzadas.

—No preguntes —le advierto.

Le quito la bolsa y la abro para que Breckin pueda guardar la compra anterior. Es una fotografía enmarcada de la palabra *«melt»* escrita en tinta negra sobre un papel blanco. Significa «fundida», que es como me hace sentir Holder cada vez que se acerca a mí, así que, por supuesto, he tenido que llevármela. Además, costaba solo veinticinco centavos. Vamos, una ganga.

Cuando un par de clientes se acercan al mostrador, Jack y Karen regresan a su lugar para atenderlos. Al darme la vuelta, veo que Holder los está observando con dureza. No había vuelto a verle esa expresión desde el día del fiasco en la cafetería. Me pongo un poco nerviosa, por lo que me acerco a él y deslizo un brazo por su espalda. Necesito que cambie la cara.

—Eo —le llamo la atención—. ¿Va todo bien?

Él asiente en silencio y me da un beso en la frente.

—Sí, todo bien. —Me abraza por la cintura y me sonríe para que me quede tranquila—. Me prometiste pastelitos de masa frita —me recuerda mientras me acaricia la mejilla.

Asiento con la cabeza, aliviada al ver que está bien. No me gustaría nada que tuviera uno de sus momentos de intensidad desatada delante de Karen. No creo que mi madre entendiera la pasión con la que lo vive todo; al fin y al cabo, yo todavía estoy aprendiendo a asumirlo.

—¿Masa frita? —interviene Breckin—. ¿Hay *funnel cakes*?

Al darme la vuelta, veo que el cliente de Karen se ha marchado. Ella está inmóvil y muy pálida detrás del mostrador, observando el brazo que me rodea la cintura.

¿Qué les ha dado a todos hoy con las miraditas raras?

—¿Todo bien? —le pregunto a ella esta vez.

No entiendo por qué le sorprende tanto verme en pareja. Matt prácticamente vivió en casa durante el mes que salimos juntos.

Ella me mira primero a mí y luego le echa un vistazo a Holder.

—Es que no sabía que estabais saliendo.

—Ya, bueno. Te lo habría contado, pero es que hemos empezado hará unas cuatro horas.

—Oh. Bueno..., hacéis buena pareja. ¿Puedo hablar contigo? —Señala hacia atrás con la cabeza, indicando que quiere que estemos a solas.

Me aparto de Holder y la sigo hasta una distancia prudencial. Ella se vuelve hacia mí y esboza un gesto de negación antes de comenzar.

—No sé cómo sentirme ahora mismo —murmura.

—¿Sobre qué? Tengo dieciocho años y me he echado novio. Ya ves qué cosa.

Ella suspira.

—Ya, pero es que... ¿qué pasará hoy si no estoy ahí? ¿Cómo sabré que no se quedará a pasar la noche en casa?

Me encojo de hombros.

—No lo sabrás, tendrás que fiarte de mí —le digo, aunque me arrepiento al instante de la mentira. Si supiera que Holder ya ha pasado la noche conmigo, es posible que ahora mismo mi novio estuviera en peligro de muerte.

—Me resulta muy raro, Sky. Nunca hemos establecido reglas para este tipo de situaciones.

Parece bastante nerviosa, así que trato de calmarla.

—Mamá, confía en mí. Empezamos a salir hace unas horas. No va a ocurrir nada de lo que te preocupa. Se irá antes de medianoche, te lo prometo.

Ella asiente en silencio, pero no parece convencida.

—Vale, es que... no sé. Cuando os he visto abrazados, interactuando..., no he tenido la sensación de estar ante una pareja que está empezando. Y me ha sorprendido porque he pensado que tal vez llevabais ya un tiempo saliendo y no me habías dicho nada. Me gustaría que pudieras confiar en mí sobre cualquier cosa.

Le tomo la mano y le doy un apretón.

—Ya lo sé, mamá. Créeme, si no hubiéramos venido aquí a pasar el día, te lo habría contado todo mañana. Probablemente te habría desgastado la oreja de tanto hablar. No te escondo nada, ¿vale?

Ella sonríe mientras me da un abrazo rápido.

—Espero que me la desgastes igualmente.

Sábado, 29 de septiembre de 2012

22:15 h

—Sky, despierta.

Levanto la cabeza del brazo de Breckin y me seco la baba de la mejilla. Él baja la vista hacia su camiseta mojada y hace una mueca.

—Perdón —me disculpo riendo—. La culpa es tuya por ser tan cómodo.

Acabamos de llegar a su casa después de pasarnos unas ocho horas rebuscando entre un montón de cachivaches. Holder y Breckin terminaron contagiándose y compitiendo conmigo para ver quién encontraba el objeto más estrafalario. Mi salero y mi pimentero intestinales resultaron imbatibles, pero Breckin se acercó mucho con un cuadro sobre terciopelo de un cachorrito montado a lomos de un unicornio.

—No te dejes el cuadro —le recuerdo mientras baja del coche.

Él se inclina para recogerlo y luego se despide con un beso en la mejilla.

—Hasta el lunes —me dice antes de volverse hacia Holder—. No te creas que voy a cederte mi sitio a primera hora solo porque ahora sea tu novia.

El otro se echa a reír.

—No soy yo quien le trae el café por las mañanas, así que dudo que me dejara destronarte.

Breckin cierra la portezuela, pero Holder espera hasta que entra en su casa antes de ponerse en marcha.

—¿Qué haces ahí atrás? —Me sonríe por el retrovisor—. Venga, siéntate aquí conmigo.

Yo me resisto.

—Mola esto de tener chófer.

Él aparca y se suelta el cinturón antes de darse la vuelta.

—Ven aquí. —Me agarra de las muñecas y tira de mí hasta que casi quedo pegada a su cara. Me suelta para apoyarme las manos en los mofletes y apretármelos como si fuera una niña pequeña y me da un beso ruidoso en los labios aplastados—. Me lo he pasado muy bien hoy. Eres bastante rarita.

Alzo una ceja porque no tengo claro si eso ha sido un elogio o todo lo contrario.

—¿Gracias?

—Me gusta la gente que no es como los demás. Ahora mueve el culo y siéntate a mi lado o seré yo el que se pase al asiento de atrás, y te aseguro que no será para acurrucarnos.

Tira de mi brazo y esta vez no me resisto. Me siento junto a él y me pongo el cinturón de seguridad.

—¿Qué hacemos ahora? —le pregunto—. ¿Vamos a tu casa?

—No, nos queda una parada por hacer.

—¿Mi casa?

Él niega con la cabeza.

—Ya lo verás.

Holder me lleva a las afueras de la ciudad. Cuando aparca, reconozco el sitio: hemos venido al aeropuerto local. Sin decir nada, baja del coche y lo rodea para abrirme la puerta.

—Ya hemos llegado —anuncia mientras señala la pista de aterrizaje que hay en el prado de enfrente.

—Holder, este es el aeropuerto más pequeño en trescientos kilómetros a la redonda. Si tu idea es esperar a que aterrice un avión, podemos pasarnos aquí dos días.

Él me tira de la mano y me guía colina abajo.

—No te he traído a ver aviones. —Sigue andando hasta que llegamos a la verja que rodea el recinto. La sacude para comprobar si es sólida y vuelve a darme la mano—. Quítate los zapatos. Será más fácil.

Le echo un vistazo a la valla antes de mirarlo a él.

—¿Pretendes que escale por aquí?

—Bueno, podría lanzarte al otro lado, aunque igual te duele un poco.

—¡Pero si llevo un vestido! No me has avisado de que saltaríamos cercas esta noche. Además, es ilegal.

Él hace rodar la cabeza para destensarse los hombros y me empuja hacia la verja.

—No es ilegal porque mi padrastro es el director del aeropuerto. Y no, no te he avisado porque tenía miedo de que te cambiaras de ropa.

Me agarro a la cerca y pruebo a ver si puedo subir, pero él me sujeta por la cintura y me eleva sin darme tiempo para pensarlo.

—¡Joder, Holder! —exclamo mientras salto al suelo por el otro lado.

—Ya, me he precipitado. Lo siento. Tendría que haber aprovechado para meterte mano antes. —Trepa la verja con facilidad y salta—. Vamos. —Me da la mano y tira de mí.

Corremos hasta alcanzar la pista, donde me detengo y quedo impresionada por sus dimensiones. Nunca he subido a un avión; solo

de pensarlo siento pavor. La cosa empeora cuando veo que en el otro extremo se extiende un lago enorme.

—¿Alguna vez ha aterrizado algún avión ahí?

—Solo una vez —responde Holder sin dejar de tirar de mí—. Una avioneta Cessna de las pequeñas, que acabó en el fondo. El piloto iba borracho, pero no le pasó nada. —Se sienta en la pista y me tira de la mano para que haga lo mismo.

—¿Qué se supone que estamos haciendo? —Me coloco bien la falda y me quito los zapatos.

—Calla. Túmbate y mira hacia arriba.

Cuando apoyo la cabeza en la pista y miro hacia el cielo, contengo el aliento por la impresión. Ante mí se extiende el manto de estrellas más brillante que he visto en la vida.

—¡Oh! —susurro—. Desde el patio de casa no se ven así.

—Lo sé; por eso te he traído aquí. —Me busca la mano y entrelaza el dedo meñique con el mío.

Permanecemos un buen rato sin hablar, en un silencio cómodo y agradable. De vez en cuando me roza la mano con el dedo, pero no pasa de ahí. Aunque estamos pegados y llevo un vestido que facilita mucho el acceso, ni siquiera intenta besarme, por lo que queda claro que no me ha traído aquí para que nos liemos, sino para compartir conmigo esta experiencia, una de sus pasiones.

Holder no deja de sorprenderme, en especial durante estas últimas veinticuatro horas. Todavía no sé qué le molestó tanto en la cafetería aquel día, pero él parece tenerlo claro y, lo que es más importante, parece estar convencido de que no volverá a repetirse. De momento lo único que puedo hacer es fiarme de su palabra, depositar mi confianza en sus manos. Espero que entienda que es toda la que me queda, porque, si vuelve a hacerme daño como en el pasado, será la última vez que me lastime.

Vuelvo la cabeza hacia su silueta y lo contemplo mientras observa las estrellas. Tiene el ceño fruncido y es evidente que hay algo que le ronda por la mente. Al parecer, esa cabeza nunca descansa; me pregunto si alguna vez lograré saber todo lo que esconde ahí. Hay muchas cosas que me gustaría conocer de su pasado, su hermana o su familia, pero, si saco el tema ahora que está tan concentrado, lo arrancaría del lugar al que ha viajado. Y no quiero hacerlo porque sé exactamente adónde ha ido y qué está haciendo: es exactamente lo que hago yo cuando me pierdo en las estrellas del techo de mi habitación.

Tras observarlo un rato más, vuelvo a mirar al cielo, pero, cuando estoy a punto de perderme en mis pensamientos, Holder rompe el silencio y me toma por sorpresa con sus palabras.

—¿Has tenido una buena vida? —se interesa en voz baja.

Reflexiono un poco antes de contestar porque me gustaría saber si, al hacerme la pregunta, estaba pensando en mi pasado o en el suyo.

—Sí —respondo con franqueza—, muy buena.

Él suelta un gran suspiro y me da la mano, entera esta vez.

—Bien.

No decimos nada más hasta media hora más tarde, cuando me comunica que, por él, ya podemos marcharnos.

Minutos antes de medianoche, aparcamos frente a mi casa y bajamos del coche. Él coge la bolsa con mis compras de cumpleaños y me acompaña hasta la puerta, donde la deja en el suelo.

—No voy a entrar —me advierte con las manos en los bolsillos.

—¿Por qué no? ¿Eres un vampiro? ¿Necesitas que te dé permiso?

Me sonríe.

—Creo que hoy no debo quedarme.

Me acerco a él, lo abrazo por la cintura y le doy un beso en la barbilla.

—¿Por? ¿Estás cansado? Podemos tumbarnos y descansar. Sé que ayer apenas dormiste.

No quiero que se vaya, la verdad. Hacía mucho tiempo que no dormía tan bien como anoche entre sus brazos.

Él reacciona abrazándome por los hombros y atrayéndome hacia su pecho.

—No puedo por varias razones. Mi madre no me ha visto desde ayer y me va a acribillar a preguntas, pero también porque oí que le decías a la tuya que me marcharía antes de medianoche. Por no mencionar que me he pasado el día imaginándome qué llevas debajo del vestido.

Me sostiene la cara entre las manos y me observa la boca.

—Y no me olvido de estos labios. No tienes ni idea de lo difícil que me resulta escucharte cuando lo único en lo que puedo pensar es en lo suaves que son, en lo bien que saben y en lo perfectamente que encajan entre los míos. —Se inclina hacia mí y me besa con delicadeza, pero se aparta justo cuando empiezo a fundirme contra su cuerpo—. Y este vestido... —Me acaricia la espalda de arriba abajo y sigue descendiendo por la cadera hasta alcanzar la parte alta del muslo. Yo me estremezco bajo sus dedos—. Este vestido es la razón principal por la que no voy a cruzar el umbral.

Con el modo en que mi cuerpo reacciona al suyo, me temo que tengo que darle la razón. Por mucho que me guste estar con él y disfrute besándolo, reconozco que hoy no sería capaz de reprimirme, de conformarme con eso. Y no, tampoco me siento preparada para cruzar esa primera vez esta noche.

Suspiro, aunque en realidad tengo ganas de gruñir. Mi mente está de acuerdo con él, pero mi cuerpo me odia ahora mismo por no rogarle que se quede. Me resulta curioso que, tras haberme pasado todo el día con él, todavía necesite más tiempo a su lado.

—¿Esto es normal? —pregunto.

Lo miro a los ojos, más cargados de deseo que nunca. Entiendo que necesite marcharse, porque es evidente lo mucho que le cuesta no llegar a esa primera vez hoy.

—¿A qué te refieres?

Hundo la cara en su pecho para no tener que mirarlo a los ojos mientras respondo. A veces me meto en conversaciones que me dan vergüenza, pero hay cosas que necesito saber.

—Lo que sentimos el uno por el otro, ¿es normal? No hace tanto que nos conocemos y hemos estado casi todo ese tiempo evitándonos. Pero..., no sé, las cosas parecen distintas contigo. Me imaginaba que, cuando la gente empezaba a salir, se pasaba los primeros meses tratando de establecer una conexión. —Levanto la cabeza para mirarlo—. Pero tengo la sensación de haber conectado contigo desde el primer momento. Entre nosotros todo es natural. Es como si ya hubiéramos llegado a la meta y ahora deshiciéramos el camino. Como si intentáramos volver a conocernos y, para eso, necesitáramos ralentizar el ritmo. ¿Tiene sentido?

Me aparta el pelo de la cara y me dirige una mirada totalmente distinta a la de hace un instante. La lujuria y el deseo han sido reemplazados por la angustia y la ansiedad, y me duele ver esas emociones en sus ojos.

—Sea lo que sea lo que hay entre nosotros, no quiero analizarlo. Y tampoco que lo hagas tú, ¿vale? Limitémonos a dar las gracias porque al fin te he encontrado.

Esa última frase me hace reír.

—Lo dices como si me hubieras estado buscando.

Él frunce el ceño y me sujeta la cabeza con las dos manos para mirarme a los ojos.

—Llevo toda la puta vida buscándote —afirma muy serio, con decisión, y funde nuestros labios en un beso en cuanto las palabras abandonan su boca.

Es intenso, rudo, y contiene la pasión acumulada de todo el día. Le enredo las manos en el pelo, aunque, cuando estoy a punto de tirar de él para que entre en casa, me suelta y retrocede.

—Te vivo —se despide mientras desciende los escalones a regañadientes—. Hasta el lunes.

—Yo también te vivo.

No protesto por no verlo mañana porque creo que necesitamos un tiempo para procesar estas últimas veinticuatro horas. Y seguro que Karen lo agradece. La verdad es que tengo que ponerla al día sobre mis asuntos románticos. O tal vez debería decir sobre mis asuntos vitales.

Lunes, 22 de octubre de 2012

12:05 h

Ha pasado casi un mes desde que Holder y yo decidimos considerarnos pareja. De momento sus rarezas no me han vuelto loca. Al contrario, sus pequeñas manías hacen que me resulte cada vez más adorable. Me encanta, por ejemplo, su modo de observarme, como si me estudiara, o cómo hace crujir la mandíbula cuando se enfada. Me parece de lo más sexy que se pase la lengua por los labios cada vez que se ríe. Y de los hoyuelos mejor no hablar.

Por suerte, sigue siendo el mismo Holder que se coló por la ventana y se metió en mi cama aquella noche. Desde aquel día, el rabioso y temperamental no ha vuelto a aparecer. De hecho, cuanto más tiempo pasamos juntos, más en sintonía estamos y cada vez me resulta más fácil leer su estado de ánimo, igual que él hace conmigo.

Con Karen por casa los fines de semana, no hemos tenido demasiados momentos de intimidad. Pasamos ratos juntos tanto en el instituto como en las citas de los findes, pero, por lo que sea, Holder no se siente cómodo viniendo a casa cuando está mi madre, y siempre pone excusas cuando sugiero que vayamos a la suya. Así que nos hemos dedicado a ver películas; hemos visto ya un montón. Y de vez en cuando salimos con Breckin y su nuevo novio, Max.

Holder y yo disfrutamos mucho juntos, pero es un disfrute muy para todos los públicos, y empezamos a estar un poco frustrados al

no tener un lugar decente donde liarnos. Su coche no es muy grande, aunque sirve para salir del apuro. Creo que los dos estamos contando las horas que faltan para que Karen se marche el fin de semana que viene.

Estoy en la mesa de la cafetería con Breckin y Max, esperando a que Holder traiga su bandeja y la mía. Max y Breckin se conocieron en una galería de arte local hace un par de semanas y descubrieron que iban al mismo instituto. Me alegro por mi amigo, porque temía que sintiera que molestaba cuando salía con nosotros, aunque no es verdad. Me encanta su compañía, pero, ahora que tiene a otra persona en la que verter su afecto, las cosas son todavía más sencillas.

—¿Tenéis planes Holder y tú para este sábado? —me pregunta Max.

—Creo que no. ¿Por qué?

—Una de las galerías del centro va a exponer una de mis obras. Me gustaría que vinierais a la inauguración.

—Suena bien —comenta Holder mientras se sienta a mi lado—. ¿Cuál has elegido?

Max se encoge de hombros.

—Todavía no lo sé; estoy dudando entre dos.

Breckin mira al cielo, exasperado.

—Sabes perfectamente la que tienes que exponer y no es ninguna de esas.

Max se vuelve hacia él.

—Vivimos en el Texas profundo; dudo que la temática gay sea bien recibida.

Holder alterna la mirada entre los dos.

—¿A quién le importa lo que piense la gente de por aquí?

A Max se le borra la sonrisa de la cara.

—A mis padres —responde mientras coge el tenedor.

—¿No saben que eres gay? —inquiero.

—Sí, lo saben, y en general me apoyan, pero aún mantienen la esperanza de que no se entere ninguno de sus amigos de misa. No quieren que les tengan lástima por ser los padres de un hijo al que le esperan las llamas del infierno.

Muestro mi desaprobación con la cabeza.

—Si Dios es de esos que te condenan solo por amar a alguien, no me interesa pasar la eternidad a su lado.

Breckin se ríe antes de decir:

—Además, seguro que en el infierno tienen churros y masa frita.

—¿A qué hora es lo del sábado? —interviene Holder—. Ahí estaremos, pero luego Sky y yo tenemos planes.

—Se acaba a las nueve —responde Breckin.

Me vuelvo hacia Holder.

—¿Tenemos planes? ¿Qué vamos a hacer?

Él me sonríe y me rodea el hombro con el brazo antes de susurrarme al oído:

—Mi madre pasará fuera la noche del sábado. Quiero enseñarte mi dormitorio.

Siento escalofríos que me recorren los brazos mientras la mente se me llena de imágenes nada adecuadas para la cafetería de un instituto.

—Madre mía, qué roja te has puesto —se ríe Breckin—; ni se te ocurra contarnos qué te ha dicho.

Holder retira el brazo de mi hombro y me apoya la mano en el muslo. Yo le doy un bocado a la comida antes de volverme hacia Max.

—¿Hay que ir arreglado? Tengo un vestido de tirantes que había pensado ponerme el sábado, pero no es muy formal.

Cuando Holder me aprieta la pierna, sonrío porque sé la clase de ideas que acabo de plantar en su mente.

Mientras Max empieza a responderme, oigo que un tipo de la mesa de atrás suelta algo en nuestra dirección, pero no distingo sus palabras. Sea lo que sea, capta la atención de Holder, que se gira hacia atrás para encararse con el tipo.

—¿Puedes repetir eso? —Lo fulmina con la mirada.

Yo no me muevo. No quiero saber quién es el responsable de haber traído de vuelta al Holder temperamental en un par de segundos.

—Voy a tener que pronunciar con más claridad. —El tipo levanta la voz—. He dicho que, si no puedes machacarlos, únete a ellos.

Holder no reacciona inmediatamente, lo que es bueno porque me permite agarrarle la cara y obligarlo a mirarme.

—Ignóralo, por favor —le pido en tono firme.

—Sí, no hagas ni caso —corrobora Breckin—. Quiere provocarte. A Max y a mí nos sueltan mierdas de esas todo el rato; ya estamos acostumbrados.

Holder aprieta los dientes y mueve la mandíbula mientras inspira hondo por la nariz. Poco a poco se le suaviza la mirada. Se da la vuelta despacio, sin prestar atención al capullo, y me da la mano.

—Estoy bien —dice para autoconvencerse más que para calmarnos a nosotros—. Estoy bien.

En cuanto les da la espalda, el grupo de la mesa de atrás estalla en carcajadas. Como Holder se tensa, le apoyo la mano en la pierna y se la aprieto para tranquilizarlo.

—Qué bonito —insiste el desgraciado—. Deja que la puta te convenza de que no vale la pena defender a tus nuevos amigos.

Supongo que no son tan importantes para ti como Lesslie o a estas horas ya me habrías machacado, como a Jake el año pasado.

Me cuesta un gran esfuerzo no lanzarme sobre el impresentable ese y partirle la cara yo misma, por lo que entiendo que Holder no va a poder contenerse mucho tiempo. Cuando empieza a darse la vuelta, veo que su rostro carece de expresión. Nunca lo había visto tan tenso; me resulta aterrador. Sé que está a punto de pasar algo horrible y no tengo ni idea de cómo evitarlo. Antes de que se lance sobre la mesa y se cargue al tipo ese, hago algo que me sorprende hasta a mí: abofeteo a Holder con todas mis fuerzas. Él se lleva la mano a la mejilla y me observa asombrado, pero me está mirando a mí y no a los impresentables, y eso es bueno.

—Al pasillo —le ordeno en tono autoritario en cuanto capto su atención.

Lo levanto a empellones del banco y sigo empujándolo hasta que salimos de la cafetería. Una vez fuera, le da un puñetazo a la primera taquilla que encuentra, lo que me hace contener un grito. Al ver la marca que ha dejado en la superficie, me alegro de que no le haya estampado el puño en la cara al tipo ese.

Está furioso. Nunca lo había visto tan alterado ni con la cara tan roja. Echa a andar por el pasillo con la vista fija en las puertas de la cafetería. Por miedo a que vuelva a cruzarlas, decido llevármelo más lejos de aquí.

—Vamos a tu coche.

Lo empujo hacia la salida y él no se resiste. Caminamos en silencio, pero lo noto rabiando a mi lado. Holder entra por el lado del conductor; yo, por el del acompañante, y cerramos las portezuelas a la vez. No sé si sigue tentado de regresar para finalizar la pelea que el idiota ese trataba de empezar, por lo que voy a intentar retenerlo aquí hasta que se calme del todo.

Lo que sucede a continuación no me lo esperaba en absoluto. Tira de mí hasta pegarme a su cuerpo y empieza a temblar de manera descontrolada. Los hombros se le sacuden mientras me estruja con la cara hundida en el hueco de mi cuello.

Está llorando.

Lo rodeo con los brazos y dejo que me abrace el tiempo que necesite mientras suelta todo lo que estaba conteniendo en su interior. Me sienta sobre su regazo y me aprieta aún con más fuerza. Con una pierna a cada lado de sus caderas, le voy dando besos suaves en la coronilla. Él llora en silencio; el poco ruido que hace queda amortiguado por mi hombro. No tengo ni idea de qué ha hecho que se derrumben sus murallas ahora mismo, pero sí sé que es lo más desgarrador que he presenciado nunca. Sin dejar de besarle la cabeza, le acaricio la espalda arriba y abajo. Cuando al fin deja de llorar, sigue aferrado a mí y no me suelta.

—¿Quieres que lo hablemos? —susurro mientras le acaricio el pelo.

Me aparto de él, que echa la cabeza hacia atrás y me mira a los ojos. Los suyos están muy rojos y reflejan tanto dolor que no puedo evitar besarlos. Le beso cada párpado con suavidad, luego me aparto un poco y espero a que diga algo.

—Te mentí —dice al fin. Sus palabras se me clavan en el pecho. Tengo miedo de lo que está a punto de desvelarme—. Te dije que volvería a hacerlo, que le partiría el alma a Jake si tuviera la oportunidad. —Me toma la cara entre las manos y me dirige una mirada desesperada—. Pero no es verdad. No volvería a hacerlo porque ni siquiera se merecía lo que le hice la otra vez. ¿Y ese chico de ahí dentro? Es su hermano menor. Me odia por lo que hice, como no podría ser de otra manera. Tiene derecho a decirme todo lo que le dé la gana porque me lo merezco. Esa es la verdad. Y por eso no

quería volver a este instituto, porque sabía que todo lo que me dijeran sería merecido. Pero tampoco puedo consentir que hable así de ti ni de Breckin. Acepto que diga lo que quiera sobre mí o sobre Les porque nos lo ganamos a pulso, pero tú no.

Los ojos se le están volviendo a empañar y muestran la misma agonía que antes.

—No pasa nada, Holder. No tienes que defender a todo el mundo. Y no, te aseguro que no te lo mereces. Jake no debió decir lo que dijo sobre tu hermana el año pasado y su hermano no ha debido decir lo que ha dicho antes.

Él muestra su desacuerdo con la cabeza.

—Jake tenía razón. Sé que no debió decir nada, igual que yo no debí ponerle un dedo encima, pero tenía razón. Lo que Les hizo no fue noble ni valiente, sino muy egoísta. Ni siquiera intentó luchar. No pensó en mí ni en mis padres, solo en sí misma, y le importó una mierda lo que sintiéramos los demás. Y la odio por ello. La odio con todas mis fuerzas y estoy cansado de ello, Sky. Estoy agotado. Me destroza por dentro y me convierte en alguien que no quiero ser. No se lo merece; si hizo lo que hizo, fue por mi culpa. Debería haberla ayudado, pero no lo hice. No supe cómo. La quería más de lo que he querido a nadie, pero no entendí lo mal que lo estaba pasando.

Le seco una lágrima con el pulgar y hago lo único que se me ocurre porque no sé de qué otro modo ayudarlo. Así que lo beso con desesperación y trato de librarlo del dolor del único modo que conozco. Nunca he vivido una muerte tan de cerca, por lo que ni siquiera intento entender lo que siente. Él se envuelve las manos con mi pelo y me besa con una intensidad que resulta casi dolorosa. Permanecemos así durante varios minutos, hasta que empieza a relajarse.

Me aparto de sus labios y lo miro a los ojos.

—Holder, tienes todo el derecho a odiarla por lo que hizo, pero eso no significa que tengas que dejar de quererla. Tienes derecho a ello. Lo único que no tienes derecho a hacer es a seguir culpándote. Nunca acabarás de entender por qué tomó aquella decisión, así que tienes que dejar de machacarte por no tener respuestas para todo. Ella escogió la que pensó que sería la mejor solución, aunque se equivocara. Pero eso es lo que tienes que recordar siempre: que fue su elección, no la tuya. Y no puedes culparte por lo que prefirió no contarte. —Lo beso en la frente y vuelvo a buscarle la mirada—. Tienes que soltarlo. Puedes aferrarte a ese odio, a ese amor o a esa amargura, pero tienes que soltar la culpa. Es eso lo que te está destrozando.

Él cierra los ojos, lleva mi cabeza hacia su hombro y exhala el aire de manera entrecortada. Noto que asiente con la cabeza y que se va calmando poco a poco. Me besa en la sien y permanecemos abrazados en silencio. Antes de esto pensábamos que nuestra conexión era especial, pero no puede compararse con este momento. Da igual lo que venga en el futuro, este instante acaba de fusionar partes de nuestras almas y eso no nos lo podrá arrebatar nadie. Es una idea reconfortante.

Holder me mira y alza una ceja.

—¿Por qué demonios me has pegado ahí dentro?

Me río y le doy un beso en la mejilla que le he abofeteado. Las marcas de los dedos ya casi han desaparecido, aunque todavía se ven un poco.

—Perdona. Necesitaba sacarte de ahí y no se me ocurrió otra cosa.

Él sonríe.

—Pues ha funcionado. No sé si alguien más habría sido capaz de decir o hacer algo que me arrancara del estado en el que estaba.

Gracias por saber cómo tratarme, porque a veces ni siquiera yo sé cómo hacerlo.

Lo beso con suavidad.

—Créeme, no tengo ni idea de cómo tratarte, Holder. Me limito a afrontar lo que viene escena a escena.

Viernes, 26 de octubre de 2012

15:40 h

—¿A qué hora crees que volverás? —le pregunto a Holder, que me abraza mientras estamos apoyados en mi coche.

No hemos podido pasar mucho tiempo juntos desde el altercado del lunes. Por suerte, el tipo de la cafetería no ha vuelto a buscar pelea. Teniendo en cuenta lo mal que empezó, ha sido una semana bastante tranquila.

—Tarde, calculo que bastante. Las fiestas de Halloween del bufete de mi madre suelen alargarse. Pero nos veremos mañana. Si quieres, podemos comer juntos y alargamos la tarde hasta que vayamos a la galería.

Hago una mueca.

—No puedo. Es el cumpleaños de Jack y comeremos fuera porque por la noche tiene que trabajar. Pasa a recogerme a las seis.

—Sí, señora.

Se despide con un beso y me abre la puerta del coche. Lo saludo con la mano mientras se aleja y luego saco el móvil de la mochila. Me provoca una gran alegría comprobar que tengo un mensaje de Six. Hace ya un tiempo que no me los manda todos los días. Pensaba que no lo echaría de menos, pero la verdad es que, cuando no me escribe, me bajan los ánimos.

Dale las gracias a tu chico por meterle al fin
minutos al móvil. ¿Cómo lleváis lo del sexo? ¿Os

habéis acostado de una vez?
Te echo de menos.

Esa manera de hablar directa y sin rodeos tan propia de Six hace que se me escape la risa.

No, sexo propiamente no ha habido, pero hemos hecho de todo sin llegar al final. Estoy segura de que no aguantará mucho más. Igual las cosas cambian mañana por la noche. Vuelve a preguntármelo el domingo.
Yo te añoro más.

Tras enviarle el mensaje, me quedo observando la pantalla. La verdad es que no me había planteado si estaba lista para afrontar esa primera vez, aunque supongo que acabo de admitir que lo estoy. Me pregunto si lo de invitarme a su casa es también su manera de averiguarlo.

Pongo la marcha atrás, pero, antes de arrancar, el móvil me avisa de que he recibido un nuevo mensaje. Es de Holder.

Espérame. Estoy volviendo al coche.

Pongo el punto muerto y bajo la ventanilla mientras él se acerca.

—Hola —me saluda.

Se apoya en la ventanilla, pero pasea la vista por el interior del vehículo, nervioso. Odio verlo tan incómodo, ya que eso suele indicar que está a punto de decir algo que no quiero escuchar.

—Em... —El sol le da de lleno y resalta cada uno de sus preciosos rasgos. Al fin me mira a los ojos, que brillan como si no quisieran apartarse nunca de los míos—. Tú, eh..., acabas de mandarme un mensaje que estoy casi seguro de que pretendías enviarle a Six.

¡Ay, no!

Cojo el móvil y compruebo que, por desgracia, tiene razón. Lanzo el teléfono al asiento de al lado, cruzo los brazos sobre el volante y escondo la cara en ellos.

—Por Dios —murmuro.

—Mírame, Sky —me ordena, pero yo lo ignoro y espero a que un agujero de gusano aparezca de repente y me trague para librarme de todas las situaciones embarazosas en las que me meto. Él me sujeta la mejilla con delicadeza y me obliga a mirarlo a los ojos, que desprenden una gran sinceridad—. Ya sea mañana o el año que viene, te prometo que, cuando pase, será la mejor noche de mi vida. Lo único que te pido es que tomes la decisión pensando en ti y en nadie más, ¿vale? Yo siempre te voy a desear, pero no voy a sucumbir hasta estar convencido al cien por cien de que tú me deseas tanto como yo a ti. No digas nada. Yo ahora me iré y podemos fingir que esta conversación nunca ha sucedido, porque ya veo que, si no, vas a estar ruborizándote eternamente. —Se inclina hacia mí y me da un beso rápido—. Eres una monada, en serio, pero creo que deberías familiarizarte un poco más con el móvil.

Me guiña el ojo antes de alejarse. Yo me echo hacia atrás y, apoyada en el reposacabezas, me llamo de todo en silencio.

¡Cómo odio la tecnología!

Paso el resto del día tratando de no pensar en el texto de marras. Ayudo a Karen a embalar las cosas para el mercadillo y me meto en la cama con el lector electrónico para leer un rato. Justo en cuanto se enciende, el móvil se me ilumina en la mesilla.

> Voy de camino a tu casa. Sé que es tarde y que tu madre está ahí, pero no puedo esperar a mañana para besarte. Deja la ventana abierta.

Tras leer el mensaje, me levanto de un brinco y echo el pestillo a la puerta. Por suerte, hace ya dos horas que Karen se fue a dormir. Voy al baño a cepillarme el pelo y los dientes, apago las luces y vuelvo a meterme en la cama. Ya pasa de la medianoche y Holder nunca se ha colado en casa estando mi madre por aquí. Estoy intranquila, pero son nervios buenos. El hecho de no sentirme culpable en absoluto al saber que viene de camino es prueba suficiente de que voy a ir al infierno de cabeza. Soy la peor hija del mundo.

Al cabo de unos minutos, la ventana se desliza hacia arriba y lo oigo entrar. Me hace tanta ilusión que haya venido que corro a reunirme con él. Le echo los brazos al cuello y salto para besarlo. Él me sostiene por el culo y camina conmigo a cuestas hasta la cama, donde me deposita con suavidad.

—Yo también me alegro de verte. —Me dirige una sonrisa radiante.

Se tambalea un poco y acaba cayendo sobre mí. Me besa y luego trata de quitarse las zapatillas, pero no lo consigue y se echa a reír.

—¿Estás borracho?

Él me cubre los labios con los dedos y trata de dejar de reír, aunque no lo logra.

—No. Sí.

—¿Cómo de borracho?

Baja la cabeza hacia mi cuello y me recorre la mandíbula con la boca, haciendo que me inunde una oleada de calor.

—Lo bastante como para que se me hayan despertado ganas de hacerte cosas perversas, pero no lo suficiente como para hacerlas borracho porque, si las hiciera en este estado, me acordaría por la mañana.

Me echo a reír porque su respuesta me confunde, pero también me pone un montón.

—¿Por eso has venido andando? ¿Por culpa del alcohol?

—No. Quería darte un beso de buenas noches y, por un golpe de suerte, no encontré las llaves del coche. Es que tenía tantas ganas de besarte... No te imaginas cuánto te he echado de menos.

Me besa, pero su boca no sabe como esperaba.

—¿Por qué sabes a limonada?

Él se echa a reír.

—Solo había cócteles de esos llenos de frutas y sombrillitas. Me he emborrachado con bebidas ridículas. Muy triste y poco masculino, ya lo sé.

—Bueno, pero sabes muy bien.

Lo atraigo hacia mí y él gime y se pega a mí para hundir la lengua más profundamente en mi boca. Sin embargo, en cuanto nuestros cuerpos entran en contacto, se aparta y se levanta. Me quedo sola en la cama, jadeando sin aliento.

—Tengo que irme. Ya veo que esto va directo a algo para lo que estoy demasiado borracho. Hasta mañana.

Salto de la cama y le bloqueo el paso frente a la ventana. Él se detiene y se cruza de brazos.

—Quédate, por favor. Túmbate conmigo, nada más. Podemos poner una almohada entre los dos y prometo no seducirte ni aprovecharme de tu estado etílico. Quédate un rato, no quiero que te vayas todavía.

Holder se da la vuelta y se dirige a la cama.

—Vale.

Se tumba y aparta las mantas.

Qué fácil me lo ha puesto.

Regreso a la cama y me tumbo a su lado. Ninguno de los dos coloca una almohada protectora. Lo que hago es apoyarle una mano en el pecho y entrelazar las piernas con las suyas.

—Buenas noches —me desea.

Me aparta el pelo de la cara para besarme la frente y cierra los ojos. Apoyo la cabeza en su pecho y escucho el latido de su corazón. Al cabo de unos minutos, la respiración y el ritmo se le acompasan y se queda dormido. Como ya no siento el brazo, lo retiro y me doy la vuelta con cuidado de no despertarlo. En cuanto apoyo la cabeza en la almohada, él me echa el brazo por la cintura y la pierna por encima de las mías.

—Te quiero, Hope —murmura.

Em...

Respira, Sky.

Respira sin más.

No es tan difícil.

Inspira hondo.

Cierro los ojos con fuerza y trato de convencerme de que no he oído lo que acabo de escuchar, pero es que lo ha pronunciado con total claridad. No sé qué es lo que más me destroza, si el hecho de que haya pronunciado el nombre de otra persona o que esta vez haya elegido decir «te quiero» en vez de «te vivo».

Me cuesta no darme la vuelta y pegarle un puñetazo en la puta cara. Sé que está borracho y que estaba medio dormido al decirlo. Sé que podría tratarse de un sueño o de una fantasía, pero... ¿quién demonios es Hope? ¿Y por qué la quiere?

Trece años atrás

Aunque estoy sudando porque hace calor bajo las mantas, no quiero destaparme. Sé que, si la puerta se abre, dará igual si estoy tapada o no, pero igualmente me siento un poco más segura así. Saco los dedos y aparto el embozo de las sábanas para observar el pomo de la puerta, como hago todas las noches.

No te gires, no te gires. Por favor, no te gires.

Mi habitación siempre está en silencio y yo lo odio porque a veces oigo cosas que me hacen pensar que se está abriendo la puerta y el corazón me late muy fuerte y muy rápido. Ahora mismo, ya solo por observar el pomo, ha empezado a palpitar a toda prisa, pero no puedo dejar de mirarlo. No quiero que se abra la puerta. No quiero.

Todo está en silencio.

Todo está tranquilo.

El pomo no se gira.

El corazón deja de latirme con tanta fuerza porque nada se mueve.

Los párpados me pesan y al final cierro los ojos.

Me alegro de que hoy no sea una de las noches en las que el pomo se mueve.

Todo está tranquilo.

Muy tranquilo.

Hasta que deja de estarlo porque el pomo se gira.

Sábado, 27 de octubre de 2012

En algún momento de la noche

—Sky.

Pesa demasiado. Todo es demasiado pesado y odio esta sensación. Aunque no tengo nada visible sobre el pecho, siento una presión que no reconozco, unida a una gran tristeza. Es tan grande que me consume, aunque no tengo ni idea de qué la causa. Me tiemblan los hombros y oigo que hay alguien sollozando en la habitación. ¿Quién está llorando?

¿Soy yo?

—Sky, despierta.

Noto su cuerpo. Me está abrazando por detrás y tiene la mejilla pegada a la mía. Le agarro la mano y me quito su brazo de encima. Me siento en la cama y miro a mi alrededor. Fuera todavía es de noche y estoy llorando. No entiendo nada.

Holder se sienta a mi lado, hace que me vuelva hacia él y me seca las mejillas con los pulgares.

—Cielo, me estás asustando.

Me observa con cara de preocupación. Cierro los ojos con fuerza y trato de recobrar el control, porque no tengo ni idea de qué está pasando y no puedo respirar. Sé que estoy llorando y que es el llanto el que no me deja tragar aire.

El reloj de la mesita de noche indica que son las tres. Empiezo a recordar las cosas, pero... ¿por qué lloro?

—¿Por qué lloras? —Holder me abraza y yo se lo permito.

Me siento segura entre sus brazos. Cuando estoy así es como si estuviera en casa. Él mantiene el abrazo con firmeza durante lo que me parece una eternidad. De vez en cuando me besa en la sien y me acaricia la espalda mientras no cesa de repetir: «No te preocupes».

El peso se vuelve cada vez más liviano, la tristeza se disipa y dejo de llorar al fin.

Tengo miedo porque no recuerdo nada parecido. Es la primera vez que siento una pesadumbre tan insoportable. ¿Cómo es posible que un sueño genere unas emociones tan reales?

—¿Estás bien? —murmura Holder.

Yo asiento con la cabeza pegada a su pecho.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé. Supongo que he tenido una pesadilla.

—¿Quieres que lo hablemos? —Me acaricia el pelo.

Niego con decisión.

—No, no quiero recordarlo.

Me abraza un buen rato y luego me besa en la frente.

—No quiero dejarte sola, pero tengo que irme. No quiero que te metas en líos por mi culpa.

Aunque sé que tiene razón, no lo suelto. Deseo rogarle que no me deje sola, pero no me apetece parecer desesperada y patética. La gente tiene pesadillas constantemente; no sé por qué he reaccionado así.

—Duérmete, Sky. Todo va bien; solo ha sido un mal sueño.

Me tumbo en la cama y cierro los ojos. Siento que me roza la frente con los labios y se marcha.

Sábado, 27 de octubre de 2012

20:20 h

Me despido de Max y de Breckin con un abrazo en el aparcamiento de la galería de arte. La inauguración de la exposición ha terminado y Holder y yo nos vamos a su casa. Debería estar nerviosa por lo que pueda pasar esta noche entre nosotros, pero no lo estoy en absoluto. A su lado, todo parece fácil y deseable. Bueno, todo menos la frase que no se me va de la cabeza.

«Te quiero, Hope».

Quiero preguntarle de qué iba la cosa, aunque no he encontrado el momento adecuado para sacar el tema. Podría hacerlo ahora... Sin embargo, cada vez que abro la boca para preguntárselo, la vuelvo a cerrar. El miedo a descubrir quién es y qué significa en su vida le gana a la curiosidad. Y, cuanto más tarde en preguntárselo, más tiempo pasará sin tener que afrontar la verdad.

—¿Te apetece que vayamos a comer algo? —me propone mientras salimos del aparcamiento.

—Sí —respondo al momento. Qué alivio poder romper el bucle de pensamientos en el que había caído—. Me apetece una hamburguesa con queso. Y patatas fritas con queso. Y quiero un batido de chocolate.

Holder se echa a reír y me toma la mano.

—Estás mandona hoy, ¿eh, princesa?

Lo suelto y me giro hacia él.

—No me llames así.

Él me mira y creo que se da cuenta de que estoy furiosa aunque esté oscuro.

—Eh... —Me vuelve a agarrar de la mano—. No pienso que seas mandona, Sky. Era una broma.

Niego con la cabeza.

—No me refería a «mandona». No me llames «princesa». Odio esa palabra.

Me mira de reojo y vuelve a clavar la vista en la calzada.

—Vale.

Me giro hacia la ventanilla y trato de quitarme esa palabra de la cabeza. No sé por qué detesto que usen apodos cariñosos conmigo, pero no exagero cuando digo que los odio. Por mucho que pueda parecer que me he pasado con mi reacción, no quiero que vuelva a llamarme así nunca más. Y tampoco con el nombre de sus exnovias. Debería ceñirse a Sky; es mucho más seguro.

Nos mantenemos en silencio y cada vez me arrepiento más de mi reacción. Debería molestarme más que usara el nombre de otra chica y no «princesa». Es como si estuviera desplazando el motivo de mi enfado por miedo a enfrentarme a lo que realmente me molesta. Pero es que me gustaría pasar una noche tranquila, sin dramas innecesarios. Ya habrá tiempo para preguntarle por Hope.

—Lo siento, Holder.

Él me aprieta la mano y se la coloca sobre el regazo, aunque no dice nada más.

Cuando llegamos a su casa, bajo del coche. No hemos parado a comprar comida, pero no me apetece sacar el tema. Se reúne conmigo junto a la puerta del acompañante y, cuando me envuelve con su cuerpo, le devuelvo el abrazo. Me empuja hasta que quedo pegada al vehículo y hundo la cara en su hombro. Todavía nos

sentimos incómodos por lo sucedido, por lo que trato de relajarme para eliminar la tensión que se ha instalado entre los dos. Aspirar su aroma me ayuda. Cuando me acaricia los brazos, me estremezco de arriba abajo.

—¿Puedo preguntarte algo? —Es él quien rompe el silencio.

—Siempre.

Holder suspira y se aparta un poco de mí.

—¿Te asusté el otro día en el coche? Si es así, lo siento. No sé qué me pasó. No soy un llorica, lo juro. No había llorado desde la muerte de Les y te aseguro que no tenía ninguna intención de hacerlo delante de ti.

Vuelvo a apoyar la cabeza en su pecho y lo abrazo, esta vez con más fuerza.

—¿Te acuerdas de cuando anoche me desperté de la pesadilla?

—Sí.

—Fue la segunda vez que lloré desde que tenía cinco años. Y la vez anterior fue cuando me contaste lo que le había pasado a tu hermana. Lloré en el baño. Fue solo una lágrima, pero la cuento. Creo que, cuando estamos juntos, las emociones se nos escapan un poco de las manos, nos abruman y nos convierten a los dos en lloricas.

Él se ríe y me besa en la coronilla.

—Tengo la sensación de que no voy a estar viviéndote durante mucho más tiempo. —Tras otro beso rápido, me da la mano—. ¿Estás lista para que te muestre la casa?

Lo sigo hacia la entrada, pero no puedo dejar de pensar en lo que me ha dicho. Si deja de vivirme, significa que empezará a quererme. Acaba de confesarme que se está enamorando de mí sin pronunciar las palabras, y lo más asombroso de todo es que me ha gustado.

Entramos en su casa, que no se parece en nada a la idea que me había formado de ella. Desde fuera no parece especialmente grande, pero tiene vestíbulo, lo que no es muy habitual. A la derecha, un arco da paso al salón. Las paredes están prácticamente forradas de libros, y tengo la sensación de haber llegado al cielo.

—¡Toma ya! —suelto sin poder apartar la vista de las estanterías que cubren toda la estancia del suelo al techo.

—Ya ves. Mamá se cabreó bastante cuando inventaron el libro electrónico.

Me echo a reír.

—Creo que ya me cae bien tu madre. ¿Cuándo me la vas a presentar?

—Nunca le presento chicas —responde en tono distante mientras sacude la cabeza, pero, al ver cómo me cambia la cara, se da cuenta de que sus palabras me han dolido. Se acerca a mí y me sostiene la cara entre las manos—. No, no. No me he explicado bien. No insinuaba que tú fueras igual que las otras chicas con las que he salido. En absoluto.

Entiendo lo que quiere decirme, pero me fastidia que, llevando el tiempo que llevamos saliendo, piense que todavía no es momento de que conozca a su madre. Me pregunto si ese momento llegará alguna vez.

—¿Y a Hope? ¿Se la presentaste?

Aunque sé que no debería habérselo soltado así, no me he podido contener, y menos después de haberle oído hablar de «otras chicas». No soy idiota; ya sé que salió con otras personas antes de conocerme a mí, pero no me gusta oírselo decir, y no soporto que me llame por el nombre de alguna de ellas.

—¿Qué? —Deja caer las manos y se aparta de mí—. ¿Por qué has dicho eso?

Empiezo a arrepentirme de haberla mencionado al ver lo rápido que palidece.

—Da igual, no pasa nada. No tengo ninguna necesidad de conocer a tu madre.

Solo quiero que nos olvidemos de esto. Ya sabía que no era buena idea sacar el tema esta noche. Quiero que volvamos a centrarnos en la casa y dejemos a un lado todo lo demás.

Pero él me sujeta por las dos manos e insiste:

—¿Por qué has dicho eso, Sky? ¿De dónde has sacado ese nombre?

Niego con la cabeza.

—No tiene importancia; estabas borracho.

Cuando entorna los ojos, sé que no voy a poder cambiar de tema con facilidad. Suspiro al rendirme y me aclaro la garganta antes de responder:

—Anoche, cuando estabas a punto de dormirte, me dijiste que me querías..., pero me llamaste Hope, así que, en realidad, no me lo decías a mí. Habías bebido y estabas medio dormido, por lo que no, no necesito una explicación. En realidad, prefiero no saber por qué lo dijiste.

Él se hunde las manos en el pelo mientras gruñe.

—Sky. —Da un paso hacia mí y me envuelve entre sus brazos—. Lo siento mucho. Debió de ser un sueño absurdo. No conozco a nadie que se llame Hope y no he tenido ninguna novia con ese nombre. Siento haberte hecho pasar por eso; no debí ir a tu casa borracho. —Baja la vista hacia mí y, aunque mi instinto me dice que está mintiendo, su mirada parece sincera—. Tienes que creerme. Si piensas que siento algo por otra persona, me matas. Nunca había sentido por nadie lo que siento por ti.

Sus palabras rezuman honestidad. Y, teniendo en cuenta que yo ni siquiera recuerdo por qué me he despertado llorando, es posible que lo suyo también fuera un sueño. Además, lo que acaba de decirme me da una nueva perspectiva de lo serias que se están poniendo las cosas entre nosotros.

Levanto la cara hacia él y busco una buena réplica a su confesión. Abro la boca y espero a que las palabras acudan a mí, pero no lo hacen. De repente, soy yo la que necesita más tiempo para procesar las ideas.

Él sigue sujetándome las mejillas, a la espera de que rompa el silencio, y la proximidad entre su boca y la mía pone a prueba su paciencia.

—Necesito besarte —dice en tono de disculpa antes de levantarme sin esfuerzo aparente.

Me lleva desde el arco del vestíbulo hasta la escalera que sube al primer piso y me sienta. Me echo hacia atrás mientras él se inclina sobre mí, apoya las manos en el escalón, a ambos lados de mi cara, y me besa.

Nuestra posición lo obliga a colocar una rodilla entre mis muslos. No tendría mucha importancia de no ser por el vestido que llevo. Le resultaría muy fácil hacerme suya aquí mismo, en la escalera, aunque preferiría llegar al dormitorio al menos. Me pregunto si tendrá las expectativas muy altas después del mensaje que le envié ayer por error. A ver, es un hombre, por supuesto que las tendrá, pero me pregunto si sabrá que soy virgen. ¿Debería advertírselo? Supongo que sí, aunque probablemente ya se haya dado cuenta.

—Soy virgen —le suelto sin despegar los labios de los suyos.

Al instante me pregunto cómo demonios se me ocurre hablar en estos momentos. O en ninguno. No debería volver a abrir la boca

nunca más. Alguien debería arrebatarme la voz porque es evidente que, cuando el sexo me hace bajar la guardia, no tengo filtro.

Él deja de besarme al instante. Se echa un poco hacia atrás y me mira a los ojos.

—Sky, te he besado porque a veces no puedo contenerme y necesito hacerlo. Ya sabes el efecto que tu boca tiene sobre mí. No espero nada más, ¿vale? Mientras pueda besarte, lo demás puede esperar.

Me coloca el pelo por detrás de las orejas mientras me dirige una mirada franca.

—He pensado que deberías saberlo —musito—. Supongo que tendría que haber elegido otra ocasión para hacerlo, pero es que a veces digo las cosas sin pensar. Es algo que odio porque me sale en los momentos más inoportunos, como ahora, y luego no sé dónde esconderme.

Él se echa a reír.

—Ni se te ocurra cambiar. Me encanta cuando dices cosas sin pensar y adoro que me sueltes largos sermones cuando estás nerviosa. Estás muy sexy... y me pone un montón.

Me ruborizo. No estoy acostumbrada a que me vean de esa manera y oírlo hablar así me parece muy sexy... y me pone un montón.

—¿Sabes qué otra cosa me pone mucho? —Vuelve a inclinarse hacia mí.

Su mirada juguetona hace que me olvide de sentir vergüenza.

—¿Qué?

—Tratar de no meternos mano mientras vemos una película —responde sonriendo.

Se levanta y tira de mí para que lo siga escaleras arriba hasta su habitación.

Abre la puerta y entra primero. Luego se vuelve hacia mí y me pide que cierre los ojos.

—No me gustan las sorpresas.

—Tampoco los regalos ni ciertos apodos cariñosos, voy aprendiendo. Pero esto que quiero enseñarte mola mucho y no es nada comprado, así que cierra los ojos.

Cuando hago lo que me pide, tira de mí para que entre en la habitación, que ya me gusta porque huele como él. Unos pasos más adelante, me apoya las manos en los hombros.

—Siéntate. —Me empuja y acabo en lo que parece una cama, pero un instante después me tumba de espaldas y me levanta los pies—. No abras los ojos.

Me los sube a la cama y me apoya en una almohada. Tiene el detalle de colocarme bien la falda.

—Así, bien tapadita. No puedes ir enseñando pierna con tanto descaro.

Me echo a reír con cuidado de no abrir los ojos. Noto que él se sitúa sobre mí, intentando no golpearme con las rodillas, y que se tumba a mi lado en la cama.

—Vale, ya puedes abrir los ojos. Prepárate para la impresión.

Asustada, lo hago despacio. No sé lo que estoy viendo. Parece una tele, pero las teles no ocupan dos metros de pared. Esta cosa es inmensa. Cuando Holder apunta con el mando a distancia, la pantalla se ilumina.

—¡Guau! ¡Es enorme!

—Dijo ella.

Le doy un codazo que lo hace reír. Vuelve a apuntar a la pantalla con el mando y me pregunta:

—¿Cuál es tu película favorita? Tengo Netflix.

Me giro en su dirección.

—¿Net... qué?

Él se ríe de nuevo y niega con la cabeza, fingiendo decepción.

—Siempre se me olvida que eres una persona discapacitada tecnológicamente. Pues es como un lector electrónico, pero con series y películas dentro en vez de libros. Puedes ver casi cualquier cosa con solo darle a un botón.

—¿Hay anuncios?

—¡Nop! —responde con orgullo—. ¿Qué te apetece ver?

—¿Tienes *Un loco anda suelto*? Me encanta esa peli.

Él deja caer los brazos sobre el pecho y apaga el televisor. Tras unos instantes en silencio, exhala un suspiro muy sentido. Deja el mando a distancia en la mesilla de noche y se da la vuelta hacia mí.

—Ya no quiero ver la tele.

¿Está de morros? ¿Qué demonios he dicho ahora?

—Vale, no hace falta que sea *Un loco anda suelto*. Elige lo que quieras, niño mimado —le digo riendo.

Holder permanece un rato más en silencio, observándome sin ninguna expresión especial. Me acaricia el vientre hasta sujetarme con fuerza por la cintura y me atrae hacia él con decisión.

—¿Sabes lo que pasa? —Entorna los ojos y me pasea la mirada por el cuerpo, que examina de manera meticulosa. Traza el contorno del vestido con un dedo, que me acaricia el torso con delicadeza—. Aunque me cueste, soy capaz de resistir el efecto que me provoca este vestido. —Levanta la vista y se detiene en mi boca—. Puedo soportar también la visión de tus labios, aunque no pueda besarlos. O el sonido de tu risa, que me despierta unas ganas atroces de cubrirte la boca con la mía y bebérmela a borbotones.

Se va acercando mientras su voz se vuelve cada vez más grave hasta alcanzar una octava propia de un dios del Olimpo que logra que el corazón me lata desbocado en el pecho. Me besa en la mejilla

con mucha delicadeza, y su aliento cálido me baña la piel cuando habla.

—Me veo capaz incluso de soportar la tortura de revivir una y mil veces en mi mente el primer beso que nos dimos el mes pasado. El tacto de tu piel, los sonidos que se te escapaban de la boca. Tu mirada justo antes de que mis labios entraran en contacto con los tuyos.

Se tumba sobre mí y me levanta los brazos por encima de la cabeza. Yo escucho con atención cada una de sus palabras; no quiero perderme ni un detalle de lo que está haciendo, sea lo que sea. Se sienta sobre mí, pero descarga el peso sobre sus rodillas.

—Pero lo que es superior a mí, Sky, lo que me vuelve loco y hace que quiera tocar y devorar cada centímetro de tu cuerpo, es que *Un loco anda suelto* sea tu película favorita. ¿Ahora me sales con esas? —Se pega a mí hasta que nuestros labios se rozan—. Eso no hay quien lo resista. Es lo más sexy que he oído en la vida y ahora nos vamos a tener que liar sí o sí.

Sus ganas de jugar se me contagian, por lo que susurro en tono seductor:

—«Odia estas latas».

Él gruñe y me besa, pero se aparta para pedirme:

—Hazlo otra vez, por favor. Oírte pronunciar frases de la película es mucho más excitante que besarte.

Riendo, le doy lo que me pide.

—«¡Aléjese de las latas!».

Me gruñe de nuevo en el oído.

—Esa es mi chica. Así, una más, por favor.

—«No necesito nada más —le sigo el juego—, solo el cenicero, la paleta, el mando a distancia y la lámpara. Eso es todo. No necesito nada más, nada».

Holder se ríe a carcajadas. No sabe la de veces que Six y yo hemos visto esa película. Se sorprendería si supiera que tengo memorizadas muchas más frases.

—¿Eso es todo? —me provoca—. ¿Estás segura, Sky?

Su voz suena tan seductora y aterciopelada que, si estuviera de pie, ya se me habrían caído las bragas al suelo.

Niego con la cabeza y se me borra la sonrisa de la cara.

—A ti —susurro—. Necesito la lámpara, el cenicero, la paleta, el mando a distancia... y a ti. Eso es todo lo que necesito.

Él se ríe, pero su expresión adquiere un aire solemne cuando vuelve a clavar la vista en mis labios. Se queda observándolos como si estuviera planeando lo que piensa hacer con ellos durante la siguiente hora.

—Necesito besarte ya —me anuncia antes de abalanzarse sobre mí.

Y, cuando su boca colisiona con la mía, él es todo lo que deseo. Nada más. Me está besando con fiereza, apoyado en las manos y las rodillas, aunque no es lo que quiero. Necesito sentir su peso sobre mí. No puedo usar las manos, que siguen prisioneras por encima de mi cabeza, y tampoco formar palabras mientras juega con mi boca de esta manera. El último recurso que me queda es levantar el pie y moverle la rodilla.

En cuanto cae sobre mí, contengo el aliento de manera ruidosa. No se me había pasado por la cabeza que, al alzar la pierna, también se me iba a levantar el vestido. Y... mucho. Si combinamos eso con el grueso tejido de sus vaqueros, el resultado es una sensación de esas que te hacen contener el aliento aunque no quieras.

—Joder, Sky —dice durante uno de los pocos instantes en los que deja de devorarme la boca. Noto que le falta el aliento, y eso que

acabamos de empezar—. Dios, es increíble. Gracias por ponerte este vestido. —Va alternando más besos con palabras que pronuncia sin separar los labios de los míos—. De verdad... —me besa, desciende por la barbilla y me recorre medio cuello—, de verdad que me encanta... este vestido. —Se le ha alterado tanto la respiración que me cuesta entender qué está musitando.

Se desliza un poco hacia abajo en la cama para acabar de recorrerme el cuello a besos. Echo la cabeza hacia atrás para darle mejor acceso, porque ahora mismo sus labios son bienvenidos en cualquier parte de mi cuerpo. Me suelta las manos para poder acercárseme al pecho. Baja una mano hasta el muslo y la desliza despacio hacia arriba, llevándose el poco trozo de vestido que aún me cubría las piernas. Al llegar al final del muslo, me lo aprieta con fuerza, como si les estuviera ordenando a sus dedos que no se aventuraran más allá.

Me retuerzo con la esperanza de que pille la indirecta y lleve la mano hacia donde le apetezca. No quiero que tenga dudas ni que piense que no me apetece seguir adelante. Quiero que haga lo que quiera porque eso es lo que yo también requiero. Necesito que empiece a conquistar tantas primeras veces como pueda esta noche porque de pronto me ha entrado una tremenda ansia por superarlas todas.

Siguiendo las indicaciones que le da mi cuerpo, Holder me acerca la mano a la parte interna del muslo. Sus caricias me excitan tanto que se me contraen todos los músculos de cintura para abajo. Por fin ha cruzado la frontera del cuello y sus labios se acercan al inicio de mis pechos. Supongo que el siguiente paso sería que me quitara el vestido para tener acceso a lo que hay debajo, aunque para eso necesitaría apartar la otra mano de donde la tiene, y prefiero que se quede donde está. De hecho, me gustaría más si desplazara un poco

los labios, pero lo que no quiero bajo ningún concepto es que los aparte de ahí.

Le sujeto la cara con las dos manos y lo obligo a besarme con más intensidad antes de mover las manos hacia su espalda.

Sigue llevando la camiseta puesta. Eso no está bien.

Le tiro de la prenda hacia arriba, pero, al darse cuenta de lo que pretendo, me aparta la mano del muslo para ayudarme. Creo que se me escapa un gemido de frustración, porque él sonríe y me besa en la comisura de los labios.

Mirándonos a los ojos en todo momento, me acaricia la cara con las yemas de los dedos sin olvidarse de ningún rincón. Mantiene la vista fija en la mía incluso cuando agacha la cabeza para depositar besos alrededor del contorno de mis labios. El modo en que me mira me hace sentir... Trato de encontrar un adjetivo que encaje, pero no se me ocurre porque en realidad eso es lo importante, que me hace SENTIR. Es el único chico que se ha preocupado de asegurarse de que estaba sintiendo cosas a su lado y ya solo por eso permito que me robe otro trozo de corazón. Sin embargo, no me parece suficiente porque, de repente, quiero entregárselo entero.

—Holder —susurro.

Él me desliza las manos hacia la cintura y se inclina hacia mí.

—Sky —replica en el mismo tono.

Cuando alcanza mi boca, me cuela la lengua dentro. Es dulce y cálida y, aunque no hace tanto que disfruté de ella, la he echado de menos. Vuelve a apoyarse a ambos lados de mi cabeza con cuidado de no rozarme con las manos o el cuerpo. Ahora es el momento de su boca, nada más.

—Holder —murmuro mientras trato de apartarme. Le llevo los dedos a la mejilla antes de añadir—: Quiero hacerlo. Esta noche. Ahora mismo.

No le cambia la cara. Me contempla como si no me hubiera oído. Y tal vez no me ha escuchado, porque no parece dispuesto a aceptar mi ofrecimiento.

—Sky... —No suena nada convencido—. No tenemos por qué hacerlo. Quiero que estés segura al cien por cien de que lo deseas. —Me acaricia la mejilla—. No quiero que apresures las cosas por mí.

—Ya lo sé, pero es que quiero hacerlo. Nunca había deseado hacerlo con nadie, pero contigo sí.

Me observa con toda su atención y se empapa de cada palabra que sale de mi boca. No sé si está en fase de negación o en shock, aunque ninguna de las dos cosas me ayuda. Le apoyo las manos en las mejillas y tiro de él hasta rozar su boca con los labios.

—No estoy accediendo a lo que tú quieres, Holder. Es lo que yo quiero, y te lo estoy pidiendo por favor.

Por fin se apodera de mi boca mientras suelta un gruñido. Oír ese sonido que brota de lo más profundo de su pecho me reafirma en mi decisión. Necesito a Holder y lo necesito ahora.

—¿Vamos a hacerlo de verdad? —pregunta sin dejar de besarme.

—Sí. Estoy convencida del todo.

Asciende por mi muslo hasta llegar a la cadera, donde cuela la mano entre las bragas y mi piel, y empieza a bajármelas.

—Solo necesito que me prometas una cosa primero —le pido.

Tras darme un beso delicado, retira la mano de mi ropa interior —¡mierda!— y asiente con la cabeza.

—Lo que quieras.

Le agarro los dedos y los recoloco donde estaban, a la altura de mi cadera.

—Quiero hacerlo, pero solo si me prometes que batiremos el récord de la mejor primera vez en la historia de las primeras veces.

Él me dirige una sonrisa.

—Si se trata de ti y de mí, Sky..., nunca podrá ser menos.

Desliza las manos bajo mi espalda y me ayuda a incorporarme. Las lleva a mis hombros y engancha los dedos en los tirantes para hacerlos caer. Cierro los ojos con fuerza y, con la mejilla pegada a la suya, me aferro a su pelo. Siento su aliento en el hombro antes de que lleguen sus labios. Apenas me roza, pero es como si su contacto me incendiara por dentro solo con un beso.

—Te lo voy a quitar —dice.

Sigo teniendo los ojos cerrados y no sé si me está advirtiendo o pidiéndome permiso, así que asiento por si acaso. Me quita el vestido por la cabeza y su contacto hace que se me erice la piel. Cuando me tumba sobre la almohada con delicadeza, abro los ojos y admiro su cuerpo, tan hermoso que me cuesta creer que sea real. Tras contemplarme igualmente con esa intensidad tan suya, baja la vista hacia la mano con la que me agarra por la cintura. Con parsimonia, pasea la mirada arriba y abajo.

—Joder, Sky. —Me acaricia la zona de las costillas antes de inclinarse a besarla—. Eres increíble.

Nunca me había sentido tan expuesta a los ojos de nadie, pero la admiración que leo en los suyos hace que desee seguir así. Desliza la mano hacia arriba y, cuando llega al sujetador y cuela el pulgar por debajo de la tela, se me cierran los párpados al mismo tiempo que se me abre la boca.

¡Dios, oh, Dios! ¡Cómo lo deseo!

Le agarro la cara y lo atraigo hacia mí mientras le rodeo las caderas con las piernas, lo que le provoca otro gruñido. Aparta la mano del sujetador y regresa a mi cintura. Intenta bajarme las bragas, pero para ello tengo que soltarle antes las caderas. Cuando lo hago, me las quita deprisa, tanto como el sujetador, que sigue el mismo camino. Una vez que me tiene desnuda, desciende por los

pies de la cama y se incorpora lo necesario para quitarse los pantalones, pero continúa inclinado sobre mí, ya que no le he soltado la cara en ningún momento. Seguimos besándonos con frenesí mientras se libra de los vaqueros y luego vuelve a tumbarse sobre mí.

Por primera vez estamos piel contra piel, tan pegados que el aire no puede correr entre nosotros..., y, sin embargo, siento que no estamos lo bastante cerca.

Holder alarga la mano y busca algo en la mesita de noche. Saca un preservativo del cajón y lo deja en la cama antes de volver a apoyarse sobre mí. Su peso y su dureza me fuerzan a abrir más las piernas. Hago una mueca al darme cuenta de que la excitación se está transformando en miedo.

Y náuseas.

Terror.

El corazón me late a toda velocidad y empiezo a respirar de manera entrecortada. Cuando él palpa la cama a ciegas buscando el condón, se me llenan los ojos de lágrimas. Lo encuentra y oigo que lo rasga, pero ya no lo veo, porque los he cerrado. Noto que se incorpora y se aguanta sobre las rodillas. Sé que se lo está colocando y sé lo que viene a continuación: lo que voy a sentir, lo mucho que me va a doler, que voy a llorar cuando termine.

Pero ¿cómo puedo saberlo si nunca lo he hecho antes?

Los labios me empiezan a temblar cuando se recoloca entre mis piernas. Trato de pensar en otra cosa para olvidarme del miedo y me viene la imagen del cielo nocturno y las estrellas, tan hermosa que me alivia el pánico. Me recuerdo que, si el cielo es bonito en cualquier circunstancia, siempre puedo acudir a él para olvidarme de lo feo que es esto. No quiero abrir los ojos, por lo que comienzo a

contar mentalmente. Visualizo las estrellas del techo de mi habitación y empiezo desde la parte inferior del cúmulo de galaxias.

«Una, dos, tres...».

Cuento, cuento y sigo contando.

«Veintidós, veintitrés, veinticuatro...».

Contengo el aliento y me concentro en las estrellas, solo en ellas.

«Cincuenta y siete, cincuenta y ocho, cincuenta y nueve...».

Quiero que termine de una vez. Quiero que salga de encima.

«Setenta y uno, setenta y dos, setenta...».

—Me cago en la puta, Sky.

Es Holder el que grita mientras trata de apartarme el brazo con el que me tapo los ojos. Yo me resisto porque no quiero que me obligue a mirarlo; deseo permanecer así, en la oscuridad, contando en silencio.

De repente noto que me levantan de la cama; ya no estoy apoyada en la almohada. No tengo fuerza en los brazos; es él quien me sostiene entre los suyos. No puedo moverme. El cuerpo no me obedece y solo soy capaz de llorar. Lo hago con auténtica desesperación, aunque no sé por qué. Tampoco entiendo este movimiento que me marea. Abro los ojos y veo que Holder se mueve de delante atrás, de delante atrás. Por un instante, el pánico amenaza con apoderarse de mí de nuevo al pensar que no ha terminado, pero entonces noto que me ha tapado con las mantas y que me acaricia la espalda con una mano y el pelo con la otra mientras me susurra al oído:

—Cariño, no pasa nada. —Presiona los labios en mi pelo mientras se mece conmigo adelante y atrás—. Lo siento, Sky. Lo siento mucho.

Vuelvo a abrir los ojos, pero las lágrimas no me dejan ver nada. Él me besa en la sien una y otra vez, y me repite que lo siente. Quiere

que lo perdone, aunque no sé por qué se disculpa.

Cuando se echa hacia atrás, ve que he abierto los ojos. Los suyos están enrojecidos, pero no está llorando, aunque sí tiembla. O tal vez sea yo la que está temblando. Probablemente los dos.

Me está mirando muy fijamente, buscando algo en mis ojos..., buscándome a mí. Empiezo a relajarme porque entre sus brazos no siento que esté a punto de caerme por el borde del mundo.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto. No entiendo cómo hemos llegado a esta situación.

Él niega con la cabeza mientras me observa con una mezcla de dolor, miedo y arrepentimiento.

—No lo sé. Has empezado a contar y a llorar. Temblabas y yo te pedía que pararas, pero no me oías. Estabas aterrorizada. ¿Qué he hecho mal? Dímelo, por favor. Lo siento tantísimo, ni te lo imaginas. ¿Qué demonios he hecho mal?

Niego con la cabeza porque la verdad es que no sé qué decirle.

Él hace una mueca y deja caer la frente sobre la mía.

—Lo siento mucho. No debería haber permitido que las cosas llegaran tan lejos. No sé qué demonios ha pasado, pero es evidente que no estás preparada todavía.

¿No estoy preparada todavía?

—Entonces, ¿no... no ha habido sexo?

Él deja de abrazarme; su actitud cambia por completo. Lo que reflejan sus ojos es una mezcla de pérdida y derrota. Frunce el ceño y me sujeta las mejillas.

—¿Dónde estabas, Sky?

Vuelvo a negar con la cabeza, confundida.

—No me he movido de aquí; te estoy escuchando.

—No, quiero decir antes. ¿Adónde has ido? No estabas aquí, conmigo, porque, si no, sabrías que no ha pasado nada. Vi en tu

cara que algo iba mal y me detuve. Pero ahora necesitas recordar adónde ha ido tu mente, porque has tenido un ataque de pánico. Estabas muerta de miedo y necesito saber qué te ha puesto así para poder asegurarme de que no se repite.

Me besa en la frente y deja de sostenerme por la espalda. Se levanta y se pone los vaqueros antes de recoger el vestido. Lo sacude, le da la vuelta, luego regresa a la cama y me lo pone por la cabeza. Me levanta los brazos, me ayuda a meterlos por los tirantes y me lo baja hasta la cintura. Cuando ya estoy tapada, me da un beso inseguro en los labios, como si tuviera miedo de volver a tocarme.

Sale de la habitación; yo apoyo la cabeza en la pared y cierro los ojos.

No tengo ni idea de lo que ha pasado, pero el miedo a perderlo es muy real. Lo que debería haber sido uno de nuestros momentos más íntimos se ha convertido en un desastre por mi culpa. Y lo peor es que ahora es él quien se siente culpable, quien cree que es un desastre que no hace nada bien. Probablemente está deseando que me marche y no me extraña. A mí también me gustaría huir de mí.

Aparto las mantas y me levanto. Me bajo el vestido, pero no me molesto en buscar la ropa interior. Necesito ir al baño y calmarme un poco para que pueda llevarme a casa. Es la segunda vez este fin de semana que acabo llorando a mares y ni siquiera entiendo la razón. Ya van dos veces que Holder tiene que salvarme; no pienso hacerlo pasar por eso de nuevo.

Al pasar frente a la escalera, echo un vistazo sobre la barandilla y lo veo en la cocina con los codos sobre la barra y la cara hundida entre las manos. Parece triste y disgustado, y no soporto verlo así, por lo que abro la primera puerta que encuentro a mano derecha, pensando que es el baño.

No lo es.

Es la habitación de Lesslie. Mi intención es cerrar la puerta, pero no lo hago. Todo lo contrario, la abro un poco más, me cuelo dentro y me encierro. En realidad, me da igual si estoy en un baño, un dormitorio o un armario, lo único que necesito es un poco de paz y tranquilidad, y tiempo para recuperarme de lo que sea la mierda esta que me ha pasado. Empiezo a pensar que estoy loca. Nunca me había desconectado de la realidad de esta manera; me da mucho miedo. Todavía me tiemblan las manos y, para evitarlo, me las sujeto con fuerza ante el pecho y me concentro en cualquier otra cosa mientras me calmo.

Al mirar a mi alrededor, el cuarto me resulta bastante inquietante. La cama no está hecha, lo que me choca, ya que el resto de la casa se halla impecable. Hay unos vaqueros tirados en el suelo, como si alguien acabara de quitárselos. El resto de la habitación es lo que uno espera encontrar en la de una adolescente. Hay maquillaje en el tocador y un trasto de esos que reproducen música —iPod creo que los llaman— en la mesita de noche. Da la sensación de ser un cuarto en uso, no parece que Lesslie ya no se encuentre aquí. Es evidente que nadie ha tocado la habitación desde su muerte. Hay fotos en las paredes y pegadas al espejo del tocador. Su ropa sigue en el armario, algunas cosas colgadas y otras en la base del mueble. Ha pasado más de un año, pero juraría que nadie en su familia lo ha aceptado aún.

Aunque estar aquí me resulta escalofriante, al menos hace que me olvide de lo sucedido. Me acerco a la cama para echar un vistazo a las fotografías que cuelgan de la pared. Casi todas son de Lesslie y sus amigos, pero también hay algunas en las que sale con Holder. Se parece mucho a él; tienen el mismo pelo castaño oscuro y ojos azules de mirada intensa. Lo que más me sorprende es lo feliz que

se la ve. En todas parece satisfecha y llena de vida, lo que hace muy difícil imaginarse qué debió de pasarle por la cabeza. No me extraña que Holder no tuviera ni idea de lo desolada que se sentía. Lo más seguro es que no se lo contara nunca a nadie.

Cojo una foto que está boca abajo en la mesita de noche y, al darle la vuelta, contengo el aliento. En ella, está besando a Grayson en la mejilla mientras se abrazan. La imagen me toma tan por sorpresa que necesito sentarme en la cama para recuperarme de la impresión. ¿Será por eso por lo que Holder lo odia tanto? ¿Es esa la razón por la que no quería que me tocara? Me pregunto si lo culpa de la muerte de su hermana.

Sigo sentada en la cama con la foto en las manos cuando se abre la puerta y Holder asoma la cabeza.

—¿Qué haces? —inquiere. No parece enfadado al encontrarme aquí, pero sí incómodo, aunque supongo que es una reacción a cómo lo he hecho sentir antes.

—Buscaba el baño. Perdona, necesitaba un minuto.

Se apoya en el marco de la puerta y se cruza de brazos mientras pasea la vista por la habitación. Su modo de observarla me recuerda al mío: es como si lo estuviera viendo todo por primera vez.

—¿No ha vuelto a entrar nadie aquí desde...?

—No. —No me deja ni terminar la pregunta—. ¿Para qué? Ella ya no está.

Asiento en silencio y pongo la foto en la mesita boca abajo, tal como Les la dejó.

—¿Salían juntos?

Él da un paso adelante, titubeando, antes de decidirse a entrar del todo. Se sienta a mi lado en la cama, apoya los codos en las rodillas y entrelaza las manos. No me responde al momento porque se entretiene mirando a su alrededor. Cuando al fin se gira hacia mí, me

abraza por los hombros y me atrae hacia su pecho. Comprobar que sigue teniendo ganas después de lo sucedido hace que casi me eche a llorar de nuevo.

—Rompió con ella la noche antes —responde en voz baja.

Intento que no se me note demasiado, pero sus palabras me golpean con fuerza.

—¿Crees que esa fue la razón que la impulsó a hacerlo? ¿Por eso lo odias tanto?

—No, ya lo detestaba antes de que rompiera con ella. La trataba como el culo, Sky, pero no, no creo que fuera la causa de lo que hizo. Tal vez fue el detonante que la animó a tomar una decisión a la que llevaba tiempo dándole vueltas. Ya tenía problemas mucho antes de que Grayson apareciera en su vida. Así que no lo culpo; nunca lo he hecho. —Se levanta y me da la mano—. Vamos, no quiero seguir aquí.

Echo una última ojeada a la habitación antes de ponerme en pie y seguirlo. Sin embargo, no llego a la puerta porque me quedo observando las fotografías del tocador. Él se da la vuelta y me observa mientras yo contemplo una foto enmarcada de Holder y Lesslie de niños. La cojo para examinarla más de cerca. Verlo tan pequeño me hace sonreír. Es reconfortante que estén los dos tan jóvenes, es como revivir la inocencia que tenían antes de que los alcanzaran los golpes de la vida. Se encuentran delante de una casa blanca. Holder la está agarrando del cuello y la apretuja. Ella lo abraza por la cintura y ambos sonríen a la cámara.

Me fijo en la vivienda de detrás. Es blanca con molduras amarillas y, si pudiera asomarme al interior, vería que el salón está pintado en dos tonos de verde.

Cierro los ojos.

¿Cómo puedo saber eso? ¿Cómo puedo saber de qué color es el salón?

Las manos me empiezan a temblar de nuevo; cuando trato de respirar, no puedo. ¿Por qué me suena tanto esa casa? Es como si conociera a los niños de la foto. ¿Cómo puedo saber que hay unos columpios verdes y blancos detrás? O que a tres metros de ellos hay un pozo seco que tuvieron que cubrir porque el gato de Lesslie se cayó dentro una vez.

—¿Estás bien? —me pregunta Holder.

Trata de arrebatarme la foto, pero yo lo impido y lo miro a los ojos. Cuando da un paso hacia mí con expresión preocupada, retrocedo.

¿De qué lo conozco?

¿De qué conozco a Lesslie?

¿Y por qué siento como si los echara de menos? No tiene sentido. Alterno la vista entre Holder y la foto, y esta vez me fijo en la muñeca de Lesslie. Lleva una pulsera... idéntica a la mía.

Quiero preguntarle por ello, pero no puedo. Aunque intento hablar, no me salen las palabras, por lo que me limito a aferrarme a la imagen.

Holder niega con la cabeza y me mira como si se le estuviera rompiendo el corazón.

—Sky, no —me ruega.

—¿Cómo? —Se me quiebra la voz, apenas audible, mientras vuelvo a bajar la vista hacia la imagen—. Hay unos columpios. Y un pozo. Y... tu gato, que se quedó atrapado en él. —Lo miro a los ojos mientras sigo vaciando todo lo que guardo en la cabeza—. Holder, conozco ese salón. Es verde, y la cocina tenía una encimera que nos quedaba demasiado alta y... tu madre. Se llama Beth. —Hago una pausa y trato de recuperar el aliento porque los recuerdos no cesan

de brotar, pero no puedo respirar, no hay manera—. Holder, tu madre... ¿se llama Beth?

Él hace una mueca y se hunde las manos en el pelo.

—Sky... —musita incapaz de mirarme.

Parece confuso, desolado... Me ha estado mintiendo, está claro. Me oculta algo, algo que tiene miedo de reconocer.

Me conoce; me conoce de antes. ¿De qué y por qué demonios no me ha dicho nada?

Me estoy mareando. Paso por su lado a toda prisa y abro la puerta que queda enfrente de esta, que resulta ser un baño, gracias a Dios. Echo el pestillo, suelto la foto en la encimera, junto al lavamanos, y me dejo caer al suelo.

Los recuerdos y las imágenes me inundan la mente como si alguien hubiera abierto las compuertas de un pantano. Me vienen recuerdos de ella, de él, de los tres juntos. Estamos jugando, cenando en su casa. Recuerdo que Lesslie y yo éramos inseparables, que la quería. Era muy pequeña y no sé de qué los conocía, pero sé que los quería a los dos. Me sobreviene un gran dolor al darme cuenta de que la Lesslie que amé de pequeña ya no existe. Su ausencia me provoca un gran pesar, pero no sufro por mí como Sky, sino por la niña que era antes. Su pena ante la pérdida de su amiga brota a través de mí.

¿Cómo es posible que no me acordara de nada? ¿Cómo puede ser que no reconociera a Holder la primera vez que lo vi?

—Sky, abre la puerta, por favor.

Apoyo la espalda en la pared. Todo esto me supera. Los recuerdos, las emociones, el sufrimiento... No puedo asumir tantas cosas a la vez.

—Cielo, por favor. Hemos de hablar y no puedo hacerlo a través de la puerta. Por favor, ábreme.

Él lo ha sabido todo el tiempo. Se dio cuenta en el súper y luego, cuando vio la pulsera, supo que me la había dado Lesslie. Lo sabía y no me lo dijo.

El dolor y la confusión se transforman en furia. Me levanto y me dirijo a la puerta, que abro con rabia. Holder está apoyado en el marco y me mira fijamente, pero siento como si no supiera quién es. Ya no sé lo que es real y lo que no entre nosotros. Ignoro si sus sentimientos van dirigidos hacia mí o hacia la niñita que fui.

Y necesito averiguarlo. Necesito saber quién era esa niña. Quién era yo. Me trago el miedo y le hago la pregunta, aunque mucho me temo que ya sé la respuesta.

—¿Quién es Hope?

Su expresión no cambia, por lo que se lo vuelvo a preguntar en voz más alta.

—¿Quién demonios es Hope?

Holder mantiene los ojos clavados en los míos y las manos apoyadas en el marco, incapaz de contestar. Por alguna razón que se me escapa, no quiere que lo sepa; no quiere que recuerde quién soy. Inspiro hondo y trato de controlar las lágrimas que amenazan con regresar. Tengo miedo de insistir porque no quiero saber la respuesta.

—¿Soy yo? —pregunto con la voz temblorosa—. Holder, ¿soy yo?

Él suelta el aire con brusquedad y mira al techo, como si le costara un gran esfuerzo no echarse a llorar. Cierra los ojos y apoya la frente en el brazo. Luego inspira hondo antes de volver la vista hacia mí.

—Sí.

El aire parece espesarse a mi alrededor, tanto que no puedo respirarlo. Permanezco inmóvil ante él, incapaz de dar un paso. Todo lo demás se queda en silencio, excepto mi mente, que está llena de pensamientos, preguntas y recuerdos que se pisan entre ellos en su

urgencia por ver la luz, y no sé cómo gestionarlos. No sé si necesito llorar, gritar, dormir o echar a correr.

Lo que tengo claro es que debo salir de aquí. Holder, el baño, la maldita casa: todo se me cae encima. Necesito huir para dar espacio a todo lo que trata de salir de mi cabeza. Necesito dejarlo salir todo.

Cuando lo empujo para escapar, intenta agarrarme del brazo, pero me libro de él.

—¡Sky, espera!

Lo oigo gritar, pero no me detengo. Corro escaleras abajo tan deprisa como puedo, bajando los escalones de dos en dos. Al oír que me persigue, acelero y apoyo mal el pie. La barandilla se me escapa y caigo hacia delante hasta que voy a parar al pie de la escalera.

—¡Sky! —grita Holder.

Trato de levantarme, pero él me alcanza y me abraza sin darme tiempo a salir. Aunque lo empujo para que me suelte y poder llegar al exterior, no afloja el abrazo.

—¡A la calle! —le ruego sin fuerzas y sin aliento—. Necesito salir a la calle, por favor, Holder.

Noto que lucha contra su instinto, que no quiere soltarme. A regañadientes, afloja el agarre y me busca la mirada.

—No corras, Sky. Sal, pero no te vayas, por favor. Tenemos que hablar.

Cuando asiento, me suelta y me ayuda a levantarme. Salgo de la casa y, cuando llego al césped, enlazo las manos en la nuca e inhalo una gran bocanada de aire fresco. Al echar la cabeza hacia atrás, veo las estrellas. ¡Cómo desearía estar ahí arriba ahora mismo! No quiero que sigan apareciendo recuerdos porque, cada vez que surge uno, viene acompañado de nuevas preguntas que me dejan más confusa que antes. No entiendo de qué conozco a Holder ni por qué no me lo ha comentado antes. No entiendo cómo es posible que me

llamara Hope si toda la vida me han llamado Sky. Ni por qué Karen me dijo que era mi nombre de pila si no es verdad. Todo lo que he dado por cierto hasta ahora se está desmoronando, dejando al descubierto cosas que no quiero saber. Sé que me han mentido, y me aterra averiguar lo que todo el mundo trata de esconder.

Permanezco en el jardín una eternidad, intentando poner en orden algo que desconozco. Sé que tengo que hablar con Holder y descubrir lo que sabe, pero estoy muy dolida. No me apetece nada enfrentarme a él después de saber que lleva todo este tiempo ocultándome algo así. Siento que todo lo que ha pasado entre nosotros no ha sido real, sino solo una fachada.

Estoy agotada emocionalmente y no me veo capaz de asimilar más revelaciones por hoy. Solo quiero irme a casa y meterme en la cama. Necesito dormir antes de afrontar el hecho de que no me haya dicho que nos conocíamos de niños. Ni siquiera entiendo por qué ha pensado que debía ocultármelo.

Me doy la vuelta y me dirijo hacia la puerta, donde me está esperando. Se echa a un lado para dejarme entrar; yo voy directa a la cocina. Abro la nevera, saco una botella de agua y bebo con ganas. Tengo la boca seca y, aunque antes me ha dicho que iba a buscarme agua, no ha llegado a traérmela.

Dejo la botella en la isleta central y le pido que me lleve a casa.

Él no protesta. Se da la vuelta, coge las llaves del mueblecito de la entrada y me hace un gesto para que lo siga. Dejo el agua en la cocina y vamos hasta el coche en silencio. Una vez dentro, él arranca y conduce sin decir ni una palabra.

Al pasar de largo el desvío de mi casa, me queda claro que no tiene ninguna intención de llevarme allí. Me vuelvo hacia él, que tiene la vista fija al frente.

—Llévame a casa —le repito.

Él me mira con determinación.

—Hemos de hablar, Sky. Tienes preguntas que hacerme, no lo niegues.

Es cierto. Hay un millón de cosas que quiero preguntarle, pero esperaba que me dejara consultarlo con la almohada para poner un poco de orden en la cabeza y resolver sola tantas como pudiera. Lo que está claro es que mis preferencias le dan igual.

Me quito el cinturón y apoyo la espalda en la puerta del coche para mirarlo a la cara. Si no piensa darme tiempo para asimilar las cosas, le soltaré todas mis dudas de golpe para que me lleve a casa cuanto antes.

—Muy bien —empiezo en tono belicoso—. Vamos a quitárnoslo de encima. ¿Por qué llevas dos meses mintiéndome? ¿Por qué te pasaste semanas sin hablarme después de ver la pulsera? ¿Y por qué no comentaste quién creías que era el primer día en el súper? Porque ya lo sabías, Holder. Supiste quién era desde el principio y, por alguna razón, te pareció que sería divertido engañarme hasta que me diera cuenta por mí misma. Me pregunto si tan siquiera te gusto o si todo ha sido un juego para ti. Espero que te hayas divertido y que todo el dolor que me has causado haya valido la pena, porque nunca me habían hecho tanto daño en toda mi vida.

Estoy temblando de la rabia. Dejo de resistirme y me echo a llorar, porque las lágrimas son otra de las muchas cosas que buscan el camino de salida y no tengo fuerzas para seguir reprimiéndolas. Me las seco con el dorso de la mano y bajo el tono de voz.

—Me has hecho daño, Holder. Muchísimo. Me prometiste que siempre serías sincero conmigo.

Ya no grito, todo lo contrario; hablo tan bajito que no sé si me oye, porque el muy capullo sigue mirando al frente. Cierro los ojos con fuerza y me cruzo de brazos. Harta, vuelvo a sentarme bien en

el asiento, me vuelvo hacia la ventanilla y maldigo al karma por haber traído a este chico a mi vida solo para destrozármela.

Al ver que él sigue conduciendo sin responder a ninguna de mis preguntas, se me escapa una risa burlona y patética a la vez.

—Tu tatuaje no engaña —murmuro—. Eres un caso perdido.

Trece años atrás

—Tengo pipí. —Se ríe nerviosa.

Agazapadas bajo el porche de su casa, esperamos a que Dean nos encuentre. Me gusta jugar al escondite, pero prefiero esconderme y que no se enteren de que no sé hacer eso de contar números. Dean siempre me pide que cuente hasta veinte cuando la llevo yo, aunque no sé hacerlo. Por eso siempre cierro los ojos y finjo. Ellos ya van al colegio, pero yo no empiezo hasta el año que viene y por eso no sé contar.

—Ya viene —me dice mientras se arrastra un poco hacia atrás.

La tierra de debajo del porche está fría. Trato de no apoyarme en las manos como hace ella, pero se me cansan las piernas.

—¡Les! —grita Dean. Se acerca al porche, aunque va derecho a subir la escalera. Llevamos mucho rato escondidas y parece que se ha cansado. Se sienta en los escalones, casi frente a nosotras. Si ladeo la cabeza, le veo la cara—. ¡Estoy harto de buscar!

Me vuelvo hacia Lesslie para ver si está lista para correr y salvarnos, pero ella niega con la cabeza y se lleva un dedo a los labios.

—¡Hope! —grita él, que sigue sentado en los escalones—. ¡Me rindo!

Mira a su alrededor y suspira. Cuando refunfuña y le da una patada a la gravilla, se me escapa la risa.

Lesslie me da un puñetazo en el brazo y me dice que me calle.

Cuando Dean se echa a reír, pienso que nos ha descubierto, pero luego me doy cuenta de que está hablando solo.

—Hope y Les —murmura—. *Hopeless*. —Se ríe otra vez mientras se levanta—. ¿Lo habéis oído? Vuestros nombres juntos suenan igual que *topless*. ¿Sabéis lo que significa? El otro día se lo oí decir a papá.

La curiosidad hace salir a Lesslie del escondite. Yo la sigo y me levanto. Cuando Dean nos ve con las rodillas sucias de tierra y telarañas en el pelo, rompe a reír de nuevo.

—¿Qué significa? —pregunta Les.

—¡Ahora no os lo digo!

—¡Has perdido, nos lo tienes que decir! —le exijo.

—Si me pilláis, ¡os lo digo! —grita mientras se escapa—. *¡Hopeless*, *topless!*

Sábado, 27 de octubre de 2012

23:20 h

Las imágenes son tan vívidas que no consigo entender cómo no las he recordado hasta este momento. ¿Cómo es posible que haya estado viendo su tatuaje día tras día, oyéndolo hablar de Hope o de Les, y no me haya acordado de nada? Entonces, lo agarro del brazo y le subo la manga. Sé que está ahí y lo que hay escrito, aunque es la primera vez que lo observo sabiendo lo que significa.

—¿Por qué te lo hiciste? —Ya me lo contó, pero ahora quiero conocer el motivo real.

Él aparta un instante la vista de la carretera para mirarme.

—Ya te lo dije. Es un recuerdo de las personas a las que he fallado en la vida.

Con los ojos cerrados, me desplomo sobre el asiento mientras niego con la cabeza. Dice que no responde con vaguedades, pero no se me ocurre contestación más vaga que la que me da siempre que le pregunto por el tatuaje. ¿Cómo pudo haberme fallado siendo tan pequeño? No tiene ningún sentido. No me entra en la cabeza que sintiera un arrepentimiento tan grande que terminara por marcárselo en la piel en forma de enigmático tatuaje.

No sé qué más decir o hacer para que me lleve a casa. No ha contestado a casi ninguna de mis preguntas y, cuando lo ha hecho, ha sido con esas crípticas respuestas que me dejan más confundida que antes. Y yo solo quiero irme a casa.

Se acerca al arcén y tengo la esperanza de que vaya a dar la vuelta, pero lo que hace es apagar el motor y abrir la puerta. Al mirar por la ventanilla, veo que volvemos a estar en el aeropuerto, lo que me toca mucho las narices. No quiero estar aquí mientras él contempla las estrellas en silencio. O me da respuestas o ya podemos largarnos.

Abro mi portezuela y lo sigo con desgana hasta la valla con la esperanza de que, si le sigo la corriente, acabe obteniendo las contestaciones que necesito. Me ayuda a saltar y, cuando llegamos al lugar de la otra vez, nos tumbamos sobre la pista de aterrizaje.

Miro al cielo por si veo caer una estrella fugaz. No me vendría mal pedir un deseo o dos ahora mismo. Desearía poder viajar al pasado, un par de meses atrás, para no ir al súper aquel fatídico día.

—¿Estás preparada para las respuestas?

Vuelvo la cabeza hacia él.

—Solo si piensas ser sincero conmigo.

Él se pone de lado y se apoya en el brazo para mirarme. De nuevo se queda observándome en silencio, como de costumbre. Está más oscuro que la vez anterior y me cuesta distinguir la expresión de su cara, aunque sí noto que está triste; nunca logra disimularlo. Se inclina sobre mí y me apoya la mano en la mejilla.

—Necesito besarte —me dice.

Estoy a punto de echarme a reír, pero tengo miedo de que me salga una risa histérica, de esas que me asustan porque me hacen temer que esté volviéndome loca. Niego con la cabeza porque no concibo que crea que voy a dejar que me bese después de haber descubierto que lleva dos meses mintiéndome.

—No —enfatizo aun así en voz alta, con convicción.

Él mantiene la cara muy cerca de la mía y no aparta la mano de mi mejilla. Odio el efecto que tiene sobre mí. Aunque la rabia que no

logro quitarme de encima se la debo a él y a sus mentiras, mi cuerpo sigue respondiendo al suyo. En mi interior se está librando una curiosa guerra entre la parte de mí que quiere darle un puñetazo en la boca y la que preferiría comérsela.

—Necesito besarte —insiste, y sus palabras son un ruego desesperado—. Por favor, Sky. Tengo miedo de que, después de compartir contigo lo que estoy a punto de contarte, no pueda volver a hacerlo nunca más. —Se aproxima un poco más a mí y me acaricia la mejilla con el pulgar sin dejar de mirarme a los ojos—. Por favor.

Asiento dudosa, sin acabar de entender por qué me cuesta tanto resistirme a él. Se inclina sobre mí hasta que nuestros labios entran en contacto y me besa. Cierro los ojos y le doy permiso para hundirse en mi boca porque una gran parte de mí comparte su miedo. Temo que esta sea la última vez que sienta su piel junto a la mía. Me aterra también pensar que esta sea la última vez que vaya a sentir algo, porque él es la única persona con la que he querido compartir mis emociones.

Se recoloca hasta quedar de rodillas, con una mano en mi cara y la otra apoyada en el suelo de hormigón, junto a mi cabeza. Levanto la mano y lo agarro por el pelo para atraerlo hacia mí. Al notar cómo su sabor y su aliento se mezclan con los míos, por un momento, me olvido de todo. Solo pienso en él y en mi corazón, que se hincha y se rompe al mismo tiempo. Pensar que mis sentimientos hacia él se asientan sobre una mentira me resulta muy hiriente. El dolor invade cada resquicio en mí: la cabeza, la barriga, el pecho, el corazón, el alma. Antes pensaba que sus besos podían curármelo todo, pero ahora siento que me están provocando una enfermedad cardiaca terminal.

Él nota que tiro la toalla cuando no puedo contener más los sollozos. Me besa en la mejilla y luego en la oreja.

—Lo siento —se disculpa mientras me abraza—. Lo siento muchísimo. No quería que te enteraras.

Cierro los ojos y lo aparto de un empujón antes de incorporarme y respirar hondo. Me seco las lágrimas de un manotazo, me abrazo las rodillas con fuerza y hundo la cara entre ellas para no tener que mirarlo.

—Solo quiero que hables, Holder. Ya te he hecho todas las preguntas que tenía que hacerte. Necesito que me contestes para poder irme a casa. —Mi voz no puede sonar más derrotada.

Me apoya la mano en la nuca y me acaricia el pelo una y otra vez, como si le costara encontrar la manera de responder. Tras aclararse la garganta, empieza a hablar.

—Cuando te vi, en un primer momento no estaba seguro de que fueras Hope. Estaba tan acostumbrado a verte en cualquier chica que se pareciera un poco a ti que años atrás me rendí y acepté que no iba a encontrarte nunca. Pero, al verte en el súper y mirarte a los ojos, tuve la sensación de que sí lo eras. Por eso, cuando me enseñaste la documentación y vi que no, me sentí ridículo y me lo tomé como una señal de que había llegado el momento de olvidarme de ti.

Deja de hablar, pero no de acariciarme. Del pelo pasa a la espalda, donde me traza círculos con el dedo. Aunque noto el arrebato de apartarle la mano, las ganas de que se quede justo donde está ganan la partida.

—Fuimos vecinos durante un año. Tú vivías con tu padre y nosotros, en la casa de al lado. Les, tú y yo éramos muy amigos, aunque es muy difícil recordar la cara de alguien después de tanto tiempo. Me pareció que eras Hope, pero también pensé que, si de verdad lo fueras, no tendría dudas. Siempre había pensado que, si algún día te encontraba, estaría seguro.

»Tras verte en el súper, lo primero que hice fue buscar en internet el nombre que me habías dado, pero no había nada sobre ti, ni siquiera en Facebook. Me pasé una hora indagando y acabé tan frustrado que salí a correr. Cuando te vi delante de mi casa, me quedé sin aliento. Estabas ahí, exhausta y sudorosa después de haber corrido, y... Joder, Sky, estabas tan guapa... Seguía sin estar seguro de si eras Hope o no, pero en ese momento ni se me pasó por la cabeza. Me daba igual quién fueras; solo quería conocerte.

»Después de haber pasado tiempo contigo durante la primera semana, no pude resistir la tentación de ir a tu casa aquel viernes. No fui con la intención de rebuscar en tu pasado, ni siquiera con la esperanza de que pasara algo entre nosotros. Fui porque quería que me conocieras de primera mano, que no te quedaras con lo que te habían contado de mí. Y, tras aquella noche, lo único en lo que podía pensar era en cómo pasar más tiempo contigo. Nunca había conocido a nadie que me afectara tanto, a quien me sintiera tan unido. Seguía preguntándome si sería posible que fueras Hope, sobre todo después de que me contaras que eras adoptada, pero tampoco descartaba que se tratara de una coincidencia.

»Sin embargo, cuando vi la pulsera... —Deja de hablar y aparta la mano de mi espalda. Me desliza los dedos bajo la barbilla para forzarme a mirarlo a los ojos—. Se me rompió el corazón, Sky. Ya no quería que fueras ella. Quería que me dijeras que te la había regalado Six, que te la habías encontrado o comprado. Después de tantos años buscándote en cada cara, cuando al final te encontré, no pude soportarlo. No deseaba que fueras Hope, solo que fueras... tú.

Niego con la cabeza porque sigo tan confundida como antes.

—Pero ¿por qué no me lo contaste entonces? ¿Tanto te habría costado admitir que nos conocíamos de antes? No entiendo por qué

me has estado mintiendo todo este tiempo.

Él me observa en silencio, como si buscara una respuesta válida, y me aparta el pelo de la cara antes de preguntarme:

—¿Qué recuerdas de tu adopción?

Me encojo de hombros.

—No gran cosa. Sé que estuve en una casa de acogida después de que mi padre me entregara a Servicios Sociales, que Karen me adoptó y que vinimos a vivir aquí cuando yo tenía cinco años. Aparte de eso y de algún recuerdo vago, nada más.

Holder se mueve hasta que quedamos frente a frente y me apoya las manos en los hombros, como si la situación le resultara frustrante.

—Todo eso te lo ha contado Karen. Lo que quiero saber es si tú te acuerdas de algo, Sky.

Niego con la cabeza de nuevo, aunque esta vez más despacio.

—No, de nada. En los primeros recuerdos que tengo, ya aparece Karen. El único recuerdo anterior es la pulsera, porque la conservo y eso me ayuda a no perderlo del todo, pero ni siquiera me acordaba de quién me la había dado.

Holder me sostiene la cara entre las manos y me besa en la frente. Permanece así, sin apartar los labios de mi piel, como si no deseara separarse para no tener que hablar. No quiere revelar lo que sea que me oculta.

—Dilo de una vez —susurro—. Dime ya eso que desearías no tener que contarme.

Se aparta un poco de mí y apoya la frente en el lugar que ocupaba su boca. Con los ojos cerrados, me sostiene la cara con fuerza. Su expresión es tan triste que me entran ganas de abrazarlo, a pesar de mi enfado. Cuando lo envuelvo entre los brazos, él me estrecha también y aprovecha el impulso para sentarme sobre su

regazo. Le rodeo la cintura con las piernas sin separar la frente de la suya en ningún momento. Su abrazo me parece distinto esta vez, como si se estuviera aferrando a mí porque el mundo se ha salido de su eje y yo me he convertido en su núcleo.

—Dilo sin más, Holder.

Desliza las manos hacia la parte baja de mi espalda mientras abre los ojos para mirarme mientras habla.

—El día en que Les te regaló la pulsera, estabas llorando. Me acuerdo de todos los detalles como si hubiera sido ayer. Estabas sentada en el jardín con la espalda apoyada en la pared de la casa. Les y yo estuvimos contigo mucho rato, pero no parabas de llorar. Después de regalarte la pulsera, ella se metió en casa, pero yo fui incapaz de marcharme. Me sentía mal dejándote ahí sola porque pensé que debías de estar enfadada con tu padre otra vez. Siempre llorabas por su culpa, tanto que acabé detestándolo. No me acuerdo de él, solo que lo odiaba a muerte por hacerte sentir tan mal. Claro, yo tenía seis años, por lo que nunca sabía qué decirte cuando llorabas. Creo que entonces te dije algo como «No te preocupes...».

—«No vivirá para siempre» —termino la frase por él—. Me acuerdo de ese día, de Les dándome la pulsera y de ti diciéndome que no viviría eternamente. Esas eran las dos cosas que recordaba; lo que no sabía era que fuiste tú quien me lo dijo.

—Sí, eso fue lo que te dije. —Me sujeta el rostro antes de continuar—. Y luego hice algo de lo que me he arrepentido el resto de mi vida.

Niego con la cabeza.

—Holder, no hiciste nada. Te marchaste.

—Exacto. Me fui a mi casa aunque sabía que tendría que haberme quedado contigo sentado en la hierba. Permanecí en mi jardín y te observé mientras seguías llorando sola cuando deberías haber

estado entre mis brazos. Me quedé ahí como un pasmarote... y vi el coche que aparcó frente a la casa. Vi que se bajaba la ventanilla del acompañante y que alguien te llamaba por tu nombre. Vi cómo te secabas los ojos y mirabas hacia el vehículo. Te levantaste y, tras sacudirte el polvo de los shorts, te acercaste. Te vi montar y supe que, fuera lo que fuese lo que estaba pasando, no debería haberme quedado quieto sin hacer nada. Pero eso fue lo que hice en vez de estar a tu lado. Si hubiera permanecido junto a ti, no habría pasado.

El miedo y el arrepentimiento que distingo en su voz hacen que se me desboque el corazón. No sé de dónde saco fuerzas para hablar sin que el miedo me paralice.

—¿Qué es lo que no habría pasado?

Él me besa la frente con delicadeza mientras me acaricia las mejillas con los pulgares; me mira como si tuviera miedo de romperme el corazón.

—Te secuestraron. La persona que conducía ese coche te raptó de casa de tu padre. Te apartó de él, de Les y de mí. Llevas trece años desaparecida, Hope.

Sábado, 27 de octubre de 2012

23:57 h

Una de las cosas que más me gustan de los libros es que son capaces de acotar y compilar ciertas partes de la vida de un personaje en capítulos. Me resulta intrigante porque la realidad no funciona así. No puedes terminar un capítulo y luego saltarte las cosas que no quieres vivir hasta llegar a otra parte que te apetezca más. La vida no se divide en secciones, sino en minutos. Los acontecimientos se agolpan uno tras otro sin posibilidad de pasarlos a cámara rápida o recurrir a páginas en blanco y saltos de capítulo, porque, da igual lo que pase, la vida no se detiene. Sigue siempre adelante, las palabras fluyen y las verdades salen a la luz lo quieras o no, sin darte la oportunidad de descansar ni de recobrar el aliento.

Ahora mismo necesito un salto de capítulo porque me vendría bien recuperar la respiración, pero no tengo ni puta idea de cómo hacerlo.

—Di algo —me pide Holder. Sigo sentada en su regazo, rodeándolo con las piernas, con la cabeza apoyada en su hombro y los ojos cerrados. Me sujeta la nuca con una mano y me susurra al oído—: Di algo, por favor.

No sé qué quiere que diga. ¿Quiere que me muestre sorprendida? ¿En shock? ¿Que me eche a llorar o me ponga a gritar? No puedo reaccionar de ninguna manera porque sigo tratando de asimilar sus palabras.

«Llevas trece años desaparecida, Hope».

Sus palabras se repiten una y otra vez en mi cabeza como un disco rayado.

«Desaparecida».

Espero que lo diga en sentido figurado, en plan «¿Dónde te habías metido? Te echaba de menos», pero lo dudo mucho. He visto el dolor en sus ojos mientras las pronunciaba. Le ha costado mucho hacerlo porque sabía que me iban a doler.

Bueno, aunque lo haya dicho en sentido literal, tal vez se confunda. Éramos tan pequeños que lo más seguro es que no recuerde la secuencia de los hechos con precisión.

Sin embargo, cuando reviso estos dos últimos meses, todo empieza a encajar. Comienzo a entender sus cambios de humor, las palabras crípticas y lo que me parecía personalidad múltiple. Por ejemplo, cuando se plantó en mi puerta y me dijo que llevaba buscándome toda la puta vida, estaba siendo literal.

O la noche en la que vinimos aquí y, en esta misma pista de aterrizaje, me preguntó si había tenido una buena vida. Llevaba trece años preocupado por mí sin saber qué me había pasado. Su necesidad de descubrir si había sido feliz en mi nueva vida no podía ser más literal.

Me viene a la mente también cuando se negó a disculparse por su comportamiento en la cafetería. Me dijo que tenía una buena razón, pero que no podía contármela todavía. No lo cuestioné porque me pareció sincero y creí que me lo explicaría más adelante, aunque nunca me habría imaginado el auténtico motivo por el que le afectó tanto verme con la pulsera. No quería aceptar que yo era Hope porque sabía que la verdad me rompería el corazón.

Y tenía razón.

«Llevas trece años desaparecida, Hope».

La última palabra hace que me estremezca. Levanto la cara despacio y lo miro a los ojos.

—Me has llamado Hope. No vuelvas a hacerlo; ese no es mi nombre.

Él asiente con la cabeza.

—Lo siento, Sky.

De nuevo me estremezco al oír la última palabra. Me aparto de su regazo y me levanto.

—Tampoco me llames así —le ordeno con decisión.

No quiero que me llamen Hope ni Sky ni princesa ni de ninguna manera que me haga sentir que se refieren solo a una parte de mí. De pronto me parece que soy varias personas distintas dentro del mismo envoltorio, alguien que no sabe quién es ni a qué lugar pertenece. Resulta muy inquietante. Nunca me había sentido tan aislada en toda mi vida, como si no hubiera nadie en el mundo de quien me pudiera fiar. Ni siquiera de mí misma, porque no puedo confiar en mis recuerdos.

Holder se levanta, me toma las manos y me observa en silencio, a la espera de mi reacción. Pues se va a llevar un chasco, porque no pienso reaccionar ni aquí ni ahora. A una parte de mí le gustaría echarse a llorar entre sus brazos mientras él me repite que todo va a salir bien, pero otra quiere darle puñetazos y gritarle por haberme engañado. Parte de mí quiere que se siga culpando por no impedir lo que ocurrió hace trece años, pero lo que deseo por encima de cualquier cosa es que todo pase. Volver a cuando no sentía nada en absoluto. Echo de menos aquella insensibilidad.

Retiro las manos y echo a andar hacia el coche.

—Necesito un salto de capítulo —comento como si hablara conmigo misma.

Él me sigue de cerca.

—Ni siquiera sé lo que significa eso.

Parece abrumado, derrotado. Me agarra del brazo para que me detenga, supongo que para preguntarme cómo estoy, pero me suelto y me encaro con él. No quiero que me pregunte cómo me siento, porque no tengo ni idea. En estos momentos soy presa de un tornado de emociones que abarcan todo el espectro. Algunas son viejas conocidas, otras las estoy sintiendo por primera vez. La rabia, el miedo, la tristeza y la incredulidad no dejan de crecer en mi interior y quiero que paren. Quiero dejar de sentir todo esto, y es por eso por lo que le agarro la cara y me la acerco para besarlo. Le doy un beso apresurado, intenso, buscando una reacción que no encuentro. Holder no me lo devuelve; se niega a ayudarme a liberarme del dolor de esta manera. Furiosa, me aparto de él y le doy una torta.

Él apenas reacciona, lo que me enfurece todavía más. Quiero que sienta dolor, que sufra como estoy sufriendo yo por culpa de sus palabras. Vuelvo a abofetearlo y él me lo permite. Al ver que sigue sin responder, le doy un empellón en el pecho. Sigo empujándolo una y otra vez, queriendo devolverle todo el dolor que acaba de inyectarme en el alma. Aprieto los puños y lo golpeo y, como no funciona, me pongo a gritar sin dejar de atizarlo hasta que noto que me ha apresado entre sus brazos y trato desesperadamente de liberarme. Me da la vuelta y quedo con la espalda pegada a su pecho y los brazos entrelazados ante el mío.

—Respira —me susurra al oído—. Cálmate, Sky. Sé que estás confusa y asustada, pero estoy aquí. Estoy contigo; tú solo respira.

Cierro los ojos y me empapo de su voz, calmada y reconfortante. Él inspira hondo para animarme a imitarlo y hacerlo a su ritmo. Respiramos hondo al unísono varias veces. Cuando se asegura de

que he dejado de resistirme, me da la vuelta despacio y me atrae hacia él.

—No quería hacerte daño —murmura mientras me acuna la cabeza entre sus manos—. Por eso no te lo había contado.

En este momento me doy cuenta de que no he llorado desde que la verdad ha salido de sus labios. Me niego a hacerlo por muchas ganas que tenga. Las lágrimas no me van a ayudar en nada; al contrario, me harán más débil.

Le apoyo las manos en el pecho y lo aparto con suavidad. Es más fácil que se me escapen las lágrimas si me quedo así, pegada a él, un lugar tan reconfortante que me vuelve vulnerable. No necesito que nadie me consuele. Tengo que aprender a ser fuerte y valerme por mí misma, porque no puedo fiarme de nadie aparte de mí, ni siquiera de mi mente. Todo lo que pensaba que sabía ha resultado ser mentira. No tengo ni idea de quién conoce la realidad; solo sé que he perdido la confianza en todo el mundo. No me fío de Holder ni de Karen... y sí, lo admito, tampoco de mí.

Doy un paso atrás y lo miro a los ojos.

—¿Pensabas decírmelo algún día? —le espeto malhumorada—. ¿Y si no me hubiera acordado nunca? ¿Me lo habrías contado alguna vez? ¿O es que tenías miedo de que te dejara y te quedaras sin la oportunidad de follarme? ¿Por eso me has estado engañando todo este tiempo?

En cuanto las palabras salen de mi boca, me dirige una mirada ofendida.

—No, claro que no. Si no te dije nada fue porque tenía miedo de lo que pudiera pasarte. Y si no lo he denunciado es porque sé que te apartarían de Karen. Lo más probable es que la arrestaran y te enviaran a vivir con tu padre hasta que cumplas los dieciocho. ¿Eso

es lo que quieres que pase? Karen y tú os queréis y estás a gusto aquí. No quería que las cosas cambiaran.

Se me escapa la risa porque nada de lo que dice tiene sentido. Niego con la cabeza mientras replico:

—Para empezar, no detendrían a Karen porque te garantizo que ella no sabe nada de todo esto. Además, ya tengo dieciocho años, los cumplí en septiembre. Si mi edad fuera la razón, ya me lo habrías contado.

Él se aprieta la nuca y clava la vista en el suelo. No me gusta verlo tan nervioso porque su reacción me dice que no ha terminado de confesármelo todo.

—Sky, todavía me quedan muchas cosas por contarte. —Me busca la mirada—. Tu cumpleaños no es en septiembre, es el 7 de mayo. Te faltan seis meses para cumplir los dieciocho. Y Karen tiene que saberlo. —Da un paso hacia mí y me agarra las manos—. Tiene que estar al corriente de todo. Piénsalo. ¿Quién si no?

Me suelto con brusquedad y retrocedo. Estoy segura de que tiene que haber sido una tortura para él saber todo esto y haber guardado el secreto. Leo en sus ojos que le duele muchísimo decirme estas cosas. Pero le he estado dando el beneficio de la duda desde el día en que lo conocí, y todo el dolor que pudiera sentir por él desaparece cuando trata de convencerme de que mi madre está involucrada en algo tan turbio.

—Llévame a casa —le exijo—. No quiero oír ni enterarme de nada más esta noche.

Él trata de darme las manos una vez más, pero las aparto de un tortazo.

—¡LLÉVAME A CASA! —grito mientras me dirijo al coche.

No quiero escuchar nada más. Necesito a mi madre, verla y abrazarla, saber que no estoy sola en esto, porque así es como me

siento ahora mismo.

Llego a la valla antes que Holder y trato de saltarla, pero no puedo. Me tiemblan las manos y los brazos, no tengo fuerzas. Sigo intentándolo cuando él me alcanza y me impulsa hacia arriba. Me dejo caer al otro lado y sigo andando hacia el coche.

Él se sienta y cierra la puerta, pero no arranca el motor. Se ha quedado embobado mirando el volante, con los dedos en la llave de contacto. Los contemplo con sentimientos contradictorios porque, por un lado, me muero de ganas de que me abrace y me acaricie la espalda y el pelo mientras me asegura que todo va a salir bien, aunque también me asquea pensar que me ha tocado de manera tan íntima con esas mismas manos sabiendo que me estaba engañando. No entiendo cómo ha sido capaz de estar conmigo en la cama sabiendo lo que sabía, sin compartir esa información conmigo. No sé si voy a poder perdonarlo alguna vez.

—Sé que son muchas cosas por asimilar —dice en voz baja—. Lo comprendo perfectamente. Voy a llevarte a casa, pero tenemos que hablar sobre esto mañana mismo. —Se vuelve hacia mí y me dirige una mirada implacable—. Sky, no puedes contarle nada de esto a Karen. ¿Lo entiendes? No hasta que hayamos aclarado las cosas.

Asiento en silencio para que me deje en paz. ¿No pretenderá en serio que no hable con mi madre, que actúe como si no hubiera pasado nada?

Él gira todo el cuerpo hacia mí y se inclina hacia delante con la mano apoyada en mi reposacabezas.

—Lo digo en serio, cielo. Sé que no la crees capaz de hacer algo así, pero, hasta que no descubramos lo que ocurrió, tienes que guardar silencio. Si se lo cuentas a alguien, toda tu vida cambiará. Date tiempo para asimilarlo, por favor. Prométeme que esperarás hasta mañana, hasta después de que hayamos hablado.

Suena tan aterrorizado que se me rompe el corazón. Vuelvo a asentir y esta vez lo hago en serio.

Me observa unos instantes hasta que al fin mira al frente, arranca el coche y nos ponemos en marcha. Recorremos los seis kilómetros que nos separan de mi casa en silencio. Cuando se detiene frente a la puerta, abro y me dispongo a salir, pero él me agarra la otra mano para retenerme.

—Espera —me pide.

Yo obedezco, pero no me vuelvo hacia él. Tengo un pie en el coche y otro en la acera, con la vista clavada en la puerta de casa. Holder sube la mano hacia mi cabeza y me coloca un mechón de pelo por detrás de la oreja.

—¿Estarás bien esta noche?

Es una pregunta tan absurda que se me escapa un suspiro.

—¿Cómo? —Me giro para mirarlo—. ¿Cómo voy a estar bien después de esto?

Él no deja de observarme ni de acariciarme el pelo.

—Me mata que nos despidamos así. No quiero dejarte sola. ¿Puedo volver dentro de una hora?

Sé que me está preguntando si puede colarse por la ventana y meterse en la cama conmigo, por lo que enseguida le digo que no.

—No puedo. —Se me quiebra la voz—. Me está costando mucho estar a tu lado. Necesito estar sola para pensar. Nos vemos mañana mejor, ¿vale?

En silencio, asiente, me aparta la mano de la mejilla y la lleva al volante, pero no me pierde de vista en ningún momento mientras salgo del coche y me alejo de él.

Domingo, 28 de octubre de 2012

00:37 h

Cuando cruzo el recibidor y entro en el salón, espero que me envuelva el calor que tanto anhelo ahora mismo. Necesito notar la familiaridad, sentir que pertenezco a este sitio para poder calmarme y mantener las lágrimas a raya. Este es mi hogar, el lugar donde vivo con Karen, una mujer que me quiere y que haría cualquier cosa por mí, a pesar de lo que Holder pueda creer.

Permanezco quieta en el salón a oscuras y espero a que me envuelva esa reconfortante sensación, pero no llega. Lo que siento son dudas y sospechas. Odio darme cuenta de que todo a mi alrededor parece distinto porque mi punto de vista ha cambiado.

Cruzo la estancia y me detengo frente a la habitación de Karen. Me planteo meterme en la cama con ella, pero tiene la luz apagada. Nunca había sentido una necesidad tan grande de estar a su lado; sin embargo, no me atrevo a abrir la puerta. Supongo que aún no estoy preparada para enfrentarme a ella, por lo que paso de largo y me dirijo a mi cuarto.

Al acercarme, veo que asoma luz por debajo de la puerta. Apoyo la mano en el pomo y lo giro lentamente. Karen, que está sentada en la cama, alza la vista al oírme entrar y se levanta al instante.

—¿Dónde estabas?

Parece preocupada, pero detecto otra cosa en su voz: enfado o tal vez decepción.

—Con Holder. No me pusiste hora de vuelta.

Me señala la cama.

—Siéntate, tenemos que hablar.

La observo con cautela porque todo en ella me parece distinto. Aunque asiento con la cabeza como una hija obediente, siento que estoy actuando, como si protagonizara una escena dramática en una película del canal Lifetime.

Me acerco a la cama y me siento sin acabar de entender por qué parece tan molesta. En parte desearía que se hubiera enterado de todo lo que he descubierto esta noche, así no me costaría tanto hablar sobre ello.

Se pone a mi lado y me mira a los ojos.

—No tienes permiso para volver a verlo —anuncia con firmeza.

Pestañeo un par de veces, sorprendida por el tema de la conversación. No me imaginaba que fuera a hablarme de Holder.

—¿Qué? —No entiendo nada—. ¿Por qué?

Ella se saca mi móvil del bolsillo.

—¿Qué es esto? —inquiere tensa. Le da a un botón y me muestra la pantalla—. ¿Qué clase de mensajes son estos, Sky? Son horribles. Te dice cosas espantosas, repugnantes. —Deja caer el teléfono en la cama y me toma las manos—. ¿Por qué estás con alguien que te trata así? No te eduqué para que toleraras estas cosas.

Ha recuperado el tono de voz normal; ahora se muestra solo como una madre preocupada.

Le aprieto las manos para tranquilizarla. Sé que se me caerá el pelo por tener móvil, pero lo principal ahora es dejarle claro que los mensajes no son lo que ella piensa. La verdad es que me siento un poco idiota con esta conversación. Comparado con los temas que han surgido esta noche con Holder, esto me parece una tontería.

—Mamá, no lo dice en serio. Me envía esos mensajes para hacerme reír.

A ella se le escapa una risa escéptica mientras niega con la cabeza.

—Hay algo en él que no me gusta. No me hace ninguna gracia cómo te mira y tampoco me gusta cómo me mira a mí. Y el hecho de que te comprara un móvil sin cumplir mis reglas me demuestra que no respeta a los demás. Tal vez los mensajes sean en tono de broma, pero sigo sin fiarme de él. Y creo que tú tampoco deberías hacerlo.

La observo en silencio mientras sigue hablando, aunque mis pensamientos cada vez se vuelven más y más ruidosos hasta que forman un parapeto que no deja pasar las palabras con las que me está taladrando. Me sudan las manos; el pulso se me desboca y me ensordece. Reviso mentalmente todas sus creencias, decisiones y reglas. Trato de ordenarlas y colocarlas cada una en un capítulo, pero se mezclan. Elijo la primera que me viene a la cabeza y se la planteo tal cual.

—¿Por qué no puedo tener móvil?

Se lo he dicho en voz tan baja que no estoy segura de que me haya oído, pero, al ver que deja de mover la boca, me imagino que sí.

—¿Y por qué no quieres que tenga acceso a internet?

Las preguntas me están envenenando la mente. Necesito expulsarlas de ahí. Las piezas comienzan a encajar, pero deseo que no sea más que una coincidencia. Espero que me haya protegido del exterior durante toda mi vida porque me quiere y no porque haya nada turbio detrás de ese instinto. Sin embargo, no puedo evitar sentir que en realidad me estaba escondiendo.

—¿Por qué me escolarizaste en casa? —Mi voz suena mucho más potente esta vez.

Me mira con los ojos muy abiertos, como si no entendiera a qué vienen tantas preguntas. Se levanta.

—Estamos hablando de ti, no de mí, Sky. Mientras vivas bajo mi techo, tendrás que seguir mis normas. —Coge el teléfono y se dirige a la puerta—. Estás castigada. Se acabaron los móviles y los novios. Ya hablaremos mañana.

Cuando cierra de un portazo y me tumbo en la cama, lo veo todo mucho más negro que cuando he entrado en casa.

No me lo puedo creer; tiene que ser una coincidencia. ¡No puede ser verdad! Karen no sería capaz de algo así. Contengo las lágrimas y me niego a aceptarlo. Tiene que haber alguna explicación. Tal vez Holder se haya equivocado. O quizá sea mi madre la que esté confundida.

Yo, desde luego, lo estoy. Y mucho.

Me quito el vestido y me pongo una camiseta. Apago la luz y me meto bajo las sábanas con la esperanza de despertarme mañana y descubrir que todo ha sido una pesadilla. Si no lo es, no sé cuánto voy a poder aguantar sin derrumbarme. Miro las estrellas del techo y empiezo a contarlas. Lo aparto todo y a todos de la mente y me concentro en ellas, solo en ellas.

Trece años atrás

Dean vuelve a su jardín, pero se gira y se me queda mirando. Escondo la cara en el brazo otra vez, tratando de no llorar. Sé que probablemente querrán volver a jugar al escondite antes de que sea hora de entrar en casa, así que tengo que dejar de estar triste para poder estar con ellos.

—¡Hope!

Busco a Dean con la mirada; no me está observando a mí, sino a un coche. Pensaba que me había llamado él, pero la voz ha salido del vehículo que ha aparcado delante de casa y ha bajado la ventanilla.

—Hope, ven aquí —me llama una señora, sonriendo.

Siento que la conozco de algo, aunque no recuerdo su nombre. Me levanto para ir a ver qué quiere. Me sacudo la tierra de los shorts y me acerco. Ella sigue sonriendo; parece muy simpática. Cuando llego al coche, baja los pestillos.

—¿Estás lista para que nos vayamos, cariño? Tu papá quiere que nos demos prisa.

No sabía que tenía que ir a algún sitio. Papi no me ha dicho nada.

—¿Adónde vamos?

Ella sonríe y me abre la puerta.

—Te lo cuento por el camino. Sube y abróchate el cinturón, no vayamos a llegar tarde.

Está claro que eso le preocupa. Yo tampoco quiero que llegue tarde, así que me monto delante y cierro la puerta. Ella sube la

ventanilla y nos ponemos en marcha.

Me sonríe, alarga la mano hacia el asiento de atrás y me ofrece un zumo. Lo cojo y le quito el plástico a la pajita.

—Soy Karen —me dice—. Vas a vivir conmigo una temporada. Acabaré de contártelo todo cuando lleguemos.

Le doy un trago al zumo. Es de manzana. Me encanta el zumo de manzana.

—¿Y papi? ¿Él también vendrá?

Karen niega con la cabeza.

—No, cariño. Cuando lleguemos, estaremos solas tú y yo.

Vuelvo a meterme la pajita en la boca porque no quiero que me vea sonreír. No quiero que sepa que me alegro de que mi papi no venga con nosotras.

Domingo, 28 de octubre de 2012

2:45 h

Me siento en la cama.

«Ha sido un sueño».

«Solo ha sido un sueño».

El corazón me late tan descontrolado que lo noto en cada rincón del cuerpo; palpita tan fuerte que lo oigo. Estoy sudando y me falta el aliento.

«Solo ha sido un sueño».

Trato de convencerme. Quiero creer con todas mis fuerzas que la escena que acabo de rememorar no es real. No puede serlo.

Pero lo es. Lo recuerdo con tanta claridad como si hubiera sucedido ayer. A cada nueva memoria que desbloqueo la sigue otra y otra. Cosas que había reprimido o que era demasiado pequeña para comprender están volviendo en masa. Incluso cosas que preferiría no recordar, que me gustaría desconocer.

Aparto las mantas y enciendo la lamparita. Cuando la habitación se ilumina, grito al darme cuenta de que no estoy sola en la cama. Al oírme, él se despierta y se sienta de un brinco.

—¿Qué demonios haces aquí? —susurro para no despertar a Karen.

Holder mira la hora en el reloj y se frota los ojos. Cuando está lo bastante despierto para responder, me pone la mano en la rodilla.

—No podía dejarte sola. Necesitaba asegurarme de que estabas bien. —Me apoya la palma en el cuello, bajo la oreja, y me acaricia la mandíbula con el pulgar—. Tu corazón —comenta al notarme el pulso desbocado—. Estás asustada.

Al verlo así en mi cama, tan preocupado por mí, no puedo seguir enfadada con él. No puedo culparlo de lo sucedido. Me gustaría poder responsabilizarlo de todo, pero no soy capaz. Si no estuviera aquí para confortarme después de lo que acabo de recordar, no sé qué haría. No ha hecho más que culparse de todo lo que me ha pasado desde que era pequeña. Empiezo a darme cuenta de que él necesita tanto consuelo como yo. Y esa es la razón por la que permito que me robe otro trozo de corazón. Le busco la mano que sigue en mi cuello y se la aprieto.

—Holder, me he acordado —admito con la voz temblorosa.

Tengo que hacer un gran esfuerzo por contener las lágrimas. Trago saliva y las obligo a retroceder. Él se acerca más a mí y me gira hasta que quedamos cara a cara. Me apoya las manos en las mejillas y me mira a los ojos.

—¿De qué?

Niego con la cabeza porque no quiero decirlo en voz alta, pero él no me suelta. Me anima a pronunciar las palabras con la mirada y un leve asentimiento de cabeza para convencerme de que es correcto hablar. Respondo con un hilo de voz porque la idea me sigue aterrorizando.

—La mujer del coche era Karen. Fue ella. Ella fue la que me secuestró.

Veo en sus ojos el dolor y la comprensión. Me atrae hacia su pecho y me envuelve en un abrazo.

—Lo sé, cielo —murmura con la cara hundida en mi pelo—. Lo sé.

Me aferro a su camiseta y me fundo entre sus brazos, buscando su calor y su consuelo. Cierro los ojos, pero solo un segundo, porque él me aparta cuando Karen abre la puerta de la habitación.

—¿Sky?

Me vuelvo hacia ella, que está parada en el umbral, fulminando a Holder con la mirada. Se vuelve hacia mí antes de seguir hablando.

—¿Sky? ¿Qué... estás haciendo? —Su voz suena entre confusa y decepcionada.

Busco a Holder con la vista.

—Sácame de aquí —murmuro—, por favor.

Él asiente en silencio, se dirige al armario y abre la puerta. Yo, mientras tanto, me acerco a la cómoda en busca de unos vaqueros y me los pongo.

—¿Sky?

Karen nos sigue observando desde la puerta, pero no puedo ni mirarla. Da unos pasos hacia mí mientras Holder deja una bolsa de viaje sobre la cama.

—Mete algo de ropa. Yo me ocupo de tus cosas del baño.

Su voz, serena, calmada, se abre paso entre el horror que amenaza con apoderarse de mí. Me acerco al armario y elijo varias camisetas.

—No te vas a ir a ninguna parte con él, Sky. ¿Acaso te has vuelto loca?

Ahora es Karen la que parece a punto de sucumbir al pánico, pero no la miro y sigo metiendo prendas en la bolsa. Saco también calcetines y ropa interior del primer cajón de la cómoda. Mientras vuelvo a la cama, se interpone en mi camino y me apoya las manos en los hombros para que la mire.

—Sky... —Parece atónita—. ¿Qué haces? ¿Qué te pasa? No te vas a ir con él.

Holder vuelve del baño con las manos llenas, sortea a Karen y deja mis productos de neceser en la bolsa.

—Karen, te sugiero que la sueltes. —Teniendo en cuenta que la está amenazando, su voz suena bastante calmada.

Ella se gira hacia Holder con el ceño fruncido.

—No te la vas a llevar. Si sales de esta casa con ella, llamaré a la policía.

Él no responde. Me mira, me quita la ropa que tengo en las manos, la guarda en la bolsa y cierra la cremallera.

—¿Lista? —Me da la mano.

Yo asiento con la cabeza.

—¡Lo digo en serio! —grita Karen.

Ha empezado a llorar y alterna la mirada entre los dos al borde del colapso nervioso. Verla sufrir así me rompe el corazón porque es mi madre y la quiero, pero no puedo olvidarme de la rabia que me causa su traición, una traición que hace trece años que dura.

—¡Voy a llamar a la policía! ¡No tienes derecho a llevártela!

Meto la mano en el bolsillo de Holder, saco su móvil y se lo ofrezco a Karen.

—Toma —le digo en el tono más calmado que puedo, mirándola a los ojos—. Hazlo.

Ella baja la vista hacia el teléfono, pero vuelve a buscarme la mirada antes de decir entre lágrimas:

—¿Por qué haces esto, Sky?

Le tomo la mano y le plantifico el móvil en la palma, aunque ella se resiste a sostenerlo.

—¡Llámalos, va! ¡Llama a la policía, mamá! Por favor —le ruego. Le estoy suplicando para que me demuestre que me equivoco, que no tiene nada que esconder, que no soy yo lo que oculta—. Por favor —repito en voz baja.

Deseo con toda el alma y todo el corazón que coja el teléfono y llame a la policía.

Ella inspira hondo y da un paso atrás. Cuando empieza a negar con la cabeza, estoy casi segura de que sabe que yo lo sé, aunque no me quedo a comprobarlo.

Holder me da la mano y me acompaña a la ventana. Me hace pasar primero y sale tras de mí. Oigo que Karen grita mi nombre, pero no me detengo hasta llegar al coche de Holder. Nos montamos y nos alejamos de la casa y de la única familia que he conocido.

Domingo, 28 de octubre de 2012

3:10 h

—No podemos quedarnos aquí —me advierte Holder al detenerse frente a su casa—. Karen puede venir a buscarte. No te muevas del coche. Entro a por mis cosas y vuelvo enseguida.

Se inclina hacia mí, me sujeta la cara y me besa antes de bajar. Durante el tiempo que pasa en el interior, me apoyo en el reposacabezas y miro por la ventana, pero no hay ni una estrella que pueda contar. Solo relámpagos, lo que no deja de ser adecuado para una noche como esta.

Cuando Holder regresa poco después, lanza su bolsa en el asiento de atrás, junto a la mía. Su madre está en la puerta observándolo. Él se le acerca y le sujeta la cara entre las manos, como hace conmigo. Le dice algo, pero no distingo las palabras. Ella asiente y le da un abrazo. Vuelve al coche y esta vez se monta en su asiento.

—¿Qué le has dicho?

Me busca la mano mientras arranca y nos alejamos.

—Que tu madre y tú habéis discutido y que voy a acompañarte a casa de un pariente tuyo en Austin. Que me quedaré con mi padre unos días y que volveré pronto. —Me mira y sonríe—. No pasa nada. Por desgracia, está acostumbrada a que me vaya de vez en cuando, así que no le preocupa.

Me giro hacia la ventanilla cuando la lluvia empieza a golpear con fuerza el parabrisas.

—¿En serio nos vamos a quedar en casa de tu padre?

—Iremos adonde tú quieras, aunque dudo que quieras ir a Austin.

Me vuelvo hacia él.

—¿Por qué no iba a querer?

Holder frunce los labios mientras pone en marcha el limpiaparabrisas. Me apoya la mano en la rodilla y me la acaricia con el pulgar.

—Es tu ciudad natal —responde en voz baja.

Vuelvo a mirar por la ventanilla y suspiro. Hay tantas cosas que desconozco... Tantísimas... Presiono la frente contra el cristal para sentir su frescor y cierro los ojos antes de permitir que salgan a la superficie las preguntas que llevo toda la noche conteniendo.

—Mi padre... ¿sigue vivo?

—Sí, está vivo.

—¿Y mi madre? ¿De verdad murió cuando yo tenía tres años?

Él se aclara la garganta.

—Sí, falleció en un accidente de coche meses antes de que nos instaláramos frente a vuestra casa.

—Y él... ¿sigue viviendo en el mismo sitio?

—Sí.

—Quiero ver la casa. Llévame.

No me responde al momento. Inspira hondo y suelta el aire despacio.

—No creo que sea buena idea.

Me vuelvo otra vez hacia él.

—¿Por qué no? Es mi verdadero hogar, y creo que debería saber que estoy bien.

Holder detiene el coche en el arcén y me clava la mirada.

—Cielo, lo has recordado hace solo unas horas. Todavía tienes que asimilar muchas cosas antes de tomar decisiones. Si tu padre te ve y

te reconoce, Karen irá a la cárcel. Tienes que pensártelo bien. Piensa en los medios, la prensa... Créeme, Sky, cuando desapareciste, los reporteros se pasaron meses acampados delante de nuestra casa. La policía me interrogó por lo menos veinte veces en dos meses. Tu vida va a cambiar mucho elijas lo que elijas, pero quiero que tomes la mejor decisión posible. Responderé a todas las preguntas que me hagas y te llevaré adonde quieras, pero dentro de un par de días. Si quieres ir a ver a tu padre, iremos. Si prefieres poner una denuncia en comisaría, lo haremos. Y, si lo que necesitas es alejarte de todo y de todos, podemos hacerlo también. Pero ahora mismo te pido que dejes que la información se asiente. Estamos hablando de tu vida, del resto de tu vida.

Sus palabras me afectan; siento un nudo en el pecho. No sé en qué estaba pensando. No sé, de hecho, si soy capaz de pensar con claridad. Se nota que él le ha dado muchas vueltas al tema, pero yo no tengo ni idea de qué debo hacer. Ni puta idea.

Abro la puerta y salgo al arcén. Camino de un lado a otro y trato de concentrarme en algo para no empezar a hiperventilar. Hace frío y la lluvia cae con tanta fuerza que me aporrea el cuerpo. Las enormes gotas de agua me hacen daño al estrellarse sobre mi piel; me impiden mantener los ojos abiertos.

Al ver que Holder rodea el coche y se acerca a mí, recorro la distancia que nos separa y le echo los brazos al cuello. Con la cara enterrada en su pecho, me deshago:

—¡No puedo hacerlo! —Elevo el tono para hacerme oír por encima del ruido de la lluvia sobre el asfalto—. ¡No quiero que esta sea mi nueva vida!

Él me besa en la coronilla y se inclina para hablarme al oído.

—Yo tampoco. Lo siento mucho. Me arrepiento de haber dejado que te pasara esto.

Me desliza un dedo bajo la barbilla y me levanta la cara. Al ser más alto que yo, me protege de la lluvia, pero no hay nada que lo proteja a él de las gotas que le caen por las mejillas, la boca y el cuello. Tiene el pelo empapado y pegado a la frente. Mientras le aparto un mechón, pienso que vuelve a necesitar cortárselo.

—No tienes por qué hacer nada esta noche. Volvamos al coche y finjamos que estamos de viaje de placer, que nos hemos ido porque hemos querido y no porque las circunstancias nos hayan obligado. Podemos imaginarnos que te llevo a un sitio increíble, a algún lugar adonde siempre has querido ir. Acurrúcate a mi lado y hablemos de la ilusión que nos hace ir allí. Ya trataremos los temas serios más adelante. Pero esta noche... hagamos que tu vida sea otra.

Pego su boca a la mía y lo beso porque siempre tiene la respuesta perfecta; siempre sabe qué necesito oír. Lo beso por estar siempre a mi lado y por apoyarme decida lo que decida. Lo beso por tener tanta paciencia conmigo mientras pongo mi vida en orden. Lo beso porque no se me ocurre nada mejor que montarme en ese coche junto a él y hablar sobre todo lo que vamos a hacer cuando lleguemos a Hawái.

Aparto la boca y, de manera inesperada, en medio del peor día de mi vida, encuentro las fuerzas para sonreír.

—Gracias, Holder. Muchísimas gracias. No podría hacerlo sin ti.

Él me da un beso tierno y me devuelve la sonrisa.

—Sí, Sky. Podrías.

Domingo, 28 de octubre de 2012

7:50 h

Llevamos cuatro horas conduciendo. Tengo la cabeza reclinada en el regazo de Holder, que me acaricia el pelo de manera relajante. Tuvo que apagar el móvil en Waco porque Karen no dejaba de enviarle mensajes desde el mío, en los que le rogaba que me llevara de vuelta a casa. El problema es que yo ya no sé dónde está mi hogar.

Por mucho que quiera a Karen, no logro asimilar lo que hizo. No hay situación que justifique robar un niño, por lo que no creo que pueda volver con ella, pero quiero obtener toda la información posible antes de tomar una decisión. Aunque sé que lo correcto sería acudir a la policía, a veces lo correcto no es lo mejor para nadie.

—Lo de quedarnos en casa de mi padre no me convence —dice Holder. Había dado por hecho que él pensaba que estaba durmiendo, pero es evidente que sabe que estoy despierta—. Lo mejor será pasar la noche en un hotel y ya mañana vemos qué hacer. Cuando me fui de su casa este verano, la cosa no acabó demasiado bien. Lo último que necesitamos hoy son más dramas.

Asiento sin levantar la cabeza.

—Lo que tú veas. Lo único que necesito es una cama; estoy agotada. No sé cómo puedes conducir todavía.

Me siento y estiro los brazos al frente mientras Holder entra en el aparcamiento de un hotel.

Él se encarga del *check-in* y luego me da la llave de la habitación para que me adelante mientras va a buscar nuestras cosas al coche. Al insertar la tarjeta en la puerta, veo que la estancia tiene una sola cama, tal como me imaginaba. Hemos dormido juntos ya varias veces y me habría resultado más incómodo que hubiera pedido camas separadas.

Poco después entra en la habitación con las bolsas. Yo rebusco en la mía, pero, como no se me ha ocurrido coger un pijama, me conformo con una camiseta y ropa interior limpia.

—Necesito ducharme.

Me llevo al baño los pocos productos de neceser que hay en la bolsa y me doy una ducha de las largas. Al terminar, trato de secarme el pelo con el secador, pero estoy demasiado cansada, por lo que me limito a hacerme una coleta alta antes de lavarme los dientes.

Cuando salgo, Holder está sacando la ropa y colgándola en el armario. Me dirige una mirada interesada al ver que voy en bragas y camiseta, pero, al cabo de un momento, aparta la vista, como si se sintiera incómodo. Aunque sé que trata de mostrarse considerado teniendo en cuenta la noche que he pasado, no quiero que me trate como si fuera de porcelana. Cualquier otro día, habría comentado ya lo que llevo puesto y le habría faltado tiempo para meterme mano. Sin embargo, ahora me da la espalda y termina de vaciar la bolsa.

—Voy a darme una ducha rápida —me avisa—. He puesto hielo en la cubitera y he comprado bebidas. No sabía qué te apetecería, así que he traído agua y refrescos.

Coge unos bóxers y pasa por mi lado de camino al baño, ignorándome de manera deliberada. Le agarro la mano para que se

detenga y él se vuelve hacia mí, pero solo se atreve a mirarme a los ojos.

—¿Puedes hacerme un favor?

—Por supuesto, cielo —responde con convicción.

Le tomo la mano y me la llevo a la boca. Le doy un beso suave en la palma antes de apoyármela en la mejilla.

—Sé que estás preocupado por mí, pero, si lo que está pasando en mi vida te hace sentir tan incómodo que no eres capaz ni de mirarme cuando voy semidesnuda, me vas a romper el corazón. Eres la única persona que me queda, Holder. Si te sientes atraído por mí, no lo escondas. Por favor, trátame como siempre.

Él me dirige una mirada cómplice y aparta la mano de mi mejilla. Cuando baja la vista hacia mis labios, se le escapa una sonrisilla.

—Me estás dando permiso para que admita que te sigo deseando a pesar de que tu vida se haya ido a la mierda.

—Exacto. Necesito saber que me deseas; lo necesito más ahora que antes de que se fuera a la mierda.

Sonríe antes de que unamos nuestros labios mientras me rodea la cintura con una mano hasta llegar a la parte baja de mi espalda. Con la otra me sujeta por la nuca para besarme con más intensidad.

Es exactamente el beso que necesitaba ahora mismo, lo único que podía hacerme sentir bien en un mundo donde el mal campa a sus anchas.

—Necesito una ducha —me recuerda sin dejar de besarme—, pero, ahora que tengo tu autorización para tratarte como siempre, ni se te ocurra quedarte dormida mientras tanto. —Me agarra por las nalgas y me acerca más a él—. Porque, cuando salga, pienso demostrarte lo increíble que me pareces.

—Bien —murmuro con los labios pegados a su boca.

Me suelta y se mete en el baño. Yo me acuesto en la cama cuando el agua empieza a caer.

Trato de ver un rato la tele aprovechando que ya no hay nadie que me lo prohíba, pero no hay nada que capte mi atención. Las últimas veinticuatro horas han sido agotadoras. El sol ya apunta por el horizonte y todavía no nos hemos acostado. Cierro las persianas y las cortinas antes de volver a meterme en la cama y cubrirme la cara con una almohada. Cuando empiezo a dormirme, noto que Holder se tumba a mi espalda. Desliza una mano bajo mi almohada y me pasa el otro brazo por encima de la cintura. Siento el calor de su pecho en mi espalda y la fuerza de su cuerpo a mi alrededor. Me busca las manos y me da un beso suave en la coronilla.

—Te vivo —susurro.

Él suspira en mi pelo y vuelve a besarme la cabeza.

—Creo que ya no puedo devolverte el sentimiento, creo que lo que siento va más allá. De hecho, estoy seguro, pero no quiero decírtelo hoy porque no deseo que lo recuerdes ligado a este día.

Me llevo su mano a la boca y la beso.

—Yo también.

Y, una vez más, en este nuevo mundo lleno de mentiras y sufrimiento, este chico desastroso y sin remedio ha encontrado la manera de hacerme sonreír.

Domingo, 28 de octubre de 2012

17:15 h

Nos saltamos el desayuno y la comida porque estábamos durmiendo. Cuando Holder entra en la habitación ya por la tarde, agradezco ver que trae provisiones porque me muero de hambre. Hace más de veinticuatro horas que no como nada. Acerca dos sillas al escritorio y saca la comida y las bebidas de las bolsas. Me ha traído lo que le pedí ayer después de la exposición de arte, pero que no llegamos a comprar. Le quito la tapa al batido de chocolate y le doy un buen trago antes de desenvolver la hamburguesa. Al retirar el envoltorio, se cae una notita que va a parar a la mesa. La recojo y leo:

Aunque ya no tengas móvil y tu vida se haya vuelto una especie de culebrón, sigo sin querer que te explote el ego, así que debo decirte que ibas muy normalita con la camiseta y las bragas anoche. Espero que te compres un pijama entero, con pies, para no tener que ver otra vez tus patas de alambre.

Cuando le busco la mirada, veo que me está sonriendo. Sus hoyuelos son tan adorables que no puedo resistir la tentación de inclinarme hacia él y lamerle uno.

—¿A qué ha venido eso? —me pregunta entre risas.

Le doy un bocado a la hamburguesa y me encojo de hombros.

—Llevaba deseando hacerlo desde la primera vez que te vi en el súper.

Se echa hacia atrás en la silla con una sonrisa de suficiencia.

—¿Quisiste chuparme la cara la primera vez que me viste? ¿Lo haces con todos los tíos que te parecen atractivos?

Niego con la cabeza.

—No, la cara no. Solo el hoyuelo. Y no, tú eres el único que me ha despertado las ganas de darle un lametón.

Él me sonríe satisfecho.

—Me alegro, porque tú eres la única chica que me ha despertado las ganas de amarla.

Joder.

No me ha dicho que me quiere con todas las letras, pero, solo con oír la palabra «amar» saliendo de sus labios, se me ha hinchado el corazón en el pecho. Doy otro mordisco a la hamburguesa para disimular la sonrisa y dejo su frase colgando en el aire. Quiero tenerla cerca un rato más.

Nos acabamos la comida vorazmente y en silencio. Tras recoger la mesa, me dirijo a la cama para ponerme las zapatillas.

—¿Adónde vas? —inquiere Holder mientras me observa atarme los cordones.

No le respondo al momento porque no estoy segura. Solo sé que quiero salir de la habitación. Cuando termino de atármelos, me dirijo hacia él y lo abrazo.

—Quiero ir a dar una vuelta... y que me acompañes. Estoy lista para empezar el interrogatorio.

Él me besa en la frente antes de alargar el brazo y coger la llave del cuarto.

—Pues vámonos. —Me busca la mano y la entrelaza con la suya.

El hotel no queda cerca de ningún parque ni camino peatonal, por lo que optamos por quedarnos en el patio. Hay varios bungalós alrededor de la piscina, todos vacíos. Nos sentamos en las tumbonas, frente a una de las cabañas, y apoyo la cabeza en su hombro mientras contemplo la piscina. Estamos en octubre, pero todavía no ha llegado el frío. Me meto los brazos por dentro de las mangas de la camiseta, me abrazo y me acurruco junto a él.

—¿Quieres que te cuente lo que recuerdo o tienes preguntas específicas?

—Las dos cosas —respondo—, pero cuéntame tu historia primero.

Me ha abrazado por los hombros y me acaricia el brazo mientras me da besos en la sien. No importa cuántos me dé, siempre los siento como si fuera la primera vez.

—Tienes que entender que esto me resulta muy surrealista. Llevo trece años pensando en lo que pasó. No he podido olvidarlo ni un solo día y me cuesta asimilar que llevo siete de esos años viviendo a tres kilómetros de tu casa. Y ahora, al fin, estás a mi lado y puedo hablarte de aquello.

Suspira y apoya la cabeza en la tumbona. Tras una breve pausa, sigue hablando.

—Cuando el coche se marchó, entré en casa y le dije a Les que te habías ido con alguien. Ella me preguntó varias veces con quién, pero no lo sabía. Mi madre estaba en la cocina. Fui a buscarla y se lo conté, pero ella ni me escuchó. Estaba preparando la cena y nosotros éramos unos niños pesados a los que había aprendido a no escuchar como si fueran ruido de fondo. Además, tampoco tenía claro que hubiera pasado algo malo, por lo que le hablé sin miedo y a ella no se le encendió ninguna alarma. Me dijo que saliera a jugar con Les y, al verla tan tranquila, dejé de preocuparme. Tenía seis años y estaba seguro de que los adultos lo sabían todo. Les y yo

estuvimos fuera un par de horas hasta que tu padre salió de tu casa llamándote. En cuanto lo oí, me quedé helado. Al verlo buscarte, me di cuenta de que él no sabía que te habías ido con alguien y supe que había hecho algo mal.

—Holder —lo interrumpo—, eras un niño.

Él ignora mi comentario y sigue hablando.

—Tu padre se dirigió a nuestro patio y me preguntó si sabía dónde estabas.

Se detiene y se aclara la garganta. Aguardo con paciencia a que continúe, pero parece que necesita tiempo para poner los recuerdos en orden. Al oírlo relatar lo que pasó aquel día, tengo la sensación de que me está contando un cuento. No siento que me esté hablando de nada ligado a mi vida ni a mí.

—Sky, hay algo que debes entender. Él me daba mucho miedo. Tenía seis años y sabía que había hecho algo terrible al dejarte sola. De repente, tu padre, que es comisario de policía, se me plantó delante y, cuando vi la pistola que le asomaba por el uniforme, entré en pánico. Corrí a mi habitación y me encerré. Mi madre y él se pasaron media hora aporreando la puerta, pero yo tenía demasiado miedo de admitir que sabía lo que había pasado. Mi reacción los preocupó tanto que tu padre llamó pidiendo refuerzos. Al ver llegar los coches de policía, pensé que venían a detenerme. Yo seguía sin entender qué te había ocurrido. Cuando mi madre logró convencerme para que abriera la puerta, habían pasado ya tres horas desde que te subiste al coche.

Holder sigue acariciándome el hombro, pero noto que sus dedos están tensos y saco los brazos por las mangas para darle la mano.

—Me llevaron a comisaría, donde me estuvieron interrogando durante horas. Querían saber si me acordaba de la matrícula del coche, qué modelo era, cómo era la persona que conducía, qué te

dijo... Pero yo no sabía nada, ni siquiera me acordaba del color del vehículo. Solo pude decirles lo que llevabas puesto porque tú eras lo único que recordaba. Tu padre estaba furioso conmigo. Lo oí gritar en el vestíbulo de la comisaría. Decía que, si hubiera avisado en el momento en el que sucedió, te habrían podido encontrar. Me culpó de lo sucedido y, cuando un oficial de policía te responsabiliza de haber perdido a su hija, tiendes a creer que sabe de lo que habla. Les también lo escuchó y pensó que todo había sido culpa mía. Se pasó días sin hablarme. Ninguno de los dos entendía lo que había ocurrido. Llevábamos seis años viviendo en un mundo ideal donde los mayores siempre tenían razón y a las personas buenas nunca les pasaban cosas malas, pero, en menos de un minuto, desapareciste, y el mundo perfecto que nuestros padres nos habían hecho creer que existía se desmoronó. En ese momento nos dimos cuenta de que los adultos son capaces de hacer cosas horribles, de que los niños desaparecen, de que pueden llevarse a tu mejor amiga y te quedas sin saber ni siquiera si sigue con vida.

»Nos pasábamos los días pegados a la tele por si decían algo en las noticias. Durante semanas mostraron tu fotografía por si alguien podía aportar alguna pista, pero la más reciente era una que te sacó tu madre poco antes de morir, cuando tenías tres años. Recuerdo que me enfadé mucho porque no entendía cómo era posible que nadie te hubiera sacado una foto en dos años. Mostraban imágenes de tu casa y llegó a salir la nuestra también. De vez en cuando mencionaban al niño que presenció los hechos, pero que no se acordaba de ningún detalle. Recuerdo que una noche..., la última que mi madre nos dejó ver las noticias..., abrieron el plano para que se vieran las dos casas a la vez mientras el reportero se ponía creativo y se refería a mí como "el niño que perdió a Hope y le robó la esperanza a su padre". Mi madre salió de casa hecha una furia, y

les gritó a los periodistas que nos dejaran en paz, que me dejaran en paz. Mi padre tuvo que volver a meterla en casa a rastras.

»Mis padres hicieron todo lo posible para que nuestra vida volviera a la normalidad. Tras un par de meses de montar guardia en la puerta, los reporteros se marcharon y se acabaron también las continuas visitas a comisaría para más interrogatorios. Poco a poco el barrio recuperó la rutina. Todos volvieron a sus vidas... excepto Les y yo. Fue como si, además de a nuestra amiga, nos hubieran arrebatado la esperanza.

Sus palabras y, sobre todo, la desolación con la que las pronuncia me hacen sentir muy culpable. Cualquiera pensaría que un hecho tan traumático me habría afectado más a mí que a cualquier otra persona de mi entorno, y, sin embargo, yo apenas lo recuerdo. Para mí fue un día más, pero para Lesslie y Holder resultó una tragedia. Karen era una mujer tan serena y agradable y me llenó la cabeza con tantas mentiras sobre una casa de acogida y el proceso de adopción que ni se me pasó por la cabeza que todo aquello no fuera verdad. Tal como ha dicho Holder hace un rato, cuando eres tan pequeño, te crees todo lo que cuentan los mayores y no te cuestionas nada.

—Me he pasado años odiando a mi padre por haberme entregado a Servicios Sociales —le confieso en voz baja—. No me puedo creer que Karen me robara sin más y me apartara de él. ¿Cómo pudo hacer algo así? ¿Cómo puede alguien hacer algo así?

—No lo sé, cielo.

Me enderezo en la tumbona y le busco la mirada.

—Necesito volver a la casa. Tengo que verla; tal vez así me vengan más recuerdos. Ahora mismo no me acuerdo de nada, ni de él ni de la casa, y me duele. Solo quiero pasar por delante y echarle un vistazo.

Holder me acaricia el brazo y asiente con la cabeza.

—¿Ahora?

—Sí, antes de que se haga de noche.

Permanezco en silencio durante todo el trayecto. Tengo la garganta seca y el estómago encogido. Estoy asustada. Me da miedo volver a la casa y que él esté allí. ¿Y si lo veo? Todavía no quiero hablar con él. Solo ver el lugar que fue mi primer hogar. Ignoro si me ayudará a recordar; solo sé que es algo que debo hacer.

Cuando afloja la velocidad y se detiene, paseo la vista por la hilera de casas sin detenerme en ninguna. Tengo miedo de seguir la dirección de la mirada de Holder.

—Ya hemos llegado —me indica en voz baja—. Parece que no hay nadie.

Despacio, vuelvo la cabeza hacia su ventanilla y echo un vistazo al primer sitio en el que viví. Es tarde y la oscuridad empieza a adueñarse del cielo, pero la luz que queda me permite distinguir la casa con claridad. Me resulta familiar, aunque no me trae recuerdos de manera inmediata. Las paredes están pintadas de color canela con molduras en castaño oscuro, pero esos colores no me suenan en absoluto.

—Antes era blanca —comenta Holder como si pudiera leerme la mente.

Cambio de postura para encararme hacia el lugar y me esfuerzo por recordar algo. Trato de visualizarme cruzando la puerta y entrando en el salón, pero no funciona. Es como si la casa y todo lo que tiene que ver con ella se hubieran borrado de mi mente.

—¿Cómo es posible que me acuerde de tu salón y tu cocina, pero no de los míos?

Holder no me responde. Probablemente sepa que, en realidad, no espero una contestación. Apoya la mano sobre la mía y

permanecemos así, contemplando en silencio las casas que cambiaron para siempre los caminos de nuestra infancia.

Trece años atrás

—¿Tu papá dará una fiesta por tu cumpleaños? —me pregunta Lesslie.

Le digo que no con la cabeza.

—Nunca celebro mi cumpleaños.

Con el ceño fruncido, Lesslie se sienta en mi cama y coge la caja sin envolver que hay en mi almohada.

—¿Es tu regalo de cumpleaños?

Yo se la quito de las manos y vuelvo a dejarla donde estaba.

—No, mi papi me trae regalos todo el rato.

—¿No vas a abrirlo?

Vuelvo a negar con la cabeza.

—No, no lo quiero.

Ella cruza las manos sobre el regazo y suspira mientras mira a su alrededor.

—Tienes muchos juguetes. ¿Por qué no venimos nunca a jugar aquí? Siempre vamos a mi casa, que es un rollo.

Me siento en el suelo y me pongo los zapatos. No le digo que odio mi habitación, mi casa. Que siempre vamos a la suya porque me siento más segura allí. Agarro los cordones y me arrimo a ella.

—¿Me ayudas a atármelos?

Ella me coge el pie y se lo pone en la rodilla.

—Hope, tienes que aprender a hacerlo tú. A los cinco años, Dean y yo ya nos los sabíamos atar. —Se baja de la cama y se sienta en el

suelo frente a mí—. Mira cómo lo hago. ¿Ves este cordón? Aguántalo así.

Me coloca los cordones en las manos y me enseña cómo enrollar uno alrededor del otro y tirar hasta que queden como se supone que deben quedar. Me ayuda a hacerlo dos veces y luego me dice que pruebe yo sola. Trato de recordar lo que me ha dicho. Mientras tanto, ella se levanta y se dirige a la cómoda.

—¿Esta era tu mamá? —Me muestra una foto.

Yo levanto la vista un momento antes de volver a centrarme en el nudo.

—Sí.

—La echas de menos.

Asiento en silencio mientras me peleo con los cordones y trato de no pensar en lo mucho, muchísimo, que la añoro.

—¡Hope! ¡Lo has conseguido! —celebra Lesslie, que vuelve a sentarse frente a mí y me abraza—. Lo has hecho sola. Ahora ya sabes atarte los zapatos.

Bajo la vista hacia mis pies y sonrío.

Domingo, 28 de octubre de 2012

19:10 h

—Lesslie me enseñó a atarme los cordones —digo en voz baja sin apartar la vista de la casa.

Holder me mira y sonríe.

—¿Te has acordado de cuando te enseñó?

—Sí.

—Se sentía tan orgullosa... —añade mientras se vuelve de nuevo hacia la casa.

Abro la puerta y, al bajar del coche, noto que ha empezado a refrescar, por lo que busco la sudadera con capucha en el asiento y me la pongo.

—¿Qué haces? —se alarma Holder.

Sé que no lo va a entender y no quiero que me convenza de que no lo haga, por lo que cierro la portezuela y cruzo la calle sin responderle. Él me sigue de cerca y, cuando llego al césped, me llama.

—Necesito ver mi habitación, Holder.

Sigo andando y, aunque no tengo una idea clara de la distribución de la casa, sé hacia dónde tengo que dirigirme.

—Sky, no puedes. No hay nadie, es arriesgado.

Acelero el paso hasta que echo a correr. Tengo que hacerlo con o sin su aprobación. Cuando llego a la ventana que sé que pertenece al que solía ser mi cuarto, me vuelvo hacia él.

—Tengo que hacerlo. En esa habitación hay cosas de mi madre que deseo recuperar. Sé que no quieres que lo haga, pero necesito entrar.

Me apoya las manos en los hombros y me mira con preocupación.

—No puedes allanar la casa, Sky. Tu padre es policía. ¿Qué vas a hacer? ¿Reventar la ventana?

—No sería allanamiento, ya que, técnicamente, sigue siendo mi casa. —No obstante, tiene razón. ¿Cómo voy a entrar? Frunzo los labios y pienso hasta que se me ocurre algo—. ¡La pajarera! Hay una casita de pájaros en el porche de atrás con una llave dentro.

Echo a correr hacia allí y me quedo a cuadros al ver que, efectivamente, ahí sigue. Al meter los dedos, encuentro la llave. La mente es una cosa extraordinaria.

—¡Sky, no!

Holder ya no sabe cómo impedir que siga adelante con esto.

—Voy a entrar sola. Ya sabes dónde está mi habitación. Espérame fuera, junto a la ventana, y avísame si se acerca alguien.

Cuando inserto la llave en la cerradura, él suspira y me agarra el brazo.

—Por favor, procura que no se note que ha entrado alguien. Y date prisa.

Me da un abrazo y espera a mi lado mientras le doy la vuelta a la llave.

¡Funciona!

Una vez dentro, vuelvo a cerrar la puerta. La casa está a oscuras y me resulta escalofriante adentrarme en ella. Cruzo la cocina y me dirijo hacia la izquierda. No sé cómo, pero sé exactamente dónde se encuentra mi habitación. Contengo el aliento y sigo avanzando, tratando de no pensar en las graves implicaciones de lo que estoy

haciendo. La idea de que puedan descubrirme me resulta aterradora porque aún no sé si quiero ser encontrada.

Le hago caso a Holder y camino con prudencia para no dejar rastro de mi paso. Cuando llego a la habitación, agarro el pomo e inspiro hondo antes de girarlo despacio. La puerta se abre y deja al descubierto mi cuarto; enciendo la luz para verlo mejor.

Aparte de las cajas que hay apiladas en un rincón, el resto me resulta familiar. Sigue siendo la habitación de una niña pequeña, que nadie ha tocado durante trece años. Me recuerda a la de Lesslie, donde nadie ha vuelto a entrar desde su muerte. Ha de ser muy duro pasar página, desprenderse de los recuerdos de los seres queridos.

Paso los dedos sobre la cómoda y dibujo una línea en el polvo. Al ver la marca, recuerdo que no debo dejar pruebas de que he estado aquí. Limpio la superficie con la camiseta y dejo las manos quietas a los lados.

Al no encontrar la foto de mi madre donde pensaba que estaba, sobre la cómoda, miro a mi alrededor en busca de alguna cosa suya que pueda llevarme. No conservo ningún recuerdo de ella, por lo que recuperar una fotografía suya sería un sueño, pero me conformo con cualquier otra cosa que me ligue a su memoria. Me gustaría muchísimo ver cómo era. Tal vez así recuperaría algún recuerdo, que guardaría como un tesoro.

Me acerco a la cama y me siento. La temática de la decoración es el cielo, lo que resulta curioso, teniendo en cuenta el nombre que me puso Karen. Hay nubes y lunas en las cortinas y las paredes, y la colcha está llena de estrellitas. Y no solo eso. Las hay por todas partes, de esas que se pegan en el techo y las paredes y brillan en la oscuridad, como las que tengo en casa. Recuerdo que le rogué a Karen que me las comprara cuando las vi en una tienda hace unos

años. Ella me dijo que eran muy infantiles, pero a mí me dio igual; me empeñé en tenerlas. Aunque en aquel momento no entendí por qué las necesitaba de esa manera, me empieza a quedar claro que debía de adorar las estrellas cuando era Hope.

Los nervios que me cosquillean en el estómago se intensifican cuando me tumbo en la cama y fijo la vista en el techo. Una sensación de miedo demasiado familiar se apodera de mí. Me vuelvo hacia la puerta y lo reconozco: es el mismo pomo que vi en la pesadilla del otro día mientras rezaba para que no se abriera.

Contengo el aliento y cierro los ojos con fuerza, con la esperanza de que los recuerdos se desvanezcan. He logrado mantenerlos encerrados durante trece años, pero, al estar aquí, en esta cama, no puedo seguir conteniéndolos. Me envuelven como si fueran una telaraña de tejido irrompible de la que no puedo escapar. Cuando me cae la primera lágrima por la mejilla, desearía haberle hecho caso a Holder. No debería haber vuelto a esta casa. Si no lo hubiera hecho, nunca lo habría recordado.

Trece años atrás

Solía aguantar la respiración para que pensara que estaba durmiendo, aunque no servía de nada porque a él le daba igual si estaba dormida o despierta. Una vez intenté aguantármela mucho tiempo para que creyera que estaba muerta, pero tampoco funcionó porque ni siquiera se dio cuenta de que contenía el aliento.

Cuando el pomo gira una vez más, no se me ocurre ningún truco para ahuyentarlo. Por mucho que lo intento, no puedo pensar en nada. Oigo que cierra la puerta y que se acerca a la cama. Cuando se sienta a mi lado, aguanto la respiración igualmente, no porque piense que va a funcionar esta vez, sino porque me ayuda a no sentir miedo, a no sentir nada.

—Hola, princesa —me saluda, y me coloca el pelo por detrás de la oreja—. Te he traído un regalo.

Cierro los ojos con fuerza porque me encantan los regalos y él siempre me compra cosas porque me quiere mucho. Pero odio que me las traiga por la noche porque nunca me las da directamente. Siempre hace que le dé las gracias primero.

No quiero este regalo. No lo quiero.

—¿Princesa?

La voz de mi papi siempre hace que me duela la tripa. Siempre me habla con dulzura, lo que hace que añore mucho a mi mami. No me acuerdo de cómo sonaba su voz, pero papi dice que se parecía a la mía. Papi siempre me dice que mami se pondría triste si yo no aceptara sus regalos porque ella ya no está aquí para recibir los

suyos. Eso me entristece y me hace sentir tan mal que me doy la vuelta y lo miro.

—¿Me lo podrías dar mañana, papi?

Aunque no quiero que se entristezca, tampoco quiero el regalo esta noche. No.

Él me sonríe y me acaricia el pelo, apartándomelo de la cara.

—Claro, te lo daré mañana, pero ¿no vas a darle las gracias a papi por habértelo comprado?

El corazón empieza a latirme muy fuerte; odio cuando palpita así. No me gusta cómo me siento cuando me salta en el pecho tan fuerte y tampoco me gusta el miedo que noto en el estómago. Aparto los ojos de papi y me pongo a mirar el techo. Ojalá pueda pensar en el cielo y en lo bonitas que son las estrellas, porque, si lo consigo, tal vez el corazón vuelva a latirme normal y deje de dolerme tanto la tripa.

Trato de contarlas, pero me quedo encallada en el cinco porque no me acuerdo de qué número viene después y tengo que volver a empezar. Cuento las estrellas una y otra vez, del uno al cinco, porque no quiero sentir a mi papi ahora mismo. No quiero sentirlo ni olerlo ni oírlo, y tengo que contarlas, contarlas, contarlas y volverlas a contar hasta que dejo de sentirlo, de oírlo, de olerlo.

Luego, cuando termina de hacer que le dé las gracias, me baja el camisón y susurra:

—Buenas noches, princesa.

Me doy la vuelta, me tapo con las mantas por encima de la cabeza y aprieto los ojos con fuerza para no echarme a llorar una vez más, pero no lo consigo. Lloro como cada vez que papi me trae un regalo por la noche.

Odio que me hagan regalos.

Domingo, 28 de octubre de 2012

19:29 h

Me levanto y observo la cama sin atreverme a respirar por miedo a los sonidos que amenazan con escapar de mi garganta.

«No voy a llorar».

«No voy a llorar».

Me arrodillo despacio y acaricio las estrellas amarillas que parecen salpicar el edredón azul oscuro, con la vista fija en ellas hasta que empiezan a desdibujarse por culpa de las lágrimas.

Cierro los ojos con fuerza y hundo la cara en la cama mientras me aferro al edredón. Me tiemblan los hombros cuando pierdo la partida ante los sollozos que trataba de contener. Se abren camino con furia y yo los sigo. Me levanto y grito mientras arranco el nórdico y lo hago volar hasta la otra punta de la habitación.

Con los puños apretados, miro a mi alrededor en busca de cualquier cosa que pueda lanzar. Cojo los almohadones y se los tiro a la chica que se refleja en el espejo, esa a la que ya no reconozco. Ella me devuelve la mirada sin dejar de sollozar de manera patética. La debilidad que demuestra al llorar me enfurece. Echamos a correr la una hacia la otra hasta que alcanzamos el espejo a la vez y lo hacemos añicos con los puños. La observo mientras cae rota en un millón de pedacitos relucientes y va a parar a la moqueta.

Agarro la cómoda por los bordes y la empujo de lado mientras suelto otro grito de los que llevaba demasiado tiempo reprimiendo.

Cuando el mueble queda tumbado en el suelo, arranco los cajones y lanzo su contenido tan lejos como puedo. Doy vueltas, arrojo y pateo todo lo que se cruza en mi camino. Me dirijo a la ventana y tiro de las finas cortinas de color azul hasta que la barra se quiebra y la tela cae a mi alrededor. Luego me acerco a las cajas que hay apiladas en el rincón y, sin molestarme en mirar qué hay dentro, agarro la que está en lo alto del montón y la lanzo contra la pared con toda la fuerza que me permite mi metro sesenta de estatura.

—¡Te odio! —exclamo—. ¡Te odio, te odio, te odio!

Sigo arrojando todo lo que encuentro hacia cualquier cosa que se me ponga por delante. Cada vez que abro la boca para gritar, noto la sal de las lágrimas que me caen por las mejillas.

Holder me sorprende por detrás y me inmoviliza con un abrazo implacable. No paro de gritar y revolverme hasta que dejo de ser consciente de lo que hago y me limito a reaccionar por instinto.

—Para —me dice al oído en tono calmado sin ninguna intención de soltarme.

Finjo no haberlo oído o, al menos, que no me importa, y sigo resistiéndome, aunque lo único que consigo es que apriete más.

—¡No me toques! —me desgañito mientras le araño los brazos, pero él no se inmuta.

«No me toques. Por favor, por favor, por favor».

Cuando la vocecita empieza a retumbar en mi mente, me asalta una debilidad tan absoluta que me deja colgando entre sus brazos como un monigote. A medida que el llanto gana fuerza, yo la pierdo y me consumo hasta que no soy más que una vasija que recoge las lágrimas que no cesan de brotar.

Soy débil, estoy permitiendo que gane.

Holder me suelta, me apoya las manos en los hombros y me da la vuelta para mirarme a la cara, pero yo no puedo devolverle la

mirada. Incapaz de enfrentarme a él, me dejo caer sobre su pecho, exhausta y derrotada. Me aferro a su camiseta y sigo llorando con la mejilla apoyada sobre su corazón. Él me sujeta con delicadeza por la nuca para hablarme al oído.

—Sky, tienes que salir de aquí. —Su tono es calmado, impasible—. Ahora mismo.

Pero no puedo moverme. Estoy temblando de un modo tan violento que temo que las piernas no me obedezcan aunque les dé la orden. Como si él también se hubiera dado cuenta, me levanta en brazos y me saca del dormitorio. Me lleva hasta el coche y me deja en el asiento. Tras fijarse en mi mano, coge su chaqueta de la parte de atrás.

—Toma, límpiate la sangre. Voy a tratar de poner un poco de orden ahí dentro.

Cierra la portezuela y echa a correr hacia la casa. Al bajar la vista hacia la mano, me sorprendo al ver que me he cortado. No me había dado ni cuenta porque no siento dolor ni nada. Me envuelvo la mano en la manga de la cazadora de Holder, subo los pies al asiento y me abrazo las rodillas mientras sigo llorando.

Cuando Holder regresa, no lo miro. Sigo temblando por la fuerza de los sollozos que se me escapan. Él arranca y, mientras nos alejamos, me apoya la mano en la nuca y me acaricia el pelo en silencio hasta que llegamos al hotel.

Me ayuda a salir del coche y no me pregunta en ningún momento si estoy bien porque ya sabe que no. Una vez en la habitación, me acompaña hasta la cama y me siento. Me empuja para que me tumbe y poder quitarme los zapatos. Va al baño y regresa con una toalla mojada, con la que me limpia la mano. Tras asegurarse de que no tengo ningún trozo de cristal clavado, se lleva la palma a los labios y la besa.

—Son unos arañazos —me dice—, nada profundo.

Me acomoda la almohada y, tras quitarse los zapatos, se tumba a mi lado. Nos cubre con las mantas y me atrae hacia él. Hundo la cara en su pecho y él me sigue abrazando en silencio, sin preguntarme por qué lloro, tal como hacía cuando éramos pequeños.

Trato de apartar de mi mente las imágenes de lo que pasaba por las noches en mi habitación, pero es imposible. No concibo cómo un padre puede hacerle eso a su hija... No me entra en la cabeza. Intento convencerme de que, en realidad, no sucedió; de que me lo estoy imaginando, aunque en el fondo soy consciente de que los recuerdos son reales: lo siento en todas las fibras de mi ser. Sé que esa es la razón por la que me alegré de subirme al coche de Karen. Y que esa es también la causa por la que no sentía nada cuando me liaba con chicos en mi cama y me quedaba mirando al techo, contando estrellas. Y que ese es el motivo por el que tuve un ataque de pánico cuando Holder y yo estuvimos a punto de llegar hasta el final. Me acuerdo de todo, aunque daría cualquier cosa por olvidarlo. No quiero rememorar los ruidos que hacía mi padre por las noches ni cómo era su contacto, pero, a cada segundo, los recuerdos se vuelven más y más vívidos, por lo que me resulta imposible dejar de llorar.

Holder me besa la sien mientras me repite que todo saldrá bien, que no debo preocuparme, aunque, claro, todavía no sabe todo lo que he recordado ni cómo eso me está afectando al corazón, el alma, la mente y la fe en la humanidad en su conjunto.

Si el único adulto que había en mi vida me hizo esas cosas, no me extraña que bloqueara todos estos recuerdos. Casi no me acuerdo del día en el que Karen me apartó de allí, pero al menos ahora lo entiendo. Para aquella niñita que vivía aterrorizada, irse con ella no

fue una vivencia traumática, sino todo lo contrario. Sin duda, sentí que me estaba rescatando.

Cuando levanto la vista hacia Holder, veo en sus ojos que está sufriendo por mí. Me seca las lágrimas con un dedo y me besa con delicadeza en los labios.

—Lo siento. No debería haber permitido que entraras.

Se está culpando una vez más. Siempre siente que ha hecho algo terrible, aunque yo lo veo como una especie de héroe. Me acompaña durante el proceso, me ayuda a superar los ataques de pánico, me calma, me apoya en todo momento y, sin embargo, no se libra de la sensación de que lo que pasa es, en parte, culpa suya.

—Holder, no has hecho nada malo; deja de pedir perdón —digo entre lágrimas, pero él niega con la cabeza y me coloca un mechón de pelo por detrás de la oreja.

—No debí llevarte. Ha sido una impresión demasiado fuerte tras el shock de lo que acababas de descubrir.

Me apoyo en el codo para mirarlo a los ojos.

—No ha sido el sitio lo que me ha provocado esta reacción, sino lo que he recordado mientras estaba allí. Tú no tienes ningún control sobre lo que me hizo mi padre cuando era niña, así que deja de culparte de todo lo malo que le pasa a la gente que te rodea.

Él me acaricia el pelo con expresión preocupada.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué te hizo tu padre? —me pregunta en tono inseguro, como si le diera miedo pronunciar las palabras.

Supongo que ya lo sabe o, al menos, lo sospecha. Me temo que los dos llevamos en estado de negación desde pequeños.

Dejo caer el brazo y me apoyo en su pecho, pero no respondo. Me echo a llorar con más desesperación que antes. Él me envuelve con uno de sus brazos y me sostiene la cabeza con la otra mano.

—No, Sky —murmura—. No —repite incapaz de creer lo que ni siquiera he dicho.

Me aferro con fuerza a su camiseta y lloro mientras Holder me abraza con tanta convicción que me enamoro un poco más de él por odiar a mi padre tanto como yo.

Me besa la coronilla. Esta vez no me dice que lo siente ni me pregunta qué puede hacer para arreglar las cosas porque estamos igual de desorientados. No sabemos qué vamos a hacer. A estas alturas, la única certeza que poseo es que no tengo adónde ir. No puedo volver junto a mi padre, la persona que tiene la custodia legal sobre mí, ni junto a la mujer que se adueñó de ella sin derecho. Además, ahora sé que sigo siendo menor de edad, por lo que ni siquiera puedo ir por el mundo sola. Holder es lo único que se mantiene firme e inalterable en mi vida; sin él habría perdido la esperanza.

Sin embargo, por muy protegida que me sienta entre sus brazos, las imágenes y los recuerdos se niegan a marcharse y, pese a que lo intento, no puedo parar de llorar. Mientras me abraza en silencio, no dejo de pensar en que quiero que este sufrimiento termine. Necesito que Holder me libre de todas estas emociones y sentimientos, aunque sea durante un rato, porque no puedo soportarlo más. Odio recordar lo que sucedía cada vez que mi padre entraba en la habitación. Y lo odio a él con todas mis fuerzas, con cada fibra de mi ser. Detesto a ese hombre que me arrebató una de mis primeras veces.

Levanto la cara y me inclino sobre Holder. Él me sostiene la cabeza y busca en mi mirada para comprobar si estoy bien.

No lo estoy.

Me tumbo sobre él y lo beso para indicarle que necesito volverme insensible. Prefiero no notar nada a sentir el odio y la tristeza que

me están consumiendo ahora mismo. Le agarro la camiseta y trato de quitársela, pero él me empuja y me tumba de espaldas en la cama. Apoyado en un brazo, me pregunta:

—¿Qué haces?

Lo sujeto por la nuca y lo atraigo hacia mí para besarlo. Si sigo insistiendo, se rendirá y me devolverá el beso. Y entonces me olvidaré de todo.

Cuando lleva la mano a mi mejilla y empieza a besarme, le suelto la cabeza y trato de quitarme la camiseta, pero él me detiene de nuevo y vuelve a cubrirme.

—Para. ¿Por qué haces esto?

Está preocupado, confundido. Sin embargo, no puedo aclarar sus dudas porque ni siquiera yo lo entiendo. Sé que quiero dejar de sentir lo que siento, pero creo que hay algo más. Sospecho que esto va de algo mucho más grande, y me temo que, si Holder no es capaz de arrancarme lo que ese hombre me hizo, no podré volver a reír o a sonreír, ni siquiera a respirar.

Necesito que se lo lleve todo.

Inspiro hondo y lo observo fijamente.

—Quiero que lo hagamos.

Su mirada cambia y se vuelve dura, implacable. Se levanta y echa a andar de un lado a otro con las manos hundidas en el pelo. Cuando regresa a la cama, se queda a los pies, marcando distancias.

—Sky, no me lo pidas. No puedo. No entiendo por qué me lo pides.

Me siento por miedo a que se niegue a ayudarme. Me desplazo hasta los pies, me arrodillo ante él y lo agarro por la camiseta.

—Por favor. Por favor, Holder, lo necesito.

Él se libera y retrocede un par de pasos. Niega sin entender nada.

—No voy a hacerlo, Sky. No vamos a hacerlo. Estás en shock o... yo qué sé. Es que ni siquiera sé qué decir.

Me siento sobre los pies, frustrada. Cuando levanto la cabeza hacia él, tengo los ojos llenos de lágrimas.

—Por favor. —Bajo la vista hacia el regazo y cruzo las manos, incapaz de sostenerle la mirada mientras hablo—. Holder, él... es la única persona que me lo ha hecho. —Levanto los ojos otra vez despacio—. Necesito que le arrebates ese récord, por favor.

Si las palabras pueden quebrar almas, las mías acaban de rompérsela en dos. Se le entristece la cara y no puede contener las lágrimas. Sé lo que le estoy pidiendo y odio tener que hacerlo, pero lo necesito. Recurriré a lo que esté en mi mano para aplacar este dolor y este odio que me están matando.

—Por favor, Holder.

Sé que él no quiere que nuestra primera vez sea así y lo comprendo. Ojalá no tuviera que serlo, pero hay ocasiones en las que la vida te arrebata la capacidad de elección y no puedes actuar movida por el amor, por mucho que quieras, porque otros factores se imponen. Como el odio, por ejemplo. A veces la urgencia de librarte de él te hace tomar decisiones desesperadas. Holder ha conocido el odio y el dolor, y por eso entiende lo mucho que lo necesito, aunque no esté de acuerdo conmigo.

Se acerca a la cama, se arrodilla en el suelo ante mí hasta que quedamos frente a frente. Me agarra por la cintura y me acerca al borde del colchón. Me desliza las manos bajo las rodillas y se envuelve las caderas con mis piernas. Me quita la camiseta sin apartar la vista de mis ojos. Un instante después, la suya sigue el mismo camino. Me sostiene mientras se levanta del suelo y se dirige a mi parte de la cama, donde me deposita con delicadeza antes de tumbarse sobre mí. Apoya las manos a ambos lados de mi cabeza y

me dirige una mirada insegura que contrasta con la firmeza de su voz cuando dice:

—De acuerdo.

Después de secarme una lágrima que me cae por la sien, se pone de rodillas y busca la cartera que tiene sobre la mesilla de noche. Saca un condón y se quita los pantalones sin dejar de mirarme a los ojos. Me observa como si estuviera esperando que cambiara de idea en cualquier momento. O tal vez tema que me dé otro ataque de pánico. No puedo descartarlo, pero necesito seguir adelante. No me da la gana permitir que mi padre siga siendo el dueño de esta parte de mí ni un segundo más.

Holder me desabrocha los vaqueros y me los quita. Fijo la vista en el techo y, a medida que avanzamos en el proceso, siento que mi mente se va perdiendo.

Me pregunto si esto tendrá remedio, si lograré encontrar placer en estar así con Holder algún día.

No me pregunta si estoy segura porque sabe que lo estoy. Se inclina sobre mí y me besa mientras me quita el sujetador y las bragas. Me alegra que me esté besando porque así tengo una excusa para cerrar los ojos. No me gusta cómo me mira..., como si deseara estar en cualquier otra parte ahora mismo. Los mantengo cerrados cuando aparta la cara para colocarse el preservativo. Cuando vuelvo a notar su cercanía, lo atraigo hacia mí para impedir que cambie de idea.

—Sky.

Al abrir los ojos, veo que está dudando y me apresuro a negar con la cabeza.

—No te lo pienses, Holder. Hazlo sin más.

Él cierra los ojos y hunde la cara en mi cuello, incapaz de sostenerme la mirada.

—Es que no sé cómo afrontarlo —admite—. No sé si esto es incorrecto o si es lo que necesitas de verdad. Tengo miedo de empeorar las cosas si sigo adelante.

Sus palabras se me clavan en el corazón porque entiendo perfectamente a qué se refiere. Yo tampoco sé si esto es lo que me conviene o si terminará de estropear las cosas entre los dos, pero ahora mismo tengo una necesidad tan grande de arrebatarle ese trozo de mí a mi padre que estoy dispuesta a cualquier cosa. Me empiezan a temblar los brazos cuando me echo a llorar de nuevo. Él mantiene la cabeza en mi hombro mientras me acaricia la cara. Al notar mis lágrimas, noto que se esfuerza por no llorar él también. Verlo tan disgustado me convence de que entiende lo importante que es para mí. Le escondo la cabeza en el hombro y alzo las caderas en un ruego silencioso.

Él cumple mi petición. Se coloca sobre mí, me besa en la sien y me penetra lentamente.

No se me escapa ningún sonido a pesar del dolor.

No respiro a pesar de que necesito aire.

Ni siquiera pienso en lo que está sucediendo entre nosotros; no pienso en nada en absoluto. Me estoy imaginando las estrellas que tengo pegadas en el techo de mi habitación. Tal vez algún día deje de necesitarlas y entonces podré arrancarlas de una vez. Ojalá.

Estoy logrando mantener mi mente al margen de lo que me está haciendo hasta que, de repente, se queda inmóvil sobre mí con la cara aún bien hundida en mi hombro. Respira entrecortadamente y, pasados unos instantes, suspira y se aparta de mí por completo. Tras mirarme, cierra los ojos, se da la vuelta y se sienta en el borde de la cama, dándome la espalda.

—No puedo —se rinde—. Siento que estoy haciendo algo malo, Sky. Es muy agradable, pero no logro disfrutarlo. Mientras lo hago,

ya me estoy arrepintiendo.

Se levanta y se pone los vaqueros. Coge la camiseta del suelo y la llave de la cómoda, y sale de la habitación sin despedirse ni mirar atrás.

Al instante me levanto y me meto en la ducha porque me siento sucia. Me siento mal por haberlo forzado y espero que el agua me ayude a librarme de la culpa. Me enjabono cada centímetro del cuerpo hasta que me duele la piel, pero no sirve de nada. Acabo de destrozar otro momento de intimidad entre los dos. He visto la vergüenza que trataba de ocultar mientras se marchaba sin atreverse a mirarme.

Cierro el grifo y salgo de la ducha. Después de secarme, me pongo el albornoz que cuelga de la puerta, me cepillo el pelo y guardo mis cosas en el neceser. No quiero irme sin avisar a Holder, pero no puedo seguir aquí. Y tampoco quiero obligarlo a enfrentarse a mí después de lo que ha pasado. Llamaré a un taxi para que me lleve a la estación de autobuses y me iré antes de que regrese.

Si es que tiene previsto volver.

Cuando abro la puerta que lleva al dormitorio, no espero encontrarlo sentado en la cama con las manos enlazadas entre las rodillas. En cuanto oye la puerta del baño, levanta la vista hacia mí. Yo me detengo en seco; al observarlo, veo que tiene los ojos rojos y la mano envuelta en un vendaje improvisado que se ha hecho con la camiseta —que, por cierto, está manchada de sangre—. Corro hacia él y retiro la tira de tela para inspeccionarle la mano.

—Holder, ¿qué has hecho?

Le muevo la mano adelante y atrás, y distingo un corte en los nudillos. Él la retira y vuelve a cubrírsela con la venda improvisada.

—No es nada —le quita importancia.

Cuando se levanta, doy un paso atrás porque supongo que está a punto de irse otra vez. Sin embargo, en vez de eso, se planta ante mí y me contempla.

—Lo siento mucho —murmuro mirándolo a los ojos—. No debería habértelo pedido, pero es que necesitaba...

Él me sujeta la cara e interrumpe la disculpa con un beso.

—Calla. —No deja de mirarme a los ojos—. No tienes que pedir perdón por nada. No me he ido porque estuviera enfadado contigo; estaba furioso conmigo.

Me suelto de sus manos y me vuelvo hacia la cama porque no quiero ver como sigue echándose culpas encima.

—No pasa nada. —Levanto las mantas para tumbarme de nuevo —. Sé que es mucho pedir que me desees de esa manera en estos momentos. Ha sido un error, y muy egoísta por mi parte. No debería haberte dicho nada; lo siento mucho, de verdad. —Le doy la espalda para que no me vea llorar—. Vamos a dormir, ¿vale?

La voz me sale mucho más calmada de lo que esperaba. Pero es que no quiero que se sienta mal. Ha estado a mi lado en todo momento desde que esto empezó, mientras que yo no he hecho nada por él. Creo que lo mejor que podría hacerle ahora mismo sería poner fin a lo nuestro para que deje de sentirse obligado a apoyarme. No me debe nada.

—¿En serio crees que el problema es que no te deseo? —Rodea la cama y se arrodilla frente a mí—. Sky, lo que me rompe el corazón es todo lo que te ha pasado porque no sé cómo ayudarte, joder. Quiero estar a tu lado para que todo te resulte un poco menos duro, pero, cada vez que abro la boca, digo algo inadecuado. Cada vez que te toco o te beso, temo que no te apetezca, y de pronto me pides que follemos porque quieres que deje de ser algo suyo en exclusiva. Y lo entiendo. Entiendo qué te ha llevado a pedírmelo,

pero eso no hace que me resulte fácil hacerte el amor cuando ni siquiera puedes mirarme a los ojos. Me destroza porque no te mereces que las cosas sean así. No te mereces la vida que has tenido, pero no puedo hacer nada para remediarlo. Quiero arreglarlo todo y no puedo, y eso me causa mucha impotencia.

A lo largo de su confesión, se ha sentado y me ha atraído hacia su pecho, pero, como estaba tan pendiente de sus palabras, no me había dado ni cuenta. Me abraza y, al encontrarme sentada sobre su regazo, le rodeo la cintura con las piernas. Él me sostiene la cara entre las manos y me mira a los ojos.

—Y, aunque he parado, no debería haber empezado sin decirte antes lo mucho que te quiero. Te quiero muchísimo y no me merezco tocarte hasta que tengas claro que te toco porque te quiero, por ninguna otra razón.

Cuando une su boca a la mía, no me da ni tiempo a decirle que yo también lo quiero, tanto que me duele el pecho. No hay sitio para nada en mi mente que no sea lo mucho que amo a este chico y lo mucho que él me ama a mí; a pesar de todo lo que está pasando en mi vida, no cambiaría estar aquí con él por nada.

Trato de transmitirle en mi beso todo lo que estoy sintiendo, pero no es suficiente. Me aparto y lo beso en la barbilla, en la nariz, en la frente, y luego le atrapo la lágrima que le cae por la mejilla.

—Yo también te quiero. No sé qué haría si no te tuviera en mi vida, Holder. Te quiero muchísimo y lo siento. Me habría gustado que fueras el primero, pero él te lo arrebató.

Holder lo niega con decisión y me hace callar con otro beso.

—No vuelvas a decir eso. No se te ocurra ni siquiera pensarlo. Tu padre te quitó esa primera vez de un modo inconcebible, pero no se llevó nada más. Eres fuerte, Sky. Siempre lo has sido. Eres increíble, divertida, inteligente, preciosa, y estás llena de fuerza y valor. Y lo

que él hizo no cambia tu forma de ser. Sobreviviste una vez a su maldad y volverás a hacerlo. Estoy convencido.

Me apoya la mano en el corazón y tira de la mía para colocarla sobre el suyo. Se inclina un poco para que nuestros ojos queden al mismo nivel y así asegurarse de que le estoy prestando toda mi atención.

—Me importan una mierda las primeras veces, Sky. Yo lo que quiero es compartir contigo todos los «para siempre».

Lo beso. Joder, como para no hacerlo. Tiño el beso de todas las emociones que me recorren el cuerpo y él me sostiene la cabeza mientras me tumba sobre la cama y se coloca sobre mí.

—Te quiero. Te he querido desde el principio, pero no podía decírtelo. No me parecía correcto dejar que te enamoraras de mí mientras te ocultaba tantas cosas.

Vuelvo a tener las mejillas empapadas; sin embargo, aunque son las mismas lágrimas y salen de los mismos ojos, la emoción que las empuja es totalmente distinta. Estas no son fruto de la angustia ni de la rabia, sino que están causadas por esta sensación que me abruma al oírlo confesar lo mucho que me quiere.

—Creo que no podrías haber elegido mejor momento para decírmelo; me alegro mucho de que hayas esperado.

Él sonríe y me contempla fascinado. Agacha la cabeza y, al besarme, me regala su sabor. Lo hace con delicadeza y dulzura, deslizando la lengua sobre la mía mientras me desata el albornoz. Contengo el aliento cuando desliza una mano bajo la tela de toalla y me acaricia el torso. La sensación que me provocan sus dedos no se parece en nada a la de hace un rato; esta vez quiero sentirlo todo.

—Dios santo, cómo te quiero. —Me acaricia la cintura antes de ir descendiendo hasta el muslo. Cuando gimo en su boca, él profundiza el beso. Me apoya la palma de la mano en la cara interna

del muslo y presiona para acomodarse entre mis piernas. Al notar que me tenso y me encojo, deja de besarme y me mira—. Recuerda que te estoy tocando porque te quiero; esa es la única razón.

Asiento con la cabeza, pero cierro los ojos porque temo que el miedo y la insensibilidad vuelvan a adueñarse de mí. Holder me besa en la mejilla y me cubre con el albornoz.

—Abre los ojos —me ordena en tono amable. Cuando lo obedezco, recorre la trayectoria de una lágrima con el dedo—. Estás llorando.

Sonrío para tranquilizarlo.

—No pasa nada, son lágrimas de las buenas.

Él asiente en silencio sin devolverme la sonrisa. Me observa unos instantes antes de entrelazar nuestras manos.

—Quiero hacerte el amor, Sky, y creo que tú también lo deseas, pero necesito que entiendas algo antes. —Me aprieta la mano y se agacha para detener el avance de otra lágrima con un beso—. Sé que te cuesta darte permiso para sentir. Has pasado tanto tiempo esforzándote por bloquear las emociones cada vez que alguien te toca que no ha de ser fácil cambiar el chip. Aun así, quiero que comprendas que lo que te dañó no fue lo que tu padre le hizo a tu cuerpo; lo peor es que destrozó la fe que tenías en él. Eso te rompió el corazón. Pasaste por una de las peores experiencias que puede sufrir un niño, y es ser atacado por su héroe, por la persona a la que idolatra. No puedo imaginarme cómo debes de haberte sentido. Pero no olvides que sus actos no tienen nada que ver con lo que hacemos nosotros cuando estamos juntos. Cuando yo te toco es porque quiero hacerte feliz. Cuando te beso es porque tienes la boca más increíble que he visto nunca y me resulta imposible no besarla. Y, cuando te hago el amor, eso es exactamente lo que hago. Te hago el amor porque te amo. Los sentimientos negativos que has asociado

al contacto físico durante toda tu vida no son válidos conmigo ni con lo nuestro. Te toco porque estoy enamorado de ti, y no hay más.

Sus palabras me inundan el corazón y me calman los nervios. Cuando me besa con delicadeza, me relajo al notar el contacto de su mano, una mano que me toca movida por el amor. Mi reacción es fundirme con él. Doy permiso a mis labios para que se mezclen con los suyos; a mis manos, para unirse a las suyas; me autorizo a seguirle el ritmo. Pronto me entrego al anhelo de experimentarlo todo porque lo deseo, no porque alguien me lo imponga.

—Te quiero —susurra.

Mientras me explora con las manos, los labios y los ojos, no deja de repetirme lo mucho que me ama. Por una vez en la vida, permanezco anclada en la realidad; vivo el momento, deseo sentir todo lo que me dice y me hace. Cuando al fin se cubre con el preservativo y se coloca sobre mí, me mira sonriendo y me acaricia la mejilla con las yemas de los dedos.

—Dime que me quieres —me pide.

Le sostengo la mirada, segura, confiada, porque deseo que él sienta lo sincera que estoy siendo.

—Te quiero, Holder. Muchísimo. Y quiero que sepas que Hope también.

Alza las cejas y deja escapar el aire, como si llevara trece años conteniendo la respiración, esperando escuchar estas palabras para soltarla.

—Ojalá pudieras sentir el efecto que acaban de causarme tus palabras.

Sin pausa, me cubre la boca con la suya y me dejo inundar por su sabor dulce y familiar mientras se clava en mi interior y me llena no solo con su cuerpo. Me colma de honestidad, de amor, y, durante un momento, me entrega el inicio de uno de nuestros «para siempre».

Aferrada a sus hombros, me muevo a su ritmo y lo siento todo con cada uno de sus preciosos detalles.

Lunes, 29 de octubre de 2012

9:50 h

Al darme la vuelta, veo a Holder sentado a mi lado en la cama. Está consultando el móvil. Al ver que me estiro, se gira hacia mí y se inclina para darme un beso, pero yo aparto la cara.

—Me canta el aliento —murmuro mientras me levanto.

Él se echa a reír y vuelve a revisar el teléfono. Parece que en algún momento de la noche volví a ponerme la camiseta, pero la verdad es que no me acuerdo. Me la quito y entro en la ducha. Cuando termino y vuelvo a la habitación, Holder está recogiendo nuestras cosas.

—¿Qué haces?

Lo observo mientras dobla una de mis camisetas y la mete en la bolsa. Me mira de reojo antes de seguir guardando la ropa que ha extendido sobre la cama.

—No podemos quedarnos aquí eternamente, Sky. Hemos de decidir qué quieres hacer.

Doy unos pasos hacia él mientras el corazón se me acelera.

—Pero... es que todavía no lo sé. No tengo adónde ir.

Él detecta el pánico en mi voz y rodea la cama para abrazarme.

—Me tienes a mí, Sky. Cálmate. Podemos volver a mi casa y decidirlo allí. Hemos de pensar en el curso; no podemos dejar los estudios así como así. Y lo que tampoco podemos hacer es vivir en un hotel.

La idea de estar tan cerca de Karen me inquieta. Tengo miedo de que la cercanía me impulse a pedirle explicaciones, y todavía no me siento preparada para enfrentarme a ella. Necesito un día más. Quiero volver a ver mi antigua casa por si me despierta nuevos recuerdos. No me apetece que sea Karen quien me dé los detalles de lo que ocurrió. No quiero tener que fiarme de su palabra; necesito recordar lo máximo posible por mí misma.

—Un día más, por favor —le ruego—. Quedémonos un día más. Necesito aclararme las ideas y para eso tengo que volver a esa casa.

Holder da un paso atrás y niega con la cabeza.

—Ni hablar —protesta con firmeza—. No pienso permitir que vuelvas a pasar por eso. No vamos a regresar.

Le sujeto las mejillas para tranquilizarlo.

—Necesito hacerlo, Holder. Te prometo que no bajaré del coche. Te lo juro. Necesito volver a ver la casa antes de irnos. En el rato que pasamos ayer allí, recordé tantas cosas que quiero aprovechar para recuperar todo lo posible antes de tomar una decisión.

Él suspira y camina de un lado a otro, como buscando la manera de negarse.

—Por favor —insisto, porque sé que será incapaz de decirme que no si continúo rogándoselo.

Despacio, se vuelve hacia la cama, coge las bolsas y las lanza hacia el armario abierto.

—De acuerdo. Te dije que te apoyaría en lo que necesitaras, pero no pienso volver a colgar la ropa. —Señala el equipaje, haciéndose el digno.

Riendo, corro hacia él y le echo los brazos al cuello.

—Eres el mejor novio del mundo y el más comprensivo.

Él suspira mientras me devuelve el abrazo.

—No, no es verdad. —Me besa en la sien—. Lo que soy es el más calzonazos del planeta.

Lunes, 29 de octubre de 2012

16:15 h

Llevamos diez minutos aparcados frente a la casa cuando mi padre se para en la entrada. Anda que no hay minutos en el día y hemos tenido que elegir los mismos que él. En cuanto detiene el coche frente al garaje, Holder agarra la llave de contacto.

Apoyo la mano sobre la suya para impedir que arranque.

—Espera un poco —le pido—. Necesito saber cómo es.

Holder suspira y golpea el reposacabezas con fuerza al echarse hacia atrás, consciente de que deberíamos marcharnos, pero también de que no pienso permitirlo.

Dejo de mirarlo a él y me vuelvo hacia el coche de policía que acaba de detenerse al otro lado de la calle. Cuando se abre la portezuela, baja un hombre vestido de uniforme. Aunque nos da la espalda, veo que está hablando por teléfono. Sumido en la conversación, se para en el jardín y no entra. Lo contemplo sin notar ningún tipo de reacción. No siento nada hasta que se da la vuelta y le veo la cara.

—Dios mío —susurro. Cuando Holder se gira rápido hacia mí, niego con la cabeza—. No pasa nada. Es que... me resulta familiar. Hasta ahora no tenía una imagen mental de él, pero, si me hubiera cruzado con él por la calle, lo habría reconocido.

Permanecemos observándolo en silencio. Holder sujeta el volante con tanta fuerza que los nudillos se le han vuelto blancos. Cuando

bajo la vista hacia mis manos, veo que estoy sujetando el cinturón de seguridad de la misma manera.

Al fin mi padre se aparta el móvil de la oreja, se lo guarda en el bolsillo y echa a andar en nuestra dirección. Holder se dispone a arrancar a toda prisa mientras yo contengo el aliento y rezo pidiendo que no nos haya visto. Cuando nos damos cuenta de que se dirige hacia el buzón, nos relajamos al mismo tiempo.

—¿Has tenido bastante? —me pregunta Holder con la mandíbula apretada—. Porque, si me quedo aquí un segundo más, voy a bajar del coche y le voy a romper la cara.

—Casi —respondo, porque no quiero que haga una tontería, pero tampoco que nos vayamos todavía.

Mientras observo a mi padre recoger el correo y dirigirse de vuelta hacia la casa, me asalta una idea alarmante.

¿Y si se ha vuelto a casar?

¿Y si ha tenido más hijos?

¿Y si le está haciendo lo mismo a alguien más?

Las palmas me empiezan a sudar, por lo que suelto el cinturón de seguridad y me las seco en los vaqueros. El temblor de las manos ha empeorado; de repente, no logro quitarme de la cabeza que no puedo permitir que siga con esto. He de impedir que se escape antes de averiguar si sigue haciéndoles lo mismo a otras niñas. O niños. Necesito saberlo por mí misma y por todos los pequeños con los que mi padre entra en contacto. Tengo que asegurarme de que no actúa como el monstruo que vive en mis pesadillas con nadie más. Y, para eso, tengo que enfrentarme a él, lograr que hable. Porque también necesito saber por qué hizo lo que hizo.

Cuando mi padre se mete en la casa y cierra la puerta, Holder suelta el aire, aliviado.

—¿Podemos marcharnos ya? —Se vuelve hacia mí.

Sé que, si sospechara lo que estoy a punto de hacer, me haría un placaje aquí mismo para evitarlo. Por eso, para pillarlo por sorpresa, le dirijo una sonrisa forzada.

—Sí, ya podemos irnos.

Mientras él gira la muñeca para poner el coche en marcha, me suelto el cinturón, abro la puerta y echo a correr. Cruzo la calle, el jardín, y llego al porche, donde Holder me alcanza. No era consciente de que me estaba persiguiendo, porque se mueve en completo silencio. Me atrapa entre sus brazos y baja los escalones cargándome. Cruza el jardín conmigo a cuestas mientras yo pataleo y trato de liberarme.

—¿Qué demonios estás haciendo? —me recrimina sin soltarme, y sigue avanzando hacia el coche como si mis patadas no le afectaran.

—¡Suéltame, Holder, o gritaré! Te lo advierto. ¡Voy a gritar!

Mi amenaza surte efecto al fin. Me suelta y, una vez en el suelo, me da la vuelta y me sacude por los hombros mientras me dirige una mirada de profunda decepción.

—No lo hagas, Sky. No tienes por qué hablar con él, no después de lo que te hizo. Creo que necesitas más tiempo para procesarlo todo.

Estoy segura de que puede ver en mis ojos el dolor que nace de lo más hondo de mi corazón.

—Tengo que saber si les está haciendo lo mismo a otros niños. Si tiene más hijos. No puedo ignorarlo sabiendo de lo que es capaz. Tengo que mirarlo a la cara y preguntárselo. Necesito asegurarme de que ya no es el mismo hombre antes de que nos vayamos.

Él niega con la cabeza.

—No lo hagas. Aún no. Lo investigaremos por internet o por teléfono. Por favor, Sky.

Me suelta los hombros para sujetarme por los brazos y tira de mí hacia el coche. Yo titubeo porque sigo sintiendo la necesidad de encararme con él. Nada de lo que descubra en la red me dará la información que puedo conseguir con solo mirarlo a los ojos o escucharlo.

—¿Algún problema por aquí?

Ambos nos volvemos al mismo tiempo hacia la voz. Mi padre se encuentra al pie de los escalones del porche y observa fijamente a Holder, que sigue sujetándome con fuerza.

—Señorita, ¿la está agrediendo este hombre?

El sonido de su voz hace que se me doblen las rodillas. Holder nota que estoy perdiendo las fuerzas, por lo que me sostiene pegada a su pecho.

—Vámonos —susurra mientras me rodea con un brazo y se dirige conmigo hacia el coche.

—¡No se mueva!

Yo me quedo inmóvil, pero Holder me empuja con más fuerza para alejarme de ahí a toda prisa.

—¡Dese la vuelta!

La voz de mi padre se ha vuelto más autoritaria. Holder hace como yo y se detiene, consciente de las consecuencias que puede acarrear no hacer caso a la autoridad.

—Disimula —me dice al oído—. Tal vez no te reconozca.

Asiento e inspiro hondo. Nos volvemos a la vez hacia mi padre, que se está acercando a nosotros con la mano en la funda de la pistola. Agacho la cabeza aterrada porque he visto en su mirada que me ha reconocido. Se detiene a un par de metros de distancia; Holder me sujeta con más fuerza, pero yo no levanto la vista del suelo, demasiado asustada hasta para respirar.

—¿Princesa?

Lunes, 29 de octubre de 2012

16:35 h

—¡No la toques, joder!

Es Holder el que grita. Su voz suena muy cerca y, entre eso y la presión que siento bajo las axilas, deduzco que me está sosteniendo. Al mover las manos, noto que la hierba se cuela entre mis dedos.

—Cielo, abre los ojos, por favor. —Holder me acaricia la mejilla y, cuando hago lo que me pide, lo veo inclinado sobre mí con mi padre a su espalda—. Te has desmayado, pero no pasa nada. Tienes que levantarte; nos vamos de aquí.

Tira de mí para ayudarme y me sostiene con un brazo. En realidad, es él quien me mantiene en pie.

Mi padre está frente a mí, observándome como si no acabara de creerse lo que está viendo.

—¿Eres tú de verdad? —me pregunta, y alterna la mirada entre Holder y yo antes de volver a preguntar—. ¿Hope? ¿Te acuerdas de mí?

Tiene los ojos llenos de lágrimas, a diferencia de los míos, que están secos.

—Vámonos —insiste Holder.

En vez de hacerle caso, me libero de sus brazos para enfrentarme a mi padre..., que está mostrando emociones propias de un hombre que en otro tiempo me quiso. Menudo cretino.

—¿Me recuerdas? —insiste. Cuando da un paso hacia mí, Holder retrocede—. Hope, ¿te acuerdas de mí?

—¿Cómo olvidarte?

Aunque trato de ser sarcástica, la vida siempre me pasa la mano por la cara en temas de ironía, porque me había olvidado de él por completo. De lo que me hizo, de la vida que llevé en esta casa. Sin embargo, no quiero que lo sepa. Quiero que crea que lo recuerdo todo en detalle.

—Eres tú. Estás viva, sana y salva.

Se palmea el costado y saca la radio, supongo que para dar parte, pero, antes de que pueda pulsar el botón para hablar, Holder le da un manotazo que hace que vaya a parar al suelo. Mi padre se agacha para recogerla, y da un paso atrás mientras apoya de nuevo la mano en la pistola. Se ha puesto a la defensiva.

—Yo que tú no le diría a nadie que está aquí —le advierte Holder —. No creo que te interese que salga en la primera página de todos los periódicos que eres un puto degenerado.

Mi padre palidece de repente y me dirige una mirada asustada.

—¿Qué? —No da crédito—. Hope, no sé quién se te llevó de aquí..., pero te mintieron. Te han contado cosas sobre mí que no son verdad. —Se ha ido acercando y me ruega con los ojos, desesperado —. ¿Quién fue? ¿Quién te secuestró?

Doy un paso hacia él, mostrando confianza y seguridad.

—Me acuerdo de todo lo que me hiciste, pero, si me das lo que he venido a buscar, te juro que me iré y no volverás a saber de mí.

Él niega con la cabeza, incapaz de asimilar que su hija haya vuelto y le esté plantando cara. Supongo que también está tratando de aceptar que su vida corre peligro. Su carrera, su reputación, su libertad... Puede perderlo todo. Cuando se da cuenta de que no puede seguir negando la realidad, palidece aún más. Sabe que lo sé.

—¿Qué quieres?

Echo un vistazo hacia la casa antes de volver a mirarlo a los ojos.

—Respuestas. Y cualquier cosa que perteneciera a mi madre.

Holder aumenta la fuerza con la que me sujeta por la cintura. Le busco la mano y se la aprieto porque necesito sentir que no estoy sola en esto. A cada minuto que paso en presencia de mi padre, pierdo seguridad. Todo lo relacionado con él —su voz, sus expresiones o movimientos— me provoca dolor de estómago.

Mi padre mira de reojo a mi novio antes de proponer en voz baja:

—Podemos hablar dentro si quieres.

Mira a su alrededor, hacia las casas de los vecinos. Parece nervioso. Supongo que ha evaluado sus opciones y ha llegado a la conclusión de que no le quedan muchas. Señala con la cabeza hacia la entrada y echa a andar.

—Deja aquí la pistola —le ordena Holder.

Mi padre se detiene ante los escalones del porche, pero no se da la vuelta. Saca el arma de la funda despacio y la deja en la escalera antes de dirigirse hacia la puerta.

—La otra también —insiste Holder.

Se para de nuevo, esta vez antes de cruzar el umbral. Se inclina hacia el tobillo, se sube la pernera del pantalón y saca la otra pistola antes de entrar. Deja la puerta abierta para que lo sigamos. Holder me sujeta por los hombros y me da la vuelta para que lo mire a los ojos.

—Yo me quedo aquí, con la puerta abierta. No me fío de él. No vayas más allá del salón.

Cuando asiento en silencio, me da un beso rápido e intenso antes de soltarme. Al entrar, veo que mi padre se ha sentado en el sofá del fondo, con las manos unidas ante él y la vista clavada en el suelo. Me dirijo al sillón que me queda más cerca y me siento en el borde;

no tengo ninguna intención de relajarme. Estar aquí, en esta casa, en su presencia hace que se me embote el cerebro y noto un nudo en el pecho. Inspiro hondo varias veces, tratando de mantener el miedo a raya.

Aprovecho el momento de silencio para buscar en sus rasgos algo que me recuerde a mí. Tal vez el tono del pelo. Es mucho más alto que yo y veo que los ojos, cuando se arma de valor y me mira, son verde oscuro, muy distintos de los míos. Aparte del color caramelo del cabello, no comparto nada más con él. Comprobar que no nos parecemos me hace sonreír.

Mi padre suspira y se revuelve en el sofá, incómodo.

—Antes de que digas nada, quiero que sepas que te quise y que me he arrepentido de lo que hice cada segundo de mi vida.

No respondo verbalmente a esa afirmación, pero me cuesta un gran esfuerzo no reaccionar de manera física a esa sarta de estupideces. Aunque se pasara el resto de su vida disculpándose, no bastaría para borrar el recuerdo de las noches en las que giraba el pomo de la puerta.

—Quiero saber por qué lo hacías.

Me tiembla la voz. Odio sonar tan débil y patética, igual que la niña que le rogaba que parara, pero ya no soy ella y no me da la gana mostrarme vulnerable ante él.

Mi padre se echa hacia atrás en el sofá y se frota los ojos.

—No lo sé. —Parece exasperado—. Después de la muerte de tu madre, volví a beber demasiado. Un año más tarde, me desperté una mañana y supe que había hecho algo terrible. Al principio tenía la esperanza de que se tratara de una pesadilla, pero cuando fui a despertarte..., estabas distinta. Ya no eras la niñita feliz de antes. De la noche a la mañana te transformaste en alguien que me tenía miedo. Me odié por ello. Ni siquiera recuerdo qué te hice porque

estaba demasiado borracho, pero sé que fue algo horrible y lo siento mucho, muchísimo. No volvió a pasar y me aseguré de hacer todo lo posible para compensártelo. Te compraba regalos todo el rato y te daba todo lo que me pedías. No quería que te acordaras de aquella noche.

Me sujeto las rodillas para evitar saltar del sofá y estrangularlo. Que trate de convencerme de que fue cosa de un día hace que lo odie aún más que antes, aunque parezca imposible. Está hablando del tema como si hubiera sido un accidente, como si se le hubiera roto una taza o se hubiera chocado con el coche de delante en un semáforo.

—No fue una sola vez. Era noche tras noche tras noche —le rebato en tono controlado. Me está costando la vida no gritar con todas mis fuerzas—. Tenía miedo de irme a la cama, de levantarme, de bañarme o de hablar contigo. Yo no temía a los monstruos que se escondían debajo de la cama o en el armario. A mí el que me aterrorizaba era el que se suponía que tenía que quererme. ¡Se suponía que debías protegerme de la gente como tú!

Holder está junto a mí, sujetándome el brazo mientras le grito al hombre que está en la otra punta del salón. Me apoyo en él porque tiemblo como una hoja y necesito sentir su apoyo para calmarme un poco. Él me acaricia el brazo y me da un beso en el hombro mientras deja que saque de dentro las cosas que necesito expresar sin interrumpirme ni una sola vez.

Mi padre se hunde en el sofá y se echa a llorar. No intenta defenderse porque sabe que tengo razón. No puede esconderse detrás de más mentiras porque me acuerdo de todo. Y si llora con la cara entre las manos es porque lamenta que al fin lo haya descubierto, no porque se arrepienta de lo que hizo.

—¿Tienes más hijos? —inquiero, fulminándolo con los ojos. Parece tan avergonzado que no es capaz de devolverme la mirada. Se sostiene la frente con la mano y deja caer la cabeza, pero no responde—. ¿Los tienes? —grito.

Necesito saber que no le ha hecho lo mismo a otra persona. Que no sigue haciéndolo en la actualidad.

Él niega con la cabeza.

—No. No volví a casarme nunca más. —Su voz suena tan derrotada como su aspecto general.

—¿Soy la única a la que se lo hiciste?

Él no despega la vista del suelo; trata de evitar responder escudándose tras largas pausas.

—Dime la verdad, me lo debes —insisto convencida—. ¿Se lo hiciste a alguien antes que a mí?

Siento que se cierra en banda. No tiene intención de confesar nada más. Dejo caer la cabeza entre las manos, impotente. No sé qué debo hacer. No me parece correcto dejar que siga viviendo su vida como si nada, pero me aterroriza lo que pueda pasar si lo denuncio. Me da miedo que mi vida no vuelva a ser la misma y también que nadie me crea, porque estamos hablando de cosas que pasaron hace mucho tiempo. Sin embargo, lo que me aterra más que cualquier otra cosa es descubrir que lo sigo queriendo tanto que no quiero arruinarle la vida. Estar en su presencia no solo me ha traído recuerdos de las cosas horribles que me hizo, sino también del padre que una vez fue, antes de que empezara todo aquello. Esta casa me está provocando un remolino de emociones. Al volverme hacia la cocina, veo la mesa, que me trae un montón de memorias sobre los buenos momentos y las conversaciones que mantuvimos en ella. Miro la puerta de atrás y recuerdo cómo corríamos para ver pasar el tren, que cruzaba el campo que quedaba detrás de la casa.

Todo lo que me rodea me llena de sentimientos contradictorios y no me hace ni pizca de gracia comprobar que lo sigo queriendo tanto como lo odio.

Me seco las lágrimas y le busco la mirada, pero él sigue con la vista clavada en el suelo. Por mucho que intento no ir por ese camino, atisbo en él rastros de mi papi, recuerdos del hombre que me quería... mucho antes de que el pomo de la puerta se convirtiera en el anuncio de que empezaba la pesadilla.

Catorce años atrás

—Chis...

Mi mami me coloca el pelo por detrás de la oreja. Estamos las dos tumbadas en mi cama; ella está detrás y me abraza hasta pegarme a su pecho. Me encuentro mal y no puedo dormir. No me gusta estar malita, pero al menos tengo a mi mami, que me cuida mucho.

Cierro los ojos y trato de dormir para ponerme buena pronto. Cuando estoy a punto, oigo que el pomo de la puerta gira y abro los ojos. Mi papi entra y nos sonríe a las dos. Deja de hacerlo cuando me mira porque se da cuenta de que no me encuentro bien. No le gusta que esté malita porque me quiere mucho y se pone triste.

Se arrodilla en el suelo ante mí y me apoya una mano en la cara.

—¿Cómo está mi niñita?

—No me encuentro bien, papi —susurro.

Él frunce el ceño. Debería haberle dicho que estaba bien para que no lo hiciera.

Mira a mi mami, que sigue a mi espalda, y le sonríe. Le acaricia la cara igual que ha hecho conmigo y le pregunta:

—¿Cómo está mi otra chica?

Noto que ella le acaricia la mano mientras habla con él.

—Cansada. Llevo despierta toda la noche.

Él se pone en pie y tira de ella para que se levante también. La abraza y la besa en la mejilla.

—Yo me encargo. —Le acaricia el pelo—. Ve a descansar un rato, ¿vale?

Mi mami asiente en silencio y le devuelve el beso antes de salir de la habitación. Mi papi rodea la cama y se tumba en el lugar donde estaba mi mami. Me abraza igual que ella y empieza a cantarme su canción favorita. Dice que es su preferida porque habla de mí.

He perdido muchas cosas a lo largo de la vida.
He conocido el dolor y me ha faltado confianza.
Pero no me rendiré, no sucumbiré ante las heridas.
Porque siempre me quedará mi rayo de esperanza.

Sigo sin encontrarme bien, pero sonrío y mi papi me sigue cantando hasta que me quedo dormida.

Lunes, 29 de octubre de 2012

16:57 h

Es la primera vez que me acuerdo de algo anterior a la debacle. Es el primer recuerdo que tengo de mi madre en vida. Sigo sin recordar su cara porque su imagen estaba borrosa, pero me he acordado de cómo me sentía. Los quería mucho. A los dos.

Cuando mi padre levanta la mirada al fin, veo su rostro inundado de dolor. Sin embargo, no me compadezco de él en absoluto porque ¿acaso se apiadó él de mí? Sé que ahora mismo se encuentra en una situación vulnerable, y, si puedo usar esa vulnerabilidad para lograr arrancarle la verdad, pienso aprovecharla.

Me levanto; cuando Holder trata de retenerme, bajo la vista hacia él y lo tranquilizo.

—Todo bien —le aseguro.

No parece muy convencido, pero me suelta y me permite acercarme a mi padre. Me arrodillo en el suelo ante él y lo miro a los ojos, que brillan de arrepentimiento. La cercanía hace que me tense, que la furia crezca en mi corazón; aun así, sigo adelante porque sé que esta es mi oportunidad de obtener respuestas. Y para eso necesito convencerlo de que me apiado de él.

—Recuerdo que estaba enferma —le cuento en tono sereno—. Mi madre y yo estábamos en la cama y tú volviste a casa después del trabajo. Ella se había pasado la noche en blanco, cuidándome, y estaba agotada, por lo que le dijiste que se fuera a descansar.

Él asiente sin apenas moverse mientras una lágrima le cae por la mejilla.

—Esa noche me abrazaste como un padre abraza a su hija. Y me cantaste; recuerdo que era una canción sobre un rayo de esperanza. —Me seco las lágrimas sin dejar de mirarlo—. Antes de que mi madre muriera..., antes de que la vida te rompiera el corazón..., no me hacías esas cosas, ¿verdad?

Él niega con la cabeza mientras me acaricia la cara.

—No, Hope. Te quería muchísimo. Aún te quiero. Os quería a tu madre y a ti más que a nada en el mundo. Cuando ella murió..., la mejor parte de mí se fue con ella.

Aprieto los puños y no puedo evitar retroceder un poco al notar el contacto de sus dedos. A pesar de la repugnancia, sigo adelante con mi misión y logro mantener un tono de voz calmado.

—Siento mucho que tuvieras que pasar por eso —digo con convicción. No tengo que esforzarme mucho porque lo lamento de verdad. Recuerdo lo que amaba a mi madre y, a pesar de la pésima manera que eligió para lidiar con su dolor, soy capaz de desear que no hubiera tenido que sufrir esa pérdida—. Sé que la querías, lo recuerdo, pero eso no hace que me resulte más fácil perdonarte. No sé por qué tu interior es tan distinto al de las demás personas... hasta el punto de llegar a hacer lo que me hiciste. Pero, a pesar de eso, sé que me quieres. Y, por mucho que me cueste admitirlo, yo también te quise. Amaba tu parte buena. —Me levanto y doy un paso atrás sin apartar la mirada—. Sé que no eres malo del todo. Lo sé. Pero, si es verdad lo que dices, que me quieres, harás lo que esté en tu mano para ayudarme a sanar. Me lo debes. Solo te pido que seas sincero para poder irme de aquí en paz o con algo que se le parezca. Para eso he venido. Para encontrar algo de paz.

Él asiente mientras solloza con la cara hundida entre las manos. Regreso al sofá, donde Holder, que sigue arrodillado en el suelo, me abraza con fuerza. Tiemblo con tanta intensidad que yo también me abrazo. Consciente del esfuerzo que estoy realizando, mi novio me busca la mano y enlaza el meñique con el mío. Es un pequeño gesto, aunque justo lo que necesitaba en este momento para proporcionarme seguridad.

Mi padre suspira y deja caer las manos.

—Cuando empecé a beber... Fue solo una vez... Le hice algo a mi hermana..., pero fue solo una vez. —Levanta la cara y me dirige una mirada avergonzada—. Fue años antes de conocer a tu madre.

Se me astilla el corazón al ver que he logrado que se abra a mí, pero se me rompe del todo al comprobar que le parece un mérito que solo pasara en una ocasión. Me trago el nudo que se me ha formado en la garganta para seguir indagando.

—¿Y después de mí? ¿Recaíste con alguien más después de que se me llevaran de aquí?

Su modo de bajar la vista al suelo es más incriminatorio que una confesión. La verdad me golpea como un puñetazo en el pecho. Ahogo una exclamación mientras trato de contener las lágrimas.

—¿A quién? ¿O quiénes?

Él niega con la cabeza.

—No, solo hubo una más. Hace unos años dejé de beber y no he vuelto a tocar a nadie. —Me mira con desesperación—. Lo juro. Solo ha habido tres, en los peores momentos de mi vida. Cuando estoy sobrio, puedo controlar mis impulsos. Por eso dejé la bebida.

—¿Quién fue? —insisto, porque quiero que se enfrente a la verdad antes de desaparecer de su vida para siempre.

Él señala con la cabeza.

—Vivía en la casa de al lado, pero se mudaron cuando tenía unos diez años y no sé qué fue de ella. Ha pasado mucho tiempo, Hope, y no he vuelto a hacerlo desde entonces. Te lo juro.

De repente el corazón me pesa una tonelada. Cuando dejo de notar el brazo con el que Holder me rodeaba, me vuelvo hacia él y veo cómo se derrumba ante mis ojos.

Se le contrae la cara en una mueca de agonía insoportable antes de apartarse de mí y mesarse los cabellos.

—Les —murmura roto de dolor—. Dios, no.

Apoya la frente en el marco de la puerta y se sujeta la nuca. Me acerco a él y le apoyo las manos en los hombros porque temo que esté a punto de estallar. Sé que ha empezado a llorar porque está temblando, pero no hace ningún ruido. No sé qué hacer ni qué decir. Va repitiendo «no» una y otra vez mientras niega con la cabeza. Se me rompe el corazón, y no tengo ni idea de cómo ayudarlo. Ahora comprendo cómo se siente cuando me dice que no sabe qué decirme porque todo le parece inadecuado. No se me ocurre nada útil. En silencio, le apoyo la cabeza en la espalda, y él se mueve lo justo para rodearme con el brazo.

Está tratando de contener la furia, lo noto en el modo en que su pecho se agita. Respira entrecortadamente mientras intenta refrenarse. Lo sujeto con más fuerza, con la esperanza de impedir que pierda el control por completo. Por muchas ganas que tenga —y son muchísimas— de que ataque a mi padre por lo que nos hizo a Les y a mí, temo que, si Holder libera el odio que está acumulando en su interior, no sea capaz de detenerse.

Deja de abrazarme, me apoya las manos en los hombros y me aparta. Su mirada es tan turbia que se me activan las alarmas y me pongo en modo defensivo. Me interpongo entre mi padre y él porque no se me ocurre otra manera de impedir que ataque, pero no sirve

de nada; actúa como si no estuviera aquí. Parece que me esté mirando, aunque en realidad mira a mi padre, que está a mi espalda. Lo oigo levantarse del sofá y veo como Holder lo sigue con la vista. Me doy la vuelta para advertirle que más le vale salir corriendo, pero Holder me agarra por los brazos y me aparta de un empujón.

Tropiezo y, mientras me caigo al suelo, veo como a cámara lenta que mi padre busca algo detrás del sofá, se da la vuelta con una pistola en la mano y apunta a Holder. No puedo hablar y mucho menos gritar. No puedo moverme ni cerrar los ojos. No puedo hacer más que observar.

Mi padre se lleva la radio a la boca mientras sostiene la pistola con la otra mano. Inexpresivo, aprieta el botón y dice sin apartar los ojos de mi novio en ningún momento:

—Oficial abatido en el 3522 de Oak Street.

Mi mirada baila entre Holder y mi padre. Se le cae la radio, que va a parar al suelo, delante de mí. Me levanto, pero sigo sin voz. Derrotado, mi padre me busca la mirada mientras gira lentamente la pistola y se apunta con ella.

—Lo siento mucho, princesa.

El sonido ensordecedor del disparo inunda la habitación. Cierro los ojos y me cubro los oídos, aunque no sé de dónde viene el sonido que no cesa. Es muy agudo, como el chillido de una niña.

Soy yo.

Estoy gritando.

Abro los ojos y veo el cuerpo sin vida de mi padre a escasa distancia. Holder me tapa la boca con la mano y tira de mí hacia la salida. No me lleva en brazos; me sujeta por la cintura con una mano y me mantiene la boca tapada con la otra. Yo arrastro los talones por el césped, tensa como una tabla. Llegamos al coche

mientras él sigue amortiguando mis gritos. Mira a su alrededor nervioso para asegurarse de que nadie está presenciando el caos que se ha adueñado de la casa. Tengo los ojos muy abiertos y niego con la cabeza una y otra vez, como si, al no querer aceptarlo, fuera a conseguir que el último minuto de mi vida desapareciera.

—Para. Necesito que dejes de gritar ahora mismo.

Asiento con decisión y, no sé cómo, logro que se detenga el sonido que surgía de mi garganta de manera involuntaria. Trato de respirar; oigo el aire que entra y sale de mi nariz de manera entrecortada. El pecho me sube y me baja y, cuando veo la cara de Holder salpicada de sangre, estoy a punto de chillar otra vez, pero logro contenerme.

—¿Oyes eso? Son sirenas, Sky. Llegarán en menos de un minuto. Voy a retirar la mano. Necesito que subas al coche y te mantengas tan calmada como puedas, porque hemos de largarnos de aquí.

Cuando vuelvo a asentir, él aparta la mano y me empuja hacia el vehículo. Luego lo rodea a toda prisa, lo arranca y sale disparado. Mientras doblamos la esquina, dos coches de policía aparecen por el extremo opuesto de la calle. Nos alejamos sin mirar atrás. Meto la cabeza entre las piernas tratando de recuperar el aliento. Me niego a pensar en lo que acaba de suceder. No puedo. No ha pasado. Es imposible. Me digo que no ha sido más que una horrible pesadilla y me concentro en respirar. Respiro para asegurarme de que sigo viva, porque esto, desde luego, no se parece a la vida real.

Lunes, 29 de octubre de 2012

17:29 h

Nos movemos como zombis por la habitación. Ni siquiera recuerdo haber bajado del coche y haber entrado en el hotel. Al llegar a la cama, Holder se sienta y se quita los zapatos. Yo no he llegado tan lejos; me he detenido donde el pasillo da paso al cuarto. Tengo las manos caídas a los lados, la cabeza ladeada y la vista fija en la ventana que hay en el otro extremo. Las cortinas están descorridas, pero lo único que dejan ver es la triste pared del edificio de enfrente. Es sólida, sin puertas ni ventanas; solo hay ladrillos.

Así es como me siento en la vida. Aunque trato de vislumbrar un futuro, no veo nada. No sé qué va a pasar, con quién voy a vivir o qué le sucederá a Karen si denuncio lo que ocurrió. No visualizo ningún tipo de porvenir, solo un muro de ladrillo que me separa del resto de mi vida sin nada que me oriente, ni siquiera una pista dibujada en un grafiti.

A lo largo de los últimos trece años, mi realidad ha estado dominada por una pared que me aislaba de mi primera infancia, un muro sólido que separaba mi existencia como Hope de mi vida como Sky. Había oído hablar de gente que perdía la memoria a causa de experiencias traumáticas, pero me imaginaba que era una elección consciente. Sin embargo, me he pasado trece años sin tener ni idea de quién fui. Sé que era muy pequeña cuando me apartaron de esa vida, pero me sigue asombrando que no me acordara absolutamente

de nada. Supongo que, al marcharme con Karen, de algún modo tomé la decisión de no pensar más en todo aquello. Y, cuando ella empezó a contarme historias sobre mi adopción, mi mente infantil debió de decidir que era mucho más fácil y agradable aferrarse a esas mentiras inofensivas que recordar una realidad tan fea.

Sé que, en aquel entonces, no habría sido capaz de explicar lo que me hacía mi padre porque no lo entendía. Solo sabía que odiaba esos momentos. Y, cuando no estás segura de lo que odias y ni siquiera sabes por qué lo detestas, es difícil recordar los detalles; solo te acuerdas de las sensaciones. Nunca llegué a sentir la necesidad de indagar sobre mi pasado. No tenía curiosidad por saber quién había sido mi padre ni por qué me había dado en adopción. Ahora sé que, en algún rincón de mi mente, seguía sintiendo odio y miedo por aquel hombre, por lo que me resultó más fácil levantar la pared de ladrillos y no mirar atrás.

Me sigue despertando miedo y odio, a pesar de que ya no puede tocarme. Sigo detestándolo y sigue provocándome un terror atroz, aunque eso no impide que su muerte me haya dejado destrozada. Lo odio por haberme grabado cosas espantosas en la memoria y, al mismo tiempo, hacer que me duela su muerte. No quiero guardarle luto; quiero alegrarme de su partida, pero no lo consigo.

Alguien me está quitando la cazadora. Aparto la vista del muro que se burla de mí desde el otro lado de la ventana y veo a Holder a mi espalda. Deja la chaqueta en la silla y me quita la camiseta salpicada de rojo. Siento una profunda tristeza al darme cuenta de que estoy genéticamente ligada a esa sangre sin vida que me cubre la ropa y la cara. Holder me rodea y me desabrocha los vaqueros.

Él se los ha quitado ya; va en bóxers. Ni siquiera me había dado cuenta de que se había desnudado. Al levantar la vista hacia su cara, veo que tiene manchada de sangre la mejilla derecha, la que ha

quedado más expuesta a la cobardía de mi padre. Parece que le pesen los párpados mientras me baja los pantalones hasta los tobillos.

—Levanta los pies, cielo —me pide con delicadeza.

Me sujeto en sus hombros y saco primero uno y después el otro. Sin apartar las manos, me fijo en la sangre que le cubre el pelo. De manera mecánica, le acaricio un mechón. Al notar que algo se me queda enganchado en los dedos, los levanto para examinarlos. Deslizo la sangre entre las yemas y me llama la atención lo espesa que es. Más de lo normal.

Porque no es solo la sangre de mi padre lo que nos cubre.

Me empiezo a frotar la mano en la tripa con desesperación. Necesito librarme de la sustancia viscosa, pero no hago más que extenderla por todas partes. Quiero gritar, pero se me ha cerrado la garganta. Es como esas pesadillas que tengo, en las que sucede algo escalofriante, pero no puedo hablar. Cuando Holder me mira, quiero chillar y llorar, aunque solo puedo abrir mucho los ojos y tratar de limpiarme las manos en mi cuerpo. Al ver que entro en pánico, se incorpora deprisa y me lleva en brazos hasta la ducha. Me coloca en el extremo más alejado de la alcachofa, espera a que se caliente el agua y corre la cortina desde dentro. Yo sigo intentando librarme de la sustancia oscura; él se vuelve hacia mí y me tira de las muñecas para situarme bajo el chorro de agua caliente. Cuando me salpica en los ojos, ahogo una exclamación y luego inspiro hondo.

Holder saca el jabón del envoltorio mojado y alarga el brazo para coger una manopla. A pesar de que el agua está caliente, tiemblo como una hoja. Restriega el jabón en la manopla y lo mezcla con agua para crear espuma.

—Ya, ya —murmura mientras me frota la mejilla al ver que sigo aterrorizada—. Te lo voy a quitar todo, ¿vale?

Cierro los ojos con fuerza y asiento en silencio mientras me lava la cara. No quiero ver la manopla manchada. Me abrazo y permanezco tan quieta como puedo, sin contar los temblores que me siguen sacudiendo el cuerpo. Tarda varios minutos en limpiarme la sangre de la cara, los brazos y el torso. Cuando termina, me quita el coletero.

—Mírame, Sky. —Cuando abro los ojos, me apoya los dedos en el hombro con delicadeza—. Voy a quitarte el sujetador, ¿vale? Tengo que lavarte el pelo y no quiero que vaya a parar nada ahí.

Que vaya a parar... ¿qué?

Cuando me doy cuenta de que se refiere a que tengo sustancias incrustadas en el cabello, vuelvo a sentir pánico. Me bajo los tirantes del sujetador y me lo saco por encima de la cabeza.

—Quítamelo —le digo a toda prisa con un hilo de voz. Meto la cabeza bajo el chorro y me froto el pelo con los dedos—. Quítamelo todo. —La voz se me está volviendo a alterar.

Él me sujeta de nuevo las muñecas y se rodea la cintura con mis brazos.

—Yo me encargo. Tú abrázame y trata de relajarte.

Apoyo la cabeza en su pecho y lo estrecho con más fuerza. Me llega el olor del champú cuando se lo vierte en las manos y me lo extiende por el pelo. Se acerca al chorro de agua hasta que me alcanza la cabeza, que mantengo hundida en su hombro. Me frota y masajea el cuero cabelludo y lo aclara repetidas veces. No le pregunto por qué me lo enjuaga tantas, dejo que siga haciéndolo todas las que crea necesario.

Cuando termina, nos da la vuelta para quedar él bajo el chorro y se enjabona el pelo. Dejo de abrazarlo y me aparto un poco porque

no quiero que me vuelva a caer nada encima. Al bajar la vista, no me veo restos de mi padre ni en las manos ni en ninguna parte del cuerpo. Cuando vuelvo a mirar a Holder, ha cogido una manopla limpia para lavarse la cara y el cuello. Yo permanezco inmóvil mientras él elimina con parsimonia las pruebas de lo que nos ha sucedido hace menos de una hora.

Cuando termina, abre los ojos y me pide algo, aunque se nota que preferiría no hacerlo.

—Sky, necesito que te asegures de que no me he dejado nada por ninguna parte. Por favor, si ves algún resto, quítamelo.

Me habla con mucha parsimonia, en tono calmado, para evitar que me venga abajo otra vez. Su voz hace que me dé cuenta de que le aterra la idea de que vuelva a entrar en pánico, de que pierda el control... o la cabeza.

A mí me asusta que pueda tener razón, por lo que, haciendo un gran esfuerzo, le quito la manopla y lo inspecciono. Veo un poco de sangre en la oreja y se la quito. Al bajar la manopla, contemplo un instante el último rastro rojo que quedaba en alguno de los dos. Luego lo pongo bajo el chorro de agua y lo observo mientras desaparece.

—Ya está, ya no queda nada —susurro, y no estoy segura de estar refiriéndome a la sangre.

Holder me arrebata la manopla y la lanza a la otra punta de la bañera. Al mirarlo a los ojos, veo que los tiene más rojos que antes, pero no sé si está llorando porque el agua le cae por los mismos sitios por donde caerían las lágrimas si estuviera haciéndolo. Y solo entonces, cuando me he quitado de encima todos los restos de mi pasado, me acuerdo de Lesslie.

El corazón se me vuelve a romper, esta vez por Holder. Se me escapa un sollozo que trato de acallar tapándome la boca con la

mano, pero me delatan los hombros con sus sacudidas. Él me abraza y me besa la cabeza.

—Holder, lo siento mucho. Dios mío, lo siento muchísimo.

Lloro abrazada a él. Daría cualquier cosa por conseguir que su desesperanza se fuera por el desagüe con la misma facilidad que la sangre. Se aferra a mí con tanta fuerza que apenas puedo respirar, pero ni se me ocurre apartarlo. Lo necesita. Necesita que sienta su dolor igual que yo necesito que él sienta el mío.

Rememoro cada una de las palabras que ha pronunciado mi padre y trato de exorcizarlas a base de lágrimas. No quiero recordar su rostro ni su voz. No quiero acordarme de cuánto lo odio y, sobre todo, bajo ningún concepto, lo mucho que lo quise. No sabía que uno pudiera sentirse tan culpable por haber sido capaz de amar el mal encarnado.

Holder me apoya una mano en la nuca y me hunde la cara en su hombro. Con la mejilla apoyada en mi cabeza, lo oigo llorar, aunque trata de contenerse. Está roto de dolor por lo que mi padre le hizo a su hermana y no puedo evitar sentirme culpable en parte. Si no me hubiera marchado de aquella casa, no la habría tocado y ella no habría tenido que sufrir. Si no me hubiera montado en aquel coche con Karen, tal vez hoy Lesslie seguiría con vida.

Deslizo las manos por debajo de los brazos de Holder y me aferro a sus hombros. Vuelvo la cara y le doy un beso suave en el cuello.

—Lo siento muchísimo. Él no la habría tocado si yo...

Entonces me agarra y me separa de su cuerpo con tanta fuerza que me encojo mientras habla.

—No te atrevas a acabar la frase. —Me suelta los brazos y me sujeta por las mejillas—. No quiero que te disculpes nunca por lo que hizo ese hombre. ¿Me oyes? No es culpa tuya, Sky. Júrame que

no permitirás que ese tipo de ideas te consuman —me pide en tono desesperado y con los ojos llenos de lágrimas.

—Te lo juro —digo con un hilo de voz.

Él me observa con atención, como si quisiera asegurarse de que estoy siendo sincera. Su reacción ha hecho que se me dispare el corazón. Me ha sorprendido lo rápido que ha descartado cualquier responsabilidad por mi parte; ojalá descartara con la misma facilidad sus fallos, pero no lo hace.

No puedo sostenerle la mirada durante más tiempo, por lo que opto por echarle los brazos al cuello. Él me devuelve el abrazo, que me transmite dolor y desesperación. Lo que hemos descubierto sobre Lesslie más el acto final de mi padre nos han golpeado duro, y buscamos consuelo en el otro. Holder ya no puede seguir siendo fuerte por mí. El gran amor que sentía por su gemela y la rabia que le causa lo que le sucedió han encontrado una vía de escape a través de las lágrimas.

Sé que Lesslie habría agradecido que compartiéramos su dolor, por eso no intento consolarlo con palabras. Los dos lloramos por ella ahora, ya que no tuvo quien lo hiciera en su momento. Sigo aferrada a su cuello y lo beso de tanto en tanto. Cada vez que mis labios entran en contacto con su piel, él me abraza un poco más fuerte. Me recorre el hombro con los labios y seguimos besándonos, como si quisiéramos arrancarnos así el sufrimiento que ninguno de los dos se merece. Me besa el cuello cada vez con más decisión e intensidad, como buscando una vía de escape. Se echa hacia atrás y me mira a los ojos. Los hombros le suben y bajan por el esfuerzo que le supone recuperar la respiración.

De manera brusca, me aplasta los labios en un beso mientras me sujeta el pelo y la espalda con manos temblorosas. Me empuja contra la pared mientras desliza las manos por detrás de mis muslos.

Siento la desesperación que lo motiva cuando le rodeo la cintura con las piernas. Quiere librarse del dolor y necesita que lo ayude. Sé lo que siente porque a mí me pasó lo mismo anoche.

Le echo los brazos al cuello, lo atraigo hacia mí y permito que me consuma como quien toma un analgésico porque necesito salir de este bucle de dolor tanto o más que él. Necesito olvidarme de todo.

No quiero toda esta fealdad en nuestra vida.

Me sujeta contra la pared con la presión de su cuerpo y usa las manos para enmarcarme la cara mientras nuestras bocas buscan ansiosas cada pizca de consuelo que puedan obtener la una de la otra. Me aferro a su espalda mientras él desciende a besos por mi cuello.

—Dime que te parece bien —me pide sin aliento, sin apartar los labios de mi piel. Cuando levanta la cara, me busca los ojos, nervioso—. Dime que no está mal que quiera estar dentro de ti..., porque, después de todo lo que ha pasado hoy, siento que no puede estar bien necesitarte tanto.

Lo agarro del pelo y lo acerco a mí para besarlo con tanta convicción que las palabras se vuelven superfluas. Él gruñe, me aparta de la pared y sale del baño conmigo en brazos. Me suelta en la cama, se libra de las dos prendas de ropa que aún llevábamos puestas y me asalta la boca. Sus movimientos no son delicados en absoluto, pero no me importa, al contrario; creo que me vendría abajo si lo fueran.

Él sigue de pie junto a la cama, y se inclina sobre mí para besarme. Se aparta el tiempo necesario para ponerse el preservativo, luego me sujeta por la cintura y tira de mí hasta que quedo en el borde del colchón. Me levanta una pierna y se rodea la cintura con ella antes de deslizar el brazo bajo mi axila y agarrarme por el hombro. Cuando nuestras miradas se encuentran, se clava en

mí sin dudar. Contengo el aliento por la fuerza inesperada, sorprendida por el intenso placer que sigue a la breve punzada de dolor. Lo agarro por las caderas y le sigo el ritmo. Él me sujeta con fuerza y me besa. Cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás, hundiéndola en el colchón mientras usamos nuestro amor para aliviar la angustia, aunque sea de manera temporal.

Me agarra por la cintura y me pega más a él. Me clava los dedos en las caderas a cada nueva embestida, rítmica, frenética. Me aferro a sus brazos, pero relajo el resto del cuerpo y me entrego para que guíe nuestros movimientos del modo en que más lo ayude. Cuando rompe el beso, abre los ojos al mismo tiempo que yo. Los sigue teniendo llenos de lágrimas, por lo que levanto las manos y se las apoyo en las mejillas para borrar el pesar de sus rasgos. Sin dejar de observarme, vuelve la cara y me besa la palma de la mano antes de dejarse caer a plomo sobre mí y detener las embestidas.

Los dos jadeamos sin aliento. Él permanece en mi interior; siento que me sigue necesitando. Todavía mirándome, me desliza los brazos bajo la espalda y me levanta. Sin separarnos en ningún momento, se da la vuelta y se sienta en el suelo con la espalda apoyada en la cama. Yo quedo sentada sobre su regazo y esta vez, cuando me besa, sí lo hace con delicadeza.

Me abraza, aunque algo ha cambiado: lo hace de manera protectora. Me recorre los labios y la mandíbula a besos, pero parece un Holder distinto al de hace treinta segundos. Sigue siendo un amante apasionado, solo que ya no actúa con gestos frenéticos, enfebrecidos, sino suaves, persuasivos. Empiezo a valorar que sea tan imprevisible en la cama.

Me doy cuenta de que quiere que tome las riendas de la situación, pero me pongo nerviosa porque no sé qué espera de mí. Al notarlo, me lleva las manos a la cadera y guía mis movimientos de manera

sutil. Me observa con atención para asegurarse de que sigo con él, que no me he evadido de la realidad.

Sigo aquí, más presente que nunca. No puedo ni quiero pensar en nada más.

Me apoya una mano en la mejilla mientras sigue guiándome con la otra en la cadera.

—Ya sabes lo que siento por ti —me dice—. Sabes lo mucho que te quiero y que haría cualquier cosa por librarte del dolor, ¿verdad?

Asiento en silencio porque es la pura verdad. Y, al ver la sinceridad con la que me está mirando, sé que lleva amándome desde hace tiempo.

—Eso es lo que necesito de ti ahora mismo, Sky: saber que me quieres así. Lo necesito como el puto aire que respiro.

Su voz suena torturada, y la expresión de su cara refleja la misma agonía. Haría cualquier cosa por poder borrarla. Entrelazo nuestros dedos y sitúo las manos unidas entre su corazón y el mío mientras me armo de valor para demostrarle lo mucho que lo quiero. Mirándolo a los ojos, me elevo lo justo y luego me dejo caer lentamente sobre su regazo.

Con un gruñido de rendición, cierra los ojos y echa la cabeza hacia atrás para apoyarla en el colchón.

—Abre los ojos —susurro—. Quiero que me mires.

Él levanta la cabeza y me contempla con los ojos entornados. Tomo el control con más decisión porque necesito que oiga, sienta y vea lo mucho que significa para mí. Estar al mando es una sensación nueva y muy distinta, aunque no me desagrada. Y su modo de observarme despierta en mí una emoción que nunca había experimentado. Me hace sentir necesaria. Como si dependiera de mi existencia para sobrevivir.

—No dejes de mirarme —le ordeno mientras me elevo.

Cuando vuelvo a dejarme caer, no puede evitar ladear la cabeza, igual que yo no puedo controlar el gemido que se me escapa de la garganta, pero mantiene la vista fija en mis ojos, una mirada torturada. Ya no necesito que me guíe; mi cuerpo se ha convertido en el reflejo acompasado del suyo.

—¿Te acuerdas de la primera vez que me besaste? —le pregunto —. ¿Recuerdas el momento preciso en el que tus labios rozaron los míos? Pues esa noche me robaste un trozo de corazón. —Mantengo el ritmo de los movimientos mientras él me mira con devoción—. ¿Recuerdas la primera vez que me dijiste que me vivías porque aún no te sentías preparado para decirme que me amabas? —Presiono la mano con más fuerza contra su pecho y me pego más a él porque quiero que me sienta por completo—. Esas palabras me arrebataron otro trozo.

Él abre la mano que le he apoyado sobre mi corazón hasta que la palma entra en contacto con mi piel. Yo hago lo mismo sobre el suyo.

—¿Recuerdas la noche en la que descubrí que era Hope? Te dije que quería quedarme a solas. Cuando me desperté y te encontré en mi cama, Holder, estuve a punto de echarme a llorar, porque no te imaginas lo mucho que te necesitaba. En ese momento supe que estaba enamorada de ti. Me había enamorado de tu forma de amarme. Cuando me rodeaste con los brazos y me estrechaste con fuerza, supe que, pasara lo que pasara, tú eras mi hogar. Esa noche te llevaste el trozo más grande de mi corazón.

Inclino la cabeza y le doy un beso dulce. Él cierra los ojos y vuelve a echar la cabeza hacia atrás.

—No cierres los ojos —murmuro a un centímetro de sus labios. Los abre y me mira con una intensidad que me llega hasta lo más

hondo—. Quiero que los mantengas abiertos porque necesito que me observes mientras te entrego el último pedazo.

Exhala con fuerza y es como si viera el dolor que se escapa de su interior. Me aprieta las manos; sus ojos pasan de la desesperanza a una necesidad salvaje. Empieza a moverse a mi ritmo mientras nos sostenemos la mirada. Con cada movimiento nuestros cuerpos se funden y se convierten en uno solo, expresando con las manos y los ojos lo que las palabras son incapaces de transmitir.

Nos mantenemos conectados en la cadencia uniforme hasta el último momento, cuando Holder es incapaz de mantener abiertos los párpados. Echa la cabeza hacia atrás mientras se consume en los temblores y escalofríos que le provoca el clímax. Cuando noto en la palma que el corazón se le empieza a desacelerar y es capaz de mirarme a los ojos de nuevo, me suelta las manos para sujetarme por la cabeza antes de devorarme la boca con una pasión arrolladora. Se echa hacia delante y acabo con la espalda en el suelo. Retoma la posición dominante y me besa con desenfreno.

Dedicamos el resto de la tarde a expresar lo que sentimos el uno por el otro sin pronunciar una sola palabra. Cuando, abrazados y agotados, nos rendimos al sueño, me cuesta creer lo que acaba de suceder. Nos hemos enamorado mutuamente en cuerpo y alma. Nunca creí que podría volver a confiar en un hombre y mucho menos que le entregaría mi corazón por completo.

Lunes, 29 de octubre de 2012

23:35 h

Cuando me doy la vuelta buscando a Holder, no lo encuentro. Me siento en la cama, pero fuera está oscuro, por lo que alargo el brazo para encender la lamparita. Al no ver sus zapatos donde los dejó, me visto y voy en su busca.

Salgo al patio, aunque no lo encuentro en la zona de los bungalós. Cuando estoy a punto de marcharme, lo distingo tumbado en el suelo, junto a la piscina, observando las estrellas con las manos detrás de la nuca. Se le ve tan tranquilo que me dirijo a una de las cabañas para no molestarlo.

Me hago un ovillo en una tumbona, meto los brazos por dentro del jersey y me acomodo mientras lo observo. La luna llena lo baña en su luz suave, que le da un aire angelical. Está perdido en sus pensamientos, contemplando el cielo, y su expresión es serena. Me alegra mucho ver que ha logrado encontrar una reserva de paz en su interior para superar este día. Sé lo mucho que Lesslie significaba para él y que se le ha roto el corazón en mil pedazos. Sé lo que siente porque ahora compartimos el dolor. Si él siente algo, yo también; si lo siento yo, él lo comparte. Es lo que pasa cuando dos personas se convierten en una: no solo comparten el amor, sino también el dolor, la pena, la angustia, la tristeza...

A pesar de la calamidad que es mi vida ahora mismo, me siento envuelta en una agradable sensación de calidez y consuelo tras las

últimas horas pasadas a su lado. No sé qué traerá el futuro, pero no me importa porque sé que Holder estará conmigo en todo momento, ayudándome a sobrellevar lo que venga. Me lo ha demostrado, y ahora tengo la certeza de que no volveré a perder la esperanza mientras él forme parte de mi vida.

—Ven, túmbate a mi lado —me pide sin apartar la vista del cielo.

Me levanto y me acerco a él, sonriendo. Cuando me siento junto a él, se quita la chaqueta y me cubre con ella antes de tumbarnos juntos sobre el frío suelo de hormigón. Me acurruco en su pecho y él me acaricia el pelo mientras contemplamos el cielo estrellado.

Un recuerdo se asoma a mi mente. Cierro los ojos y lo animo a desarrollarse porque quiero rememorarlo. Tengo la sensación de que se trata de una memoria feliz, y no quiero perderme ni una de esas. Me abrazo a Holder con fuerza y me doy permiso para perderme en ella.

Trece años atrás

—¿Por qué no tienes tele? —le pregunto.

Llevo ya muchos días con ella. Es muy buena conmigo y estoy a gusto aquí, pero echo de menos ver la tele, aunque no tanto como añoro a Dean y a Lesslie.

—Porque la gente cada vez es más dependiente de la tecnología y eso los vuelve perezosos —me explica Karen.

La verdad es que no entiendo lo que dice, pero finjo que sí porque me gusta estar aquí y no quiero que se enfade y me devuelva a casa de mi papi. No quiero volver, todavía no.

—Hope, ¿te acuerdas de que, hace unos días, te comenté que quería hablarte de algo muy importante?

La verdad es que no, pero asiento con la cabeza y finjo que sí. Estamos sentadas a la mesa. Ella acerca la silla a la mía y me dice:

—Esto es muy importante. Quiero que prestes atención, ¿de acuerdo?

Asiento de nuevo. Espero que no me diga que va a llevarme a casa. No estoy lista. Echo mucho de menos a Dean y a Lesslie, pero no quiero volver con mi papi.

—¿Sabes lo que significa «adopción»?

Niego con la cabeza porque es la primera vez que oigo esa palabra.

—Es cuando alguien quiere tanto a un niño..., o niña en este caso, que desea que sea su hija. Por eso la adoptan: para poder ser su

mami o su papi. —Me toma la mano y le da un apretón—. Y yo te quiero tanto que voy a adoptarte.

Le sonrío, aunque no acabo de entender qué me está diciendo.

—¿Vas a venir a vivir con papi y conmigo?

—No, cariño. Tu papi te quiere mucho, muchísimo, pero ya no puede cuidar de ti. Necesita que te cuide yo a partir de ahora porque quiere estar seguro de que seas feliz. Por eso ahora, en vez de vivir con él, te quedarás conmigo. Yo seré tu mami.

Siento ganas de llorar, aunque no sé por qué. Karen me gusta mucho, pero también quiero a mi papi. Me gusta la casa nueva, cómo cocina y mi nueva habitación. Quiero quedarme aquí, no quiero irme, pero no puedo sonreír porque me duele la tripita. Me ha empezado a doler cuando ha dicho que mi papi ya no iba a poder cuidarme más. Me pregunto si se ha enfadado conmigo por algo que he hecho, pero no se lo pregunto a Karen. Tengo miedo de que piense que quiero volver con él y me devuelva a su casa. Lo quiero, pero también me asusta.

—¿Te alegras de que vaya a adoptarte? ¿Quieres vivir conmigo?

Sí, quiero vivir con ella, aunque estoy triste porque tardamos muchísimos minutos en llegar hasta aquí, y eso significa que Dean y Lesslie están muy lejos.

—Sí, pero ¿y mis amigos? ¿Cuándo podré verlos?

Karen ladea la cabeza y me sonríe mientras me coloca el pelo por detrás de la oreja.

—Cariño, vas a hacer un montón de nuevos amigos.

Le devuelvo la sonrisa, aunque me sigue doliendo la tripa. No quiero amigos nuevos, quiero a Dean y a Lesslie. Los echo de menos. Me arden los ojos, pero hago un esfuerzo por no llorar. He de evitar que piense que no quiero que me adopte, porque sí que quiero.

Karen se inclina hacia mí y me abraza.

—Cariño, no te preocupes. Algún día volverás a verlos, pero de momento no podemos regresar, así que haremos nuevos amigos por aquí, ¿vale?

Cuando asiento en silencio, ella me da un beso en la coronilla mientras yo contemplo la pulsera que sigo llevando en la muñeca. Acaricio el corazón y deseo con todas mis fuerzas que Lesslie sepa dónde estoy. Espero que sepan que estoy bien porque no quiero que se preocupen por mí.

—Otra cosa —añade—. Te va a encantar. —Karen se echa hacia atrás en la silla y alcanza un trozo de papel y un lápiz—. Lo mejor de que te adopten es que puedes escoger el nombre que te apetezca. ¿Lo sabías?

Niego con la cabeza. No sabía que la gente podía elegir el nombre que quisiera.

—Antes hemos de descartar los que no se pueden usar. No puedes elegir el nombre que tenías hasta ahora y tampoco ningún apodo. ¿Tienes alguno? ¿Tu padre te llama de alguna manera?

Asiento, pero no quiero pronunciarlo en voz alta.

—¿Cómo te llama?

Me miro las manos y me aclaro la garganta.

—«Princesa» —respondo en voz baja—, pero no me gusta.

Ella parece entristecerse al oírme.

—Muy bien, pues no te llamaremos así nunca más, ¿vale?

Asiento feliz de que tampoco le guste.

—Quiero que me hables de cosas que te hagan feliz. Cosas bonitas, que te alegren. Tal vez encontremos un nombre entre todas ellas.

No necesito que haga una lista porque solo hay una cosa que me haga sentir así.

—Lo que más me gusta es el cielo. —Dean me pidió que no lo olvidara nunca y siempre lo tengo presente.

—Cielo —repite, sonriendo—. Me encanta, es precioso, aunque ya te llamo «cielo» como apodo cariñoso. ¿No hay otra cosa que te guste?

Cierro los ojos con fuerza y trato de pensar en algo más, pero no me sale nada. El cielo es la única cosa que es preciosa y que me hace feliz cuando pienso en ella.

—No, tiene que ser el cielo.

Karen se queda pensando unos momentos hasta que se le ilumina la mirada.

—¿Qué te parece si te ponemos «cielo» en otro idioma? —propone—. *«Ciel»* en francés o *«Sky»* en inglés...

Repito los nombres en mi mente.

—Sí. Sky me gusta.

Karen sonríe.

—¿Verdad que sí? Es bonito y creo que te pega mucho. Pero necesitamos otro. Todo el mundo necesita dos nombres. ¿Qué más cosas te gustan?

—Nada, solo me gusta el cielo. —Me encojo de hombros—. ¿Y a ti? ¿Qué cosas te gustan?

Ella sonríe y apoya la barbilla en la mano.

—Muchas cosas, sobre todo la pizza. ¿Qué tal si te llamamos Sky Pizza?

Me echo a reír.

—No, es un nombre muy tonto.

—Vale, déjame pensar. ¿Qué te parece «Osito de Peluche»? Te podríamos poner Osito de Peluche Sky.

Me echo a reír otra vez y niego con la cabeza.

Ella vuelve a inclinarse hacia mí.

—¿Sabes lo que me apasiona de verdad?

—¿Qué?

—Las hierbas y plantas medicinales. Se usan para curar enfermedades. Me encanta cultivarlas para ayudar a la gente a que se encuentre mejor. Algún día me gustaría tener mi propia herboristería. Tal vez podríamos elegir un nombre de planta medicinal para que nos traiga suerte. Hay muchísimas y algunas tienen nombres muy bonitos.

Se levanta, va al salón y regresa con un libro que deja sobre la mesa. Lo abre y me señala una de las páginas

—¿Qué te parece «Tomillo»? —Me guiña el ojo.

Le digo que no, pero se me escapa la risa.

—¿Y... «Caléndula»?

Vuelvo a negarme.

—Ni siquiera sé pronunciarlo.

Ella arruga la nariz.

—Bien visto. Supongo que es importante que seas capaz de pronunciar tu nombre. —Baja la vista y lee unos cuantos más en voz alta, pero no me gusta ninguno—. ¿Qué te parece «Tilo» o «Tila»? El tilo es el árbol y, con las hojas, se hace la infusión de tila, que ayuda a descansar y a dormir bien por las noches. ¿Te gusta?

Me encojo de hombros.

—El nombre no mucho, pero me encanta estar tranquila y dormir bien. ¿Cómo se dice en otros idiomas?

A Karen se le iluminan los ojos.

—Tanto en inglés como en alemán se llama igual: *«Linden»*. Es bonito, ¿no?

Sonrío.

—Sí, me gusta mucho.

Me devuelve la sonrisa, cierra el libro y se acerca a mí.

—Muy bien, Linden Sky Davis, ya tienes nuevo nombre. Creo que es el más bonito del mundo. No volvamos a utilizar el antiguo nunca más, ¿te parece bien? Prométeme que, a partir de ahora, solo pensarás en tu precioso nombre nuevo y en tu preciosa vida nueva.

—Te lo prometo.

Y lo digo muy en serio. No quiero pensar más en mi antiguo nombre ni en mi antigua habitación ni en las cosas que me hacía mi papi cuando era su princesa. Me encanta mi nuevo nombre y adoro mi nuevo cuarto, donde no tengo que preocuparme de si el pomo de la puerta gira o no.

Le echo los brazos al cuello. Ella me devuelve el abrazo con fuerza, lo que me hace sonreír porque es tal como me imaginaba que serían los de mi mami cada vez que deseaba que estuviera viva para abrazarme.

Martes, 30 de octubre de 2012

00:10 h

Mientras me seco una lágrima con la mano, pienso que ni siquiera sé por qué estoy llorando, ya que el recuerdo no era triste. Supongo que es porque he rememorado uno de los momentos en los que empecé a querer a Karen. Pensar en ello me duele porque no he superado lo que me ha hecho. Sufro porque no la conozco en realidad, porque hay una parte muy importante de ella que no sabía que existía.

Aunque eso no es lo que más me asusta. Lo que más miedo me da es que la única parte de ella que conozco tal vez no exista.

—¿Puedo preguntarte algo? —Holder rompe el silencio.

Asiento con la cabeza pegada a su pecho y me seco otra lágrima. Él me envuelve entre sus brazos para darme calor cuando nota que me estremezco. Me frota el hombro con la mano y me planta un beso en la coronilla.

—¿Crees que estarás bien, Sky?

No es una pregunta compleja. Es simple y directa, y, sin embargo, creo que es la más difícil de contestar.

Me encojo de hombros y opto por la honestidad.

—No lo sé.

Me gustaría pensar que sí, sobre todo sabiendo que él estará a mi lado, pero, para ser franca, no tengo ni idea de cómo se desarrollará el futuro.

—¿Qué es lo que te asusta?

—Todo. —Esto es mucho más fácil de responder—. Me aterra mi pasado. Tengo pánico de los recuerdos que me asaltan cada vez que cierro los ojos. Me aterroriza lo que ha pasado antes; no sé cómo me afectará las noches en las que no estés conmigo para distraerme. También no tener la capacidad emocional suficiente para gestionar lo que pueda pasar con Karen. Me asusta no saber quién es en realidad. —Levanto la cabeza para mirarlo a los ojos—. ¿Sabes lo que me da más miedo de todo?

Él me acaricia el pelo mientras me devuelve la mirada para que sepa que tengo toda su atención.

—¿Qué? —Suena preocupado.

—Lo desconectada que estoy de Hope. Sé que somos la misma persona, pero siento que lo que sucedió le pasó a ella, no a mí. Que la dejé en aquella casa llorando aterrorizada por los siglos de los siglos mientras yo me subía en aquel coche y me escapaba. Y ahora soy dos personas distintas: la niña pequeña aterrorizada eternamente y la que la abandonó. Me siento culpable por haber levantado este muro entre mis dos vidas y temo que ninguna de esas dos niñas vaya a sentirse completa nunca más.

Hundo la cara en su pecho y él me besa la cabeza. Soy consciente de que lo que he dicho probablemente no tenga ningún sentido. Mientras fijo la vista en el cielo, me pregunto si alguna vez volveré a sentirme normal. Era mucho más fácil no conocer la verdad.

Al cabo de unos instantes, Holder empieza a hablar.

—Cuando mis padres se divorciaron, mi madre estaba preocupada por nosotros y nos llevó a terapia. Estuvimos yendo unos seis meses, pero no he olvidado lo duro que era siempre conmigo mismo. Pensaba que yo había sido el culpable del divorcio. Estaba seguro de que había actuado mal el día en el que se te llevaron y de

que aquello les generó mucho estrés. Ahora sé que yo no tenía ningún control sobre la mayoría de las cosas de las que me culpaba, aunque entonces no lo entendía. Sin embargo, una de las cosas que me recomendó hacer el psicólogo me ayudó bastante. En aquel momento me resultó incómodo, pero todavía recurro a ello en algunas situaciones. Hizo que me visualizara en el pasado y me pidió que hablara con mi versión infantil y le dijera todo lo que necesitara. —Me levanta la cara para que lo mire a los ojos—. Creo que deberías probarlo. Sé que parece una tontería, pero sospecho que podría ayudarte. Creo que deberías volver al pasado y decirle a Hope todo lo que desearías haberle dicho el día en el que la abandonaste.

Apoyo la barbilla en su pecho.

—No sé si te he entendido bien. ¿Estás sugiriendo que me visualice hablando con ella?

—Exacto. Pruébalo, cierra los ojos.

Le hago caso. No acabo de comprender qué estoy haciendo, pero lo hago igualmente.

—¿Están bien cerrados?

—Sí. —Le apoyo una mano en el corazón y la cabeza en el pecho —. Aunque no sé cómo hacerlo.

—Imagínate a ti misma tal como eres ahora. Vas conduciendo y, cuando llegas a casa de tu padre, aparcas enfrente. Ahora imagínatela, pero tal como era entonces, cuando eras Hope. Era blanca, ¿te acuerdas?

Cierro los ojos con más fuerza y encuentro en un rincón escondido de mi mente el vago recuerdo de la casa blanca.

—Sí.

—Bien. Ahora entra y ve a buscarla. Habla con ella; recuérdale lo fuerte que es. Dile que es preciosa y todo lo que pienses que debe saber. Todo lo que desearías haberle dicho ese día.

Despejo la mente y me concentro en seguir sus instrucciones. Me imagino tal como soy ahora, llegando a esa casa. Probablemente llevaría puesto el vestido de tirantes y el pelo recogido en una coleta alta porque hacía mucho calor ese día. Casi puedo sentir el sol que atraviesa el cristal del parabrisas y me calienta la piel.

Me obligo a bajar del coche y a cruzar la calle, aunque no me apetece nada entrar en esa casa. El corazón se me acelera a medida que me acerco a la puerta. No estoy segura de querer hablar con ella, pero hago lo que Holder me ha sugerido y sigo andando. En cuanto el lateral de la casa queda a la vista, la distingo. Hope está sentada en el césped con los brazos cruzados sobre las rodillas. Verla llorar me rompe el corazón.

Me acerco a ella despacio y permanezco inmóvil unos instantes antes de agacharme ante la niñita, tan pequeña y frágil. Al darse cuenta de que estoy ahí, levanta la cabeza y me mira. Sus ojos de color marrón oscuro han perdido la vida. El alma se me desmorona porque no hay ni rastro de felicidad en ellos. A pesar de todo, trato de sonreírle porque no quiero que vea lo mucho que me duele su dolor.

Alargo la mano hacia ella, pero me detengo antes de llegar a tocarla. Me mira los dedos con sus tristes ojos castaños y se da cuenta de que están temblando, de que ella no es la única que está asustada. Tal vez sea eso lo que me ayuda a ganarme su confianza, porque levanta la cabeza un poco más, descruza los brazos y pone una manita diminuta sobre la mía.

Miro mi manita infantil aferrada a la del presente, pero no me parece suficiente. Quiero abrazarla por entero, no solo su mano. Quiero quitarle el dolor y el miedo y llevármelos de aquí.

Al recordar lo que me ha dicho Holder, la miro, le aprieto la mano y me aclaro la garganta.

—Hope. —La pequeña me contempla paciente mientras yo busco en mi interior el valor que necesito para hablar con ella y decirle todo lo que debe saber—. ¿Sabes que eres una de las niñas más valientes que he conocido?

Ella niega con la cabeza y fija la vista en la hierba.

—No, no lo soy —responde en voz baja, pero con convencimiento.

Le tomo la otra mano y le busco la mirada.

—Sí que lo eres. Tienes un coraje increíble. Y vas a superar esto porque tienes un corazón muy fuerte, capaz de amar la vida y a las personas de un modo difícil de creer. Y eres preciosa. —Le apoyo la mano en el pecho—. Aquí dentro. Tu corazón es bellísimo y un día alguien va a quererlo como se merece ser amado.

Ella retira una de las manitas para secarse las lágrimas con ella.

—¿Cómo sabes todo eso?

Me inclino y la abrazo. Ella no solo me lo permite, sino que me devuelve el agarre. Agacho la cabeza y le susurro al oído:

—Porque yo he pasado por lo mismo que tú. Sé lo mucho que te duele que tu papi te haga esas cosas porque también me las hizo a mí. Sé lo mucho que lo odias y también lo mucho que lo quieres porque es tu papi. Y no pasa nada, Hope. Está bien que ames su parte buena, porque no todo en él es malo. Igual que está bien odiar esa parte mala que te hace tan infeliz. Está bien que sientas todo lo que necesites, pero prométeme que nunca te vas a sentir culpable. Que nunca te culparás por lo sucedido. Tú eres una niña; no es culpa tuya que tu vida sea mucho más dura de lo que debería. Y, por mucho que quieras olvidar estas cosas y borrar esta parte de tu vida, necesito que las recuerdes.

La siento temblar entre mis brazos y sé que está llorando en silencio. Su llanto hace que se me escapen las lágrimas.

—Quiero que recuerdes quién eres a pesar de las cosas malas que te ocurren. Porque no son lo que tú eres, solo te pasan. Tienes que aceptar que lo que tú eres y lo que te pasa son cosas distintas. —Le levanto la cara con delicadeza y la miro a los ojos marrones, empapados—. Prométeme que, pase lo que pase, nunca te avergonzarás de quién eres por mucho que te sientas tentada de hacerlo. Y tal vez aún no entiendas lo que voy a decirte, pero quiero que me prometas que no dejarás que las cosas que te hace tu papi te definan y te aparten de quien eres. Que nunca perderás la esperanza. Y que nunca te perderás, Hope.

Ella asiente con la cabeza y le seco las lágrimas con los pulgares.

—Te lo prometo —musita, y, cuando sonríe, veo al fin una chispa de vida en sus ojos.

La siento en mi regazo, ella me echa los brazos al cuello y permanecemos así, meciéndonos, compartiendo el pesar.

—Hope, te prometo que, a partir de ahora, no te volveré a abandonar. Te abrazaré y te llevaré siempre conmigo en el corazón. No volverás a estar sola nunca más.

Estoy llorando sobre su pelo, pero, cuando abro los ojos, veo que en realidad lo hago entre los brazos de Holder.

—¿Has hablado con ella? —me pregunta.

—Sí. —Ni siquiera me esfuerzo por contener las lágrimas—. Se lo he contado todo.

Cuando Holder se mueve para incorporarse, me desplazo con él. Se vuelve hacia mí y me sujeta la cara entre las manos.

—No, Sky. No se lo has contado todo; te lo has contado a ti. Esas cosas te ocurrieron a ti, no a otra persona. Le pasaron a Hope, le pasaron a Sky. Le pasaron a mi mejor amiga, a la que tanto quise hace años, y a mi mejor amiga, a la que amo tanto y que me está mirando ahora mismo. —Une sus labios a los míos y me besa, pero

vuelve a apartarse. Hasta que no le busco la mirada, no me doy cuenta de que está llorando conmigo—. Has de sentirte orgullosa por haber sobrevivido a lo que te sucedió cuando eras niña. No te apartes de esa vida. Abrázala, porque no te imaginas lo orgulloso que estoy de ti, joder. Cada vez que te veo sonreír, me vuelas la cabeza porque sé el valor y la fuerza que te costó mantener esas sonrisas cuando eras pequeña. ¿Y tu risa? Por Dios, Sky, piensa en el coraje que requiere volver a reír después de lo que te ha ocurrido. Y tu corazón... —Niega con la cabeza, con incredulidad—. Que sea capaz de amar y confiar en otro hombre demuestra que me he enamorado de la mujer más valiente que conozco. Sé lo mucho que te costó abrirme las puertas de tu vida y de tu cuerpo después de lo que te hizo tu padre y te juro que te lo voy a agradecer hasta mi último aliento. Gracias por darte permiso para amarme. Muchísimas gracias, Linden Sky Hope.

Pronuncia lentamente cada uno de mis nombres y no se molesta en secarme las lágrimas porque son demasiadas. Le echo los brazos al cuello y dejo que me abrace, a la persona que he sido durante mis diecisiete años de vida.

Martes, 30 de octubre de 2012

9:05 h

El sol brilla con tanta fuerza que atraviesa la manta con la que me he tapado los ojos, aunque no han sido sus rayos los que me han despertado, sino Holder.

—No tienes ni idea de por lo que ha pasado durante estos dos días —dice en voz baja, como si no quisiera despertarme o que escuche la conversación.

No oigo que nadie responda, por lo que debe de estar hablando por teléfono. ¿Con quién?

—Entiendo que la defiendas, créeme, pero que os quede claro que no va a entrar en esa casa sola.

Tras una larga pausa, a Holder se le escapa un suspiro exasperado.

—Tiene que comer algo antes; necesitamos un poco más de tiempo. Sí, te lo prometo. En cuanto cuelgue, la despertaré. Saldremos de aquí antes de una hora.

No se despide de su interlocutor, pero oigo que suelta el móvil en la mesa. Instantes después la cama se hunde y me rodea con el brazo.

—Despierta —me susurra al oído.

—Estoy despierta —le confieso sin moverme desde debajo de las mantas.

Él me apoya la cabeza en el hombro.

—Entonces, ¿me has oído? —murmura.

—¿Quién era?

Cambia de postura y me aparta las mantas de la cabeza.

—Jack. Dice que Karen se lo confesó todo anoche. Está muy preocupado, necesita que hables con ella.

El corazón se me detiene en seco.

—¿Se lo confesó todo? —repito recelosa mientras me siento en la cama.

—Sí. No hemos entrado en detalles, pero parece estar al corriente de la situación. Le he contado lo de tu padre porque Karen quería saber si lo habías visto. Esta mañana, al despertarme, salía en las noticias. Lo han considerado suicidio basándose en la llamada que hizo. No van a abrir una investigación. —Me da la mano y me la acaricia con el pulgar—. Sky, Jack parecía desesperado cuando me ha pedido que vuelvas. Y creo que tiene razón. Hemos de regresar y solucionar esto. No estarás sola. Yo iré contigo y Jack también estará. Por lo que me ha dicho, Karen se encuentra dispuesta a cooperar. Sé que es duro, pero creo que no tenemos otra opción.

Aunque me habla como si necesitara que me convencieran, la verdad es que me siento preparada. Quiero mirar a Karen a la cara cuando responda a las preguntas que me quedan pendientes. Aparto las mantas con ímpetu, me levanto y me estiro.

—Me lavo los dientes, me visto y nos vamos.

Aunque no me vuelvo, mientras me dirijo al baño, siento sobre mí la mirada de Holder. Está orgulloso de mí.

En cuanto nos ponemos en marcha, Holder me pasa su teléfono.

—Toma. Breckin y Six están muy preocupados por ti. Karen encontró sus números en tu móvil y los ha estado llamando todo el

fin de semana, tratando de encontrarte.

—¿Has hablado con ellos?

—Hablé con Breckin esta mañana, justo antes de que llamara Jack. Le dije que tu madre y tú habíais discutido y que habías puesto tierra de por medio durante unos días. Se quedó tranquilo.

—¿Y Six?

Se vuelve hacia mí con una sonrisa insegura.

—Vas a tener que ponerte en contacto con ella. Nos hemos enviado unos cuantos correos electrónicos, pero, aunque le he contado lo mismo que a Breckin, no se ha quedado convencida. Dice que Karen y tú no discutís nunca y que más me vale contarle la verdad si no quiero que se suba al primer avión y se plante en Texas para patearme el culo.

Hago una mueca al darme cuenta de lo preocupada que debe de estar. Hace días que no le envío ningún mensaje, por lo que decido posponer la llamada a Breckin y escribirle a Six.

—¿Cómo se le manda un correo electrónico a alguien?

Holder se echa a reír, me quita el móvil y, aprovechando un semáforo, aprieta unos cuantos botones antes de devolvérmelo.

—Escribe ahí lo que quieras, luego me lo das y yo lo envío.

Redacto un mensaje corto en el que le resumo que he descubierto cosas sobre mi pasado y he tenido que irme unos días fuera. Le aseguro que se lo contaré todo en otro momento, aunque aún no sé si lo haré. A estas alturas, no estoy segura de querer compartir mi situación con nadie, al menos hasta que no haya obtenido todas las respuestas.

Tras enviar el correo, Holder me busca la mano y entrelaza los dedos con los míos. Yo miro por la ventanilla y levanto la vista al cielo.

—¿Tienes hambre? —me pregunta cuando llevamos ya una hora conduciendo en silencio.

Le digo que no con la cabeza porque estoy demasiado nerviosa para comer sabiendo que voy a tener que hablar con Karen. No soy capaz ni de mantener una conversación normal. Lo único que puedo hacer ahora mismo es dejar vagar la vista por la ventanilla y preguntarme dónde estaré cuando me despierte mañana por la mañana.

—Tienes que comer, Sky. Casi no has probado bocado en tres días y, con tu tendencia a desmayarte, creo que no te vendría nada mal.

—Vale —claudico sin entusiasmo, porque sé que no va a parar hasta que coma.

Como no muestro ninguna preferencia, acaba eligiendo sitio él y se detiene en un restaurante mexicano. Pido algo del menú para que se quede tranquilo, aunque dudo que vaya a ser capaz de tragar nada.

—¿Quieres que juguemos a «En busca de la cena perdida»? —propone mientras moja un nacho en la salsa.

—Querrás decir «de la comida perdida».

Él sonríe, porque supongo que su objetivo era hacerme reaccionar de alguna manera.

Me encojo de hombros. No quiero pensar en lo que pasará dentro de unas horas, por lo que tal vez no sea tan mala idea.

—Vale, pero con una condición. No quiero hablar de nada que tenga que ver con mis primeros años de vida ni con los últimos tres días ni con las próximas veinticuatro horas.

Vuelve a sonreír y me parece distinguir alivio en su mirada. Tal vez a él tampoco le apetezca pensar en eso.

—Las damas primero.

—Pues suelta ese nacho. —Señalo la comida que está a punto de meterse en la boca.

Él lo contempla con el ceño fruncido, pero en plan de broma.

—Pues date prisa, porque me muero de hambre.

Yo me aprovecho de la situación y le doy un sorbo a mi refresco antes de morder el nacho, que le arrebato de la mano.

—¿Por qué te gusta tanto correr?

—No estoy seguro. —Se echa hacia atrás en el asiento—. Empecé a los trece años. Al principio era una manera de escapar de Les y sus amigas, que me parecían un fastidio. Los chillidos y carcajadas de las adolescentes son capaces de taladrarte los oídos; a veces necesitaba salir de casa. Correr me ayudaba a encontrar el silencio. Por si no te has dado cuenta, soy de los que dan mil vueltas a las cosas y me sirve para aclararme las ideas.

Me echo a reír.

—Sí, algo había notado. ¿Siempre has sido así?

Holder sonríe, pero niega con la cabeza.

—Eso son dos preguntas. Me toca a mí. —Imitándome, me roba el nacho que estaba a punto de llevarme a la boca, se lo come y da un trago a su bebida—. ¿Por qué no te presentaste a las pruebas de atletismo?

Arqueo una ceja y me echo a reír.

—¿A qué viene eso ahora? Han pasado dos meses.

Me señala con un nacho.

—Mis preguntas, mis reglas; no me juzgues.

—Vale. —Me río otra vez antes de responder—. La verdad es que no lo sé. El instituto no resultó ser lo que esperaba. No pensaba que mis compañeras fueran a ser tan malas. No me dirigen la palabra a menos que sea para informarme de lo zorra que soy. Breckin ha sido

la única persona del curso que se ha comportado como un ser humano decente.

—No es verdad. Te olvidas de Shayla.

Se me escapa la risa de nuevo.

—¿Te refieres a Shayna?

—Como se llame. —Hace una mueca—. Te toca a ti. —Se mete un nacho en la boca a toda prisa y me sonríe.

—¿Por qué se divorciaron tus padres?

La sonrisa se le tuerce cuando aprieta los labios, convirtiéndose más en una mueca que en otra cosa, mientras tamborilea con los dedos sobre la mesa. Acaba encogiéndose de hombros.

—Supongo que ya les tocaba —responde con indiferencia.

—¿Les tocaba? —Su respuesta me deja más confusa que antes—. ¿Es que los matrimonios de ahora vienen con fecha de caducidad?

Vuelve a encogerse de hombros.

—Sí, algunos sí.

La conversación se está poniendo interesante. Espero que no decida hacer uso de su turno, porque me gustaría conocer su opinión sobre el tema. No es que tenga previsto casarme en un futuro próximo, pero Holder es el chico del que me he enamorado, por lo que no estaría de más saber qué piensa del matrimonio para no llevarme un shock dentro de unos años.

—¿Qué te hace pensar que su matrimonio tenía fecha de caducidad? —insisto.

—Todos la tienen si te casas por motivos equivocados. Estar en pareja no se vuelve más fácil con el tiempo, todo lo contrario. Si te casas con alguien con la esperanza de que mejore en el futuro, más te vale poner el cronómetro en marcha mientras pronuncias el «sí, quiero».

—¿Y cuáles fueron sus motivos equivocados?

—Les y yo —admite sin emoción—. Llevaban menos de un mes juntos cuando mi madre se quedó embarazada. Mi padre se casó con ella creyendo que hacía lo correcto, cuando lo correcto habría sido no dejarla preñada a la primera de cambio.

—Esas cosas pasan.

—Ya, por eso ahora están divorciados.

Niego con la cabeza porque me apena que hable con tanta frivolidad de la falta de amor de sus padres. Supongo que, tras ocho años, ha tenido tiempo de asimilarlo. Estoy segura de que el Holder de diez años no se lo tomó así.

—Pero ¿piensas que el divorcio es inevitable en todos los casos?

Él apoya los brazos cruzados sobre la mesa y se echa hacia delante.

—Sky, si te estás preguntando si tengo miedo al compromiso, la respuesta es que no. En un futuro muy muy lejano..., cuando ya hayamos terminado la universidad... y te pida que te cases conmigo..., lo que sucederá algún día porque no vas a librarte de mí..., no lo haré con la esperanza de que el matrimonio funcione. Cuando te haga mía, será para siempre. Ya te dije que lo único que me interesa de ti son los «para siempre», e iba en serio.

Le sonrío un poco más enamorada de él que hace treinta segundos.

—Caramba, no has tenido que darle muchas vueltas a eso.

—Ya, porque he estado pensando en pasar el resto de mis días a tu lado desde que te vi en el súper.

La comida no podría llegar en mejor momento, porque no se me ocurre qué añadir. Cojo el tenedor para empezar, pero él alarga la mano y me lo quita.

—No hagas trampas. No hemos terminado y voy a entrar en terreno muy personal.

Da un bocado y mastica con parsimonia mientras yo espero a que me haga esa pregunta «tan personal». Tras dar un trago, se vuelve a meter otro trozo en la boca y me sonríe, alargando su turno de manera desquiciante.

—¿Quieres hacerme la pregunta de una buena vez? —Finjo estar enfadada.

Él se echa a reír y se seca la boca con la servilleta antes de inclinarse hacia mí para inquirir en voz baja:

—¿Tomas anticonceptivos?

Me hace reír porque no me parece algo demasiado personal para preguntarle a la chica con la que te estás acostando.

—No, no tomo nada. No tenía ningún motivo antes de que irrumpieras en mi vida.

—Pues ahora ya lo tienes —me dice con decisión—. Quiero que pidas hora con el médico esta misma semana.

Su falta de tacto me echa para atrás.

—Podrías ser un poco más delicado, ¿no crees?

Levanta una ceja mientras bebe un poco de refresco. Luego deja el vaso en la mesa con calma.

—Perdón. —Sonríe y procede a deslumbrarme con sus hoyuelos—. Permíteme expresarme mejor. —Baja el tono de voz hasta convertirlo en un susurro ronco—. Tengo previsto hacerte el amor, Sky. Mucho. Básicamente en cada oportunidad que se presente, porque debes saber que he disfrutado muchísimo de tu compañía este fin de semana a pesar de las circunstancias tan poco favorables. Por consiguiente, con el objetivo de seguir haciéndote el amor, te estaría muy agradecido si te ocuparas del tema de la contracepción con tal de que no acabemos metidos en un matrimonio con fecha de caducidad causado por un embarazo no deseado. ¿Crees que

podrías hacerme ese favor para que podamos seguir disfrutando de mucho mucho mucho sexo?

Mantengo la mirada fija en sus ojos mientras deslizo el vaso hacia la camarera, que está contemplando a Holder boquiabierta. No sé cómo logro responderle sin echarme a reír.

—Mucho mejor así. Y sí, creo que podré arreglarlo.

Él asiente con la cabeza y desliza el vaso hasta que queda junto al mío mientras levanta la vista hacia la camarera, que sale del trance, nos los rellena y se aleja. Cuando ya no puede oírnos, fulmino a mi novio con la mirada.

—Ya te vale, Dean Holder. Eres lo peor.

Dejo de contenerme y me echo a reír, a lo que él reacciona dirigiéndome una mirada inocente.

—¿Qué?

—Debería ser ilegal que pronunciaras las palabras «sexo» o «hacer el amor» en presencia de cualquier persona del género femenino, excepto la que puede experimentarlo. Creo que no eres consciente del efecto que tienes en las mujeres.

Él niega con la cabeza, quitándole importancia.

—Lo digo en serio, Holder. No pretendo hacerte estallar el ego, pero deberías saber que resultas irresistible para casi cualquier mujer que respire. Piénsalo. He conocido a un montón de chicos en mi vida, y tú eres el único por el que me he sentido atraída. ¿Cómo explicas eso?

Él se echa a reír.

—Me lo pones muy fácil.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es así. —Me mira fijamente—. Porque ya me querías antes de verme aquel día en el supermercado. Aunque habías borrado mi recuerdo de tu mente, de tu corazón no. —Se lleva el

tenedor a la boca, pero, antes de dar un bocado, hace una pausa—. Aunque tal vez tengas razón y solo fueron ganas de lamerme los hoyuelos.

Sonrío mientras se mete la comida en la boca.

—Lo de los hoyuelos, obviamente.

He perdido la cuenta de las veces que me ha hecho sonreír durante la media hora que llevamos aquí y lo más curioso es que me he zampado ya la mitad del plato sin darme ni cuenta. Su presencia es una cura milagrosa para un alma herida, la mía en concreto.

Martes, 30 de octubre de 2012

19:20 h

Cuando estamos a una manzana de distancia de la casa de Karen, le pido a Holder que se detenga. Los nervios han convertido el viaje en una tortura, pero nada comparado con el pánico de haber llegado ya. No tengo ni idea de qué voy a decirle ni cómo se espera que reaccione cuando cruce la puerta.

Holder aparca y me observa con preocupación.

—¿Necesitas un salto de capítulo? —pregunta, y yo asiento con la cabeza mientras respiro hondo—. ¿Qué es lo que más te asusta de verla?

Me giro hacia él para mirarlo a la cara.

—Tengo miedo de no poder perdonarla me diga lo que me diga. Sé que mi vida fue mejor que si me hubiera quedado con mi padre, pero ella no tenía manera de saberlo cuando me robó. Sé lo que es capaz de hacer y por eso me cuesta. Al no perdonar a mi padre por lo que me hizo, siento que tampoco debería perdonarla a ella.

Él me acaricia la mano con el pulgar.

—Tal vez no haga falta, pero puedes agradecer la vida que te dio después de hacer lo que hizo. Ha sido una buena madre para ti, Sky. Recuérdalo cuando hables con ella, ¿vale?

Suelto el aire, nerviosa.

—Eso es lo que no logro superar. Ha sido muy buena madre y por eso la quiero tanto. Me da pánico pensar en perderla después de

hablar con ella.

Holder tira de mí y me abraza.

—Yo también tengo miedo por ti, cielo.

Al parecer, no está dispuesto a seguir fingiendo que todo va a salir bien, porque es imposible saberlo. Ambos estamos atrapados en el temor a lo desconocido. Ninguno de los dos sabemos qué camino tomará mi vida tras cruzar esa puerta, ni siquiera si podremos recorrerlo juntos.

Me aparto de él, apoyo las manos en las rodillas y me armo de valor.

—Estoy lista.

Él asiente en silencio, arranca y, tras dar la vuelta a la esquina, aparca delante de mi casa. Al ver la entrada, las manos me empiezan a temblar aún más que antes. Holder abre la puerta de su lado al ver que Jack sale, pero, antes de bajar, se gira hacia mí.

—Quédate aquí —me pide—. Quiero hablar antes con él. —Sale del coche y cierra de un portazo.

Yo me quedo dentro, tal como me ha indicado, porque lo cierto es que no tengo ninguna prisa por bajar. Los observo hablar durante unos minutos. El hecho de que Jack siga apoyándola me hace dudar de que realmente le haya contado toda la verdad. Me extrañaría que estuviera aquí sabiendo lo que hizo.

Holder vuelve al coche, pero esta vez se dirige hacia mi lado. Abre la puerta, se arrodilla ante mí y me acaricia la mejilla.

—¿Estás lista?

Noto que asiento con la cabeza, aunque no soy consciente de haber dado la orden. Veo que mis pies bajan del vehículo y que le doy la mano a Holder, pero no lo entiendo porque mi voluntad desea que me quede quieta. No estoy preparada para entrar y, sin embargo, doy un paso tras otro entre sus brazos. Cuando llegamos

junto a Jack, este me abraza y, al notar su presencia familiar, las dos partes de mí vuelven a unirse.

Inspiro hondo.

—Gracias por volver —me dice—. Necesita que le des la oportunidad de explicártelo todo. Prométeme que lo harás.

Me echo hacia atrás y le busco la mirada.

—¿Sabes lo que hizo, Jack? ¿Te lo ha contado?

Él asiente con expresión torturada.

—Lo sé y sé lo difícil que debe de ser para ti, pero deja que te cuente su versión.

Se vuelve hacia la casa sin soltarme los hombros. Holder me da la mano y los dos me acompañan hasta la puerta como si fuera una niñita frágil.

Sin embargo, ya no lo soy.

Me detengo en los escalones del porche y me dirijo a ambos.

—Necesito hablar con ella a solas.

Hasta ahora pensaba que quería que Holder me acompañara, pero debo ser fuerte por mí misma, sin depender de nadie. Aunque me encanta que sea tan protector, estoy a punto de enfrentarme a una de las cosas más duras que he tenido que hacer, y quiero poder decir que lo hice sola. Si lo consigo, sé que podré afrontar cualquier cosa.

Ninguno de los dos intenta hacerme cambiar de idea; me alegra comprobar que tienen fe en mí. Holder me aprieta la mano y me dirige una mirada llena de confianza.

—No me moveré de aquí —me asegura.

Inspiro hondo y abro la puerta.

Cuando entro en el salón, Karen deja de caminar de un lado a otro. En cuanto establecemos contacto visual, pierde el control y se

abalanza sobre mí. No sé qué esperaba ver en su cara al cruzar el umbral, pero, desde luego, no era alivio.

—Estás bien —murmura antes de echarme los brazos al cuello. Me agarra por la nuca y tira de mí para abrazarme mientras se echa a llorar—. Lo siento, Sky. Siento tanto que lo descubrieras antes de que pudiera contártelo...

Le cuesta hablar porque los sollozos van ganando intensidad. Verla sufrir tanto me rompe el corazón. Saber que me ha estado engañando no es suficiente para borrar de un plumazo los trece años que llevo queriéndola, por lo que su dolor me hace sufrir.

Me toma la cara entre las manos y me mira a los ojos.

—Te juro que iba a contártelo en cuanto cumplieras los dieciocho. Odio que hayas tenido que enterarte por tu cuenta, a solas. Hice todo lo que estaba en mi mano para impedir que lo descubrieras así.

Le agarro las manos, me las aparto de la cara y me alejo de ella.

—No sé ni cómo responder a lo que me estás diciendo, mamá. —Me doy la vuelta y la miro a los ojos—. Tengo un montón de preguntas, pero me da miedo hacértelas, porque ¿cómo sabré que me cuentas la verdad? ¿Cómo sabré que no me mientes igual que has estado haciendo estos trece años?

Karen va a la cocina y coge una servilleta para secarse las lágrimas. Inspira de manera entrecortada tratando de controlarse.

—Ven aquí conmigo, cariño —me pide mientras se dirige al sofá. Yo permanezco de pie y la observo sentarse en el borde. Cuando levanta la cabeza, veo su cara, rota de dolor—. Por favor —me ruega —. Sé que no te fías de mí después de lo que he hecho y lo entiendo perfectamente. Pero creo que a estas alturas ya sabes que te quiero más que a mi vida, y en nombre de ese amor te pido que me des la oportunidad de explicarme.

Parece tan sincera que me acerco al sofá y me siento delante de ella. Karen inspira hondo y suelta el aire. Cuando se siente lo bastante segura, empieza a hablar.

—Para poder contarte la verdad sobre lo que te pasó, primero tengo que sincerarme sobre lo que me ocurrió a mí.

Hace una pausa larga. Se nota que lo que tiene que decir le resulta casi insoportable, que podría venirse abajo en cualquier momento. Me entran ganas de acercarme a abrazarla, pero no puedo. Por mucho que la quiera, no puedo consolarla.

—Tuve una madre maravillosa, Sky. La habrías querido tanto... Se llamaba Dawn y nos quería a mi hermano y a mí con toda su alma. John era diez años mayor que yo, por lo que nunca mantuvimos esa rivalidad propia de hermanos de la misma edad. Mi padre murió cuando yo tenía nueve años y él pasó a ser una figura paterna. Era mi protector, una maravilla de hermano que me trataba tan bien como mi madre. Por desgracia, cuando tenía trece años, su rol se afianzó porque mi madre también murió.

»John tenía veintitrés y acababa de completar los estudios superiores. No tenía ningún otro pariente que estuviera dispuesto a ocuparse de mí, por lo que le tocó a él asumir la responsabilidad. Al principio las cosas no fueron mal. Echaba muchísimo de menos a mi madre y John hacía lo que podía. Había empezado a trabajar, pero era el novato: acababa de salir de clase y no le resultó fácil. A mí tampoco. Cuando cumplí los catorce, ya había comenzado a beber, desbordado por el trabajo. Y, cuanto más bebía, peor me portaba yo. Empecé a rebelarme y a volver a casa más tarde de la hora acordada.

»Una noche, cuando llegué, me esperaba furioso. Lo que comenzó como una discusión se convirtió en una pelea y me dio varios golpes. Hasta ese momento, nunca me había puesto la mano encima; me

asusté muchísimo. Me fui a mi habitación, y él me siguió al cabo de un rato para disculparse. Llevaba unos meses comportándose de manera rara por culpa del alcohol. Había empezado a desconfiar de él, pero, después de los golpes, el recelo se convirtió en miedo.

Karen se revuelve en el sofá. Hay un vaso de agua en la mesita y se echa hacia delante para beber un poco. La observo mientras se lo lleva a la boca y noto que le tiemblan las manos.

—Trató de disculparse, pero no quise escucharlo. Mi tozudez acabó de sacarlo de quicio. Me lanzó sobre la cama de un empujón y comenzó a gritarme. Me repetía que le había arruinado la vida y que debería estar dándole las gracias por lo que hacía por mí. Que estaba en deuda con él porque se mataba a trabajar para que no me faltara de nada.

Carraspea para aclararse la garganta. Vuelve a tener los ojos llenos de lágrimas, pero parece dispuesta a seguir desvelando las dolorosas verdades de su pasado por mucho que le cueste. Cuando me mira de nuevo a los ojos, se nota el esfuerzo que tiene que hacer para pronunciar las siguientes palabras.

—Sky..., mi hermano me violó aquella noche. Y no solo entonces, sino que siguió haciéndolo casi todas las noches durante dos años.

Me cubro la cara con las manos y contengo el aliento. Siento como si la sangre se me retirara de la cabeza, pero también del resto del cuerpo. Sus palabras me han dejado hueca y aterrorizada, porque sospecho lo que está a punto de desvelarme. Su mirada parece todavía más vacía que yo. En vez de esperar a que me lo cuente ella, tomo la iniciativa.

—Mamá..., John es... era mi padre, ¿verdad?

Ella asiente deprisa, lo que hace que se le desprendan más lágrimas de los ojos.

—Sí, cariño. Lo era. Lo siento mucho.

Noto las sacudidas que se apoderan de mi espalda cuando no puedo seguir conteniendo los sollozos. Karen acude al instante y me abraza por la cintura. Yo la abrazo por los hombros y me aferro a su camiseta.

—Siento mucho que te hiciera eso —le digo entre lágrimas.

Lloramos por las cosas que nos hizo un hombre al que las dos amábamos de todo corazón.

—Hay más —me dice—. Quiero acabar de contártelo todo, si te parece bien.

Cuando asiento, ella se aparta un poco, pero me toma la mano.

—Cuando cumplí dieciséis, le confesé a una amiga lo que pasaba. Ella se lo contó a su madre, que lo denunció. En aquel momento, John llevaba ya tres años en el cuerpo de policía y se estaba labrando una buena carrera. Cuando lo llamaron para interrogarlo, dijo que me lo había inventado como venganza porque no me dejaba verme con mi novio. La denuncia se archivó y no le pasó nada, pero supe que no podría seguir viviendo con él. Me quedé en casa de varias amigas hasta que me gradué en el instituto dos años después y no tuve contacto con él nunca más.

»Pasaron seis años antes de que volviera a verlo. En aquella época, tenía veintiuno y estudiaba en la universidad. Estaba en el supermercado y oí su voz en la fila de al lado. Me quedé inmóvil, sin poder respirar, pendiente de cada palabra. La habría reconocido en cualquier parte. Es imposible olvidarse de una voz que en algún momento te ha aterrorizado.

»Sin embargo, lo que me paralizó aquel día no fue su voz, sino la tuya. Oírlo hablar con una niña me hizo recordar aquellas noches en las que me hacía daño. Se me revolvió el estómago porque sabía de lo que era capaz. Os seguí de lejos y os observé interactuar. Durante un instante en que él se alejó del carrito, capté tu mirada. Me

contemplaste el rato suficiente para darme cuenta de que eras la niña más bonita que había visto nunca y también la que tenía la mirada más rota. En cuanto te miré a los ojos, supe que te estaba haciendo lo mismo que a mí. Lo vi en el miedo y la desesperanza con los que me observaste.

»Me pasé los días siguientes buscando información sobre ti y el vínculo que te unía a él. Descubrí lo que le había pasado a tu madre y que te estaba criando solo. Me armé de valor y lo denuncié de manera anónima con la esperanza de que al fin recibiera su merecido. Una semana más tarde, me enteré de que Servicios Sociales te había interrogado y habían archivado el caso. No sé si el hecho de que hubiera ascendido en el escalafón policial tuvo algo que ver, pero no me extrañaría nada. En cualquier caso, se había librado ya dos veces y yo no podía soportar la idea de que siguieras con él en aquella casa sabiendo lo que te pasaba. Seguro que habría podido enfocar el tema de otra manera, pero era joven y estaba muerta de preocupación por ti. No sabía qué más hacer porque la ley nos había fallado a las dos.

»Unos días más tarde, tomé una decisión. Si nadie iba a ayudarte a escapar de él, lo haría yo. Nunca olvidaré el momento en el que me detuve frente a tu casa y te vi sola en el césped, llorando. Cuando te llamé, te acercaste. Y te subiste al coche. Y luego... nos marchamos de allí y nos alejamos sin mirar atrás.

Karen me aprieta las manos y me clava la vista, llena de intención.

—Sky, te juro por lo más sagrado que lo único que pretendía era protegerte. Hice todo lo que estaba en mi mano para que él no te encontrara y para que tú no te toparas con él. No volvimos a mencionarlo y me esforcé para que superaras aquella época y tuvieras una vida lo más normal posible. Sabía que no iba a poder esconderte eternamente, que un día tendría que confesarte lo que

había hecho..., pero todo eso entonces me daba igual. Y sigue sin importarme. Solo quería mantenerte a salvo hasta que fueras mayor de edad y no pudieran enviarte a vivir con él de nuevo.

»El día antes de rescatarte, fui a tu casa cuando no había nadie. Me colé porque quería llevarme algún objeto que te hiciera sentir mejor cuando estuvieras ya a salvo, lejos de allí, algo como un oso de peluche o una mantita. Pero, cuando entré en la habitación, me di cuenta de que nada en aquella casa iba a hacerte sentir mejor. Basándome en mi propia experiencia, supe que cualquier cosa que tuviera relación con él te recordaría lo que te había hecho. Por eso no me llevé nada, porque no quería que rememoraras todo aquello.

Se levanta y sale del salón en silencio, aunque no tarda en regresar con una cajita de madera.

—Sin embargo, no pude resistirme a coger esto. Sabía que, cuando te contara la verdad, querrías saber todo lo que pudieras sobre tu madre. No vi gran cosa, pero lo que encontré lo guardé para ti.

Se me llenan los ojos de lágrimas al acariciar la caja de madera que contiene los únicos recuerdos de una mujer a la que creí que ya no podría recordar. No la abro, no puedo; necesito hacerlo a solas.

Cuando Karen me retira el pelo por detrás de la oreja, vuelvo a mirarla.

—Sé que lo que hice estuvo mal, pero no me arrepiento. Si tuviera que volver a hacerlo para asegurarme de que estás a salvo, no me lo pensaría dos veces. Me imagino que probablemente me odias por haberte mentido, y lo entiendo. No pasa nada, porque yo tengo amor suficiente para las dos. No quiero que te sientas culpable por tus sentimientos, sean los que sean. Llevo trece años preparándome para este momento y esta conversación. Estoy lista para lo que decidas. Quiero que hagas lo que sea mejor para ti. Llamaré a la

policía ahora mismo si es lo que deseas. Les contaré lo que acabo de confesarte si con eso logras encontrar paz mental. Si necesitas que espere a tu cumpleaños real para que puedas seguir viviendo aquí hasta entonces, también lo haré. Me entregaré en comisaría el día en el que seas mayor de edad y se te permita cuidar de ti misma. Elijas lo que elijas, nunca te lo cuestionaré y, sobre todo, decidas lo que decidas, no te preocupes por mí. Sé que por fin estás a salvo. ¿Qué más podría pedir? No conozco qué traerá el futuro, pero sé que los trece años que he pasado a tu lado lo compensarán con creces.

Bajo la vista hacia la caja sin dejar de llorar. No sé qué hacer; no sé qué está bien y qué está mal. Es como si lo correcto fuera incorrecto en este caso. Sé que no puedo responderle ahora mismo. Después de todo lo que me ha contado, siento que lo que pensaba sobre la justicia me ha dado una bofetada en la cara.

La miro a los ojos y niego con la cabeza.

—No lo sé —susurro—. No sé lo que quiero que pase.

Y, aunque no sé lo que quiero, sé lo que necesito: un cambio de capítulo.

Cuando me levanto, ella permanece sentada, observándome mientras me dirijo a la puerta. No puedo sostenerle la mirada mientras la abro.

—Necesito un rato para pensar —le anuncio en voz baja antes de irme.

En cuanto la puerta se cierra, Holder me abraza. Yo le echo la mano al cuello y hundo la cara en su hombro sin soltar la caja. No puedo parar de llorar y no sé cómo procesar lo que acabo de descubrir.

—El cielo —murmuro—. Necesito mirar el cielo.

Él no me hace preguntas. Sabe perfectamente a qué me refiero, por lo que me da la mano y me acompaña hasta el coche. Mientras nos alejamos de la casa, Jack vuelve a entrar.

Martes, 30 de octubre de 2012

20:45 h

Holder no me pregunta sobre la conversación que acabo de mantener con Karen. Sabe que se lo contaré cuando pueda, pero ahora mismo no me veo capaz. Prefiero no hablar hasta haber decidido lo que quiero hacer.

Cuando llegamos al aeropuerto, aparca, aunque me extraña ver que no lo hace en el mismo sitio que las otras veces. Mientras caminamos en dirección a la verja, veo sorprendida que hay una entrada sin candado. Holder descorre el pestillo, la abre y me invita a pasar con un gesto.

—¿Hay una puerta? —pregunto confundida—. Pero, entonces, ¿por qué saltábamos la valla?

Él me dirige una sonrisa canalla.

—Llevabas vestido las dos veces que vinimos. ¿Dónde habría quedado la diversión si hubiéramos entrado por la puerta?

No sé de dónde saco las ganas de reír, pero el caso es que no puedo controlarlas y se me escapa una carcajada.

Holder cierra la verja, pero se queda al otro lado. Yo le ofrezco la mano.

—Quiero que vengas conmigo.

—¿Estás segura? Pensaba que querrías reflexionar a solas.

—No. Me gusta estar contigo cuando venimos aquí. Me sentiría rara sin ti.

Vuelve a abrir la valla y me da la mano. Recorremos la pista y ocupamos nuestro lugar habitual bajo las estrellas.

Dejo la caja a mi lado. Todavía no sé si reuniré el valor para abrirla. Ahora mismo no estoy segura de nada. Permanezco quieta durante una media hora, dándole vueltas a mi vida, a la de Karen, a la de Lesslie..., y siento que debo tomar una decisión en nombre de las tres.

—Karen es mi tía, mi tía biológica. —No sé si lo digo para que lo oiga él o si necesito pronunciarlo en voz alta para asimilarlo.

Él enlaza el dedo meñique con el mío y se gira para mirarme.

—¿La hermana de tu padre? —pregunta en tono cauteloso. Cuando asiento con la cabeza, cierra los ojos porque entiende lo que eso significa—. Por eso se te llevó de allí —afirma como si al fin lo comprendiera todo—. Sabía por lo que estabas pasando.

Yo vuelvo a confirmárselo en silencio.

—Me ha pedido que tome una decisión, Holder. Quiere que sea yo la que escoja lo que debemos hacer, pero no tengo ni idea de qué es lo correcto en este caso.

Él entrelaza el resto de los dedos con los míos.

—Porque no hay una respuesta correcta —opina—. A veces hemos de elegir entre un montón de opciones incorrectas porque no tenemos acceso a ninguna apropiada. Entonces hemos de elegir la opción incorrecta que nos haga sentir menos mal.

Que Karen pague por algo que hizo por puro altruismo sería sin duda la peor de todas las malas alternativas. Mi corazón lo sabe, aunque a mi mente le cuesta aceptar que un acto como el suyo no tenga consecuencias. Sé que ella no podía saberlo entonces, pero, al apartarme de mi padre, Lesslie acabó convirtiéndose en su siguiente víctima. Me cuesta ignorar el hecho de que las acciones de Karen

condujeran a lo que le pasó a Les, la otra persona en la vida de Holder a quien siente que le falló.

—Necesito preguntarte algo —le digo. Al ver que él aguarda pacientemente a que continúe, me siento y lo miro a los ojos—. No quiero que me interrumpas, ¿vale? Deja que lo saque todo de dentro. —Él me toca la mano y asiente en silencio, por lo que sigo hablando—. Sé que Karen hizo lo que hizo con la intención de salvarme, que fue una decisión tomada desde el amor, no desde el odio. Pero tengo miedo de que, si no informo a la policía..., si nos lo guardamos para nosotros..., te acabe afectando. Porque sé que lo que mi padre le hizo a Les no habría ocurrido si yo hubiera seguido allí. Soy consciente de que Karen no tenía manera de saber lo que iba a pasar. Trató de hacer las cosas bien y lo denunció antes de tomar medidas desesperadas. Pero ¿qué pasará entre nosotros? Tengo miedo de que la odies cuando te acuerdes de cómo eran las cosas antes y de que acabes odiándome a mí por la decisión que tome esta noche. No te pido que no sientas lo que necesites. Si necesitas odiar a Karen por lo que le pasó a Les, lo entenderé. Supongo que necesito saber que, elija lo que elija... Necesito saber...

Busco la manera más elocuente de expresarme, pero no encuentro ninguna que me sirva. A veces las cosas más sencillas son las más difíciles de preguntar. Le aprieto la mano y busco respuestas en su mirada.

—Holder, ¿estarás bien?

Él me observa con una expresión que no sé interpretar. Entrelaza los dedos con los míos y fija la vista en el cielo que se extiende sobre nosotros.

—Durante este último año —empieza en voz baja— no he hecho otra cosa que odiar a Les y culparla por lo que hizo. La detestaba porque habíamos llevado la misma vida, habíamos tenido los mismos

padres, que habían pasado por el mismo divorcio. Tuvimos la misma mejor amiga, que nos arrebataron a la vez. Compartimos el mismo dolor por lo que te había pasado, Sky. Nos mudamos a la misma ciudad, a la misma casa, con la misma madre, y fuimos al mismo instituto. En su vida pasaron exactamente las mismas cosas que en la mía, pero ella siempre se lo tomó a la tremenda. En ocasiones la escuchaba llorar en su habitación. Siempre que la oía, iba a tumbarme a su lado y la consolaba, pero muchas veces estuve tentado de gritarle por ser mucho más débil que yo.

»Y entonces..., esa noche..., cuando vi lo que había hecho..., la odié. Odié que se hubiera rendido tan fácilmente, que pensara que su vida había sido mucho más dura que la mía cuando habían sido exactamente iguales.

Se sienta, se vuelve hacia mí y me toma las manos antes de seguir hablando.

—Ahora sé la verdad, que su vida fue un millón de veces más difícil que la mía. Y que fuera capaz de sonreír y de reír todos los días... y que yo no tuviera ni idea de todo por lo que había pasado... me hace darme cuenta de lo valiente que fue. No supo lidiar con lo que le ocurrió, pero no fue culpa suya. Ojalá hubiera pedido ayuda o le hubiera contado a alguien lo que le sucedía, pero cada persona se enfrenta a estas cosas como puede, sobre todo cuando piensa que está solo. Tú pudiste bloquear los recuerdos y eso te permitió sobrevivir. Creo que ella lo intentó con todas sus fuerzas, pero era mayor que tú cuando le pasó y no pudo. Por lo que, en vez de no volver a pensar nunca más en lo sucedido, estoy seguro de que los recuerdos la consumieron hasta que no pudo soportarlo.

»Y no. No quiero oírte decir que la decisión de Karen estuvo ligada directamente a lo que le hizo tu padre a Les. Si ella no se te hubiera llevado, lo más seguro es que lo hubiera hecho igualmente porque

estaba en su naturaleza. Por eso, si me preguntas si culpo a Karen, la respuesta es no. Lo único que me gustaría que hubiera hecho de otra manera... sería que se hubiera llevado también a Les.

Me abraza y me dice al oído:

—Lo que tú decidas estará bien. Lo que vaya a hacer que tu corazón se cure más deprisa..., eso es lo que deseo para ti. Y es lo que Les habría querido también.

Le devuelvo el abrazo y hundo la cara en su hombro.

—Gracias, Holder.

Me estrecha en silencio mientras pienso en mi decisión, aunque en realidad siento que ya está tomada. Al cabo de un rato, me separo de él y me coloco la caja en el regazo. La recorro con los dedos mientras me armo de valor para abrirla. Aprieto el cierre y levanto la tapa despacio, con los párpados cerrados, dudando sobre si mirar el contenido o no. Inspiro hondo y, al abrir los ojos, me encuentro con los de mi madre. Cojo la foto con dedos temblorosos y observo la cara de la mujer que me creó. No me cabe ninguna duda de que es mi madre porque soy igual que ella: la boca, los ojos, los pómulos. La veo en cada uno de mis rasgos.

Dejo la fotografía para contemplar la que hay debajo. Esta todavía me emociona más porque salimos las dos juntas. Debo de tener dos años y estoy sentada en su regazo, abrazada a su cuello. Me está dando un beso en la mejilla y yo miro a cámara con una sonrisa que iluminaría la noche más oscura. Cuando empiezan a caer lágrimas sobre la foto, la seco y se la paso a Holder. Necesito que entienda por qué era tan importante para mí volver a casa de mi padre.

En la caja hay otro objeto, que levanto y dejo colgando entre mis dedos. Es un colgante de plata, un relicario en forma de estrella. Al abrirlo, veo que dentro hay una foto mía de pequeñita. En el otro lado, leo una inscripción que pone: «Hope, mi rayo de esperanza».

Abro el cierre y me coloco la cadena alrededor del cuello. Holder agarra los dos extremos mientras yo me levanto el pelo. Cuando lo abrocha, me suelto los mechones y él me besa en la sien.

—Es preciosa, igual que su hija. —Me devuelve las fotos y me besa con delicadeza. Abre el medallón y contempla la imagen con una sonrisa en la cara. Después de cerrarlo, me mira a los ojos—. ¿Estás lista?

Guardo las fotos en la caja, le devuelvo la mirada y respondo en tono firme:

—Lo estoy.

Martes, 30 de octubre de 2012

22:15 h

Esta vez Holder entra conmigo en casa. Karen y Jack están en el sofá. Él la abraza por los hombros y le da la mano. Cuando llego al salón, ella me mira y Jack se levanta, dispuesto a darnos privacidad una vez más.

—No hace falta —le digo—. Puedes quedarte, será un momento.

Mis palabras lo dejan preocupado, pero permanece en silencio. Se aparta un poco del sofá para que pueda ponerme junto a Karen. Tras dejar la caja en la mesita, me siento y me vuelvo hacia ella. Soy consciente de que ahora mismo no tiene ni idea de qué le deparará el futuro, y, a pesar de que no sabe qué he decidido, me dirige una sonrisa de aliento. Quiere que sepa que, sea lo que sea, le parecerá bien.

Le tomo las manos y la miro a los ojos. Necesito que sienta y que entienda lo que voy a decir porque no quiero que entre nosotras quede espacio para nada que no sea la verdad.

—Mamá —empiezo a hablar con todo el aplomo que soy capaz de reunir—. Cuando me sacaste de casa de mi padre, sabías que esa decisión podría acarrearte consecuencias, pero, a pesar de todo, lo hiciste. Arriesgaste tu vida para salvar la mía y lo último que desearía es hacerte sufrir por eso. Renunciaste a tu vida por mí, así que no, no pienso juzgar lo que hiciste. Lo único que puedo hacer a

estas alturas es agradecértelo, y por eso te doy las gracias. Muchas gracias por salvarme, mamá.

Yo estoy llorando, pero Karen todavía más. Nos abrazamos y dejamos que las lágrimas sigan cayendo. Lloramos como madre e hija, como tía y sobrina, como dos víctimas, como dos supervivientes.

No me puedo imaginar por lo que ha tenido que pasar Karen durante estos trece años. Todas las decisiones que ha tomado han sido por mi bien. Tenía asumido que, cuando yo cumpliera la mayoría de edad, me confesaría lo que había hecho y se entregaría para asumir las consecuencias. Saber que me quiere tanto que daría su vida por mí casi me hace sentir que no soy digna. Hay dos personas en el mundo que me quieren con locura y es algo tan grande que me cuesta asimilarlo y aceptarlo.

Resulta que Karen estaba lista y dispuesta a formalizar las cosas con Jack, pero le daba largas porque sabía que le rompería el corazón cuando se enterara de la verdad. Lo que no se imaginaba era que él iba a seguir amándola de manera incondicional... y a mí también. Cuando le abrió su corazón y le contó su pasado y las decisiones que había tenido que tomar, el amor que sentía por ella se multiplicó. Sospecho que el fin de semana que viene se mudará a vivir aquí.

Karen se ha pasado la noche respondiendo pacientemente a todas mis preguntas. Lo que más me intrigaba era cómo logró cambiarme el nombre y obtener documentos oficiales de mi nueva identidad. Ella se ha echado a reír y me ha contado que, a cambio de dinero y gracias a los contactos adecuados, acabé siendo una niña «adoptada» en otro país, y obtuve la nacionalidad a los siete años.

No he indagado sobre los detalles porque, francamente, hay cosas que prefiero no saber.

Otra de las primeras cosas que le he preguntado es casi una obviedad: ¿podremos tener televisor al fin? Resulta que Karen no está tan en contra de la tecnología como nos hizo creer. Sospecho que mañana mismo nos pasaremos por una tienda de electrodomésticos.

Holder y yo le hemos contado cómo él se dio cuenta de quién era yo. Al principio le ha costado entender que hubiéramos tenido una conexión tan fuerte de pequeños, tanto como para que se acordara de mí. Pero, tras vernos interactuar un rato, ya se ha convencido de que es real. Por desgracia, también veo lo mucho que se preocupa cada vez que él me besa o me apoya la mano en el muslo. Al fin y al cabo, es mi madre.

Han pasado ya varias horas y, tras un fin de semana frenético, todos hemos logrado relajarnos y decidimos acostarnos. Holder y Jack se despiden, y Holder le promete a Karen que no volverá a enviarme ningún mensaje para bajarme el ego. Sin embargo, mientras se lo dice, me guiña el ojo por encima de su hombro.

Karen me da mil abrazos; nunca en la vida me habían abrazado tanto. Tras el último achuchón de la noche, me voy a mi habitación y me meto en la cama. Me tapo y me quedo observando las estrellas del techo con las manos detrás de la cabeza. Me planteo arrancarlas para evitar que me traigan malos recuerdos, aunque creo que no lo haré. Las voy a dejar porque me recuerdan a Hope, a mí y a todo lo que he tenido que superar para llegar a este punto de mi vida. Podría encerrarme en mi habitación a compadecerme de mí misma, a preguntarme por qué han tenido que pasarme esas cosas..., pero no pienso hacerlo. No voy a perder el tiempo en desear una vida perfecta. Los obstáculos que se interponen en tu camino y te hacen

caer se convierten en pruebas que te obligan a elegir entre rendirte o levantarte, sacudirte el polvo y enderezar la cabeza. Yo elijo la segunda opción. Sé que probablemente la vida me derribará más veces antes de llegar al final, pero lo que puedo asegurar es que nunca me quedaré tumbada en el suelo.

Unos golpecitos en la ventana me avisan de que está a punto de abrirse. Sonrío y me echo a un lado para que Holder se acueste junto a mí.

—¿Esta noche no vienes a recibirme a la ventana? —susurra antes de volver a cerrarla. Se acerca a la cama, aparta las mantas y se acurruca conmigo.

—Estás helado —protesto mientras me acomodo entre sus brazos —. ¿Has venido andando?

Él me estruja y me besa en la frente.

—No, he vuelto corriendo. —Baja una mano y me aprieta una nalga—. Llevamos una semana sin hacer ejercicio; se te está poniendo un culo enorme.

Le doy una palmada en el brazo, pero se me escapa la risa.

—Trata de recordar que los insultos solo son graciosos si son por escrito.

—Por cierto, ya que sale el tema, ¿vas a recuperar el móvil?

Me encojo de hombros.

—Me da igual; no quiero volver a ver ese viejo trasto. Espero que el calzonazos de mi novio me compre un iPhone por Navidad.

Él se echa a reír y, cuando se tumba sobre mí, funde sus labios helados con los míos. Al notar el contraste de temperatura de nuestras bocas, reacciona con un gruñido y me sigue besando hasta que su cuerpo supera la temperatura ambiental.

—¿Sabes qué? —Se apoya en los codos y me dirige una de sus adorables sonrisas, en la que no falta mi hoyuelo preferido.

—¿Qué?

Su voz baja de tonalidad hasta alcanzar esa octava propia de un dios del Olimpo.

—Nunca nos hemos acostado en tu cama.

Me lo planteo durante medio segundo antes de negar con la cabeza y darle un empujón que lo deja tumbado de espaldas.

—Y así seguirá mientras mi madre duerma al otro lado del pasillo.

Holder se echa a reír, me agarra por la cintura y me sienta sobre él. Apoyo la cabeza en su pecho y él me abraza con fuerza.

—¿Sky?

—¿Holder? —replico en el mismo tono.

—Quiero que sepas una cosa. Y no te lo digo como novio, ni siquiera como amigo. Te lo digo porque alguien tiene que hacerlo. —Deja de acariciarme, pero mantiene la mano en mi espalda—. Estoy muy orgulloso de ti.

Cierro los ojos con fuerza y me trago sus palabras, que me van a parar directas al corazón. Él me besa en el pelo una vez y sigue hasta que ya son veinte o un millón, no sé, he perdido la cuenta.

Lo abrazo con más fuerza y suspiro.

—Gracias. —Levanto la cabeza y apoyo la barbilla en su pecho para mirarlo a los ojos mientras él me sonríe—. Y no solo por lo que acabas de decirme. Tengo tantas cosas que agradecerte, Holder... Gracias por animarme a preguntar siempre, incluso cuando temo escuchar las respuestas. Gracias por amarme como me amas y por mostrarme que no es necesario ser fuerte para estar ahí y apoyar al otro, que uno puede mostrar debilidad y seguir estando. Y gracias por encontrarme después de tantos años. —Le recorro el pecho con los dedos hasta alcanzarle el brazo. Trazo las letras del tatuaje una por una y luego me inclino a besarlo—. Pero, sobre todo, gracias por

perderme cuando éramos pequeños..., porque, si no me hubieras dejado sola aquel día, mi vida habría sido muy distinta.

Él inspira con tanta fuerza que me elevo sobre su cuerpo y vuelvo a bajar. Me sujeta la cara y trata de sonreírme, aunque no puede disimular el dolor que se asoma a sus ojos.

—Me había imaginado de mil maneras distintas cómo sería encontrarte algún día, pero nunca se me pasó por la cabeza que terminarías dándome las gracias por perderte.

—¿Terminaría? —No me gusta la palabra que ha elegido. Me inclino hacia él para besarlo de nuevo en los labios—. Espero que esto no sea un final.

—No, joder, claro que no. —Me coloca un mechón de pelo por detrás de la oreja y deja la mano ahí—. Me gustaría asegurarte que viviremos felices de ahora en adelante, pero no puedo. Sé que a los dos nos queda mucho camino por recorrer. Con todo lo que ha pasado entre tú y yo, tu madre, tu padre y lo que ahora sé que le ocurrió a Les..., habrá días en los que nos cueste mucho seguir adelante. Pero sobreviviremos porque nos tenemos el uno al otro. Así que no, no estoy preocupado por nosotros, cielo. En absoluto.

Le doy un beso en el hoyuelo y sonrío.

—Yo tampoco. Y, para que te quedes tranquilo, no creo en eso del «fueron felices para siempre».

Él se echa a reír.

—Me alegro, porque no voy a ofrecerte eso. Lo único que puedo darte es a mí.

—No necesito nada más. Bueno..., la lámpara, el cenicero, el mando a distancia y la paleta. Pero, aparte de eso, solo te necesito a ti, Dean Holder, nada más.

Trece años atrás

—¿Qué hace ahí fuera? —le pregunto a Lesslie mientras contemplo a Dean desde la ventana del salón.

—Está observando los astros. Siempre está igual.

Me vuelvo hacia ella.

—¿Qué significa eso?

Lesslie se encoge de hombros.

—Ni idea. Es lo que dice que hace cuando se pasa mucho rato mirando las estrellas.

Me vuelvo hacia la ventana y lo observo un rato. No sé qué son los astros, pero me encantan las estrellas y creo que me gustaría hacer lo que hace él. A mi madre también le gustaban; fue ella la que las colocó en mi habitación.

—Yo también quiero. ¿Vamos?

Cuando me vuelvo hacia ella, veo que se está quitando los zapatos.

—No, no me apetece. Ve tú y yo ayudaré a mi mami a preparar la peli y las palomitas.

Me gustan los días en los que me quedo a dormir en casa de Lesslie. Me gusta cualquier día que paso fuera de casa. Bajo al suelo deslizándome desde el sofá, me pongo los zapatos en la entrada, salgo al jardín y me tumbo en el césped junto a Dean. Él ni siquiera me mira; sigue con la vista clavada en el cielo, y yo hago lo mismo.

Esta noche las estrellas brillan mucho. Nunca me había tumbado a mirarlas de esta manera. Son mucho más bonitas que las que tengo

en el techo.

—¡Guau! ¡Es precioso!

—Lo sé, Hope. Lo sé.

Nos quedamos en silencio un buen rato. No sé si miramos las estrellas horas o minutos, solo seguimos observándolas. Dean no es demasiado hablador, es mucho más callado que Lesslie.

—Hope, ¿me prometes una cosa?

Me vuelvo hacia él, que sigue contemplando el cielo. Nunca le he prometido nada a nadie, excepto a mi papi. Tuve que asegurarle que no le contaría a nadie cómo hace que le agradezca las cosas, y no he roto la promesa, aunque a veces lo desearía. Si alguna vez lo hiciera, sería con Dean porque sé que él no se lo contaría a nadie.

—Sí.

Cuando se vuelve a mirarme, lo hace con los ojos tristes.

—¿Sabes cuando tu papi te hace llorar?

Digo que sí con la cabeza y me esfuerzo por no echarme a llorar justo ahora, porque solo de pensarlo ya se me llenan los ojos de lágrimas. No sé cómo sabe Dean que él es la razón por la que siempre lloro, pero el caso es que lo sabe.

—¿Me prometes que, cuando haga que te pongas triste, pensarás en el cielo?

Aunque no entiendo por qué quiere que le prometa eso, lo hago igualmente, asintiendo con la cabeza.

—Vale, pero ¿por qué?

—Porque sí. —Vuelve a observar las estrellas—. El cielo siempre es bonito. Incluso cuando está oscuro o llueve o está nublado, sigue siendo precioso. Es lo que más me gusta del mundo porque sé que, si alguna vez me pierdo o me siento solo o asustado, solo tengo que mirar hacia arriba y seguirá ahí pase lo que pase, y siempre será

bonito. Puedes pensar en eso cuando tu papi te ponga triste para no tener que pensar en él.

Sonrío aunque las cosas que me dice me entristecen. Contemplo las estrellas como él mientras pienso en lo que me ha pedido. Siento que mi corazón se alegra de tener algún sitio adonde ir cuando no quiera estar donde estoy. Ahora, cuando tenga miedo, pensaré en el cielo y tal vez me ayude a sonreír, porque sé que siempre será bonito pase lo que pase.

—Te lo prometo —susurro.

—Bien. —Dean me busca la mano y enlaza el meñique con el mío.

AGRADECIMIENTOS

Cuando escribí mis dos primeras novelas, no colaboré con lectores cero ni con blogueros, no por elección, sino por ignorancia. Tan poco conocía sobre el mundillo literario que no sabía ni qué eran los ejemplares anticipados.

¡Ojalá lo hubiera sabido!

Quiero dar las gracias a todos los blogueros que trabajáis tanto para compartir vuestro amor por la lectura. Sois un auténtico salvavidas que impide que los autores nos ahoguemos en el mar de la publicación. Os estoy muy agradecida por todo lo que hacéis.

Quiero dar las gracias en especial a Maryse, Tammara Webber, Jenny y Gitte, de Totallybookedblog.com, Tina Reber, Tracey Garvis-Graves, Abbi Glines, Karly Blakemore-Mowle, Autumn, de Autumnreview.com, Madison, de Madisonsays.com, Molly Harper, de Toughcriticbookreviews.com, Rebecca Donovan, Nichole Chase, Angie Stanton, Sarah Ross, Lisa Kane, Gloria Green, Cheri Lambert, Trisha Rai, Katy Perez, Stephanie Cohen y Tonya Killian por tomarse el tiempo de enviarme unos comentarios tan detallados que me resultaron de gran utilidad. Sé que os estuve tocando las narices de mala manera durante todo el mes de diciembre, y solo puedo daros las gracias por la paciencia de revisar tantas, tantísimas versiones actualizadas.

Y, ¡MADRE MÍA DE MI VIDA!, muchísimas gracias, Sarah Augustus Hansen. No solo por hacerme la cubierta más bonita del mundo, sino por tu paciencia infinita cada vez que te pedía algún cambio para

acabar finalmente con la propuesta original. Creo que te mereces un premio y por eso declaro que Holder es oficialmente tuyo, venga, va.

Gracias a mi marido, que insiste en que lo incluya en los agradecimientos por sugerirme unas palabras que me ayudaron a terminar una frase de un párrafo de una escena. Sin ellas —«las compuertas de un pantano»—, no creo que hubiera podido terminar la novela. Sí, mi marido también me ha pedido que escriba esto último, pero en parte tiene razón. Sin esas palabras el libro habría funcionado igual de bien, pero sin su apoyo, su entusiasmo y sus ánimos no habría podido escribir nada de nada.

Gracias a mi familia, en especial a Lin, porque es la que más me necesita. Ya casi no me acuerdo de qué cara tenéis y me va a costar acordarme de vuestros nombres, pero, ahora que el libro está terminado, juro responder al teléfono, devolverte los mensajes y mirarte a los ojos cuando me hables (en vez de perderme en un mundo inventado), acostarme antes de las cuatro de la mañana y no volver a abrir un correo electrónico mientras estoy hablando contigo por teléfono. Por lo menos hasta que empiece a escribir la siguiente novela.

Y a los tres mejores hijos del mundo mundial os digo que os echo de menos que te cagas. Y sí, chicos, mamá ha dicho una palabrota. Otra vez.

Hopeless. Tocando el cielo
Colleen Hoover

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Hopeless*

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño, basado en un diseño original de Pip Watkins
Fotografías de la cubierta: © Reilika Landen / Arcangel y Adobe Stock

© Colleen Hoover, 2013
Todos los derechos reservados
Edición publicada de acuerdo con Dystel, Goderich & Bourret LLC a través de International
Editors & Yáñez Co' S.L.
COLLEEN HOOVER® está registrada en la Oficina de Patentes y Marcas Registradas de
Estados Unidos

© por la traducción, Lara Agnelli, 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorialplaneta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2026

ISBN: 978-84-08-32548-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Table of Contents

Portadilla
Dedicatoria
Domingo, 28 de octubre de 2012. 19:29 h
Sábado, 25 de agosto de 2012. 23:50 h
Lunes, 27 de agosto de 2012. 7:15 h
Lunes, 27 de agosto de 2012. 15:55 h
Lunes, 27 de agosto de 2012. 16:47 h
Lunes, 27 de agosto de 2012. 17:25 h
Lunes, 27 de agosto de 2012. 19:10 h
Martes, 28 de agosto de 2012. 6:15 h
Martes, 28 de agosto de 2012. 7:55 h
Miércoles, 29 de agosto de 2012. 6:15 h
Viernes, 31 de agosto de 2012. 11:20 h
Viernes, 31 de agosto de 2012. 16:50 h
Sábado, 1 de septiembre de 2012. 17:05 h
Sábado, 1 de septiembre de 2012. 19:15 h
Trece años antes
Lunes, 3 de septiembre de 2012. 7:20 h
Martes, 4 de septiembre de 2012. 6:15 h
Viernes, 28 de septiembre de 2012. 12:05 h
Viernes, 28 de septiembre de 2012. 23:50 h
Sábado, 29 de septiembre de 2012. 8:40 h
Sábado, 29 de septiembre de 2012. 9:20 h
Sábado, 29 de septiembre de 2012. 10:25 h
Sábado, 29 de septiembre de 2012. 22:15 h
Lunes, 22 de octubre de 2012. 12:05 h
Viernes, 26 de octubre de 2012. 15:40 h
Trece años atrás
Sábado, 27 de octubre de 2012. En algún momento de la noche
Sábado, 27 de octubre de 2012. 20:20 h
Trece años atrás
Sábado, 27 de octubre de 2012. 23:20 h

Sábado, 27 de octubre de 2012. 23:57 h
Domingo, 28 de octubre de 2012. 00:37 h
Trece años atrás
Domingo, 28 de octubre de 2012. 2:45 h
Domingo, 28 de octubre de 2012. 3:10 h
Domingo, 28 de octubre de 2012. 7:50 h
Domingo, 28 de octubre de 2012. 17:15 h
Trece años atrás
Domingo, 28 de octubre de 2012. 19:10 h
Trece años atrás
Domingo, 28 de octubre de 2012. 19:29 h
Lunes, 29 de octubre de 2012. 9:50 h
Lunes, 29 de octubre de 2012. 16:15 h
Lunes, 29 de octubre de 2012. 16:35 h
Catorce años atrás
Lunes, 29 de octubre de 2012. 16:57 h
Lunes, 29 de octubre de 2012. 17:29 h
Lunes, 29 de octubre de 2012. 23:35 h
Trece años atrás
Martes, 30 de octubre de 2012. 00:10 h
Martes, 30 de octubre de 2012. 9:05 h
Martes, 30 de octubre de 2012. 19:20 h
Martes, 30 de octubre de 2012. 20:45 h
Martes, 30 de octubre de 2012. 22:15 h
Trece años atrás
AGRADECIMIENTOS
Créditos